

Desastre DE AMOR



ANNA KATMORE

DESASTRE DE AMOR

ANNA KATMORE

DESASTRE DE AMOR
High School Players, libro 3
Copyright © 2015 por Anna Katmore
Título original: T Is For…
Cubierta diseñada por Anna Katmore
Copyright de la cubierta © 2020
Todos los derechos reservados

www.annakatmore.com

Índice

Chapter 1
Chapter 2
Chapter 3
Chapter 4
Chapter 5
Chapter 6
Chapter 7
Chapter 8
Chapter 9
Chapter 10
Chapter 11
Chapter 12
Chapter 13
Chapter 14
Chapter 15
Chapter 16
Chapter 17
Chapter 18
Chapter 19
Chapter 20
Chapter 21
Chapter 22
Chapter 23
Chapter 24
Chapter 25
Chapter 26
Chapter 27
Chapter 28

Chapter 29
Chapter 30
Chapter 31
Chapter 32
Chapter 33
Epílogo
Sobre la autora

Chapter 1

Samantha

—Tener diecisiete años no tiene ninguna gracia si no sales de fiesta. Y no puedes salir de fiesta si te escondes en esta habitación.

Me reí de las payasadas de mi prima, aunque por dentro me estremecí cuando me agarró de la muñeca y me arrastró fuera de mi cuarto, a lo largo del pasillo de la mansión. Las uñas rosa fosforescente de Chloe se me clavaron en la piel. El hecho de que siempre combinaran con el color de su ropa interior me dio escalofríos. Definitivamente no necesitaba saber eso justo después de cenar, y menos delante de mi tía y mi tío, que habían sido lo bastante amables como para acogerme durante los próximos cuatro meses.

Ser la hija de un general del ejército a veces era bastante duro, pero al menos esta vez mis padres no me habían hecho mudarme en mitad del año escolar. Bueno, no tan avanzado, al menos. Era principios de noviembre. Lo suficientemente temprano como para integrarme en la vida del instituto y hacer amigos antes de que te colgaran la etiqueta de completa forastera. Ese siempre había sido mi mayor miedo cada vez que la palabra mudanza aparecía en las conversaciones del pasado.

Arranqué mi sudadera negra del perchero del pasillo antes de que Chloe me aplastara el brazo con la puerta. Mientras me la ponía sobre la camiseta de manga larga, mi prima me lanzó una mirada irritada por encima de su nariz afilada.

—¿Por qué siempre tienes frío, Sam? Esto es California. Aquí ni siquiera se usan abrigos en invierno.

Para alguien que había vivido toda su vida en Grover Beach, tal vez fuera cierto. Pero durante los últimos ocho meses yo había vivido en El Cairo. Una vez que aprendías a sobrevivir al calor sofocante de Egipto, cualquier otra cosa se sentía como meterse en una nevera.

—¿Adónde vamos, exactamente? —pregunté.

Chloe me empujó dentro de su coche blanco, estacionado frente a la casa, y no respondió hasta que se abrochó el cinturón detrás del volante.

—Al centro. Más tarde esta noche voy a presentarte a algunos amigos míos.

Uf. Más amigos de Chloe… es decir, más chicas convencidas de que lo más importante del mundo era llevar el peinado perfecto. Qué plan tan prometedor para un sábado por la noche…

Me recosté en el asiento, me abracé las piernas contra el pecho y cerré los ojos. Dos segundos después, una palmada de Chloe me hizo dar un respingo.

—¿Qué?

—¡Quita tus botas sucias de mi asiento! Es de cuero.

Gruñí, pero bajé los pies al suelo. Al fin y al cabo, era su coche, no el Land Rover de mis padres, donde a nadie le importaba que hubiera arena en los asientos. En El Cairo, la arena estaba en todas partes.

Chloe condujo hasta una cafetería del centro, frente a la cual había varios coches estacionados en fila. El nombre Charlie's brillaba sobre la puerta con letras cursivas azul oscuro que parpadeaban.

Después de aparcar al otro lado de la calle, bajé detrás de ella.

—¿Es aquí? Se ve bonito.

La cafetería tenía una terraza preciosa, aunque esa noche no había nadie en las mesas redondas. Desde el interior se escapaba una música suave, algo de los años sesenta o setenta.

—Esta es solo nuestra primera parada. Aquí vamos a encontrarnos con Brin, Kir y Les.

Chloe se giró de golpe y me lanzó una mirada de advertencia.

—Escucha, estas son las reglas de esta noche.

—¿Reglas? —No podía estar hablando en serio.

—Solo hablas con la gente con la que yo hable, y si esta noche me tomo una copa, no se lo dices a mis padres. ¿Entendido?

¡Genial! Si hubiera sabido que me esperaba un auténtico entrenamiento militar en Grover Beach, le habría pedido prestado un uniforme a mi papá y me lo habría puesto para salir de fiesta con mi prima. Puse los ojos en blanco y entré al local.

Por dentro era todavía más bonito. El suelo de baldosas de terracota le daba un aire cálido al lugar. Una barra en forma de S recorría la pared lateral, y por todo el espacio había mesas de ratán elegantes y sillas cómodas. Reproducía a la perfección una atmósfera caribeña. Lo sabía bien: antes de Egipto, mi papá había estado destinado en Cuba durante dos años. Me enamoré de aquella cafetería al instante.

Chloe me empujó por la espalda.

—No te quedes plantada en la entrada mirando como boba. Nuestra mesa está allá.

Nada de mirar como boba. Tomé nota mentalmente y reprimí el impulso de saludar al sargento instructor que resoplaba a mi espalda. En ese instante me arrepentí profundamente de no haber cerrado con llave la puerta de mi cuarto después de cenar.

Mientras avanzábamos hacia el fondo de la cafetería, miré por encima del hombro y arqueé las cejas.

—En serio, Chloe, relájate un poco. No es como si hubiera paparazzi escondidos detrás de esas columnas esperando fotografiarte haciendo algo escandaloso.

Abrió la boca para responder, pero una voz más grave se le adelantó.

—¡Cuidado!

Giré la cabeza de golpe. Me detuve en seco apenas a tiempo, a unos segundos de chocar contra un mesero que llevaba una bandeja. Alzó una mano de inmediato, protegiendo los vasos vacíos para evitar que se estrellaran contra el suelo.

—Ay, yo… lo siento —balbuceé, y di un paso atrás.

Cuando levanté la vista, me encontré con unos ojos tan azules como el cielo sobre Egipto, enmarcados en un rostro que podría resultarme peligrosamente atractivo. Siempre me habían gustado los chicos de aspecto juvenil, sobre todo si venían acompañados de un cabello rubio despeinado como el suyo. El problema era que me estaba fulminando con la mirada, como si ya hubiera roto los malditos vasos. Su expresión dura pasó de mí hacia atrás, y el ceño se le frunció todavía más.

Chloe se abrió paso hasta quedar frente a él.

—Hola, Anthony.

Me costó saber si intentaba sonar coqueta o arrogante.

—Tráeme un martini a la mesa —dijo. Luego me señaló, tocándose los labios con un dedo—. Y una soda para mi prima.

En voz baja añadió:

—Tú vas a manejar de regreso esta noche.

Sentí ganas de reírme, pero temí que Chloe lo usara como otra excusa para reprocharme algo, así que me contuve y murmuré:

—No creo que aquí sirvan alcohol.

Entonces volví a mirar al mesero, Anthony. Me pregunté si Chloe iba a presentarnos.

No lo hizo. De hecho, pasó junto a él como una tromba, se dirigió a una mesa al fondo del local y se sentó con tres de sus amigas, a las que había conocido más temprano ese mismo día, acomodándose el minivestido negro.

Genial. Me quedé plantada frente a ese chico como una idiota, mientras él ladeaba la cabeza y me observaba con expresión inquisitiva. Como parecía amigo de Chloe, quizá estaba esperando que yo me presentara. Le sonreí.

—Hola. Soy Samantha Summers.

El chico puso los ojos en blanco.

—Solo quítate de en medio.

Ah…

Los hombros se me vinieron abajo cuando me aparté a toda prisa, y él pasó rozándome con brusquedad. No me avergonzaba con facilidad, pero en ese momento sabía que mi cara debía estar tan roja como un semáforo.

—Otra Summers… —gruñó—. Justo lo que nos faltaba.

¿Con asco?

La última pizca de esperanza de tener una buena primera noche en mi nuevo pueblo se evaporó. Apreté los dientes y me apresuré hacia Chloe y sus amigas, mirando al frente, evitando las miradas curiosas de los chicos a mi alrededor. Al dejarme caer en la silla, bajé la barbilla.

—¿Qué. Fue. Eso? —La voz chillona de Chloe resultaba tan agradable como desinfectante en los ojos.

—¿A qué te refieres? —repliqué, igual de áspera.

—¿No te dije hace un minuto que no hablaras con gente con la que no debes hablar?

—¿Qué? —Obviamente había perdido la cabeza. Y yo no estaba de humor para soportar tonterías después del desplante que acababa de tragarme—. Tú le hablaste primero. ¿Qué te pasa?

—Le hablé porque tenía que hacerlo. Es el ayudante de barra. Pero no somos amigos de él ni de los de su tipo.

—Dios mío, Chloe. ¿Alguna vez te escuchas a ti misma?

Estaba a punto de levantarme de la mesa y caminar los dos kilómetros hasta casa. Cualquier cosa que me salvara de la estupidez de mi prima. Mis dedos se cerraron alrededor de los reposabrazos, pero justo cuando iba a incorporarme, Anthony se acercó a nuestra mesa. Por alguna razón que no supe explicar, volví a hundirme en el asiento. Tal vez fue la mirada amenazante en sus ojos lo que me impidió irme.

Deslizó una botella de Red Bull frente a Chloe y otra para cada una de sus amigas; luego dejó delante de mí un vaso de agua con gas, con una rodaja de limón encajada en el borde.

—¿Y esto qué es? —espetó Chloe, agarrando la botella y empujándosela a Anthony—. Pedí un martini, no un Red Bull.

Anthony se inclinó hacia adelante, apoyó las palmas sobre la mesa y fulminó a Chloe con la mirada.

—No creo que ninguna de ustedes tenga más de veintiún años, así que será lo de siempre. Lo tomas o lo dejas, Summers.

Cuando su mirada dura se posó en mí, el calor volvió a subirme a las mejillas. Maldición, ¿podía dejar de hacerme eso? Tragué saliva, con la garganta seca, y esbocé una mueca tímida.

—Yo soy la de la soda, ¿recuerdas? Estoy bastante segura de que no hace falta pedirme identificación por eso.

Algo cruzó su rostro y lo volvió mucho menos intimidante. Me tomó un segundo darme cuenta de qué era: hoyuelos. ¿Eso era una sonrisa? Bueno, no exactamente, pero sin duda su expresión se suavizó.

Lo siguiente que supe fue que Chloe estiró el brazo por encima de la mesa y, con una torpeza sorprendente, volcó mi vaso. El chorro

de agua me empapó el pantalón de camuflaje.

—¿Pero qué…? —salté de la silla al mismo tiempo que Anthony se apartaba bruscamente.

—Cuidado, ayudante —escupió Chloe—. Mira nada más lo que hiciste.

La mirada que Anthony le lanzó pedía a gritos una cuerda para estrangularla.

—¿Estás loca? Fuiste tú.

Chloe arqueó una ceja perfectamente delineada y se recostó en la silla, cruzando los brazos bajo el pecho. Su voz se volvió peligrosamente fría.

—Yo no toqué nada. Tal vez la próxima vez deberías dejar de mirarme y concentrarte en el sencillo trabajo que tienes.

Guau. Freddy Krueger se encontraba con It de Stephen King. Entre ellos flotaba una enemistad muy real, y estaba segura de que no tenía nada que ver con que ella fuera la reina de su pequeño mundo y él solo un simple ayudante. ¿Por qué de pronto me sentía atrapada en medio de algo personal?

—¡Tony! ¿Hay algún problema?

Me giré y vi a un hombre alto detrás de la barra, observándonos. No llevaba pantalón negro y camisa blanca como Anthony, sino una camiseta azul con un chaleco negro encima.

—No hay ningún problema, Charlie —respondió Tony entre dientes. Luego sacó un trapo del cinturón y limpió la mesa. Cuando quedó seca, se colgó el trapo al hombro y me lanzó una mirada otra vez cargada de fastidio—. ¿Puedo traerles algo más que tú y tus amigas puedan tirar?

Las palabras se me quedaron atoradas en la garganta cuando en realidad quería gritarle que no me metiera en esto. No eran mis amigas, y Chloe… bueno, era familia, y dependía de ella de una forma que esa noche empezaba a odiar de verdad. Pero con la perspectiva de quedarme en su casa durante bastante tiempo, mis opciones eran limitadas.

Así que solo negué con la cabeza, y Tony se fue sin decir una palabra más.

Un tirón en el brazo me obligó a volver a sentarme. Chloe frunció el ceño con evidente desaprobación mientras se apartaba unos mechones de su flequillo rubísimo de los ojos.

—Te queda mucho por aprender si quieres juntarte con nosotras, primita.

Solo tenía seis meses menos que ella, pero había sido la primita durante mucho tiempo, gracias a mis desafortunados metro cincuenta y siete. No me molestaba. Lo que sí me sacaba de quicio era la actitud extraña y venenosa que Chloe parecía haber desarrollado desde la última vez que nos habíamos visto.

Una de las chicas —Breena o Brinna, no lo recordaba bien— soltó una risita y abrió su bolso debajo de la mesa. Todas metieron la mano por turnos, menos yo. Cuando vi lo que sacaban, se me abrieron los ojos de par en par.

—¿Metieron alcohol de contrabando aquí? ¿Están locas?

—¡Chist! —Chloe vertió una botellita de vodka en su Red Bull mientras las demás se inclinaban para taparla del barman—. Esto es solo para entrar en ambiente. Luego vamos a una fiesta de verdad.

Hasta aquí llegué. No tenía muchas opciones, pero no iba a aguantarle esa mierda a Chloe ni a nadie más.

—No me importa adónde vayan, pero nosotras no vamos a ningún lado. Yo me largo. Dame las llaves del coche. Seguro que Christine…

—Kirsten —me corrigió con aspereza la pelirroja sentada junto a Chloe.

—…Kirsten, o cualquiera de las otras, puede llevarte a casa.

—No lo creo —se rió Chloe, y sonaba de verdad enfadada—. No vas a manejar mi coche si yo no voy contigo.

—Me arrastraste hasta aquí y me tiraste agua helada por todo el pantalón. No precisamente me estoy divirtiendo. Y desde luego no voy a ir caminando hasta tu casa. Así que dame las malditas llaves.

Hice una pausa y me incliné hacia ella.

—¿O prefieres que deje una nota en la encimera de la cocina para que tu mamá la lea mañana? —mi voz salió en un siseo de advertencia—. Seguro que le encanta enterarse de que le pones alcohol a tus bebidas.

—¡No te atreverías, mocosa!

—Pruébame.

Extendí la mano, clavándole a mi prima la mirada asesina que había contenido todo el día… desde que me pasó la mano por mi cabello en capas, todo despeinado, y dijo que parecía un arbusto con patas cuando ella y sus padres me recogieron en el aeropuerto.

Con un bufido, Chloe sacó las llaves del bolso y las dejó caer en mi palma. Mientras apretaba los dientes, me pregunté si aquello no me pasaría factura más tarde.

Genial. Esta noche apestaba.

Me enderecé y cuadré los hombros. Con la cabeza bien alta, caminé hasta el ayudante, que se había detenido junto a una pareja joven y charlaba con ellos. Saqué un puñado de dólares del bolsillo del pantalón y los dejé caer sobre su bandeja.

—Quédate con el cambio.

Me lanzó una mirada fría. Evidentemente, no hacía falta decir nada más. Giré sobre los talones y salí con paso firme por la puerta, atreviéndome a respirar de nuevo solo entonces. Me pasé las manos por el cabello, fastidiada cuando terminé a la altura del mentón. Me había parecido una gran idea cortarlo antes de venir, pero ahora mismo apestaba tanto como todo lo demás.

Guau. Vaya comienzo para mi nueva vida.

Durante uno o dos minutos me senté sobre el cofre del coche de Chloe y me quedé mirando mis muslos empapados. El color herrumbroso de mis pantalones se había oscurecido hasta volverse un marrón rojizo. ¿Qué demonios le había pasado por la cabeza a Chloe para hacer eso?

Tal vez alguien debería hablar con la tía Pamela sobre su hija. Beber en lugares públicos, comportarse como una imbécil arrogante… así no era la Chloe que yo conocía de cuando éramos más chicas. Aunque, pensándolo bien, yo no era una soplona. Nunca delataría a un miembro de la familia —por estúpido que fuera—. Pero Chloe no tenía por qué saberlo.

Mis pensamientos volvieron al ayudante. No sabía nada de él, aparte de su nombre, pero la forma en que había gruñido «otra Summers» me hizo preguntarme qué historia desagradable

compartían él y Chloe. Fuera lo que fuera, me negaba a quedar atrapada en medio del fuego cruzado. Sus peleas no eran asunto mío. En ese momento tenía que concentrarme en lo que tenía delante. El lunes empezaba en un instituto nuevo y, sin Chloe llevándome de la mano y presentándome a todo el mundo, sería tan horrible como todas las otras veces que me había tocado empezar de cero.

Ay, qué ganas…

Volver al lugar donde ocupaba una habitación en el mismo piso que mi prima idiota no me apetecía nada ahora mismo. Con las llaves colgando de los dedos, me puse a deambular por la calle, decidida a distraerme mirando escaparates. Pero las tiendas que bordeaban la acera estaban todas a oscuras y algunas tenían las persianas metálicas bajadas. Me asomé por las rendijas, pero no distinguí gran cosa.

Claro, como si todo el pueblo se hubiera puesto de acuerdo para cerrarme la puerta en las narices. Solté un suspiro largo. Con la vista clavada en el cielo oscuro, seguí caminando, doblé un par de esquinas y, de repente, me perdí. Con mi maravilloso sentido de la orientación, eso se me daba especialmente bien. Me llevó una hora y media —y una generosa cantidad de insultos dirigidos a mí misma— volver a encontrar el coche de Chloe. Me acerqué desde la dirección contraria a la que había tomado al principio. Al apretar el botón del llavero, las luces parpadearon dos veces y las puertas se destrabaron.

Unas voces a mi derecha me hicieron volver la cabeza hacia la entrada de la cafetería. Un pequeño grupo de chicos estaba allí afuera. El ayudante estaba con ellos, y también la pareja con la que había estado hablando cuando me fui antes.

Mordiéndome el labio inferior, aminoré el paso y los observé de reojo, preguntándome si debía intentar hablar con Tony. Dado que parecía decidido a meterme en el mismo saco que a mi prima sin conocerme en absoluto, era una buena oportunidad para aclarar las cosas. Bueno, está bien… la idea de que Chloe se pusiera roja como un tomate al enterarse de que estaba hablando con alguien con

quien, según ella, no debía hacerlo, quizá también influyó un poco en mi decisión.

Crucé la calle.

—¿Tony?

Se dio la vuelta, y su sonrisa se evaporó en el instante en que me vio.

Uf.

Entrecerró los ojos, ladeó la cabeza y me observó mientras me acercaba. Conocía bien esa mirada. Decía: solo quítate de en medio. Una inquietud me cayó pesada en el estómago. Tal vez esta no había sido tan buena idea después de todo. Mi siguiente paso fue vacilante, pero ya era demasiado tarde para echarme atrás. Todo el mundo me estaba mirando.

—Yo… —me aferré a los puños de la sudadera, que me cubrían hasta la mitad de las palmas—. Solo quería decir que lo siento. Ya sabes, por lo que pasó ahí dentro. Con el agua y…

—Para ti —interrumpió mi balbuceo con un tono arrastrado— es Anthony.

Se volvió hacia sus amigos y se alejaron caminando.

Chapter 2

Samantha

—Bienvenida a Grover Beach, Sam —murmuré para mí misma mientras arrastraba los pies hasta el auto de Chloe. Apoyé la frente contra el volante y deseé no haber salido nunca de la casa.

Muy propio de mi suerte, no había prestado la menor atención cuando entramos al pueblo, así que no tenía idea de por dónde ir para llegar a la casa de mi tío. Di varias vueltas sin rumbo, pero eso tampoco me llevó a ningún lado. Por supuesto, el auto de Chloe tenía sistema de navegación, así que al final ingresé la dirección y dejé que la voz femenina me guiara hasta el palacio de los Summers. Estacioné frente al garaje de doble puerta, bien cerrado. Unos momentos después entré a la casa con las llaves de Chloe y las escondí bajo el felpudo. En un minuto le enviaría un mensaje para decirle dónde encontrarlas.

La habitación de huéspedes que ocupaba estaba en el segundo piso, y las ventanas gemelas daban al enorme jardín de abajo. En ese momento, lo único que veía reflejado en el vidrio cuando miraba hacia afuera era mi propia cara, crispada de frustración.

Pateé las botas hasta dejarlas en un rincón y me dejé caer sobre la cama. La habitación era el doble de grande que la que tenía en El Cairo y, aunque estaba completamente amueblada con piezas a juego de madera de cerezo, se sentía extrañamente vacía sin ningún toque personal. No había traído muchas cosas: solo una maleta con mi ropa favorita —en su mayoría sudaderas con capucha y pantalones camuflados— y, por supuesto, mis materiales de dibujo.

Mi celular descansaba sobre la mesa de noche. Lo tomé, con ganas de hablar con alguien y sacarme del pecho toda la tristeza de aquel primer día miserable. Egipto estaba diez horas adelantado con respecto a California. Podía llamar a mi mamá y seguramente la encontraría desayunando. Pero ¿qué le diría? ¿Que Chloe se había

vuelto una perra y que el tipo del café me había humillado de lo lindo?

No. Mi mamá solo se preocuparía, y no quería causarles más angustias a mis padres. Dejarme ir ya había sido bastante duro para ellos. Si la llamaba, tendría que fingir que estaba bien, y en ese momento no me sentía capaz de hacerlo. Así que le envié a Chloe un mensaje corto sobre las llaves y dejé el teléfono otra vez en su lugar.

Decidí dibujar. Siempre me ayudaba a calmarme. Sobre el amplio escritorio frente a la ventana había hojas, lápices y carboncillos esparcidos por todas partes. Antes de que Chloe me sacara prácticamente a rastras, había empezado a dibujar a Lucifer, el semental salvaje que solía vagar por los terrenos alrededor de nuestra casa, en las afueras de El Cairo. Nadie había logrado tocarlo jamás, pero por alguna razón siempre se acercaba más a mí que a cualquier otra persona. Mi papá solía decir que probablemente se sentía conectado conmigo. Indómito y terco. O tal vez simplemente le gustaba mi cabello, negro azabache como el suyo.

Fuera lo que fuera, había disfrutado de la presencia del animal y lo había dibujado cientos de veces en aquella época. Pero ahora los rasgos, los músculos, las sombras… nada salía como yo quería. Me costaba horrores dibujar de memoria. Extrañaba tener al modelo frente a mí.

A las dos de la mañana, cuando Chloe por fin se coló en su habitación y cerró la puerta un poco más fuerte de lo necesario, me rendí y me fui a la cama. Al cerrar los ojos, esperaba soñar con Lucifer y con los vastos paisajes del desierto egipcio. Pero en su lugar apareció un rostro juvenil, con unos ojos que me fulminaban al mirarme. Gemí y me di la vuelta, tirando del edredón para cubrirme la cabeza. Claro que sí: ese idiota grosero sería lo último en lo que pensaría antes de quedarme dormida.

*

El domingo fue tranquilo. Casi no vi a Chloe. Al parecer, tenía por costumbre dormir hasta tarde después de una noche de fiesta. A nadie le importó, y a mí menos que a nadie.

Esa noche preparé mi mochila y revisé tres veces todo lo que necesitaba. No quería olvidar nada. Pero el lunes por la mañana me di cuenta de que sí había olvidado algo esencial. Transporte. Chloe se había ido sin mí y, para colmo, no había dejado ni una sola indicación de cómo llegar a la escuela.

—Genial, va a ser un comienzo espectacular en Grover Beach High —murmuré. Cerré los ojos con fuerza y solté un suspiro frustrado antes de colgarme la mochila al hombro. Siempre podía pedirle a la tía Pamela que me llevara, pero eso implicaba dar explicaciones, y de verdad quería evitar contarle ese día las estupideces de Chloe.

Así que bajé por la calle y le pedí indicaciones a la primera persona que vi. La señora, mayor y claramente sorda, me gritó de vuelta:

—¿Qué quiere?

—¡Grover Beach High School! ¿Para qué lado? —señalé a la izquierda y a la derecha, alternando, con una sonrisa esperanzada.

Entonces la mujer sonrió.

—Ah. —Apuntó con su bastón hacia la izquierda—. Son dos millas por ahí —chilló tan fuerte que me pregunté si pensaba que yo también era sorda.

Si quería llegar antes de que sonara la campana de la primera clase, tenía que correr. Dos autobuses escolares amarillos, como yemas de huevo, pasaron a mi lado mientras trotaba por la calle. Al menos ahora ya sabía cuál tomar al día siguiente.

Sudando y sin aliento, llegué al edificio en quince minutos. Y aún tenía tiempo de sobra para buscar la oficina y recoger mi horario.

La señora Shuster, la secretaria, ya me estaba esperando cuando abrí la puerta de vidrio opaco y entré a la oficina. Había hablado con ella por teléfono la semana anterior para decirle qué clases quería tomar además de las cuatro materias troncales: inglés, matemáticas, ciencias e historia de Estados Unidos. Había elegido periodismo, educación física y, por supuesto, arte.

La señora Shuster me había hablado de una clase especial que ofrecían, llamada Animación y Efectos Visuales. Yo había estado en

una clase avanzada similar en El Cairo y moría de ganas de continuar mis estudios allí. Con manos firmes y buen ojo para el detalle, mi objetivo era trabajar algún día para Disney Pixar. O eso, o convertirme en bailarina profesional. Me encantaba moverme casi tanto como dibujar.

La secretaria me hizo firmar unos cuantos formularios y luego me entregó mi horario y un mapa del edificio. Con tantos pasillos, sería un milagro si alguna vez lograba encontrar la salida.

Avancé hacia ciencias siguiendo el recorrido con el dedo sobre el mapa, levantando la vista de vez en cuando para asegurarme de que iba en la dirección correcta. Un último giro a la izquierda y… ¡ta-da! Alcé la barbilla y me quedé mirando una puerta cerrada con el dibujo de un monigote. Desde adentro llegaban sonidos de inodoros descargando y grifos corriendo. Con toda probabilidad, aquel no era el salón de ciencias.

Volví a mirar el mapa. ¿En qué demonios me había equivocado?

La puerta se abrió de golpe y, todavía sujetando el mapa enorme con ambas manos, me quedé boquiabierta al ver el rostro de un chico. Antes siquiera de saber por qué, el corazón se me subió a la garganta.

Tony se detuvo en seco, justo a tiempo para no llevarme por delante. Se esforzó por mirarme desde arriba, como si mi baja estatura fuera lo que más le molestaba de toda la situación.

Vamos, tampoco era para tanto. Si acaso, mi estatura era simplemente linda. Probablemente podría apoyar la barbilla en la parte superior de mi cabeza si me abrazara.

Espera. ¿Acabo de pensar en abrazar? Definitivamente no con este imbécil. Ni hablar.

—¿Vas a estudiar aquí? —me preguntó entonces, y por el tono, eso debía de ser lo peor que podía pasarle.

—Eh… s-sí. —Maldita sea, odiaba esa reciente costumbre mía de tartamudear. Esa no era yo. Bueno, no la yo normal, al menos. Me aclaré la garganta y enderecé la espalda, lo que me dio el último centímetro que necesitaba para recuperar algo de confianza—. Primer día.

La mirada de Tony bajó al mapa que sostenía en las manos y luego volvió a mi cara. Su expresión cambió a una de diversión mientras arqueaba una ceja.

—¿Tu primera clase es en el baño de hombres?

No me dio tiempo de contestar; con cuidado me apartó hacia un lado con el dorso del brazo y se marchó.

Le saqué la lengua cuando se fue, cosa que obviamente no pudo ver. Luego golpeé la parte de atrás de mi cabeza contra la pared y me arrepentí de inmediato cuando el dolor me vibró en todo el cráneo.

Bien, empecemos de nuevo. Localicé el baño de hombres en el mapa y, desde ahí, tracé el camino hasta el salón de ciencias. Esta vez sí di con la ruta y me dejé caer, aliviada, en un asiento al fondo del aula.

Un grupo de estudiantes entró cuando sonó la campana. Un chico altísimo, con una sudadera negra y la capucha subida sobre la cabeza, se acercó y se detuvo frente a mí, mirándome de una forma extraña. Un cable delgado de unos audífonos de iPod le colgaba por el cuello, y algunos mechones de cabello rojo asomaban por debajo del borde de la capucha.

—Muévete —gruñó—. Ese es mi asiento.

—Muy buenos días para ti también —murmuré, aunque dudaba que pudiera oírme con los audífonos puestos. Me deslicé al asiento de al lado, arrastrando mis libros conmigo. No me echó, así que quizá tendría que sentarme junto a un gigante antipático, pero al menos tenía dónde sentarme.

La profesora entró detrás de los últimos chicos. Tenía el cabello teñido de un blanco reluciente y unos lentes verdes extravagantes apoyados sobre su nariz respingada. Recorrió el aula con la mirada hasta que se posó en mí. Sonriendo, me hizo una seña para que pasara al frente.

Sabía que esto iba a pasar, pero aun así un escalofrío me recorrió la espalda ante la idea de la presentación formal. Al menos solo tendría que hacerlo siete veces ese día y luego el horror habría terminado.

La señora Hallshaw, así se llamaba, me pidió que me pusiera de pie frente a la clase y les contara a todos de dónde venía y qué me gustaba hacer.

Metí las manos en los bolsillos.

—Me llamo Samantha Summers, pero por favor díganme Sam. Mi papá es general del Ejército de los Estados Unidos. Eligió trabajar en el extranjero, así que por eso ya he pasado por nueve escuelas distintas —me balanceé sobre los talones y me apoyé contra el pizarrón—. En nueve países diferentes.

Algunos rostros en el aula se iluminaron con expresiones intrigadas. Uno de los chicos del fondo incluso silbó por lo bajo.

—Qué increíble —dijo una chica con los ojos muy abiertos detrás de sus lentes. Si supiera el lado malo —que tenía mucho que ver con la inexistente vida social de la hija de un general—, probablemente no diría eso.

—Intenta memorizar nueve mapas de ciudades distintas, nueve planos de escuelas, y aprender cuatro idiomas solo para poder pedir el tipo correcto de espagueti en un restaurante —dije, soltando un suspiro cansado—. No es tan divertido en realidad. Y justo cuando por fin descubres dónde comprar ropa cool en ese nuevo lugar, tus padres te dicen que lo sienten, pero que tienes que mudarte otra vez.

La chica de los lentes hizo una mueca.

—Uf. Qué feo.

—¿Hablas cuatro idiomas? —preguntó la profesora, y me giré para encontrarme con su expresión impresionada.

—Sí, señora. Inglés, portugués, finés y un poco de árabe. —En realidad, mi árabe se limitaba a los saludos básicos y a preguntar precios, pero había sido suficiente para sobrevivir ocho meses en El Cairo. Tuve suerte: la mayoría de la gente hablaba inglés allí, y hasta la escuela a la que había asistido era privada, para estudiantes estadounidenses.

—¿Puedes decir algo en finés? —preguntó otra chica con coletas. Me resultó vagamente familiar. Me pregunté si la habría visto en algún momento en el café el sábado por la noche.

—Rakastan piirtämistä ja tanssimista —dije, diciendo lo primero que se me vino a la cabeza.

Algunos se rieron por lo claramente extranjero del sonido, pero todos parecían súper impresionados.

—¿Qué dijiste? —preguntó la chica de los lentes, apartándose el cabello ondulado del hombro.

—Que le encanta dibujar y bailar.

La respuesta vino del chico alto de la capucha y el iPod. Tenía los labios apretados, pero estaba sonriendo. Y yo me quedé mirándolo, boquiabierta.

Cuando la señora Hallshaw me dio permiso para volver a mi asiento y caminé de regreso, el chico alto se giró hacia mí y se bajó la capucha. Sin el disfraz, en realidad era bastante lindo. Me tendió una mano.

—Hola. Soy Niklas Frederickson. Puedes decirme Nick.

—Hola, Nick. —Quise decir algo ingenioso, pero solo me quedé mirándolo un segundo y luego pregunté—. ¿Eres de Finlandia?

—De Suecia, en realidad. Pero viví en Finlandia unos años antes de que nos mudáramos a California.

—Qué genial —dije, y lo decía en serio—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Seis años. Entonces… ¿te gusta bailar? ¿Qué haces?

—Un poco de todo. Ballet, hip-hop, funk, breakdance. —Sonreí, consciente de que sonaba como si no pudiera organizar mi vida ni quedarme con un solo estilo—. Soy bastante entusiasta.

Me observó con los ojos entrecerrados, como si estuviera evaluando algo.

—Suena bien. Deberías hablar con Alyssa Silverman. Es amiga mía y capitana del equipo de porristas. Sé que está buscando nuevas integrantes.

—Guau. —¿Porrista? Me reí—. Ya sé que acabo de decir entusiasta, pero no creo que sea ese tipo de chica. —Sobre todo porque era bajita y no tenía el peinado adecuado: largo, rubio y perfecto. De pronto me pregunté si Chloe sería porrista.

La señora Hallshaw se aclaró la garganta, y Nick y yo guardamos silencio durante quince minutos. Pero cuando tuvimos

que hacer un experimento en parejas con un pez muerto, me pasó un papelito con un número garabateado.

—Este es el número de Allie. Si quieres echarle un vistazo al equipo, llámala.

—Está bien… gracias. —Me guardé la nota en el bolsillo—. Me sorprende que aquí haya porristas. ¿Grover Beach siquiera tiene un equipo de fútbol americano?

—No. Pero en esta escuela jugamos fútbol.

Yo había visto exactamente un tiempo de un partido de fútbol en Finlandia. No era lo mío, la verdad.

—¿Tú juegas?

—Sí. Soy un Grover Beach Bay Shark. —Me sonrió y dejó ver que tenía uno de los dientes frontales astillado. Tal vez por algún accidente jugando. Intenté no mirarlo, pero era difícil cuando no dejaba de sonreír.

—Entonces, eh… ¿en qué posición juegas? ¿Mariscal de campo? ¿Lanzador?

Nick inclinó la cabeza, como si estuviera intentando descifrar en qué idioma le estaba hablando.

—Los mariscales de campo son del fútbol americano. Y aquí no tenemos lanzadores, ni de broma. Soy el portero.

—Ah. —Así que probablemente alguna vez había detenido un balón con la cara. De ahí el diente. Me resistí a preguntarlo y, en su lugar, empujé el plato con el pez hacia él para que lo diseccionara—. No soporto los animales muertos. Me dan escalofríos. —Incluso al decirlo, un temblor me recorrió la piel.

Nick no tuvo ningún problema con el pez muerto. Lo abrió como si fuera un panecillo tibio.

Después de ciencias, luché por abrirme paso por el pasillo abarrotado hasta historia de Estados Unidos, y luego seguí hasta inglés, donde encontré un asiento junto a la chica de ciencias, la del cabello ondulado color miel y los lentes. Se llamaba Susan Miller y resultó ser realmente divertida. Teníamos que escribir un poema sobre cualquier fruta que nos gustara, y ella tituló el suyo *Oda a mi banana*. Yo justo había dado un sorbo a mi refresco cuando empezó

a leerlo y, cuando todos estallaron en carcajadas, me salió Coca-Cola por la nariz. Sí, podía ser muy atractiva cuando quería.

Susan también tenía matemáticas conmigo y, como ya había escuchado mi presentación tres veces ese día, se tomó la libertad de presentarme a dos de sus amigas antes de la quinta hora: Simone Simpkins, que parecía una modelo noruega con ropa súper ajustada y rizos rubios perfectos, y Lisa Matthews. Ambas parecían muy agradables, aunque Lisa no habló mucho. Se quedó observándome durante un buen rato. Incómodo. El hecho de que fuera parte de la pareja con la que Tony había hablado en el café el sábado lo hacía doblemente incómodo.

—Eres la prima de Chloe Summers, ¿no? —dijo por fin, recogiendo su largo cabello castaño en una cola alta.

—Eh… sí. ¿Es un problema? —Después del incidente con el busboy, ya no estaba tan segura.

—¿En serio? ¿Chloesetta es tu prima? —soltó Susan, empujándose los lentes de montura metálica más arriba en la nariz —. Jamás lo habría imaginado. Eres tan… con los pies en la tierra.

Todas se rieron. Yo, la que más. Sobre todo porque la había llamado *Chloesetta* y no tenía idea de por qué.

—Sí, ella es un poco… excéntrica. Estoy viviendo con ella y su familia hasta que mis padres regresen a Estados Unidos en cuatro meses. No la recordaba tan snob de cuando éramos más chicas.

—Es como… el clon de Barbie —dijo Simone, y luego señaló a Lisa con el pulgar—. Palabras de ella, no mías. Pero sí tiene fama en esta escuela, y no precisamente buena, si me entiendes. Por eso algunos empezaron a llamarla Chloesetta. Es conocida por arrastrar chicos a su clóset todo el tiempo.

Oh, sí, lo entendía perfectamente. Cinco minutos con Chloe habían sido más que suficientes para darme cuenta.

Después de periodismo, las tres chicas me arrastraron hasta la cafetería. Fue agradable tener con quién sentarme durante el almuerzo. Normalmente me tomaba unos días hacer amigos en una escuela nueva. Ese día había sido distinto. De verdad disfrutaba la compañía de las chicas. Y en la cafetería también volví a ver a Nick. Estaba sentado en una mesa larga con otros chicos atléticos. Su

cabello pelirrojo destacaba entre todos. Le hice un gesto con la mano al pasar y él me sonrió.

—¿Conoces a Frederickson? —me dijo Lisa al oído mientras hacíamos fila para la comida.

—Sí. El finés rompió el hielo —le sonreí por encima del hombro, y luego elegí una rebanada delgada de pizza, agua y una paleta de cereza.

Simone tomó media pizza, y Susan y Lisa se sirvieron cada una una hamburguesa con papas fritas. Las seguí por el comedor, preguntándome dónde nos sentaríamos. Se me cayó la boca abierta cuando nos dirigimos hacia la mesa de los chicos guapos, pero la cerré de inmediato.

—Hola, chica finlandesa —dijo Nick, y con el pie derecho me sacó la silla de al lado—. ¿Cómo va tu primer día?

Dejé la charola sobre la mesa y me senté en la silla de vinil rosa.

—Mejor de lo que esperaba —sonreí y mordí una esquina de la pizza.

Él miró mi paleta después de echarle un vistazo a su charola repleta.

—¿Eso es todo lo que vas a comer?

—Es bajita. No necesita tanto como tú, Frederickson —dijo alguien detrás de mí.

El hielo en esa voz me hizo encogerme, y la pizza se me atoró en la garganta. No necesitaba voltear para saber quién era.

Tony rodeó la mesa y se dejó caer en el asiento entre Lisa y Simone. Luego se inclinó hacia Lisa sin apartar de mí esos ojos fríos.

—¿Y por qué ella está sentada con nosotros? —Un segundo después, hizo una mueca—. ¡Ay!

Lisa lo fulminó con la mirada.

—Eso fue por ser un idiota.

Él le mostró los dientes en una parodia de sonrisa. Al mismo tiempo, el chico alto de cabello negro que había visto con Lisa en el café apareció detrás de ella. Le tiró juguetonamente de la cola de caballo, se inclinó y le besó el cuello.

—¿Por qué le estás dando patadas a mi mejor jugador, Matthews?

¿Jugador? ¿Todos jugaban fútbol como Nick?

Lisa cerró los ojos un instante y sonrió, claramente disfrutando la caricia. Maldición, ¿quién no lo haría? El tipo estaba increíblemente bueno.

—Porque se lo merecía —respondió, y él pasó una pierna por encima del respaldo del asiento del otro lado para sentarse.

—Oye, ¿cuál es tu problema, Tony? —se rio Nick con la boca llena de papas antes de meterse aún más.

Tony sostuvo mi mirada al otro lado de la mesa. Me pregunté si en ese momento preferiría estar sentado en otra esquina del comedor. ¿Por qué me odiaba tanto? No era como si trajera la palabra *lepra* tatuada en la frente.

Con un suspiro, dejé la pizza sobre la mesa; se me había ido el apetito. Me limpié los dedos en la servilleta de papel blanca.

—El problema es que soy la prima de Chloe Summers —dije. Fuera lo que fuera que eso significara para Tony.

Todos los chicos de la mesa me miraron durante un par de segundos. Incluso Nick me lanzó una mirada de reojo.

—Oh. ¿En serio?

Asentí.

—No te pareces a ella.

Entonces me reí, agradecida de no estar bebiendo justo en ese momento. Lo último que quería era echar agua por la nariz frente a todos.

—Sí, no venimos del mismo esperma, ya sabes —le dije a Nick, poniendo los ojos en blanco y dándole un empujoncito en el hombro.

—Pero Sam va a vivir con la familia de Chloe —aclaró Simone con expresión compasiva mientras le daba una uva a un chico con mohawk rubio sentado a su lado—. En la misma casa durante cuatro meses.

—Uf, eso está rudo —dijo el chico que le había besado el cuello a Lisa, sin levantar la vista mientras sacaba los pepinillos de su hamburguesa con queso—. Oye, Alex, pásame la catsup.

El novio de Simone hizo deslizar la botella por la mesa hasta nuestro lado, pero otro chico fornido la atrapó y empezó a bañar su espagueti con el contenido.

—Puaj, Sasha, ¿podrías dejar un poco en la botella? —Lisa le arrebató la catsup de las manos y se la pasó a su novio, que exprimió el resto de la salsa sobre su hamburguesa.

Un momento después, Nick me hizo pegar un salto en la silla cuando gritó:

—¡Oye, Al, trae tu trasero sexy para acá un segundo!

Seguí su mirada a través del comedor hasta una chica alta y delgada, con el cabello tan negro como el mío… solo que a ella le llegaba hasta la cintura de sus pantalones acampanados, y no apenas al mentón. Dejó su charola en una mesa donde solo había chicas y luego se acercó a nosotros.

—Hola, chicos. ¿Qué pasa?

—¿Sigues buscando integrantes para tu equipo? —preguntó Nick.

Uf. Una porrista. Apreté los molares, deseando que no hiciera esto justo ahora. Le bastaba mirarme una sola vez para decidir que el cheerleading y yo no éramos compatibles.

—Sí. Por fin convencimos a Lisa de unirse, pero todavía nos faltan dos. ¿Conoces a alguien?

Fue muy gracioso cómo, de pronto, a los dos chicos a la izquierda y a la derecha de Lisa se les cayó la quijada. El alto de cabello negro esbozó una media sonrisa y formó con los labios un *¿tú?*.

—Solo dije que iba a ir a ver los entrenamientos —se defendió Lisa de inmediato. Luego sonrió con cinismo por encima del hombro —. Gracias, Allie.

—Oh, tú vas a animarme a mí, nena —dijo su novio, mordisqueándole la oreja.

Lisa lo apartó como a un cachorro demasiado cariñoso y se rio.

—Ve a comerte tu hamburguesa, Hunter.

Nick apoyó el brazo en el respaldo de mi silla.

—Al, ella es Sam Summers. Acaba de mudarse de vuelta a Estados Unidos y, por lo que sé, baila muy bien.

Alyssa Silverman sonrió, se inclinó sobre la mesa y me tendió la mano. Su cabello largo cayó hacia adelante, casi dentro de la comida de Tony. Él lo apartó y lo acomodó sobre su hombro, luego le lanzó a Nick una mirada asesina. Nick no la vio porque estaba mirándome a mí. Sí, Tony sabía cómo hacerte sentir completamente bienvenida, hicieras lo que hicieras.

—Encantada, Sam —dijo Al cuando nos dimos la mano—. ¿Qué tipo de baile?

—Eh… un poco de todo, la verdad. Una mezcla.

—Suena bien. Si te interesa, podemos ver qué sabes hacer. Tengo educación física en la siguiente hora. ¿Hay alguna posibilidad de que tú también?

Recordé rápidamente el horario que me había dado la señora Shuster esa mañana y asentí.

—Genial. Nos vemos luego, chicos. —Nos saludó con la mano y volvió corriendo con sus amigas.

Guau. Esto sí que era nuevo. Yo había esperado que me avergonzara delante de todos con algún comentario fuera de lugar sobre mi aspecto desordenado. Pero parecía bastante buena onda.

—¡Esto es genial! —chilló Susan y dio una palmada—. ¡Lisa y Sam van a animarnos!

—No veo qué tiene eso de genial —murmuró Tony, y supe que se refería a mí.

Decidí ignorarlo por el momento y, en cambio, alcé las cejas hacia Susan.

—¿A nosotras? ¡No me digas que juegas fútbol!

—Equipo mixto —explicó Lisa—. Tu prima también está en el equipo. ¿No lo sabías?

—No he hablado mucho con ella desde que llegué. Así que no, no lo sabía. Y eso es una locura total. Mi prima… jugando fútbol. —Negué con la cabeza—. ¿Estamos hablando de Chloe *"lo siento, no puedo teclear porque podría romperme una uña"*?

Dios mío, ¿eso fue una sonrisa? ¿Acaso el señor Frío y Furioso dejó escapar una? Si fue así, se la tragó en cuestión de segundos.

—Sí —dijo Hunter—. Y además es muy buena.

Lisa bajó la barbilla y le lanzó una mirada incómoda. Me pregunté si ese detalle le molestaba. Tal vez podría preguntarle luego. Y ya que estábamos… un poco más sobre Tony también.

Mientras todos comían, ignoré mi pizza, desenvolví la paleta y me la metí en la boca. El sabor a cereza se desplegó en mi lengua mientras la chupaba con ganas. Delicioso. Suspire.

Cuando Susan arqueó las cejas detrás de sus lentes, saqué la paleta con un chasquido y la señalé.

—Son lo mejor del mundo. No he comido una en ocho meses. —Me la volví a meter en la boca y la empujé hacia una mejilla con la lengua—. Mmm, tan buena. Podría vivir solo de esto el resto de mi vida.

—Es como tú con tus galletas de queso —dijo Lisa, dándole un codazo juguetón a Tony en las costillas—. Solo que ella no le pone mayonesa a la paleta.

¿Mayonesa en una paleta? ¿De qué estaba hablando?

Tony le lanzó a Lisa una mirada tan fría como la que me había dedicado a mí al llegar.

—Ella no es como yo. Principalmente porque es baja. Y por eso mismo no debería estar en el equipo de porristas.

La silla raspó el piso de linóleo cuando se levantó y se llevó su charola. Segundos después, las puertas dobles se cerraron tras él.

Chapter 3

Samantha

—No lo entiendo. ¿Qué le hice para que me trate así? —me dejé caer en el banco bajo del vestuario y me quité las botas de una patada.

Con expresión compasiva, Lisa dijo: —No le hagas caso a Tony. —Empezó a desabotonarse los jeans y se sacó por la cabeza la sudadera gris de Mickey Mouse—. En este momento es un poco alérgico al apellido Summers.

—Sí, eso ya lo noté. Pero ¿cuál es el problema? ¿Qué tiene que ver Chloe con él?

Lisa torció la boca hacia un lado. —En resumen: le gustaba, se acostó con ella el verano pasado y ella lo dejó esa misma noche.

—¡Cielos! —¿Había estado con mi prima? Seguro tenía los ojos como platos. ¿Tony había estado enamorado de Chloe? Cuesta creerlo después de cómo lo vi hablarle. Frío como una piedra, sin una pizca de afecto… igual que conmigo.

Perdida en mis pensamientos, noté que Lisa ladeaba la cabeza. —¿Estás bien? —preguntó.

—Claro. —Me aclaré la garganta—. Solo que no pensé que Chloe fuera a convertirse en ese tipo de perra. Ahora entiendo por qué no soporta escuchar nuestro apellido.

—Sí, pero hay más en la historia —intervino Simone, rodeando los hombros de Lisa con un brazo. Las chicas se miraron y Simone sonrió—. ¿Verdad?

Lisa suspiró, y entonces Susan tomó la palabra. A ella realmente le encantaba hablar. —El caso es que Lisa estuvo enamorada de Tony durante años. Pero él no se dio cuenta. O tal vez sí, y simplemente no tuvo el valor de decirle que sentía lo mismo.

¿Así que había estado enamorado de Chloe y de Lisa? Pensarlo me apretó el pecho. Bueno, no era una sensación extraña.

Curiosamente, era molesta. No quería ser la única persona del mundo a la que odiara.

—Pero un día —continuó Susan, sin notar mi incomodidad repentina— apareció Ryan Hunter y le robó a Lisa a Tony.

Lisa se rio. —No me robó. —Me miró—. No tuvo que hacerlo. Me fui por voluntad propia.

—Claro, después de que los dos chicos se pelearon por ella —añadió Simone con cara de asombro—. En su dormitorio.

¿Tony se había peleado por Lisa? Parecía lo bastante agradable como para que los chicos hicieran fila por ella, y además era hermosa de una manera muy natural. De pronto, sentí una punzada de envidia. Si no me hubiera cortado el pelo y me pareciera un poco más a ella, tal vez Tony me encontraría atractiva y entonces no sería tan imbécil conmigo. Los chicos no se comportaban como idiotas con las chicas que les parecían bonitas. ¿O sí?

¿Pero por qué demonios iba a importarme? Solo era un chico tonto que me sacaba de quicio. Podía ignorarlo. No debía ser tan difícil.

Me puse las zapatillas y me até los cordones, levantando la vista hacia Lisa. —Ryan Hunter es el chico del almuerzo, ¿no? ¿Entonces se quedó contigo y Tony está enfadado?

—No, no está enfadado. —Lisa se puso una camiseta blanca, y yo hice lo mismo—. Tony está bien con cómo están las cosas. Seguimos siendo mejores amigos.

—Solo que ya no duerme en tu cama —se burló Simone. Cuando Lisa le dio un manotazo en el hombro, Simone salió corriendo con Susan detrás.

Mientras las seguíamos, pregunté con un tono extraño en la voz: —¿Tony dormía en tu cama?

—Sí. Durante años. Hacíamos todo juntos. Para nosotras era lo más normal del mundo.

—¿Lo besaste? —me mordí la lengua. Maldición. No quería preguntar eso, y ni siquiera me interesaba la respuesta. Entonces ¿por qué demonios se me había escapado?

—No, la verdad es que no. Él me besó a mí. El verano pasado. Pero solo una vez, después de que yo me enamorara de Ryan. ¿Por

qué preguntas? —Lisa se detuvo y me regaló una sonrisa de Peppermint Patty—. ¿Te interesa Tony?

—¡Dios, no! —Y ahí quedó el tema. Aceleré el paso hacia el gimnasio y me acerqué a Simone y Susan, que charlaban con Allie junto a un par de anillas.

Las tres sonrieron al verme llegar. Eso me recorrió la espalda como un escalofrío inquietante. —¿Están tramando algo? —pregunté. Sí, definitivamente lo estaban.

—Simone acaba de señalar tu estatura perfecta —explicó Susan.

—¿Mi estatura perfecta? —se me secó la voz. Nadie lo había dicho nunca de esa forma. Y que esas chicas lo dijeran me puso muy incómoda—. ¿Perfecta para qué?

Allie dio un paso al frente y me apoyó una mano en el hombro. —¿Conoces esas coreografías de porristas en las que lanzan a una chica al aire y luego la atrapan?

—Ni hablar. ¡De ninguna manera! —me aparté de ella—. No van a lanzarme por los aires como si fuera una pelota. Pueden lanzar a Simone. Tiene toda la pinta de que a ella le gustaría.

—Simone baila bien, pero es una gallina —dijo Allie, y al instante recibió un empujón en el hombro.

—No soy una gallina —saltó Simone—. ¡Simplemente no confío en ustedes!

—Ah, genial. ¿Y yo sí debería? —Tenían que estar bromeando —. ¿Y por qué no confías en ellas, entonces? ¿No hacen esto todo el tiempo?

Allie se frotó la nuca y arrugó la nariz. —¿Exactamente qué te dijo Nick sobre nuestro equipo?

—Nada. Solo que animan a los chicos del fútbol. Y a las chicas —me corregí rápido al mirar a Susan, que por una vez no llevaba gafas—. ¿Por qué? ¿Hay algo malo con su equipo?

—No. Estamos bien. Solo que no somos profesionales.

—¿Cómo que no?

—Se nos ocurrió que sería divertido animar a nuestros novios —intervino Simone—. En el fútbol no suele haber porristas, pero a los chicos les gustó cuando íbamos a sus partidos y hacíamos un

poco de baile amateur en el entretiempo. Así que vimos unas películas de porristas súper geniales e intentamos copiar los pasos. —Saltó y lanzó la pierna izquierda al aire, agitando las manos como si tuviera pompones.

Lisa le dedicó una sonrisa burlona a Simone. —¿Quieres que yo haga eso también?

—Sí, levanta la pierna, Matthews. Seguro que Hunter quiere saber qué llevas debajo de la falda cuando bailas.

—Hunter se enterará después del entrenamiento.

Todos se rieron. Yo fui la única que frunció el ceño. —Eh… ¿hay algún motivo especial por el que llamas a tu novio por el apellido todo el tiempo?

Lisa se encogió de hombros. —Él empezó.

—Sí, nunca la llama Lisa —aclaró Susan.

—¿Nunca?

—Nunca. Cuando no la llama Matthews, la llama… nena. —En la última palabra bajó la voz, grave y gruñona. Era demasiado gracioso. Me di una palmada en el muslo mientras me reía a carcajadas.

Como habían dicho que animaban a sus novios, me entró curiosidad. —¿Y tú con quién estás? —le pregunté a Allie cuando me calmé.

—Con nadie —respondió Simone por ella—. Todavía. Pero se está esforzando bastante con Sasha Torres. Lo viste en nuestra mesa a la hora del almuerzo.

—¿El de pelo castaño corto? ¿En serio? —Dios mío. ¿Sabía cómo comía espaguetis? Apostaría a que no… o tal vez sí, pero no le habría importado. Estaba buenísimo, como casi todos.

Allie se sonrojó de un rosa espectacular. Vaya, sí que se estaba esforzando.

—¿Y a él también le gustas?

Se encogió de un hombro, pero una sonrisa se le escapó en la cara bonita. —Eso espero. —Luego se aclaró la garganta—. En fin, mejor veamos de qué eres capaz antes de que la señorita Trent haga sonar el silbato.

Miré hacia donde señalaba y vi a una mujer de mediana edad, en ropa deportiva, entrar al gimnasio y dirigirse directamente al cuarto del material. Llevaba un silbato plateado pequeño entre los dientes, pero no lo hizo sonar.

—De acuerdo —dije—. ¿Qué quieren ver?

—¿Puedes hacer mortales hacia atrás? Sería increíble —propuso Susan.

La verdad era que no podía. Pero mis clases de ballet me habían dado una agilidad bastante decente. Para lucirme, me incliné hacia atrás hasta tocar el suelo detrás de los talones; luego cargué el peso sobre los brazos y pasé las piernas una tras otra en una rueda, hasta quedar otra vez de pie.

Se les cayó la mandíbula. Yo sonreí. Seguro no se lo esperaban. Susan se agarró el pelo, con los ojos desorbitados. —Mierda, eso fue increíble.

Allie asintió. —Yo digo que, si además tienes un poco de ritmo, estás dentro.

—Genial. —No sabía si debía alegrarme o ir a buscar un baño y meter la cabeza en el inodoro. Aun así, cualquier baile tenía que ser mejor que nada, así que intenté sonreír.

—Mañana por la tarde haremos algo de coreografía —me dijo Allie—. Ven al campo de fútbol después de clases; así puedes conocer al resto del equipo y decidir si quieres unirte.

—De acuerdo. Mientras no tenga que salir con un jugador para que me acepten, iré.

Susan se rio y me pasó el brazo por el suyo. —Yo puedo ser tu cita. —Adoptó de nuevo esa voz grave y gruñona y me arrastró hacia el resto de los estudiantes, que ya habían empezado a estirar para el calentamiento.

La señorita Trent nos dejó elegir un juego para la clase de deportes de ese día. Gracias a Dios, todos quisieron jugar voleibol, el único deporte con pelota en el que yo era buena. Al terminar la clase, recogí mis cosas y me apuré de regreso al edificio principal para encontrar el aula de mi última materia: Animación y Efectos Visuales. Llevaba todo el día esperando esa hora.

Cuando sonó el timbre, me deslicé por la puerta y me senté en el asiento vacío más cercano a la profesora. Era una mujer de treinta y tantos, con un bonito vestido floral y sandalias de tacón que repiqueteaban sobre el piso al acercarse. —Tú debes de ser Samantha Summers. Bienvenida a AEV —dijo en voz baja, y estrechamos las manos—. Soy Caroline Jackson. Supongo que la señora Shuster te explicó qué debías traer a esta clase, ¿verdad?

Asentí y abrí mi portafolio con los bocetos que había hecho durante la última semana. —Tengo el retrato a carboncillo de una anciana y el antagonista animado. Lo que se me complicó un poco fue el bebé en movimiento, porque no tenemos bebés en la familia. Prefiero dibujar a partir de modelos reales. Pero encontré algo en YouTube para trabajar.

—Ingeniosa. Eso es bueno. —La señora Jackson estudió cada uno de mis dibujos durante unos segundos—. Tus trabajos son bastante profesionales. No sabía qué esperar cuando me dijeron que se incorporaría una nueva estudiante, pero ahora veo que definitivamente tienes talento y perteneces a esta clase. —Me dedicó una mirada aprobatoria—. Al inicio de cada lección me gusta comentar los proyectos de dos o tres estudiantes con el resto del grupo. Me gustaría empezar hoy con el tuyo, si te parece bien.

Asentí, pero al instante se me hizo un nudo en el estómago. Sabía que sabía dibujar. Lo que no sabía era qué tan buenos eran los demás ni dónde encajaba yo con mi talento. Aun así, la señora Jackson parecía satisfecha con mis bocetos, así que respiré hondo y me obligué a calmarme mientras los sujetaba en el pizarrón.

La clase comenzó analizando primero mi Bebé en movimiento. La verdad, no hubo mucho que criticar. El Retrato de una anciana les gustó aún más y señalaron que había hecho un trabajo fantástico con las arrugas y las líneas profundas alrededor de los ojos. Fue entonces cuando por fin me relajé en la silla. Había superado su examen crítico. Uf.

Por último, la señora Jackson pasó a mi última pieza: El antagonista animado. Era un boceto de tres capas de un capitán de nave espacial, balanceándose con un sable de luz en la mano y empujando la capa morado oscuro hacia atrás sobre el hombro. Para

mí, era perfecto. Había trabajado diez horas en ese movimiento en particular. A todos parecía impresionarles, lo que me dibujó una sonrisa radiante en la cara.

Hasta que un murmullo bajo desde el fondo del aula me arrancó de la euforia. —Dios. Qué carita de bebé.

Le siguió la risa contenida de algunos chicos. Se me erizó el vello de los brazos. No quería darme la vuelta, pero aun así sentí cómo el torso se me giraba lentamente en el asiento. Mi mirada se encontró con los ojos fríos de Anthony, sentado en la última fila del salón.

—Señor Mitchell, ¿hay algo relevante que quiera añadir sobre este trabajo? —dijo la señora Jackson en voz alta.

Él se dio unos golpecitos en los labios con el dedo índice, pensativo durante un par de segundos, y luego dijo: —En realidad, sí. —En su voz se percibía claramente el placer que le producía tener la oportunidad de destrozarme a través de mi trabajo.

Me rodeé el cuerpo con los brazos.

—Si bien el movimiento del antagonista, la postura equilibrada y el cuerpo atractivo pueden funcionar para una imagen de villano, la artista metió la pata por completo con la expresión facial. Es evidente que tiene una obsesión con los hoyuelos —algo que ya pudimos ver en las imágenes uno y dos— y los ojos azul bebé de este antihéroe deberían haberse dibujado de una manera más cruel, más furiosa. El antagonista de Samantha Summers quizá asuste de muerte a Winnie the Pooh, pero me temo que no a mucho más.

Toda la clase estalló en carcajadas. Quería llorar. La cara me ardía como si hubiera pasado diez horas bajo el sol.

La señora Jackson retiró mis bocetos del pizarrón y me los devolvió. —Muchas gracias por tu evaluación, señor Mitchell —dijo con un tono cargado de sarcasmo—. ¿Por qué no vemos ahora tu trabajo?

—Claro. —Tony sonrió con suficiencia y me guiñó un ojo mientras avanzaba hacia el frente con aire despreocupado. No fue un gesto amable, sino frío y cruel. Sabía que me había herido. Y el imbécil lo estaba disfrutando.

¿Por qué?

No podía ser tan cruel solo porque Chloe hubiera tirado ese vaso la noche del sábado. Tenía que saber que a mí no me habían impresionado sus numeritos y que, desde luego, no quería meterlo en problemas con nadie. ¿Por qué era tan ciego? ¿Y tan terco? ¡Maldita sea!

Tony fijó sus dibujos al pizarrón con unos imanes grandes y redondos.

Mis pensamientos se hicieron trizas y se me cayó la mandíbula. Él no había captado el perfil del bebé como yo. En su dibujo, la cosita diminuta gateaba directamente hacia el espectador de una forma que te hacía querer estirar la mano y levantarla. Y su antagonista era un caballero brutal montado en un caballo negro y salvaje. Con una expresión codiciosa, el caballero clavaba las espuelas en el animal un poco más en cada capa, haciéndolo encabritarse sobre las patas traseras. Un trabajo impresionante.

Pero fue el tercer dibujo el que de verdad me dejó sin aliento. No sabía quién era esa mujer, pero podría haber sido la abuela entrañable de cualquiera. Su rostro mostraba las cicatrices de una vida larga y dura. Y aunque sus labios eran finos y rectos, su felicidad y sus penurias… todo brillaba en sus ojos.

Era perfecto.

Me quedé en silencio mientras algunos comentaban la precisión de los trazos a carboncillo y el uso magistral de la luz y la sombra. Nadie destrozó la confianza de Tony como él había destrozado la mía. Bajé la mirada para que no notara mi admiración cuando recogió sus dibujos y regresó a su asiento.

Durante el resto de la clase me concentré con todas mis fuerzas en lo que decía la señora Jackson, para no caer en la tentación de darle vueltas a la última crueldad de Tony conmigo. Pero, siendo sincera, el corazón me sangraba. Si cualquier otra persona hubiera dicho esas porquerías sobre mis dibujos, no me habría importado. Pero después de ver el talento tan increíble que tenía ese tipo, sí dolía. Tal vez tenía razón. Tal vez había arruinado el proyecto del antagonista. Tendría que esforzarme más en los siguientes trabajos y no darle ni el más mínimo motivo para volver a atacarme así jamás.

Después de AEV, mientras todos recogían sus cosas, la señora Jackson me llamó a su escritorio. —Hay un objetivo que quiero que todos mis estudiantes alcancen al final de este semestre. Como ya te perdiste un par de meses, necesitas ponerte al día al menos con los proyectos más importantes. Unos cinco trabajos completos. ¿Crees que puedes hacerlo en un par de semanas?

—Eh, sí. —Me hice a un lado para dejar pasar a varios chicos por detrás—. ¿Qué tengo que hacer?

Sonrió brevemente y luego gritó por encima de mi hombro: —¡Tony! Por favor, espera un momento.

El escalofrío que su nombre encendió dentro de mí se intensificó cuando me giré y lo vi acercarse.

—¿Qué pasa? —me lanzó una mirada rápida y volvió a clavar los ojos en la profesora.

De forma instintiva di un pequeño paso para alejarme de él y fijé la vista en la señora Jackson, con un horror creciente.

—¿Podrías darle a la señorita Summers tus apuntes sobre los proyectos principales y explicarle lo que tiene que hacer? —le pidió la señora Jackson.

—¡Ni de broma! —Tony alzó los ojos al techo y soltó una carcajada incrédula. Yo estuve a punto de hacer lo mismo ante lo absurda que era su sugerencia.

La señora Jackson arqueó las cejas. —¿Perdón?

—Vamos, Carrie. Esto es tan cliché… —dijo—. Solo lo haces porque estás molesta por mi sinceridad de antes.

—Eso no fue sinceridad, fue innecesario. Y no es la razón por la que quiero que ayudes a la señorita Summers.

Por extraño que fuera aquel intercambio, lo único que pensé fue: guau, a él le permitían llamarla por su nombre sin que lo reprendieran.

—¿Ah, no? —gruñó—. Entonces, ¿por qué?

—Porque eres mi mejor estudiante y no hay nadie más capacitado para ayudarla que tú. —Sonrió, y juraría haber percibido un matiz burlón. Pero eso no podía ser. No entre una profesora y su alumno. Y, además, necesitaba que dejara de hablar en ese mismo

instante. Yo no quería que ese tipo me ayudara en absolutamente nada.

—No me importa —replicó con brusquedad—. No quiero darle mis apuntes.

La señora Jackson suspiró. —Bien. Entonces, ¿podrías hacer el favor de mandar a Jeremy de vuelta? Le pediré que comparta sus apuntes con la señorita Summers.

Sí. Trae a Jeremy. Prefería mil veces sus apuntes.

Pero Tony no se movió. Cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó unos centímetros hacia atrás. —¿En serio? ¿Quieres emparejarla con Jerry? Ese tipo no sabe ni dibujar un monigote en la puerta de un baño público.

No me importa. ¡Ve a buscarlo!

—Es casi tan bueno como tú —replicó la señora Jackson.

—Ni hablar. —Tony soltó una carcajada seca—. No puedo creer que llegues al extremo de usarlo a él.

Vaya, ¿de verdad le había herido el orgullo? Tuve que morderme una sonrisa, aunque la situación no tenía nada de graciosa.

—Por desgracia, no me dejas otra opción —dijo ella.

—Ni siquiera va a poder descifrar sus apuntes. ¿Alguna vez los has visto?

La señora Jackson sonrió, pero no a Tony. Me sonrió a mí. Algo divertido se estaba gestando en su cabeza, un plan que solo ella conocía. Y, a juzgar por su expresión, estaba funcionando. Ojalá no lo estuviera.

Tony gruñó al dejar caer la mochila entre sus pies, se inclinó hacia adelante, arrancó un Post-it amarillo de una pila sobre el escritorio y garabateó algo en él. Me entregó la nota, más irritado que nunca. —Tengo entrenamiento de fútbol hoy, pero estaré en casa después de las cuatro. Vienes, coges mis apuntes y te vas. Estoy seguro de que eres una chica lista y podrás arreglártelas sola con el resto.

Debería haberle dicho exactamente qué podía hacer con su encantadora oferta, pero, completamente atónita, me limité a quedarme mirando el pequeño papel amarillo en mi mano.

Tony se colgó la mochila al hombro y le lanzó a la profesora una mirada dura. —Tu mierda de psicóloga apesta.

—Yo también te quiero, querido sobrino —arrulló ella cuando él salió del aula a zancadas.

Chapter 4

Samantha

¡Dios mío! Había tenido una cita… ¡con el imbécil más grande del pueblo!

Puse los ojos en blanco. Esto no iba a pasar ni en broma. Yo no le caía bien, no quería saber nada de mí, y el sentimiento era completamente mutuo. Arrugué el papelito con la dirección de Tony y lo lancé contra la pared, sobre mi cama, antes de volver a la tarea. Podía esperar sentado hasta ponerse azul. Yo no pensaba acercarme ni de lejos a su casa. No después de esa invitación tan "cordial".

Eran las 3:20 p. m. cuando terminé álgebra y me levanté del escritorio para ir por algo de beber. La bolita del Post-it había rodado hasta quedar frente a la puerta. Con un gruñido irritado, la aparté de una patada. Pero cuando regresé del baño con un vaso de agua, la maldita bolita volvió a captar toda mi atención. Al final cedí y me agaché para recogerla.

Se me escapó un suspiro profundo. Por lo que había visto ese día, Tony era un genio. Dotado. Y yo de verdad quería sus apuntes. Más aún: si pretendía ponerme al día con la materia a tiempo, los necesitaba. Así que tal vez podía ir en coche hasta su casa, agarrar los apuntes y largarme antes de que tuviera oportunidad de abrir su estúpida boca y volver a comportarse como un cretino.

Era eso o hablar con Jerry, que no sabía ni dibujar un monigote. Lo siento, Jeremy, pero no puedo darme el lujo de arruinar esto por unos apuntes inútiles. Aun así, la sola idea de recibir ayuda de Anthony Mitchell, el Idiota, me revolvía el estómago. Me pasé las manos por el cabello mientras me dejaba caer otra vez en la silla del escritorio. ¿Podía mi primera semana en Grover Beach ser más complicada?

Probablemente no.

Para las 3:50 p. m. ya había tomado una decisión, la había descartado y vuelto a tomarla otra vez. Necesitaba los apuntes, así

que reuní el valor para otro encuentro con Tony.

Entonces caí en la cuenta de otro problema. Tenía que pedirle el auto a Chloe porque, primero, no tenía la menor idea de dónde quedaba la casa de Tony y necesitaba un sistema de navegación; y segundo, bien podía estar a kilómetros de distancia. Crucé el pasillo hacia el cuarto de Chloe, pero antes de tocar la puerta dudé. Iba a decir que no, lo sabía. Su actitud irritante me había tomado por sorpresa, pero había algo que sí sabía de mi prima: cuando se molestaba, le duraba semanas.

Tal vez si me disculpaba…

Aspiré aire entre los dientes apretados. La idiota había sido ella, no yo. Y la sola idea de dar marcha atrás me hizo encoger los dedos dentro de las botas. Pero ¿cuatro meses en su casa? Tenía que tragarme la irritación y forzar una sonrisa. Podía hacerlo. —Puedo hacerlo. Puedo hacerlo…— Llamé a su puerta.

Nada.

¿Sabía que era yo? Me rasqué la cabeza y volví a tocar. —Chloe, ¿puedo pasar?

Nada.

Bajé la mirada hacia la punta de mis botas. —Mira, siento lo del sábado por la noche. ¿Podemos… no sé… simplemente olvidarlo?

Nada. Sí, era exactamente lo que esperaba después de los dos primeros desplantes. Giré la perilla y abrí la puerta. —¿Chloe?

No estaba en su cuarto. Miré por encima del hombro, entré y eché un vistazo alrededor. Todo se veía igual que el sábado por la mañana, cuando llegué: seguía siendo la réplica perfecta de un dormitorio sacado de la Casa de los Sueños de Barbie. No había ropa tirada sobre el parquet gris claro ni tareas desparramadas en el escritorio. Al parecer, yo era la única desordenada de esa casa.

Los muebles de madera blanca y la alfombra de lana de angora morada me daban ganas de buscar una muñeca y empezar a jugar a la hora del té en el País de las Maravillas, como cuando éramos niñas. Chloe siempre había querido ser Alicia. A mí me parecía perfecto. Yo prefería, con mucho, ser el Sombrerero Loco.

Aparte de la ropa de cama —que ahora era de satén morado suave y ya no de franela con Cenicienta—, nada había cambiado en

esa habitación. La buhardilla con paneles de madera retomaba el tono del parquet, y pasé los dedos por una de las vetas mientras caminaba hasta la ventana abierta. El cuarto de Chloe daba a la calle, así que aparté las cortinas traslúcidas y me asomé para mirar hacia abajo. Su auto no estaba.

Maldición. Ahora sí tenía un problema serio.

Más valía que encontrara a la tía Pamela y le pidiera su auto antes de que decidiera ir al supermercado o a cualquier otro lado.

Salí del cuarto tal como lo había encontrado, bajé las escaleras a zancadas y entré a la cocina, donde mi tía estaba picando verduras y echándolas en una olla. No parecía que fuera a salir en un buen rato. Me relajé y adopté mi expresión más casual. —Hola, Pam.

Levantó la vista de lo que hacía y se secó las manos en el delantal. —Hola, Sammy. ¿Cómo te fue?

—¿Puedo tomar prestado tu auto un rato? Necesito recoger material de estudio de un compañero de clase. Chloe no está, así que no puedo usar el suyo.

—Claro. —Se acomodó de nuevo la coleta gruesa, color miel, y caminó conmigo hasta el pasillo, donde me entregó las llaves—. Y dime, ¿qué tal tu primer día? ¿Te gustaron los profesores? ¿Ya hiciste nuevos amigos?

Ah, se refería aparte del clan de Chloe, que recorría los pasillos siempre en manada. —Sí, conocí a gente muy buena onda. ¿A que no sabes? Me invitaron a unirme al equipo de animadoras. —Solté una risa irónica, aunque enseguida fruncí el ceño, preguntándome si quizá no era tan mala idea después de todo.

—Eso es genial. Te encanta bailar —dijo Pam.

—Sí, ya veremos. Mañana voy a probar. Gracias por las llaves. —Le hice un gesto con la mano y salí corriendo hacia el garaje, me subí al Volvo negro y arranqué en cuanto la puerta enrollable terminó de abrirse.

Tecleé la dirección de Tony en el GPS, volví a arrugar la nota con el puño y la guardé en el bolsillo. Resultó que vivía al otro lado del pueblo, a unos tres kilómetros de la casa de mi tía, en un barrio de postal. Me detuve frente a su casa. Estaba pintada de blanco y tenía una valla baja de estacas. Un jardín pequeño se extendía

desde el frente hacia un costado, probablemente hasta uno más grande en la parte trasera. Se parecía bastante a las demás casas de la calle, salvo por el color y el diseño de puertas y ventanas. Mucho más chica que la mansión de mis tíos, pero bonita. Gruñí. Demasiado linda para un imbécil como él.

El reloj del tablero marcaba las 4:15. ¿Y si había llegado demasiado temprano? Miré alrededor, pero no lo vi por ningún lado. Debía de haber llegado ya a casa; solo estaba buscando una excusa para no bajar del auto. Me quedé sentada un par de minutos más, mirando por la ventana lateral. ¿De verdad valían la pena las buenas notas en AVE como para venir hasta aquí y enfrentarme al señor Malos Modales? Por desgracia, la respuesta era un sí quejumbroso.

Después de inhalar hondo varias veces, obligué a mis dedos a soltarse del volante y bajé del auto. Tres escalones llevaban hasta la puerta principal. Toqué el timbre y esperé a que una silueta se moviera detrás del vidrio esmerilado. Apareció una sombra y, segundos después, la puerta se abrió. Una mujer alta, con el cabello hasta los hombros, tan claro como el de Tony, me recibió con una sonrisa. —Hola.

—Eh… hola. Soy Samantha Summers. ¿Está Anthony? —Cuando entrelacé las manos, noté que en verdad estaba sudando. Apreté los dientes detrás de los labios cerrados. ¿Cómo podía permitir que un tipo estúpido me pusiera tan nerviosa?

La señora Mitchell asintió y luego gritó por encima del hombro: —¡Tony! ¡Hay una amiga tuya!

¿Amiga? No.

—¿De pelo negro? —respondió una voz desde algún punto de la casa.

Ahora su madre frunció el ceño, desconcertada, al mirarme. —Sí. —Se encogió de hombros, casi a modo de disculpa.

No era culpa suya que su hijo fuera un cretino, así que la perdoné con una sonrisa.

—¡Dale el montón de apuntes! ¡Está sobre el baúl!

¿Ni siquiera pensaba acercarse a la puerta? Perfecto para mí. Se me escapó un suspiro de alivio y sentí cómo el nudo en el estómago se aflojaba.

La señora Mitchell, en cambio, parecía horrorizada por el comportamiento de su hijo e intentó explicarlo con una voz confusa pero comprensiva: —Acaba de volver del entrenamiento. Todavía no se ha duchado y seguramente no quiere salir todo sudado. Ya sabes cómo son los chicos. —Hizo una mueca, y agradecí el intento de buscarle una excusa, aunque no tuviera idea de lo que realmente estaba pasando.

La puerta quedó abierta de par en par mientras ella volvía al baúl amplio de madera para buscarme los apuntes. Alcancé a ver de reojo el interior de la casa. Un pasillo largo se abría hacia varias habitaciones a ambos lados. Me gustaron las baldosas del piso: de un blanco cremoso, con alguna que otra azul intercalada.

Volví la mirada hacia la mujer rubia cuando gritó otra vez:

—¡Hay dos montones, Tony! ¿Cuál?

—¡El de la izquierda! No, espera, el de la derecha. Ah, maldita sea…

Solté una bocanada de aire cuando, de pronto, apareció por una puerta al fondo del pasillo. Llevaba puestos los tachones y un short blanco con dos franjas azules a los lados. Y eso era todo. Nada más. ¡Santo cielo! Mis ojos se quedaron clavados en sus pectorales marcados y en sus abdominales brillando de sudor, mientras se secaba la cara con su camiseta azul intensa.

Su mamá me sonrió cuando él llegó hasta nosotras y luego nos dejó solos. ¡No! Quise gritarle que no se fuera, pero ya había desaparecido, sin tener idea de cómo se me hundía el corazón.

En cuanto Tony se plantó frente a mí, se me olvidó cómo hacer funcionar la lengua… o en qué momento se me había ido la voz. Por raro que sonara, lo único en lo que podía concentrarme era en su abdomen definido y en su lindo ombligo. ¡Dios, qué patética! Me obligué a subir la mirada a su cara, aunque fuera solo un segundo.

Tony me lanzó una mirada irritada. Luego se quitó la camiseta sudada por la cabeza y le puso fin a mi vista de su cuerpo absurdamente perfecto.

—Controla esa mirada, Summers —gruñó.

Sí, bueno, justo en eso estaba.

Agarró uno de los montones de hojas que había sobre el baúl, lo metió en una carpeta grande y me la extendió, sin invitarme a pasar.

—Estos son los proyectos principales. Las descripciones detalladas van sujetas a cada boceto.

Tomé la carpeta en silencio, obligándome a concentrarme en lo que había dicho y no en su cuerpo. El cabello, empapado de sudor, se le pegaba a la frente y se le levantaba en mechones adorables. Junto con las mejillas enrojecidas por el esfuerzo, lo hacía ver mucho más joven… y mucho más agradable de lo que en realidad era.

—Estoy seguro de que vas a entender qué hacer —soltó, cruzándose de brazos sobre el pecho—. Y si no, le puedes pedir ayuda a mi tía.

—Sí, gracias —me salió plano, con toda mi frustración por su grosería colándose en la voz.

—Solo procura no derramar esmalte de uñas sobre mis apuntes, ¿sí?

¿Perdón? Fruncí el ceño, ofendida.

—Yo no uso esmalte.

—Sí, como sea. —Sujetó el borde de la puerta y, sin duda, habría cerrado de golpe en mi cara en un segundo.

—Anthony, espera. Por favor.

No sé qué me impulsó a decir eso, pero al mismo tiempo enderecé los hombros y tomé aire, con la esperanza de ganar medio centímetro de estatura.

Para mi sorpresa, Tony se detuvo y alzó una ceja.

Ay, Dios… ¿y ahora qué? Me mordí el interior de la mejilla y murmuré:

—¿Por qué estás tan molesto conmigo? ¿Hice algo para ofenderte?

Sí, muy sutil, Sam. Me dieron ganas de darme una bofetada… aunque sí quería saber la respuesta.

Él levantó la otra ceja.

Maldita sea. Me estaba metiendo en un callejón sin salida. Pero tenía que decir algo, así que solté lo primero que se me ocurrió.

—Mira, sé que crees que me gustó cómo Chloe se burló de ti la otra noche. Pero no fue así. —Me encogí de hombros—. No puedo evitar ser su prima, pero no entiendo por qué eso tiene que ser un problema para ti. Además, ya te vengaste cuando me destrozaste en AVE hoy.

Como siguió sin decir nada, puse cara esperanzada.

—Entonces… ¿dirías que estamos a mano?

Una sonrisa lenta y helada se le dibujó en los labios.

—Claro.

Y me azotó la puerta en la cara.

Ah… sí. Eso era justo lo que le faltaba a mi día de porquería para quedar perfecto.

Cuando por fin dejé de quedarme ahí, mirando su sombra desvanecerse detrás del vidrio esmerilado, arrastré los pies fuera de su jardín, me dejé caer en el auto y aceleré rumbo a casa.

—¡Maldito idiota!

Golpeé el volante con el puño, sin saber siquiera si le estaba gritando a Tony… o a mí. Había hecho el ridículo intentando ser amable. Y él era un imbécil. Apreté los dientes y pisé aún más el acelerador, mascullando:

—No le vayas a tirar esmalte encima, Summers. No le vayas a echar polvito de maquillaje, Summers. Por favor, no los metas a la lavadora… Claro, porque eso es lo que yo suelo hacer con apuntes prestados. Idiota.

Frené en seco frente a un paso peatonal para dejar cruzar a dos niños de preescolar con su abuela y le grité mi frustración con Tony al techo del auto.

—¡Te odio!

Los niños me miraron con los ojos como platos desde el otro lado del parabrisas, mientras la señora los apuraba para que cruzaran más rápido. Solté un resoplido tembloroso por la nariz antes de volver a avanzar.

Ya en el garaje de mi tío, tomé los apuntes del asiento del copiloto y entré a la casa. Los dejé caer sobre el escritorio de mi habitación, me desplomé en la cama e intenté acabar conmigo y con

mi miseria aplastándome la almohada contra la cara. Me rendí a los diez segundos, la lancé a un rincón y me quedé mirando el techo.

¿Por qué, oh por qué, tenía que toparme con ese tipo horrible en mi primera noche en el pueblo?

Mi mirada recorrió la habitación hasta detenerse en el portafolio de Tony. Era una carpeta rojo oscuro, con dibujos al azar en la portada: sobre todo filigranas y rostros de mirada malvada. Los trazos de lápiz eran precisos, incluso en esos bocetos que claramente había hecho sin prestar demasiada atención. Garabatear distraídamente mientras escuchaba al profesor… eso era algo que yo también hacía a menudo en mis propias carpetas.

Me levanté, acerqué la silla giratoria al escritorio, me senté y abrí el portafolio. Dentro había cinco bocetos: uno en carboncillo y cuatro a lápiz. A cada dibujo lo acompañaban varias hojas, cubiertas de notas escritas por todos lados. Aunque la belleza de su arte me dejó sin aliento, en ese momento fue la letra de Tony lo que captó mi atención. Al mirarla con más detenimiento, se hacía evidente el orden escondido dentro del caos de sus anotaciones. Tenía algo infantil, pero el artista brillaba con claridad en el hecho de que escribiera en cursiva: en sus mayúsculas elegantes y en los bucles llenos de energía de sus G y J. Las seguí con el dedo, luego me pasé las manos por la cara. Definitivamente había perdido la cabeza. Era solo letra, por Dios.

Saqué una hoja grande de mi propio portafolio, leí las instrucciones de Tony para el primer proyecto y empecé a delinear un cuerpo humano. La tarea consistía en vestir a la persona con ropa de estilo setentero.

Iba por la mitad de los pantalones acampanados cuando la luz débil de mi habitación empezó a sacarme de quicio. La ventana grande ayudaba poco ahora que el sol ya se deslizaba hacia el oeste y mi cuarto daba al lado opuesto. El comedor, en cambio, estaba bien iluminado. Guardé mis cosas y las llevé abajo, donde Pam justo estaba terminando de preparar unos cuencos prolijos de mousse de chocolate que, sin duda, serían el postre.

—Hola, Sammy —dijo mientras metía los cuencos en el refrigerador—. ¿Conseguiste lo que necesitabas?

Le mostré las dos carpetas de arte.

—Aquí están. ¿Te molesta si extiendo mis cosas un rato sobre la mesa del comedor? No puedo dibujar con mala luz, y estos proyectos son realmente importantes. Me iré antes de la cena.

—No te preocupes, cariño. Falta más de una hora para que tu tío vuelva.

Desplegué mis utensilios de dibujo sobre la amplia mesa de vidrio y me puse a trabajar. El hippie de mi boceto, todavía sin rostro definido, recibió unas plataformas oscuras y una camisa con diseño floral. Disfruté mucho el proceso, logrando las sombras de la ropa a la perfección al difuminar las líneas con el dedo. Solo por diversión, dibujé a la mujer con dos trenzas largas cayéndole a ambos lados del rostro y una banda delgada alrededor de la cabeza.

—Las mangas deberían ensancharse un poco hacia las muñecas —dijo mi tía, inclinándose sobre mí para estudiar el dibujo —. En esa época quedaban como el vuelo de los pantalones.

—¿No eres demasiado joven para haber sido parte de esa época tan loca? —la piqué, aunque hice los cambios que me sugirió.

—Era demasiado joven para ser hippie, pero tenía una tía que parecía haber salido directamente de esos años. Cuando me quedaba a dormir en su casa, a menudo me mostraba álbumes de fotos graciosísimos de ella y su marido. —Se le formaron arruguitas de sonrisa alrededor de los ojos—. Me reía tanto de sus pintas alocadas que a veces temía atragantarme.

Uf, sabía perfectamente cómo sonaba eso. Cuando a Pam le daba uno de sus ataques de risa, parecía una aspiradora, y era imposible no reírse con ella, aunque fuera solo por el ruido. La tía Pamela siempre había sido mi pariente favorito, aunque lo fuera solo por matrimonio. El tío Jack y mi padre se parecían mucho físicamente, pero fuera de eso los hermanos tenían poco en común. Mientras que mi padre era cálido y cariñoso, Jack parecía interesarse ante todo por el prestigio y solo en segundo lugar por la familia. El abogado eternamente ocupado. Era un buen tipo, sí, pero después de diecisiete años de conocerlo ni siquiera era la mitad de cercano para mí de lo que Pam había sido desde el día en que me regaló un Roger Rabbit de peluche por Navidad, cuando yo tenía cuatro años.

Pam arrastró la silla de al lado y se sentó, apoyando los codos en la mesa. Señaló el dobladillo de la pernera derecha en mi dibujo.

—Mira, si agregas un pliegue pequeño aquí y uno más grande acá, el pantalón se va a ver mucho más ancho y auténtico.

Intenté hacer lo que decía y, caray, tenía razón. Pero eso no era ninguna sorpresa. Pam también era artista; creaba lienzos preciosos en acuarela y óleo. El pasillo y el salón estaban cubiertos con sus increíbles pinturas abstractas de personas, paisajes y edificios. Aunque mis padres siempre habían hecho todo por apoyar mi talento, la tía Pamela entendía de verdad lo que dibujar significaba para mí.

—¿Te molesta si traigo mi caballete y pinto contigo un rato? El pollo puede hornearse sin mi ayuda.

Asentí, y ella sonrió, encantada.

Fue agradable tenerla cerca durante los siguientes cuarenta minutos. Pam era divertida, cálida y siempre estaba dispuesta a dar comentarios increíbles. También hojeó los dibujos de Tony y quedó impresionada por un talento tan grande. Su mirada se detuvo en la letra artística que destacaba en la esquina inferior derecha de cada dibujo. Frunció el ceño.

—¿Y la T es de…?

—De total imbécil —murmuré, antes de darme cuenta de lo que estaba diciendo.

Pam estalló en carcajadas, y yo me mordí el labio inferior. Luego añadí:

—Bueno, se llama Anthony Mitchell, así que supongo que la T es de Tony.

—Ya veo. —Su risa se fue apagando—. ¿Dónde habré oído ese nombre antes? —Frunció el entrecejo y ladeó la cabeza—. ¿Es alto y rubio, con unos ojos azul, azul?

¿Y una boca letal, diseñada para sacarme de quicio?

—Sí, es él.

—Creo que Chloe salió con él algunas veces el verano pasado. Es un chico muy agradable.

Entonces me giré para mirarla de frente.

—¿Agradable? ¡Ja! Esa no es la versión que yo conozco.

Pam se rascó la ceja.

—¿En serio? Durante semanas, Chloe no hablaba de nadie más que de ese chico. Estaba tan feliz cuando por fin la invitó a salir. Por desgracia, no duró mucho. Chloe lloró durante días cuando terminó.

—¿Ah, sí? Qué extraño.

Eso no encajaba en absoluto con la historia que Susan y las chicas me habían contado. Si Chloe lo había dejado, ¿por qué lloraría? ¿Y qué la había llevado a terminar con él en primer lugar? ¿Había sido grosero cuando se acostó con ella? A mí me parecía un imbécil las veinticuatro horas del día, así que bien podría haber sido eso.

Aparté ese pensamiento. Al fin y al cabo, no era asunto mío.

Unos minutos después, Chloe entró a la cocina con su padre, y ambos se detuvieron a mirarnos un momento. Pam y yo estábamos jugando un poco. Nos reíamos a carcajadas por una pincelada mal colocada de ella que hacía que el hombre de su cuadro —que al parecer debía parecerse al tío Jack— se viera salido y listo para la acción.

—Hola, cariño —dijo Pam cuando Jack se acercó a darle un beso en la mejilla—. Perdón, no te oímos llegar.

—Eso ya lo noté. —Él le rodeó la cintura con los brazos y estudió la pintura—. ¿Ese soy yo? ¿Y es intencional?

Los tres volvimos a reírnos, pero Chloe no. Se quedó rígida en la entrada del comedor y me fulminó con la mirada, como si yo me hubiera comido el último trozo de su adoradísimo chocolate blanco con relleno de fresa.

—Hola, Chloe —intenté usar una voz amable, con un tono conciliador.

Ella solo resopló y luego se pasó los dedos largos por las coletas.

—Mamá, ¿dónde está Rosa? Me muero de hambre.

—Le di el día libre, cariño —respondió Pam—. Es el cumpleaños de su hijo y quería pasarlo con él.

—Genial. ¿Entonces se supone que voy a cenar una soda? —murmuró Chloe.

Pamela se zafó de los brazos de su marido con una sonrisa orgullosa.

—La cena ya casi está lista. Hoy cociné yo.

—¿Tú? —soltaron al mismo tiempo mi tío y Chloe.

No tenía idea de qué tenía eso de tan especial, pero estaba claro que todavía no llevaba el tiempo suficiente viviendo en esa casa como para conocer todas las reglas no escritas.

—Sí. Yo. —Un poco irritada, Pam caminó hasta la estufa—. Cocinaba antes de que Rosa viniera con nosotros, y ninguno de ustedes se quejaba.

Jack pasó un brazo por los hombros de su hija y miró a mi tía con gesto conciliador.

—No hacía falta que te ensuciaras las manos, Pam. Podemos salir a cenar cuando quieras.

Pamela sacó del horno un pollo parmesano que olía delicioso y colocó la bandeja sobre la encimera de mármol.

—No es para tanto. De hecho, siempre me ha gustado cocinar. Tenía muchas ganas de hacerlo hoy. —Se le hundieron un poco los hombros—. Por favor, no me lo arruinen ahora. Comamos sin más.

Su sonrisa cálida regresó cuando me miró.

—¿Me ayudas a poner la mesa, Sammy?

Con todo ese drama absurdo flotando en el aire, yo seguía literalmente pegada a la silla, con el lápiz todavía apretado entre los dedos. Me levanté de un salto.

—Claro.

Nosotros nunca habíamos tenido una Rosa en El Cairo, ni en ninguno de los lugares donde habíamos vivido antes. Mi mamá siempre cocinaba para nosotros. Me había parecido de lo más normal encontrar a Pam en la cocina ese día. Evidentemente, en esa casa no lo era.

Recogí los bocetos de Tony y los míos y subí corriendo. Después de lavarme las manos, volví a bajar y me encontré con la mesa del comedor bellamente puesta. Me senté frente a mi prima y deslicé el plato hacia adelante mientras Pam servía el pollo.

Todos guardaron silencio. Empecé a preguntarme si la comida de Pam era un tema más delicado de lo que había pensado. Al

menos parecía que les gustaba, porque tanto Jack como Chloe comían como si no hubiera un mañana.

—Esto —dije con la boca llena, señalando con el tenedor la segunda porción de pollo en mi plato— está delicioso, Pam.

Ella me miró de reojo y sus labios se curvaron en una sonrisa feliz.

—Gracias, cariño.

La cabeza de Chloe se alzó tan rápido que casi se me cae el tenedor. Me fulminó con la mirada, luego miró a su madre y volvió a mirarme a mí. A veces, esa chica me daba muy mala espina. Razón de más para arreglar las cosas con ella… y rápido.

—Oye, Chloe —dije, dando un sorbo a mi limonada—. Pensé que podríamos salir un rato esta noche, quizá ir por un helado y ver un DVD o algo así.

—En realidad, voy a reunirme con Brin y Kir dentro de una hora. Vamos a ver una película al centro. —Su voz sonó fría, sin emoción alguna. Odié la aversión que me lanzó.

—Deberías llevarte a Sam contigo —sugirió Pamela, y Jack asintió, apoyando la idea.

Me pregunté si fue la mirada aprobatoria de su padre lo que hizo que Chloe por fin soplara un mechón de su cabello rubio artificial fuera de los ojos y dijera:

—Está bien. Prepárate para las ocho.

No era precisamente la invitación cálida que había esperado, pero era mejor que nada. Tal vez podíamos empezar de nuevo.

Después de cenar, me cambié de ropa, pasé el peine por mi cabello rebelde y me cepillé los dientes. A las ocho menos tres ya estaba afuera, esperando junto al auto de Chloe. Ella soltó un resoplido molesto cuando me vio ahí parada.

Nos subimos las dos, arrancó el motor y salió disparada por la calle. Era el momento perfecto para hablar las cosas con ella.

—Escucha, Clo, quería decirte que siento lo que pasó en el café. Estaba un poco estresada y…

Las llantas chirriaron al frenar en seco. El cinturón me apretó con tanta fuerza que el aire se me escapó de los pulmones.

—¿Qué demonios…? —jadeé.

Chloe me lanzó una mirada helada.

—Bájate.

—¿Qué?

—Bájate de mi auto.

—¿Por qué?

—Porque si no lo haces, voy a rodear el coche y te sacaré jalándote del pelo.

¡Dios mío! ¿Qué le había pasado a esta chica?

—Chloe, si esto es por lo del sábado por la noche, déjame…

—Samantha, no tengo ninguna intención de llevarte conmigo a ver a mis amigas. Nunca la tuve. Dije que sí solo para que mis padres dejaran de presionarme, pero ahora quiero que te bajes y busques otra cosa que hacer.

Guau. Tragué saliva. Su cara parecía tallada en granito, así que supe que discutir no serviría de nada. Me desabroché el cinturón y abrí la puerta, pero antes de bajar escuché su voz fría a mis espaldas.

—Y mantente alejada de Pamela Summers. No es tu madre, es la mía. La tuya está a kilómetros de distancia y, evidentemente, no está muy interesada en ti, o no te habría mandado a mi casa a colarte donde no perteneces.

El pecho se me cerró con sus palabras. No porque creyera la basura que decía, sino porque no podía comprender tanto odio viniendo de una chica con la que había amado pasar el tiempo toda mi vida. Estaba demasiado destrozada para responder, así que bajé del auto y cerré la puerta de un portazo, caminando por la acera sin volver la vista cuando las llantas chirriaron al alejarse del bordillo.

Chapter 5

Samantha

Muy bien… ¿qué se suponía que debía hacer con una noche que ya se había arruinado antes siquiera de empezar? De golpe, agotada, me dejé caer en una banca junto a la carretera y metí la mano en el bolsillo en busca del celular. Desde que había llegado a casa de mi tía, había llamado varias veces a mis papás, y siempre me las arreglaba para sonar feliz, para no dejar que se notara cuánto los extrañaba. Pero esa noche, cuando llamé a mi mamá, no aguanté: me puse a llorar en el teléfono.

Le conté lo inesperadamente mala onda que se había puesto Chloe y cómo estaba convirtiendo mi estancia en un infierno. También le hablé de las bofetadas verbales de Anthony Mitchell. Mi mamá me dejó desahogarme durante varios minutos sin interrumpirme; luego respiró hondo, como si se acomodara las alas, y volvió a ser el ángel que yo conocía. Me preguntó por los momentos buenos que ya había tenido en Grover Beach. Recordé a Susan, Lisa y Simone, que parecían haberme tomado cariño al instante, y también le conté que Nick Frederickson había hecho por mí la disección del pez cuando yo no pude.

Como siempre, la voz suave de mi mamá me calmó. Para cuando me despedí, le dije buenas noches y le prometí que la llamaría después de clases al día siguiente, ya me había secado las lágrimas y podía respirar otra vez, sin sentir que me clavaban agujas en el pecho y en la garganta.

Me quedé sentada un rato, mirando cómo el cielo se iba oscureciendo, preguntándome si no sería mejor simplemente volver a casa y meterme en la cama. Sí, claro, gran idea: llegar con los ojos rojos de tanto llorar. Mi tía y mi tío entrarían en pánico. Y Chloe me arrancaría la cabeza. Subí las botas a la banca, abracé las rodillas contra el pecho y revisé los nombres nuevos en mi celular. Tal vez

alguna de las chicas tendría ganas de tomarse un cappuccino conmigo en el café de Charlie.

El pulgar se me quedó suspendido sobre el botón de llamada con el nombre de Lisa en la pantalla. Seguro estaba con su novio, y yo no quería ser la rarita del grupo. Así que llamé a Susan.

—Hola, Sam, ¿qué onda? —me saludó con una risita alegre—. Justo estábamos hablando de ti.

—Eh… hola. ¿Quiénes somos "estábamos" y por qué hablaban de mí?

—Estoy con Lisa, Simone y algunos más. ¿Quieres venir a pasar el rato con nosotros?

Dudé, pensando quiénes serían esos "algunos más". Pero podía ser cualquiera, y yo necesitaba con urgencia distraerme un poco.

—Claro. ¿Dónde están?

—En la casa de playa de Hunter. ¿Tú dónde estás? Puedo pasar por ti.

Chloe no me había echado tan lejos antes de sacarme de su vida, así que lo mejor era volver caminando a casa y que Susan me recogiera ahí.

—¿Sabes dónde vive Chloe?

Un bufido se oyó del otro lado de la línea.

—Sí.

Me reí por su evidente repulsión.

—¿Sabes qué? Te espero en la esquina de la calle. ¿Te parece?

—Mucho mejor que ir a buscarte directo a su entrada. Llego en diez.

Colgué y caminé hasta el punto donde habíamos quedado. Susan y yo llegamos casi al mismo tiempo. Era rápida.

La ventanilla del lado del copiloto bajó. Susan, sonriente, se inclinó hacia mí.

—Súbete, hermosa.

Lo hice, y ella arrancó sin decir nada. Un par de minutos después, preguntó:

—¿Qué te pasó en los ojos?

—Es una historia larga. —Y nada de lo que realmente quisiera hablar.

Pero, claro, Susan sí quería.

—¿Problemas en la casa de los Summers?

Mirando por la ventanilla, solté un suspiro.

—Más o menos.

—Chloe volvió a joderte, ¿verdad?

Entonces me giré hacia ella.

—¿Volvió? ¿Qué sabe esta chica?

—Justo antes de que me llamaras, Lisa nos contó lo que pasó el sábado por la noche en Charlie's.

Se me escapó un gruñido.

—Digamos que no es tan divertido vivir con ella como yo esperaba.

Susan me lanzó una mirada rápida y volvió a fijarse en el camino. Se quedó callada, pero se notaba que se moría por escuchar la historia completa, con lujo de detalles.

Está bien.

—Intenté hacer las paces con Chloe, y me dijo que podía acompañarla a ella y a sus amigos al cine. Pero todo fue puro teatro para sus papás. Más tarde, de hecho, me echó, dejándome clarísimo que me quería fuera… no solo de su auto, sino también de su casa y de su familia.

—Auch.

—Sí… auch. —Y Susan ni siquiera sabía lo mucho que eso me había dolido de verdad.

—Ay, olvídate de esa tonta. Puedes salir con nosotros cuando quieras. Solo llámame y te saco del calabozo de los Summers.

Su buen humor me levantó el ánimo y, para cuando llegamos a la casa de Ryan —un bungalow bonito frente a la playa, a las afueras del pueblo—, una sonrisa volvió a dibujarse en mis labios. Susan estacionó en un espacio vacío que parecía estar esperándola y luego nos bajamos. Una sensación extraña se me acomodó en el estómago cuando me llevó hasta el porche que rodeaba la casa y tocó la puerta. Desde adentro se oían risas. Y voces conocidas. Maldición. El corazón se me subió a la garganta. Tony estaba con ellos. No sabía cuánto más de él podía soportar esa noche.

Lisa abrió la puerta unos segundos después y me sonrió. Al verme dudar, me hizo pasar detrás de Susan.

—¿Qué esperas, Sam? Entra.

Respiré hondo y la seguí a través de una sala amplia hasta la cocina. Había un montón de gente apretujada alrededor de una mesa rectangular de madera. A algunos los conocía; a otros, no. Todos se giraron hacia nosotras cuando entramos y me saludaron a gritos o levantando la mano.

Tony estaba balanceándose sobre las dos patas traseras de su silla, con los ojos entrecerrados en un gesto hosco. Por supuesto, no dijo nada.

Forcé la mirada lejos de él y saludé al resto.

—Hola a todos.

Lisa señaló una silla frente a ella, entre Nick Frederickson y una mujer de cabello oscuro que no había visto antes.

—Ellos son Rachel y su esposo, Phil —nos presentó—. Rachel es la hermana de Ryan.

Les di la mano, notando el asombroso parecido entre los hermanos.

Estaban compartiendo pizza de cinco cajas enormes. En cuanto me senté, Ryan me ofreció una porción en un plato de cartón. A pesar de mi sonrisa, por dentro me sentía completamente miserable, y la pizza era lo último que se me antojaba. Pero rechazarla habría sido descortés. De verdad quería encajar, así que me obligué a darle un par de mordidas y luego rechacé una segunda porción.

—Chloe está siendo una perra gloriosa otra vez.

Casi me atraganto cuando un sorbo de Sprite se me fue por el camino equivocado tras el anuncio de Susan.

Lisa me miró como si supiera perfectamente por qué infierno había pasado.

—¿Qué hizo ahora?

No pude hacer más que negar con la cabeza mientras tosía, luchando por volver a meter aire en los pulmones. Susan, en cambio, no se calló. Soltó de corrido toda la información que me había sacado durante el camino. Los chicos pusieron los ojos en blanco; las chicas fruncieron el gesto con simpatía.

—Eso es horrible de su parte —dijo Simone, y le dio un manotazo a Alex en el hombro—. No puedo creer que también te hayas liado con ella el año pasado. ¿Es que ningún hombre se da cuenta de lo perra que es?

Alex se frotó el hombro donde le había pegado y sonrió.

—Oye, no me mires así. En ese entonces no la conocía. Y, en serio, cuando eres chico no te fijas en cosas como si alguien es una perra o no. —Le lanzó una sonrisa burlona a Nick, que estalló en carcajadas, y luego se inclinó para besar a Simone en la boca—. Pero ahora estoy contigo, así que no hay nada de qué preocuparse, cariño.

Le dio un gran mordisco a la porción de pizza que ella sostenía en la mano, y con eso quedó claro que la discusión había terminado.

La conversación pronto derivó hacia el fútbol. Saqué una paleta del bolsillo, le quité el envoltorio, me la metí en la boca y me recosté en la silla, limitándome a escuchar. Hasta que noté que Lisa me observaba. Con una ceja alzada en señal de pregunta, esperé a que dijera qué tenía en mente. Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz para no interrumpir a su novio y a Nick, que discutían acaloradamente sobre las mejores tácticas para meterle un gol a un equipo de Los Ángeles que, al parecer, se hacía llamar los Rabid Wolves.

—El viernes voy a hacer una pijamada en mi casa —dijo Lisa—. Solo nosotras, las chicas. Allie también va a estar. ¿Te animas?

Sonaba como una gran idea. Saqué la paleta de la boca.

—Claro. ¿Dónde vives?

Lisa arrancó un pedazo de cartón de una caja de pizza y anotó su dirección. Salvo por un número, era idéntica a la de Tony. Sabía que eran mejores amigos, pero no había caído en cuenta de que vivían uno al lado del otro.

—¿Ustedes dos son vecinos? —pregunté, mirando de ella a Tony y de vuelta, lo que de inmediato atrajo la atención de todos. Muy bien, Sam.

—Sí, desde siempre —dijo Lisa, arqueando las cejas con ligereza—. ¿Así que sabes dónde vive Tony?

No estaba preparada para la insinuación de su pregunta. Y, la verdad, no venía al caso. Sentí que el calor me subía a las mejillas.

—Ay, por favor, no seas ridícula —dijo Tony antes de que yo pudiera responder. Se rio, pero sonó molesto—. Mi tía me obligó a darle mis apuntes de AVE, y vino a buscarlos esta tarde. No estoy saliendo con otra Summers. Deberías conocerme mejor que eso.

Aunque me esperaba que me soltara alguna mierda, la manera en que enfatizó mi apellido me apuñaló el pecho.

—Por cierto, pequeñita. —Me clavó esa mirada furiosa—. ¿No deberías estar en tu casa dibujando?

Sí, claro. ¿También quería echarme? ¿Qué, él y Chloe compartían ADN o qué? Sus modales eran un asco, y yo ya estaba al límite esa noche. Así que se la devolví:

—¿Y tú no deberías estar en un café limpiando mesas, mesero?

Todos aspiraron aire al mismo tiempo. Al parecer había tocado una fibra sensible, y me arrepentí en cuanto las palabras me salieron de la boca. La mirada de Tony pasó de gélida a helada. Sus labios se curvaron en una parodia de sonrisa.

—Solo los fines de semana, cariño.

Ese "cariño" me recorrió la espalda como una cuchilla. Nos quedamos mirándonos en un duelo hostil mientras él seguía:

—Así que si piensas aparecerte con tu dulce primita, avísame y te reservo una mesa. En el sótano. Donde guardamos a las otras serpientes.

Se me desplomó el mentón y se me cerró la garganta de puro dolor. Me había quedado sin respuestas para sus golpes bajos.

Lisa le dio un puñetazo en el brazo.

—Oye, ya. No la molestes. Bastante tiene con su prima.

—¿Por qué? Ella empezó.

—¿Cómo? —le grité de pronto—. ¿Por entrar a esta casa? ¿Por mudarme a este pueblo? ¿O simplemente por haber nacido Summers?

La vista se me nubló. Parpadeé rápido para contener las lágrimas que amenazaban con caer y me levanté de la silla. Me aclaré la garganta y miré a Lisa, suplicante.

—¿Me muestras el baño, por favor?

—Claro. —Se puso de pie y le dio un manotazo a Tony en la cabeza—. A veces eres un completo idiota.

La seguí fuera de la cocina hasta la parte trasera de la casa, donde me señaló el baño.

—¿Estás bien? —preguntó, frotándome el brazo.

—Sí. Solo… necesito un minuto.

—Mira, normalmente Tony no es tan imbécil. Su pobre cerebro masculino solo tarda un poco en entender que no todas las personas que se apellidan Summers son como Chloe.

Asentí, pero no quería hablar de eso justo ahora, no cuando las lágrimas volvían a presionarme los ojos. Lisa me apretó la mano, lo cual fue reconfortante, y luego regresó al frente de la casa. Yo me encerré en el baño.

Me quedé un par de minutos sentada en el borde de la tina color durazno, sonándome la nariz con papel higiénico. Al final me acerqué al lavamanos doble y me eché agua fría en la cara.

Con las manos apoyadas en la encimera de mármol rosado, me miré en el espejo. Vaya facha. Me aparté el cabello de los ojos y respiré hondo varias veces. ¿Por qué demonios ese imbécil lograba meterse tanto bajo mi piel? Era un idiota. Alguien que no merecía ni un segundo de mi atención. Pero era imposible sacudirme sus pullas. La verdad era que dolían más de lo que yo quería admitir.

No quería volver a enfrentarlo.

Pero quedarme encerrada ahí el resto de la noche no era una opción. Se me hizo un nudo en el estómago cuando giré el pestillo. Salí y cerré el baño en silencio justo cuando un susurro áspero llegó desde una habitación al otro extremo del pasillo.

—¿Qué demonios fue eso allá adentro?

Reconocí la voz de Lisa y me quedé clavada en el lugar.

—¿A qué te refieres? —era Tony, sonando arrogante como siempre.

Instintivamente di un paso atrás y me recargué contra la puerta del baño. Solo podía estar hablando de mí. Y no estaba segura de querer escuchar a escondidas. Pero ¿qué otra opción tenía? Si regresaba a la cocina en ese momento, me verían y sabrían

que los había oído. Y eso lo quería todavía menos que enterarme de lo que tenían que decir.

—Me refiero a ustedes dos, tú y Sam. No sabía si iban a besarse sobre la mesa de la cocina o a arrancarse la garganta.

Ay, Dios. ¿Se le había zafado un tornillo?

Obviamente, Tony pensó lo mismo.

—¿Estás loca, Liz? —dijo, marcando cada palabra.

—Tony, probablemente soy la persona que mejor te ha conocido durante la mayor parte de tu vida. Pero desde que Sam entró al café el sábado, siento que no te conozco en absoluto. ¿Por qué te comportas como un imbécil cuando ella está cerca?

—Porque…

—¿Porque qué? —exigió Lisa cuando él se quedó en silencio.

Yo también me tensé, esperando su respuesta. Pero Tony decidió contraatacar con su propia pregunta.

—¿Por qué crees que querría besarla? ¿La has mirado? No es para nada mi tipo.

Vale, yo ya lo sabía, pero aun así… au.

—Es una chica bonita.

—No lo es. Es baja. Y respondona. ¿Oíste cómo me llamó mesero? Esa es totalmente una palabra de Chloe. ¿Y qué pasa con su pelo? ¿Se lo peina con un petardo o qué? Alguien debería decirle que parece un hobbit.

—¡Anthony Jason Mitchell, estás hablando de una amiga mía! ¿Por qué de repente te comportas como un completo idiota? Alguien debería darte una buena nalgada para que se te acomode el cerebro.

—Ya basta, Liz —dijo, irritado—. Suenas como mi madre.

—Si Eileen Mitchell pudiera oírte ahora, te castigaría por el resto del siglo —susurró Lisa con dureza. Luego continuó, un poco más calmada—. Por cierto, a mí sí me gusta el cabello de Sam. Es genial y diferente. De hecho, estaba pensando en hacerme algo parecido.

Tony soltó una risita.

—Sí, hazlo y Hunter te va a dar una nalgada. Y si él no lo hace, lo haré yo.

Un momento después salió de la habitación y se fue directo a la cocina. No me vio, pegada a la puerta del baño, horrorizada por lo que acababa de decir.

Lisa, en cambio, me vio al instante cuando salió detrás de él. Con una mueca, se detuvo en seco.

—Oh, no. Lo oíste todo, ¿verdad?

Asentí, incapaz de hablar.

—Lo siento muchísimo. No debí acorralarlo ahí dentro.

Negué con la cabeza, deseando que dejara de disculparse. Desde luego no era culpa suya que Tony fuera un imbécil. En todo caso, la idiota había sido yo por ponerme a escuchar.

—¿Podrías llevarme a casa? —le rogué—. No quiero volver a entrar ahí.

Lisa dudó un momento, como si estuviera considerando convencerme de que me quedara. Al final asintió, resignada.

—Claro. Déjame agarrar las llaves de Ryan.

—Te espero afuera.

Con la cabeza hecha un caos, crucé la sala arrastrando los pies y salí al porche, donde me dejé caer en los escalones de madera. A apenas unos metros, las olas rompían en la playa, y deseé poder ahogar en ellas toda mi rabia y mi dolor. Estaba harta de mudarme, harta de los problemas que siempre venían con eso.

Sorbiendo, me limpié la nariz con el dorso de la mano. Cuando la puerta se abrió a mis espaldas un par de minutos después, miré por encima del hombro. No era Lisa la que salía, sino su novio. Hizo tintinear un manojo de llaves en la mano. Mi trasero siguió clavado a los tablones mientras bajaba los escalones, se daba la vuelta y se agachaba frente a mí.

—Día duro, ¿eh? —dijo, mirándome a los ojos.

—No tienes idea.

—Le dije a Lisa que yo te llevaría a casa. ¿Te parece bien?

—Eh… sí, claro. —Mientras me sacara de ahí y lejos de Tony, todo me parecía bien.

—Perfecto, vamos. —Se puso de pie y me tendió la mano para ayudarme a levantarme.

En un auto que sin duda llamaba la atención dondequiera que iba, Ryan me llevó a casa. Durante casi todo el trayecto guardamos silencio, pero cuando dobló en la calle donde vivía mi familia, redujo la velocidad y me miró por primera vez.

—Sabes… en realidad no es tan imbécil.

—¿Quién, Tony? —sí, claro—. Eso es un poco difícil de creer —murmuré.

—En serio. Es un buen tipo. Un buen amigo. Lo conozco desde hace mucho tiempo. —Se estacionó frente a la casa y apagó el motor, lo que me hizo pensar que aún tenía algo más que decir.

Me desabroché el cinturón y me giré hacia él.

—¿Y por qué me estás diciendo todo esto?

—Porque a mi chica le caes bien y, por lo que veo, tú también eres genial. Y parece que vas a pasar bastante tiempo con nosotros de ahora en adelante. Solo quiero que te sientas cómoda cuando eso pase.

—¿Cómoda? —solté una risa amarga—. ¿Con Anthony Mitchell cerca? Sí, cómo no.

—Dale una oportunidad. Solo necesita un poco de tiempo para… adaptarse. Ya lo va a resolver, me aseguraré de eso. —Cuando Ryan volvió a poner el motor en marcha, me lanzó una sonrisa torcida—. Mitchell es futbolista. Todo es defensa. No le gusta cuando alguien se le mete bajo la piel.

Fruncí el ceño, sin entender nada.

—Olvídalo —rió Ryan—. Vete a dormir y descansa. Creo que lo necesitas; te ves hecha polvo. Nos vemos en la escuela. Lisa te guardará un lugar en el almuerzo.

No sabía si alegrarme por eso o preocuparme. Pasar tiempo con Lisa y sus amigos era agradable. Pasar tiempo con Tony era… como una amigdalectomía sin anestesia.

—Gracias por traerme —dije, soltando un suspiro.

Ryan se despidió y yo me bajé del auto. Mientras se alejaba, entré en la casa, agradecida de tener mis propias llaves esa vez. Todo lo que había tenido que aguantar esa noche me dejó exhausta, y me quedé dormida en cuestión de minutos.

*

Antes de irme a la escuela al día siguiente, pasé los apuntes de Tony por la copiadora del despacho de mi tío. Se los devolvería a la hora del almuerzo y después buscaría un lugar con Allie y sus amigas. Ya había forzado bastante la generosidad de Tony al pedirle prestados sus apuntes; de ahora en adelante, lo evitaría a toda costa. Agarré mi mochila en el cuarto y salí de la casa un poco antes, así que esa mañana no tuve que correr.

Ciencias fue divertida, con Nick a punto de llorar porque teníamos que diseccionar una cebolla, y yo contando los minutos para que llegaran las clases en las que volvería a sentarme junto a Susan. Ella también me había pedido que me cambiara con ella en ciencias, pero Nick no me dejó irme.

Lisa, Susan, Simone y yo llegamos tarde al almuerzo porque nos quedamos embobadas frente a un póster en el pasillo que anunciaba un próximo partido de fútbol. Al parecer, ese día se cumplían tres meses desde que Lisa y Ryan estaban juntos, y a Lisa no le hizo ninguna gracia que Ryan no le hubiera dicho que iba a estar ocupado.

Diez minutos después entramos a la cafetería despotricando sobre cómo los chicos nunca apreciaban las cosas importantes de una relación. La mayoría de las mesas estaban llenas y el buffet, casi vacío. Con una sensación revuelta en el estómago, miré de reojo la mesa larga donde se sentaban Nick y los chicos, pero Tony no estaba con ellos. Recorrí el comedor con la mirada y tampoco logré verlo en ningún otro lado. Mierda. De verdad quería sacar esos apuntes de mi mochila y cerrar de una vez la última conversación pendiente con él. Pero parecía que tendría que cargarlos un poco más. Al menos podía sentarme con mis amigas sin la tensión de su presencia.

Me dejé caer en la misma silla del día anterior, justo al lado de Nick. Inclinándome sobre la mesa, le pregunté a Lisa si Tony no había venido por mi culpa. Ella se movió incómoda en su asiento y murmuró:

—Claro que no.

Pero no sonó nada convincente. Supuse que tal vez habían tenido otra discusión por mi culpa la noche anterior, y eso me puso los nervios de punta. Aun así, no dije nada más y me limité a intentar disfrutar de mi pequeña montaña de espagueti.

La comida fue un error: se me subía constantemente por el esófago cuando tuvimos que hacer ruedas y saltos en un trampolín gigante en educación física. O quizá eso se debía simplemente al asco que me provocaba pensar en enfrentarme a Tony en la siguiente clase.

Antes de que sonara la campana para la última hora, AVE, respiré hondo, me estiré hasta alcanzar mi metro cincuenta y siete completo y avancé decidida hacia Tony, que estaba sentado al fondo del aula. No me vio. Bien. Dejé caer su carpeta sobre el pupitre, justo delante de él, sin importarme que estuviera escribiendo y que el portafolio le cayera encima de la mano.

—Gracias —dije, con el tono más neutro que pude.

Desconcertado por un segundo, Tony alzó la vista y arqueó las cejas.

—¿Ya terminaste todos los proyectos?

Ah. Así que así sonaba cuando no se comportaba como un cerdo. Interesante. Pero sabía que lo había sobresaltado, y esa era la única razón por la que me había hablado. Para entonces, seguro ya se arrepentía de haber abierto la boca. En cualquier caso, no pensaba perder ni un segundo más de mi valioso tiempo con él.

—Terminé el primero —le dije con voz impasible—. Fotocopié tus cosas esta mañana para quitarlas de mi escritorio y no correr el riesgo de derramar esmalte de uñas por todos lados.

Luego le dediqué una mueca fría, giré sobre los talones y caminé hacia el frente antes de que pudiera soltar alguna respuesta de mierda. Al deslizarme en mi asiento, dejé escapar un suspiro satisfecho.

La señora Jackson entró y empezó la clase apenas dos minutos después. No tardé en sentir esa extraña sensación de que alguien me clavaba la mirada en la nuca, lo que me llevó a pasarme la mano por el cabello con incomodidad. Intenté concentrarme en la profesora, pero me resultaba imposible ignorarlo. Después de unos

veinte minutos, me atreví a echar un vistazo rápido por encima del hombro, esperando encontrar los ojos de Tony fijos en mí con una expresión asesina. Pero no. Estaba concentrado en el frente del aula.

Sin embargo, tras parpadear una vez más, alzó la vista y nuestras miradas se encontraron. Qué raro. No pude apartar los ojos. Y él no tenía su expresión habitual de enojo. No tenía ninguna, en realidad.

Apreté los dientes y me volví hacia adelante.

Anthony Mitchell, ya terminé contigo.

La clase pasó rápido, aunque no se me quedó gran cosa. Cuando sonó el timbre, tuve que preguntarle la tarea a Laura Evans, la chica sentada a mi lado. Me dejó copiar sus apuntes a toda prisa; luego guardé mis cosas en la mochila y salí detrás de un pequeño grupo de estudiantes.

Afuera del edificio me encontré con Allie.

—Hola, Sam —dijo—. En unos minutos nos juntamos para entrenar en la cancha de fútbol. ¿Vienes?

Un poco de baile era justo lo que necesitaba después de haber terminado con el cuello rígido por estar sentada en clase. Y como al final había decidido darle una oportunidad a lo de ser animadora, asentí y la seguí hasta el césped bien cuidado, a unos cientos de metros de la escuela. Fuimos las primeras en llegar. Me dejé caer bajo un árbol mientras esperábamos a las demás. Poco a poco se nos fueron uniendo, y al final éramos ocho chicas en total.

Lisa se sentó a mi lado con las piernas cruzadas y chocó su hombro con el mío.

—¿Qué tal arte? ¿Se portó bien el grandulón?

—Sí, todo tranquilo —me encogí de hombros—. Ningún insulto, por una vez.

—Bien. Le dije que le patearía el trasero de aquí a Nebraska si volvía a ser malo contigo.

Así que tenía razón: habían vuelto a discutir por mí la noche anterior. No hacía falta, porque a partir de ahora pensaba evitarlo por completo, pero aun así fue agradable saber que Lisa me estaba defendiendo. Le choqué el hombro de vuelta.

—Gracias.

Un momento después, Allie nos puso a estirar antes de empezar el entrenamiento. Con la planta del pie derecho apoyada contra el tronco de un árbol, hice algunos estiramientos como los que solía hacer de niña en las clases de ballet. Me incliné para tocarme los dedos de los pies y apoyé la frente en la espinilla; luego giré la cabeza hacia un lado y dejé que la mirada se me fuera hacia la cancha.

Algunos chicos y chicas corrían sobre el pasto. Así que ese día el entrenamiento era mixto. Busqué a Susan entre la gente. Debía de estar por ahí, pero no logré verla. En cambio, vi a Anthony Mitchell.

Llevaba otra vez los shorts blancos y la camiseta azul, y entonces noté que todos tenían en la espalda un tiburón rojo de sonrisa malvada. El mismo que aparecía en la pancarta colgada en las gradas con el nombre Grover Beach Bay Sharks.

Tony giró y su mirada cayó sobre nuestro pequeño grupo. Demasiado tarde me di cuenta de que había estado observándolo mientras se pasaba el balón con Nick. Él lo notó, seguro, porque entrecerró los ojos cuando nuestras miradas se cruzaron por un segundo, antes de darse la vuelta y trotar hacia la portería.

Chapter 6

Tony

Mientras corría hacia la cancha con Hunter y los demás, seguía apretando la mandíbula. No podía creer lo distraído que había estado cuando el gnomo tiró mis cosas sobre el pupitre y, encima, logró dejarme sin palabras por un segundo.

Nick me pasó el balón con el pie.

—¿Hacemos unos pases para calentar?

Nos lo pasamos de un lado a otro durante un minuto, corriendo por la orilla de la cancha y procurando no cruzarnos con Chloe. Bueno, yo sí. Ya tenía suficiente locura encima desde anoche como para encima toparme con ella también.

En el extremo más alejado de la cancha, Nick y yo cambiamos de posición y ahí fue cuando vi a las chicas. Allie se había empeñado en que entrenáramos todos al mismo tiempo para poder darnos feedback después. No era precisamente algo que me emocionara. Ver chicas bailar era, bueno… si eras hombre, te gustaba, fueran buenas o no.

Normalmente las miraba un par de minutos y luego me concentraba en el partido; después les decía que lo habían hecho genial. Pero esta vez sabía que Lisa estaría con ellas. Se me subió la presión nada más de imaginarla ahí, animándonos.

Me había quedado pasmado cuando lo anunció ayer en el almuerzo. Pero, a ver… ella se había metido al equipo de fútbol por mí el verano pasado, así que ¿por qué no iba a ser porrista ahora por Hunter? Busqué su hermoso cabello largo entre el grupito, pero lo que me atrapó fue una mata de pelo negro pegada a un cuerpo que parecía capaz de estirarse como una maldita cuerda elástica.

El pequeño gnomo tenía una pierna apoyada en un árbol y se inclinaba hacia adelante como si fuera de goma. Apartó la mirada enseguida. Sí, claro, como si no me hubiera dado cuenta de que me estaba mirando.

En serio, con toda la mierda que le había soltado anoche, me sorprendía que todavía pudiera mirarme sin vomitar. Maldita sea, Samantha Summers probablemente era una buena chica. Tenía que serlo si Liz se había hecho amiga de ella desde el primer día. Y, en teoría, yo sabía que ella y Chloe Summers no eran la misma persona. Aun así… mejor mantener distancia. Ya había tenido mi buena dosis de problemas con una de ellas y no necesitaba otra historia de la que después no pudiera hablar con nadie.

Hice carrera con Nick a punta de cabezazos hasta el otro lado de la cancha, y luego volvimos a pasarnos el balón. Cuando terminamos, eché otra mirada disimulada hacia las chicas, que ahora practicaban unos pasos sencillos con música. Lisa se rió cuando a todas les tocó mover las caderas, y yo no pude apartar la vista… hasta que ella lo hizo.

Joder, ¿por qué había dejado ir a esa chica? Se recogió el cabello y se lo sujetó con una pinza en la nuca. Nada que el gnomo cuerda elástica pudiera hacer con su pelo. Ella solo intentó apartárselo de la cara y engancharlo detrás de las orejas, pero no le funcionó. Por más corto que lo tenía, se le volvía a venir encima de inmediato. Se sopló el flequillo para quitárselo de los ojos, luego se bajó el cierre de la sudadera y la lanzó a un lado.

¡Santo cielo!

Sam no llevaba casi nada debajo. Solo un top negro que le llegaba justo debajo de las costillas y se le pegaba al cuerpo. Se amarraba por la espalda y, con los pantalones camuflados y esas botas negras pesadas que parecía usar siempre, el gnomo cuerda elástica de pronto se veía un montón como Lara Croft. Me quedé quieto con el balón bajo el pie y la miré sin disimulo mientras les mostraba a las otras unos pasos de street dance. Con lo poco que llevaba arriba, era lo más sexy que había visto en mi vida.

Un dolor me estalló en la cabeza cuando un balón me golpeó justo encima de la oreja izquierda. Maldiciendo, con la cabeza zumbándome, me tambaleé hacia un lado.

—¡Deja de babearte por mi chica, Mitchell! —gritó Hunter mientras venía corriendo hacia mí, muerto de risa.

Sabía que yo no tocaría a Lisa mientras ella estuviera con él. También sabía que eso cambiaría en el mismo instante en que uno de los dos decidiera terminar. Pero esta vez su broma estaba completamente fuera de lugar.

—No estaba mirando a tu… —Sí, claro. Dile a quién estabas mirando de verdad. Casi me reí de mí mismo—. Ah, olvídalo. Juguemos.

Agarré el balón que me había lanzado y corrí hacia la portería contraria para que me eligieran para el equipo de Hunter o el de Winter. Como siempre, terminé siendo la primera elección de Hunter.

Chapter 7

Samantha

Las porras resultaron ser divertidas. Nada que ver con lo que había imaginado, la verdad. Cuando Allie me pidió que les mostrara movimientos un poco más elaborados y a todas les parecieron geniales, pensé que quizá no estaría mal quedarme con las chicas. Al final quedó claro que no éramos el típico grupo de porristas que saltan, gritan y hacen splits. Lo nuestro iba más por una mezcla de hip-hop y funk. Incluso me sirvieron aquellas pocas semanas de clases de zumba que había tomado un par de años atrás, con pasos de salsa y movimientos de cadera. Me gustó lo que armamos, y por lo visto a las demás también.

Después del entrenamiento fuimos por un helado, pero me excusé temprano porque tenía que trabajar en un dibujo. Con la tarea de AVE —que consistía en bocetar a una villana de fantasía— quería recuperar el tiempo que había perdido. Decidí hacer una arpía, con alas coriáceas, pico de cuervo y una cola de rata rematada por una lanza. Cuando terminé ese dibujo, apenas logré avanzar la mitad de otro proyecto; después hice la tarea de matemáticas y escribí un poema funky sobre mis botas para literatura en inglés. En medio de todo eso, también conocí a Rosa, la cocinera.

Más tarde tuve que soportar una cena incómoda con Chloe y sus padres, sazonada con una conversación realmente extraña.

—Hoy fue tu primer entrenamiento de porras, ¿verdad, Sammy? —me preguntó Pamela a mitad de la cena.

Levanté la vista del plato y asentí.

—¿Te gustó?

—Estuvo bien. De hecho, estoy pensando en seguir haciéndolo. Supongo que es mejor bailar con ellas que no bailar en absoluto.

Pamela me sonrió radiante desde el otro lado de la mesa.

—Estoy segura de que tomaste la decisión correcta.

—¿Porras? ¡Ja! —Con una risita aguda, Chloe le dio un codazo a su padre en el costado—. Las buenas juegan el deporte de verdad, ¿no es cierto, papá?

Él asintió y se secó la boca con una servilleta bordada.

—¿Cómo vas con los penales? ¿Has mejorado desde el verano pasado?

Chloe sonrió con suficiencia.

—Metí siete goles de diez la semana pasada. Hunter dice que soy una de sus mejores jugadoras.

Sí, claro. Seguro que esa es la única razón por la que la mantiene en un equipo donde nadie la soporta. Resoplé, pero enseguida me llevé una rodaja de zanahoria a la boca para ahogar el sonido.

Pamela ignoró la conversación entre su esposo y su hija y me miró con los ojos brillantes.

—Todavía conservo mi uniforme de porrista de cuando estaba en la secundaria. Si quieres, luego puedes probártelo. Puedo ajustarlo si te queda largo.

Guau. Eso sí que era una oferta generosa.

—Gracias, pero no bailamos con uniforme. Es solo algo divertido, y Allie —ella es como la capitana— nos deja usar lo que queramos. Incluso le parece genial que lleve mis pantalones camuflados y mis botas, porque encaja con el estilo de baile que estamos practicando ahora.

Chloe me lanzó una mirada helada.

—¿De verdad llamas estilo a ese pisoteo y a esos espasmos ridículos que haces? —Sacudió el cuerpo de un lado a otro para burlarse de nuestros movimientos.

—¡Chloe! —siseó Pam con una voz tan cortante que no le había oído desde que mi prima y yo nos caímos vestidas a la piscina de atrás cuando teníamos siete años—. Estoy segura de que las chicas saben muy bien lo que hacen. Y como tú no formas parte de esto, no vas a hablar mal de su baile. No lo permitiré en esta casa. ¿Quedó claro?

Como si no fuera suficiente que Pam me defendiera, además apoyó una mano sobre la mía en un gesto de apoyo. La mirada de

asco de Chloe se sentía como pequeños pellizcos en la piel. Al final, sus ojos se elevaron hasta encontrarse con los míos. Debajo de todo ese hielo, me pareció ver un diminuto destello de dolor. Se pasó la servilleta por los labios, luego la dejó caer sobre el plato a medio terminar y se levantó.

—¿Puedo retirarme, papá? Todavía tengo tarea que hacer.

—Por supuesto, cariño —respondió él.

Todos la observamos salir de la habitación hecha una furia. Me sentí aliviada cuando terminé de cenar y también pude irme a mi cuarto. No entendía por qué Chloe se ponía tan celosa cada vez que Pamela y yo parecíamos tener algo en común, algo de qué hablar o de hacer juntas. No era como si yo estuviera intentando robarle a su mamá para reemplazar a la mía. Maldita sea, extrañaba a mis padres. Nada ni nadie podía reemplazarlos para mí. Entonces, ¿qué tenía de malo intentar adaptarme a la situación y ser una invitada amable en lugar de una carga molesta?

Llamé a mi mamá porque se me había olvidado hacerlo después de clases y me limité a contarle solo las cosas buenas que me habían pasado desde nuestra última llamada. No necesitaba escuchar nada sobre el insulto hobbit de anoche ni sobre los ataques de celos de Chloe. Oír la voz de mamá me hizo bien. Antes de despedirnos, me contó cuánto me extrañaban ella y papá. Después de colgar, estudié un poco de historia para el examen de mañana. La mayoría de los temas ya los sabía de memoria, así que no me preocupaba en absoluto reprobar.

El miércoles, por una vez, transcurrió con calma y me dio esperanzas de que el resto de la semana sería igual. Y no me equivoqué. Tony estaba presente durante los recreos del almuerzo, pero siempre mantenía la mayor distancia posible entre nosotros, así que consideré seguro sentarme con mis amigas. De vez en cuando atrapaba su mirada fría sobre mí en AVE, pero cuando la señora Jackson volvió a escoger mis bocetos para comentarlos frente a toda la clase, él no dijo ni una palabra. Me pregunté si las amenazas de Lisa eran lo que lo mantenía en silencio. Si era así, le estaba realmente agradecida.

El viernes fui a la escuela con el ánimo más ligero, llena de anticipación por la pijamada en casa de Lisa. Alguien había mencionado *Warm Bodies* y «toneladas de helado de chocolate». Aunque nunca fui una gran fan de las películas de zombis, Nicholas Hoult me encantaba, y no me molestaba que comiera cerebros durante un rato, siempre y cuando al final pudiera besar a la chica.

Por desgracia, Alyssa Silverman aplastó mi sueño de Nicholas y helado durante el almuerzo. Se acercó y tomó una silla junto a Lisa.

—Lo siento, chicas —dijo. Su mirada pasó por encima de todas —. No puedo ir a la pijamada esta noche. ¿Hay alguna posibilidad de que la dejemos para mañana?

Al principio parecía avergonzada, pero enseguida una sonrisa enorme le estiró los labios.

—¿Qué pasó? —preguntó Lisa.

Lo curioso fue que quien respondió fue Sasha. Sin mirarnos a ninguna, levantó con cuidado su porción de pizza hasta la boca, evitando que el queso derretido y ardiente goteara, y dijo:

—La invité a salir. Dijo que sí.

Le dio un mordisco a la esquina y sonrió.

Ninguna dijo nada, aunque todas nos moríamos por saber cómo había ido. Tendríamos que esperar a que terminara el recreo y acorralarla en educación física para que nos contara los detalles… cosa que, sin duda, íbamos a hacer.

Vi a Lisa apretar la mano de Allie, compartiendo la emoción, y luego nos miró al resto con expresión interrogante.

—¿Quién está de acuerdo con ir el sábado?

Y así, un buen viernes por la noche se desvaneció.

—Claro, cuenten conmigo —dijo Susan.

Como Simone estaba masticando un enorme bocado de hamburguesa, solo levantó la mano.

Me encogí de hombros.

—Está bien, no hay problema.

La idea de pasar la noche en casa de mi tía, con una Chloe melodramática rondando por ahí, hizo que metiera la mano en el bolsillo y sacara una paleta de cereza para endulzarme el ánimo.

Hunter pasó la mano por debajo del cabello de Lisa e hizo un puchero.

—Eso significa que no podré verte en todo el fin de semana.

Sabía por qué estaba tan deprimido, aunque gran parte era puro teatro. Algunos de los chicos habían planeado una noche en el bosque para cuando nosotras estuviéramos solas en casa de Lisa. Ahora saldrían esa misma noche y al día siguiente no se les permitiría unirse a nosotras.

—Eres un chico grande. Sobrevivirás —respondió Lisa en tono juguetón.

—O… —alargó la palabra, dejando que el puchero se transformara en una sonrisa— ustedes podrían venir a acampar con nosotros.

Simone dejó caer la hamburguesa.

—¿Al bosque?

No parecía alguien que fuera a disfrutar una noche en plena naturaleza. Pero la expresión en la cara de Alex me hizo pensar que acababa de imaginar exactamente cómo haría que la experiencia fuera agradable para ella.

—Claro, es una idea genial, amor —le dijo—. Podemos dormir en la misma tienda y acurrucarnos en un solo saco. Incluso te asaré malvaviscos en la fogata.

Fue entonces cuando la exasperación de Simone se transformó en una sonrisa radiante.

—¡Hagámoslo!

Probablemente no fueron los malvaviscos lo que la convenció tan rápido.

Lisa, en cambio, parecía un poco escéptica. Miró a Susan.

—¿Tú qué opinas?

—Si tú vas, yo voy.

Y entonces todos me miraron a mí.

Una oleada repentina de incomodidad me recorrió el cuerpo. Chupé la paleta con un poco más de fuerza y luego la saqué con un chasquido. Aparte de Ryan y Alex, sabía que Nick y Tony también estarían allí. A Nick podía tolerarlo; a Tony… probablemente no. La mirada hosca que me lanzó me revolvió el estómago de inquietud.

—No lo sé. No soy muy fan de acampar. Ya sabes… sin baños, sin agua caliente ni cable.

Nick se rio y me pasó un brazo por los hombros con total naturalidad.

—Vamos, chica Finn. Será divertido.

—Sí, y además necesito a alguien que duerma en una tienda conmigo —añadió Susan—. No voy a dormir sola con todos esos coyotes y osos rondando por ahí. Y no puedes emparejarme con uno de esos idiotas. —Asintió en dirección a Tony y Nick, pero todas sabíamos que le gustaban los dos un montón, así que nadie se ofendió.

Hice una mueca irónica.

—Sabes que ya no hay osos en California.

—No importa. Quiero que vengas.

—Yo también —dijo Lisa, lanzándome una mirada suplicante.

—Sí, yo también —se sumó Simone.

Y entonces Alex, Nick y Ryan repitieron lo mismo que las chicas. Me sentí genuinamente halagada, mirando de uno a otro mientras mi sonrisa se ensanchaba. No esperaba que Tony dijera nada, pero al parecer los demás sí aguardaban su reacción. Cuando todas las miradas se clavaron en él, gruñó:

—Perdónenme si no estoy tan entusiasmado.

Esta vez, sin embargo, su mal humor me importó tan poco como a los demás, porque ya me habían incluido en el plan. Sonriéndole con descaro a Tony, dije:

—Malas noticias, Mitchell. Voy a ir. Acostúmbrate.

Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa forzada y parpadeó dos veces mientras me miraba.

—Oh, qué alegría.

Sí, claro que lo sería…

Antes de la sexta hora, Allie por fin soltó todos los detalles románticos que llevábamos esperando desde que se nos acercó en la cafetería. Al parecer, Sasha la había sorprendido esa misma mañana. Dijo que casi se traga la lengua cuando cerró de golpe la puerta metálica de su casillero y lo vio allí, de pie. Pero cuando él le dijo: «Oye, ¿te das cuenta de que llevo un tiempo persiguiéndote?

Creo que ya es hora de que salgas conmigo», ella quedó rendida. La expresión soñadora en sus ojos nos hizo suspirar a todas con ella.

Mientras nos cambiábamos después de una hora jugando básquetbol, hablamos del viaje de campamento y quedé con Susan en que me llevaría. Con el tiempo justo, salí corriendo de educación física. Llevaba la tarea de arte en una carpeta apretada bajo el brazo y me apresuré para llegar a clase antes de que sonara el timbre.

Justo al doblar la última esquina, choqué de frente con un chico mucho más alto. Salí despedida hacia atrás y caí sentada, mientras mis bocetos se deslizaban varios metros por el pasillo.

—¡Rayos! Lo siento muchísimo —jadeé, poniéndome de rodillas y ayudándolo a recoger los dibujos caídos—. No te vi.

Él también se agachó, y solo cuando le tendí unas cuantas hojas me di cuenta de con quién me había estrellado en realidad. Estaba cara a cara con Anthony Mitchell. Eso sí que era una novedad.

Esperando lo peor, me tensé, pero por segunda vez en la semana se quedó en silencio, lo que me inquietó aún más. Con rapidez, recogió todos sus dibujos, excepto los dos que yo le estaba ofreciendo. Tenía los ojos tan abiertos que el horror se leía en ellos con absoluta claridad. Lentamente, alargó la mano hacia los papeles.

Un tirón suave de las hojas en mi mano me hizo bajar la mirada hacia ellas. Y entonces entendí su expresión. Probablemente nunca quiso que yo viera esos dibujos. O tal vez sí, pero no así, no ahora, sino más tarde, en clase, cuando pudiera sacarse una carcajada perfecta a mi costa. Una broma. El mundo se detuvo durante una fracción de segundo mientras me caía de golpe de mi ensueño y me precipitaba de frente a un abismo de conmoción.

—Dios mío —susurré, y me dejé caer otra vez desde las rodillas hasta quedar sentada en el suelo.

Las manos me temblaban, los pulmones se negaban a tomar suficiente aire. Me mareaba, como si hubiera dado demasiadas vueltas en un carrusel.

Odié que las lágrimas me brotaran en los ojos; odié haber quedado expuesta de esa forma. Pero, por encima de todo, odié que me hubiera usado como modelo en vivo para su tarea de AVE. La

villana que había elegido dibujar era una bruja. Y, aparte de ser diminuta —algo que quedaba dolorosamente claro porque la había colocado justo al lado de una puerta, donde el pomo podría haberle sacado un ojo sin dificultad—, el rostro de la mujer se parecía de manera inquietante al que veía todos los días cuando me miraba al espejo. Los mismos rasgos, la misma boca en forma de corazón, los mismos ojos grandes y oscuros. Demonios, incluso había captado mi cabello negro a la perfección. Solo que esa mujer tenía una nariz tan larga como mi dedo medio, cubierta de verrugas repugnantes de las que salían pelos. En sus ojos había una maldad digna de una película de *Harry Potter*, pero no de mí. Entre los labios apenas entreabiertos asomaba un diente podrido, y sobre su espalda encorvada reposaba un cuervo que le lanzaba al espectador una mirada cruel. La bruja sostenía una escoba con ambas manos, retorcidas como garras.

—Tú… tú… —jadeé, buscando aire.

Solté sus dibujos y me tapé la boca con las manos, consciente de que el pecho ya se me sacudía con sollozos.

El imbécil no dijo una sola palabra. Solo me miró como si se hubiera mordido la lengua.

Al borde de un colapso emocional, lo vi guardar las hojas en su carpeta y luego volver a clavar los ojos en los míos. Sabía que no le caía bien por algún motivo realmente estúpido, pero jamás se me había ocurrido que fuera algo tan profundo.

Una sola lágrima se deslizó por mi mejilla.

—¿Es… así como me ves?

Los rasgos de Tony se endurecieron. Parecía estar luchando por no hacer una mueca. Alzó la mano para tocarme. Como una serpiente. Como un enemigo. Estaba tan hundida en la histeria que sentí el impulso de sisearle. Sin embargo, lo único que salió de mí fue un jadeo tembloroso mientras me apartaba de golpe.

—No… ¡Dios mío! ¡No me toques!

No lo hizo. En lugar de eso, se aseguró la carpeta bajo el brazo, se puso de pie y entró a zancadas al salón. En cuanto desapareció, algunos chicos me ayudaron a recoger mis bocetos, pero en ese momento no fui capaz de apreciar el gesto. Lo dejé todo

tirado y corrí en dirección contraria, por el pasillo y hacia afuera. Con las lágrimas cayendo ya sin control, la vista se me nubló. Deambulé unos instantes sin saber qué hacer ni adónde ir, hasta que finalmente caí de rodillas sobre el césped, bajo un árbol enorme.

Me dejé caer contra el tronco, me abracé las piernas contra el pecho y me cubrí el rostro con las manos. Cada respiración me ardía al bajar por la garganta, demasiado tensa. No iba a volver a AVE. Ni ahora ni nunca.

—¿Sam? —Una voz conocida y preocupada me obligó a levantar la cabeza—. ¿Qué demonios pasó?

Claro. Tenía que ser justo el novio de Lisa el que me encontrara ahí afuera, llorando como una cría. Me sequé las lágrimas a toda prisa, pero no logré decir nada, así que solo negué con la cabeza.

—¡Chicos, sigan ustedes! —gritó por encima del hombro a un pequeño grupo de estudiantes que estaba a unos seis metros—. Los alcanzo luego.

Después se agachó frente a mí, apoyando las manos sobre mis rodillas dobladas.

—¿Tu prima te volvió a dar problemas?

Solo pude mirarlo, y entonces las lágrimas volvieron a desbordarse.

—¡Maldita sea! Es Mitchell. —Suspiró y se dejó caer de rodillas en la tierra; luego rebuscó en su mochila y al final me tendió un pañuelo—. Toma.

Me limpié la cara con él, luego me soné la nariz y luché por controlar los sollozos. Ryan esperó en completo silencio hasta que logré recomponerme y, por fin, dejé de llorar.

—¿Quieres contarme qué pasó para que le reviente la cabeza al idiota?

Su compasión me tocó. Estuve a punto de sonreír. Guardé el pañuelo en el bolsillo, alcé la mirada al cielo y me pasé las palmas por las mejillas ardientes.

—Vi algunos de sus dibujos —dije; la voz todavía me temblaba —.

—Ajá…

Volví a mirarlo y sorbí por la nariz.

—Y había uno de mí.

—Oh. —Sus ojos se abrieron un poco, sorprendido, lo que me hizo dudar—. Así que lo viste, ¿eh?

Fruncí el ceño, incrédula.

—¿Te parece gracioso?

—La verdad, me parece bastante impresionante. Entonces… ¿por qué ese dibujo te hizo llorar?

¿Perdón? ¿Había venido a echar sal en la herida?

—¿Impresionante? Me convirtió en una maldita bruja.

Ahora era Ryan quien parecía confundido.

—¿Una bruja?

—Sí. Con la nariz llena de verrugas, la espalda encorvada, una escoba… todo eso.

—Oh —repitió—. —Luego apretó los labios en una línea pensativa y frunció el ceño—. Bueno, esa no es la imagen que yo tengo de ti.

¿Había más? ¿Qué demonios le pasaba a ese tipo? ¡Todo había sido por un estúpido vaso de soda, y ni siquiera se lo había tirado, maldita sea!

—¿Por qué me odia, Ryan? —le supliqué.

—No te odia, Sam. Ahora mismo solo está un poco… complicado. Tu prima le dejó una buena abolladura en la cabeza hueca.

—No veo cómo eso sea culpa mía —negué con la cabeza—. En fin, ya tuve suficiente de sus tonterías. ¿Podrías decirles a los demás que no voy a ir esta noche? De verdad no tengo ánimos para otra ronda.

—No es tu culpa, y él lo sabe. Y no, Sam, no vas a cancelar por él. Lisa y Susan jamás te lo permitirían. Tony solo tiene que ponerse las pilas como un hombre, pero ese no es tu problema. —Ryan me apretó suavemente las rodillas y su voz se volvió todavía más cálida —. Por cierto, te está esperando allá. —Con discreción, asintió hacia mi izquierda.

Giré la cabeza de golpe y encontré a Tony apoyado contra otro árbol, con algo que se parecía muchísimo a mi carpeta apretado entre las manos. El estómago se me cerró en un nudo.

—¿Quieres que le parta la cara por ti? —preguntó Ryan con total seriedad—. Porque si quieres, lo hago. Si no, creo que los dejaré solos. El tipo parece tener algo que decir.

Aturdida, seguí mirando a Tony. Su rostro estaba tallado en líneas duras, pero en sus ojos no había la animosidad habitual.

—Bueno, supongo que eso significa que no habrá paliza —dijo Ryan, incorporándose y dándome una palmada ligera en la rodilla—. Te veo luego.

Cuando levanté la vista hacia él, alzó una ceja con descaro, como advirtiéndome que ni se me ocurriera no presentarme. Probablemente habría ido a buscarme a casa si hacía falta. Sin duda.

Acomodándose la mochila en los hombros, Ryan Hunter caminó hacia Tony, quien se apartó del árbol y bajó la mirada.

—¿En serio, una bruja? —se rio Ryan, dándole una palmada en el hombro—. Amigo… eres un idiota.

No quería que Tony se acercara ahora que Ryan ya no estaba. No quería escuchar lo que fuera que tuviera que decir. Y, sobre todo, no quería que viera mis ojos enrojecidos de tanto llorar. Lo único que quería era que se fuera.

Pero no lo hizo.

Solo unos segundos después, estaba de pie frente a mí. Mi carpeta cayó al suelo, junto a mis botas.

—Te fuiste de clase.

—¿Y? Obviamente, tú también —respondí con la calidez de una tormenta ártica.

—Sí, alguien tenía que traerte tus cosas.

—Gracias. —Clavé la mirada en mis rodillas en lugar de mirarlo —. Ahora déjame en paz.

Con lentitud, Tony se agachó frente a mí, igual que su amigo antes.

—Lo haré. En un minuto.

En ese momento, un minuto con él era una eternidad insoportable. Pero probablemente se iría antes si me quedaba callada y lo dejaba decir lo que tuviera que decir. Además, tenía la garganta demasiado ronca como para iniciar una discusión.

—Escucha…

Lo hice. Sin embargo, pasó tanto tiempo después de esa única palabra que, sin querer, levanté la vista hacia su rostro. Maldición, de verdad parecía arrepentido. Y cuando digo arrepentido, me refiero a un *no sé cómo compensarte* auténtico.

Su camiseta blanca y ajustada se tensó sobre el pecho cuando inhaló hondo.

—No sé qué es lo que tienes, Summers, que saca lo peor de mí. Simplemente… pasa.

Guau. Si eso no entraba en la historia como la disculpa menos brillante de todos los tiempos…

—Anthony —murmuré con la voz áspera—, me convertiste en una bruja.

—Lo sé… Esa imagen nunca debió terminar en mi carpeta. Fue un maldito accidente.

—¡El hecho de que la dibujaras en primer lugar fue el maldito accidente! —le grité a su cabeza dura.

Tony se mantuvo sorprendentemente calmado.

—Sí… eso también. —Había una nota triste en su voz que no entendí y que tampoco quería entender—. Mira, sé que te he hecho la vida imposible desde el día en que cruzaste la puerta del local de Charlie. No volverá a pasar. A partir de ahora, me mantendré lejos de ti.

Y entonces se levantó y se fue.

No tenía ninguna intención de volver a clase con la cara roja e hinchada de tanto llorar, así que me fui directo a casa.

Pamela, que conocía mi horario, se mostró un poco preocupada cuando me vio entrar por la puerta. —¿Pasa algo?

Debería haberle dicho que todo estaba bien, que solo tenía un poco de dolor de cabeza. Pero cuando apoyó la palma en mi mejilla y preguntó:

—¿Has estado llorando, cariño?

…sentí cómo se me desmoronaba la compostura.

—Solo tuve una semana realmente, realmente horrible —dije.

Luego me dejé caer en una de las sillas de respaldo alto del comedor y hundí el rostro en los brazos cruzados sobre la mesa. Esperaba oír su voz calmada pidiéndome detalles, pero lo único que

escuché fueron ruidos en la cocina. Al final levanté la cabeza y la encontré sentada a mi lado. El aroma afrutado del té de fresa me envolvió cuando deslizó una taza humeante hacia mí.

Solo por eso, decidí que se había ganado el derecho a oír los detalles. Todos. Todo lo de Tony y de cómo me había hecho la vida imposible sin ningún motivo evidente. Bueno, salvo que se había acostado con Chloe en algún momento y aquello no había funcionado. Me pareció excesivo contarle también a mi tía el comportamiento odioso de su hija, así que esa parte la omití.

—Me cuesta mucho creer que un chico tan agradable como Anthony Mitchell pueda ser tan cruel contigo —dijo—. ¿Estás segura de que tiene que ver con Chloe?

—Eso es lo que me dijeron —respondí, dejando fuera una vez más la parte en la que ella lo había dejado después de acostarse con él—.

—Pero dijiste que hoy se disculpó. Estoy segura de que, si dijo que te dejaría en paz, lo hará.

—Sí… quizá —solo podía esperar que así fuera—. Por cierto, la pijamada a la que iba a ir esta noche se canceló. En su lugar, me invitaron a ir de campamento al bosque. ¿Está bien para ti y para el tío Jack?

—Claro que sí. Debemos tener un saco de dormir para ti en el garaje —Pam hizo una pausa—. Te ves preocupada. ¿Crees que Tony también estará allí?

—Sé que sí. Y va a ser divertidísimo —añadí con una mueca amarga mientras miraba mi taza.

Pero el enojo ya se había disipado. Con un suspiro, dejé el té a un lado y apoyé la cabeza en el hombro de mi tía.

—¿Siempre será así? Ya sabes… ¿los chicos siendo complicados?

Pam apoyó la mejilla en mi cabello.

—Eh… ¿esa es una pregunta trampa? —me abrazó con fuerza mientras las dos reíamos—. Pero mejora un poco cuando se hacen mayores, cariño.

—¿Cuando quiénes se hacen mayores? —la voz de Chloe nos llegó desde la cocina.

Levanté la cabeza apenas un segundo antes de que apareciera en el umbral del comedor. La expresión horrorizada que puso al verme en brazos de su madre me erizó la nuca. Una manzana se le escapó de las manos y cayó al suelo de baldosas, rodando hasta meterse debajo de la mesa.

Ni siquiera la había oído llegar. Gran error. Me agaché de inmediato bajo la mesa y recogí la fruta.

La tía Pamela no pareció notar ni mi sobresalto ni el de Chloe.

—Estábamos hablando de chicos —le explicó a su hija—. Sam acaba de descubrir lo complicados que pueden ser.

—¿Ah, sí? —Chloe se volvió hacia mí y me dedicó una sonrisa que no tenía nada de amistosa—. ¿Así que sigues pasando el rato con esos perdedores, eh? Pensándolo bien, encajas perfectamente con ellos.

Antes de que pudiera siquiera tomar aire para responder, Pam espetó:

—Chloe, ¿qué demonios te pasa?

Se incorporó apoyando las manos en la mesa.

—No me gusta nada tu actitud grosera con Sam últimamente. Ella forma parte de esta familia, y le pedirás disculpas ahora mismo.

—¿Qué? —Chloe soltó una risa incrédula.

—Me oíste.

Como era de esperarse, Chloe no se disculpó, y la verdad es que no me importó. Pero lo que le dijo a su madre a continuación me tomó por sorpresa y me dejó muda del impacto.

—¿Así que ahora la quieres más que a tu propia hija?

Mi prima me lanzó una mirada despectiva.

—¿A la mocosa que dejaron en nuestra puerta? Debería haberlo sabido.

Se dio media vuelta y se fue hecha una furia.

Pam se quedó a mi lado, consternada. Se pasó el dedo índice por los labios, mirando alternativamente la puerta vacía y luego a mí. Por fin dijo:

—Lo siento, Sam. No lo decía en serio.

—En realidad, creo que sí —todo encajaba demasiado bien para convertirlo en un día maravillosamente miserable—. Pero está

bien. Deberías ir tras ella.

Pamela caminó hacia la puerta y luego me lanzó una mirada triste por encima del hombro.

Intenté sonreír.

—Gracias por escucharme, Pam.

Chapter 8

Tony

Con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza enterrada entre las manos, me dejé caer en la banca al costado de la cancha de fútbol y clavé la mirada en el pasto, como si pudiera perforarlo a fuerza de verlo. No recordaba la última vez que me había sentido tan miserable. No, mentira. Claro que lo recordaba. Había sido cuando Hunter y yo nos peleamos por Lisa en su habitación. Más exactamente, cuando me acusó de haberme acostado con Chloe y de haber echado a perder mi última oportunidad con Liz. Aunque eso no era del todo cierto, tampoco podía negar que la había cagado en grande.

En ese momento deseé poder retroceder el tiempo unas horas, igual que lo había deseado entonces. Los errores apestaban. Sobre todo cuando eran culpa mía y terminaban con alguien más llorando.

¿Cómo diablos había podido olvidar sacar las malditas fotos de Samantha Summers de mi carpeta? Nunca quise lastimarla de esa manera. Pero había sido un imbécil con ella desde el primer segundo en que se cruzó en mi camino. Nadie del círculo íntimo de Chloe me había sacado tanto de quicio jamás. Entonces, ¿por qué Sam?

Detrás de mí, unos pasos se acercaron. No me molesté en girar la cabeza hasta que Hunter me dio una palmada en el hombro y dijo:

—Amigo, la cagaste—. Pasó una pierna por encima de la banca, plantó una pelota de fútbol en el suelo frente a sus pies y se sentó a mi lado.

—Todo esto es culpa tuya —murmuré.

—¿Por qué? —se rio—. ¿Porque es el segundo viernes del mes?

—Por tu culpa metí las fotos en la carpeta desde el principio. Y después del entrenamiento me olvidé de sacarlas.

—Eh, pará un poco, hermano. Yo ayer no hice nada más que admirarlas. Nadie dijo que tenías que arrancármelas de las manos.

Claro. Y dejar que se enterara de cómo Samantha Summers había empezado a aparecer, de la nada, en casi todos los dibujos que había hecho esa semana. Cuando ni yo mismo podía explicarme por qué. Maldición, había tenido que repetir la tarea de AVE cuatro veces hasta que por fin logré dibujar una hechicera que no tuviera los enormes ojos castaños de Sam ni esa naricita tan perfecta.

Hunter se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en los muslos.

—¿Y cómo fue que vio tus dibujos? ¿Los sacaste en clase o qué?

—¿Tengo cara de idiota?

—¿Querés una respuesta honesta a eso? —alzó una ceja. Detestaba cuando hacía eso. A las chicas podía volverlas locas con ese gesto, pero éramos tipos, carajo.

—Choqué con ella antes de clase y mis cosas salieron volando por todo el pasillo.

—Uf, qué desastre —Hunter hizo una pausa y luego levantó la pelota del suelo, haciéndola girar sobre la punta de los dedos como si fuera el maldito Michael Jordan—. Igual, en el dibujo que vi, ella estaba estirando contra un árbol. ¿Dónde estaba esa foto? No creo que se hubiera venido abajo por esa, si la hubiera visto.

—Justo debajo de la de la bruja. Tuve suerte de que no se fijara más cuando las juntó por mí.

—¿Y por qué no se la mostrás? Apuesto a que le encantaría. Después de todo, se supone que a las chicas les gusta ser la musa de un artista.

Un suspiro me subió por la garganta, pero suspirar como una nenita frente a mis compañeros de fútbol no era precisamente una gran idea, así que en vez de eso gruñí.

—Ella no es mi modelo.

—Lo sería si la dejaras.

—¿Y por qué pensás que yo querría eso? —añadí, con más rabia—. ¿Y por qué estamos hablando de ese gnomo del bungee, además?

De golpe dejó de hacer girar la pelota y me miró como si me hubiera crecido una segunda cabeza. Una sonrisa lenta se le dibujó

en la cara.

—Ay, amigo… te pegó fuerte.

Me gustaba Hunter. Mucho. Pero a veces conseguía sacarme de quicio como nadie más.

—¿Ah, sí? —le espeté—. ¿Y en qué te basás para decir eso, gran profeta?

Se inclinó hacia mí, con un aire conspirativo digno de un boy scout, y se rio por lo bajo.

—En que ya le pusiste un apodo a la chica.

Mierda. ¿De verdad lo había hecho? Genial. Estaba hasta el cuello.

—Eso no significa nada.

—Significa que te gusta.

Me reí, pero sonó forzado, incluso para mis propios oídos.

—Estás mal de la cabeza, Hunter. Es solo otra Summers, y yo no me meto con gente de su clase—. Le arranqué la pelota de las manos de un manotazo.

Se puso de pie, la recogió y se la acomodó bajo el brazo mientras se giraba para mirarme desde arriba.

—Oye, princesita, dejame decirte algo. Y más te vale escuchar con atención, porque solo lo voy a decir una vez. No todas las chicas son como Chloe Summers, y desde luego ninguna es como Lisa. Así que dejá de esperarla, porque no pienso dejarla ir.

—Sí, ya entendí —respondí con una sonrisa tensa y cargada de cinismo.

—Una mierda entendiste. Te he visto rechazar a unas quince chicas en los últimos tres meses. No me importó, porque todas eran solo chicas sin nombre. Pero esta… Sam… —se encogió de hombros —. Ella es distinta. Y lo sabés. Es buena onda, es divertida y, te guste o no, las chicas ya decidieron que pertenece a nuestro grupo.

¿Dónde carajo estaba el botón de apagado de Hunter? Odiaba cuando se ponía en plan de hermano mayor conmigo.

—¿Y?

Esperó un momento, y temí que me tirara todavía más mierda encima. En lugar de eso, sonrió.

—Y entonces… juguemos un poco de fútbol—. Me pateó la pelota.

Me agaché; la pelota rebotó contra las gradas detrás de mí, volvió a picar y cayó otra vez sobre el pasto.

—¿Solo tú y yo? —pregunté, levantando la pelota y haciéndola rebotar con la rodilla derecha.

—Ajá, tú y yo. Mismo arco. A tres.

Asentí y la pateé bien alto. Cuando volvió a bajar, Hunter y yo fuimos por ella como si nos fuera la vida en ello. Para nosotros, el fútbol siempre había sido así. Hunter llegó primero, pero cuando se encaminaba al arco, me barrí desde un costado y le quité la pelota con limpieza. Ahora era mi carrera hacia el gol, y el primer punto debía estar asegurado. Solo que Hunter se me estrelló por la izquierda y me sacó los pies del suelo. Caí con fuerza y me deslicé por el césped.

—¿Qué carajo…?

Hunter metió el gol.

—¡Eso fue falta!

Se acercó con los puños en la cintura.

—¿Y a quién vas a reclamarle, princesita?

Apreté los dientes mientras me levantaba y llevaba la pelota de vuelta al centro de la cancha.

—Ya entendí. Estamos jugando sin reglas.

En la segunda ronda, me preparé para que entrara fuerte y bloqueé su ataque con el mío. Pero cuando cayó al suelo, me agarró el tobillo y yo aterricé de panza, sacándome el aire de los pulmones. Rodé boca arriba y me incorporé, fulminándolo con la mirada.

—¿En serio? ¿Agarrarme la pierna?

Se encogió de hombros, se deshizo de mí y pateó la pelota por encima de mi cabeza, directo entre los postes.

—¡Dos a cero!

Todavía sentado en el suelo, levanté los brazos en señal de rendición, habiendo perdido por completo cualquier aprecio por su juego sin reglas.

Ryan se ofreció a ayudarme a levantarme.

—En el amor y en el fútbol, todo se vale.

Rechacé su mano, aunque me dieron unas ganas tremendas de borrarle esa sonrisa estúpida de la cara de un golpe.

Cuando volvimos al centro para empezar la tercera ronda, Hunter me apoyó la mano en el hombro de manera burlona.

—¿Dónde está tu defensa, Mitchell?

Al carajo. Gruñí y tomé posición para la siguiente jugada. Esta vez no me iba a agarrar.

Pero volvió a marcar. Y esta vez lo llamé con todos los nombres impíos que se me ocurrieron, porque me había quitado la pelota clavándome el codo en el estómago.

—Oh, qué palabritas tan feas salen de una boquita tan linda como la tuya —se rio Hunter—. Pero por fin llegamos al punto.

Doblé el cuerpo, apoyé las manos en las rodillas y, todavía jadeando entre insulto e insulto, escupí al suelo y levanté la vista.

—¿Y cuál es el punto?

Su risa se transformó en una sonrisa de yo-mando-aquí.

—Siempre te ponés así de sensible cuando alguien atraviesa tus barreras—. Me lanzó la pelota. Tuve que enderezarme rápido para atraparla antes de que me diera en la cara.

Me dio un segundo para asimilar lo que acababa de decir. Y, jodido Jesús…

Hunter volvió a hacer ese gesto estúpido con la ceja, el que significaba que podía oír perfectamente las campanas de mi revelación.

—Nos vemos luego, princesita. Y no te olvides de traer tus buenos modales.

Le levanté el dedo medio y caminé hacia mi bicicleta.

Chapter 9

Samantha

Mientras hacía la maleta para pasar una noche en plena naturaleza, intenté no entrar en pánico al pensar que volvería a ver a Anthony Mitchell después de lo ocurrido ese día. Había prometido dejarme en paz, así que, en teoría, todavía podía ser divertido.

Sí, claro.

Solté un suspiro frustrado. Todo sería mucho más fácil si no me hubiera hecho amiga de su círculo. ¿Pero dejar plantadas a Susan, Lisa y Simone por su culpa? ¿Y también a Nick Frederickson? Ni pensarlo. El tipo me caía bien, igual que los demás.

Me quedé inmóvil a mitad de volver a enrollar el saco de dormir. Si Tony insistía en comportarse como un imbécil, simplemente lo ignoraría. No iba a darle la oportunidad de arruinarme el fin de semana. Iban a venir otros seis amigos, así que todo estaría bien. Con esa decisión tomada, me sentí mucho mejor y por fin pude respirar hondo y relajarme mientras terminaba de empacar.

Alrededor de las cuatro, Susan pasó por mí en un monstruo que se parecía sospechosamente a Mate, de *Cars*. Solo le faltaban los dos dientes delanteros.

—Perdón por esto —dijo, haciendo una mueca—. El auto de mi mamá está en el taller. Este es de mi abuelo. Te juro que él es tan reliquia como esta cosa.

Me encogí de hombros, lancé mis cosas de camping a la caja de la camioneta y me subí al asiento del copiloto, tirando la sudadera a mis pies.

—No pasa nada. Es mejor que amarrar todo eso a una bicicleta.

Temiendo que la camioneta oxidada se desarmara debajo de mí, cerré la puerta con cuidado.

De los dos parlantes del tablero salía música de otra época.

—¿Te gustan los sesenta? —pregunté.

—La música está bien. Bueno… no realmente. Pero el abuelo dijo que no puedo tocar la radio. Siempre está sintonizada en esta emisora. ¿Quieres que la apague?

—No. Déjala.

De algún modo, me levantaba el ánimo.

Con las ventanas bajas y el viento tibio despeinándonos, cantamos a todo pulmón "Lollipop", que Susan declaró el tema oficial de Sam Summers. Después de varios kilómetros, se desvió de la autopista y tomó un camino de tierra. Tras otro kilómetro más, llegamos a un estacionamiento de grava junto a un arroyo de postal. Aparcó entre un Jeep negro reluciente y el Audi gris oscuro de Hunter y apagó el motor.

—Tenemos que caminar desde aquí. No está lejos.

Bajamos juntas y agarramos la tienda, unas colchonetas y los sacos de dormir. No era una caminata larga, pero con todo lo que cargábamos empecé a sudar antes de llegar al pequeño claro donde todos ya estaban ocupados armando sus tiendas y preparando un fogón seguro.

Intenté no buscar a Tony, pero mis ojos parecían tener voluntad propia mientras escaneaban el lugar. Mantén siempre a la vista a tu enemigo, intentó decirme el cerebro. Lo encontré arrodillado en la tierra, de espaldas a nosotras. La camiseta blanca sin mangas dejaba al descubierto unos bíceps marcados mientras luchaba con las varillas de su tienda.

—¡Hola a todos! —gritó Susan.

En ese momento, Tony se giró y nos miró por encima del hombro. Fui demasiado lenta para apartar la vista y me atrapó observándolo. Aunque me esforcé por mantener una expresión neutra, el pánico y el enojo seguro se me notaban en la cara. ¿Por qué demonios no podía ignorar a este tipo?

Tony no dijo nada. Ni a mí ni a Susan. Pero su mirada, incómoda y tensa, se quedó clavada en la mía durante varios segundos, lo suficiente como para ponerme realmente nerviosa. Al final, apretó los labios —más de lo que ya los tenía— y volvió a lo suyo. Sí, ojalá te sientas incómodo, imbécil.

Nick estaba ayudándolo. Sonrió cuando nos vio. Lisa saludó con la mano y enseguida volvió a sostener una barra metálica que Ryan intentaba clavar en el suelo. Simone gritó:

—¡Eh, chicas! ¿Por qué se demoraron tanto?

—No podíamos arriesgarnos a que Mate se quedara sin aire, así que tuvimos que ir muy despacio —expliqué.

Simone hizo una mueca.

—¿Vinieron en el auto de tu abuelo?

—No había otra opción —se encogió de hombros Susan—. Era eso o venir caminando.

Empezamos a armar nuestra tienda junto a la de Nick y Tony. Yo habría elegido otro lugar, pero parecía que ese pedacito de tierra estaba reservado exclusivamente para nosotras. Extendimos la lona y ordenamos las interminables varillas delgadas. Por desgracia, no había instrucciones. Estábamos completamente perdidas.

Sentada en el suelo con las piernas cruzadas, estudié las piezas un rato y murmuré:

—Nada encaja con nada.

—Creo que hay que unirlas… como metiéndolas una dentro de la otra —dijo Susan, sosteniendo dos varillas como si fueran palillos chinos.

Tenía razón. Si las acomodabas bien, las varillas se deslizaban sin problema dentro de los extremos de las otras. Pero después de cinco minutos encajándolas, seguíamos sin tener idea de qué hacer a continuación.

—Genial —dije, mirando la única varilla larga que habíamos armado—. ¿Y ahora qué? ¿La doblamos en círculo y la usamos para colgar una cortina de baño?

—O eso, o dormimos afuera —Susan dobló la interminable línea de palitos, con cara de decepción. En cuanto la soltó, se enderezó de golpe y quedó atravesada en nuestro espacio.

De pronto, una rama delgada apareció en el rabillo de mi ojo y señaló el centro de nuestra varilla.

—Tienen que separarla aquí.

La voz de Tony llegó desde arriba.

¿Qué demonios fue eso? ¿Una ofrenda de paz? Podía metérsela bien por donde no le daba el sol. No iba a seguir ninguna orden suya.

Pero Susan sí lo hizo. Y maldita sea si lo que había dicho no tenía sentido.

—Ahora pónganlas en forma de cruz y pasen las varillas por las presillas de la tela —explicó con voz paciente. Es más, sonaba amable. Algo totalmente nuevo para mí… y algo que no iba a tolerar después de cómo me había herido.

—Gracias —gruñí—, pero estoy segura de que podemos arreglárnoslas solas. De alguna manera. Con muchísimo tiempo.

—Está bien.

Su voz sonó más fría que antes. Con las manos en alto, en señal de rendición, se alejó.

Y por fin pude volver a respirar.

Susan y yo nos quedamos cada una con una varilla en la mano, mirándonos. Era evidente que ella estaba tan perdida como yo sobre el siguiente paso. Odiaba haber echado a perder nuestra única ayuda, pero ni loca iba a trabajar junto a Tony para montar una tienda.

—Podríamos hacer una hamaca con esto —propuso Susan, haciendo una mueca, y me clavó la varilla en las costillas, lo que me hizo reír—. O simplemente nos colamos en la tienda de Lisa mientras duermen.

Tony se aclaró la garganta detrás de mí.

—Simone, ¿les dices a las chicas que crucen las varillas, luego metan los extremos en los agujeros de las esquinas de la lona y aten el centro de la tienda a la cruz?

Fruncí el ceño. Justo cuando iba a girarme para fulminarlo con la mirada, me detuve. No valía ni siquiera eso.

Simone se acercó.

—Eh… chicas —dijo con tono divertido, claramente conteniendo la risa—. Creo que tienen que cruzar las varillas, meter los extremos en los agujeros de cada esquina de la lona y luego amarrar el centro de la tienda a la cruz.

—Ya lo oímos —murmuré, lanzándole a Simone una mirada irritada.

Ella se encogió de hombros y soltó una risita mientras se sentaba sobre una hielera para observar cómo seguíamos.

Meter las varillas en los agujeros nos costó un poco, porque teníamos que levantar el centro de la cruz al mismo tiempo y la tela se tensaba un montón. Era como intentar meter un pescado resbaloso en un aro del tamaño de la uña de mi meñique. Maldije entre dientes.

Alguien se agachó a mi lado y un aroma a gel de ducha masculino me subió por la nariz. Me giré y me encontré de frente con los ojos de Tony. Lo más razonable habría sido mandarlo al diablo, pero al segundo siguiente sus manos ya estaban sobre las mías. En un instante me quedé rígida; hasta contuve la respiración. Sus manos se sentían demasiado cálidas contra las mías, heladas.

—Suelta —dijo, con una voz que era a la vez suave e irritada.

No quería hacerlo. Lo único que quería era empujar a este idiota y terminar de armar esta estúpida tienda por mi cuenta. Pero con el cerebro completamente bloqueado, deslicé las manos para sacarlas de debajo de las suyas y dejar que él tomara la varilla. Me dejé caer de espaldas, retrocedí unos pasos arrastrándome y lo observé mientras encajaba sin esfuerzo el extremo de la varilla en el agujero correspondiente.

Ignorando mi desconcierto, Tony y Nick trabajaron juntos para terminar de montar nuestro hotel de una noche. Un par de minutos después, por fin logré ponerme de pie y sacudirme las agujas de pino y la tierra pegadas al trasero.

Cuando los chicos terminaron, Tony se detuvo frente a mí, ladeó la cabeza con los labios tensos y arqueó las cejas. Probablemente quería decir algo como: *Así se arma una tienda, idiota*. Estaba claro que no esperaba que yo dijera nada. Tal vez ni siquiera lo quería. Al final, pasó a mi lado y se dirigió hacia el fuego.

—¡Gracias, Tony! —le gritó Susan.

Él levantó la mano por encima del hombro sin volverse.

—De nada.

Sí, claro. De nada. Totalmente. Nadie le había pedido ayuda, así que darle las gracias era lo último que iba a hacer hoy. ¡Maldita sea! Mordiéndome el labio, empecé a ayudar a Susan a acomodar los sacos de dormir.

Ya estaba oscureciendo cuando cerramos el cierre de la tienda para unirnos a los demás alrededor de la fogata. Cuatro troncos colocados en forma de cuadrado alrededor del fuego servían de bancos. Ryan montaba uno a horcajadas y Lisa estaba sentada entre sus piernas, con la espalda apoyada contra su pecho. Simone le acariciaba el pelo a Alex mientras él descansaba la cabeza en su regazo sobre otro tronco. Susan se sentó junto a Simone. Ese tronco ya estaba lleno y, como no quería sentarme con Lisa y Ryan cuando empezaran a besuquearse, dejé caer el trasero en el suelo al lado de Nick y usé el tronco detrás de nosotros como respaldo, igual que él.

Un momento después, Tony salió de su tienda y se sentó en el suelo frente al tronco que quedaba libre. Abrió un paquete de galletas con queso y se metió puñados en la boca. No me miró, y yo tampoco iba a mirarlo. En vez de eso, fijé la vista en las llamas crepitantes.

Nick abrió una lata de Pepsi y me la pasó.

—¿Quieres?

El calor de la tarde y la lucha por armar nuestro "hogar" me habían dado sed. Tomé la lata con una sonrisa agradecida y me bebí la mitad de un trago, luego se la devolví a Nick. Él dio un sorbo y la dejó en el suelo, entre nuestras caderas.

No pasó mucho tiempo antes de que Simone sacara todas las cosas buenas de la hielera junto al arroyo. Ensartamos salchichas en palitos y tiramos papas a las brasas a un costado del fuego. Entre el chisporroteo de las salchichas, asamos malvaviscos.

Después de comer, un chupetín de cereza era obligatorio de postre. Desde que había vuelto a Grover Beach siempre llevaba uno en el bolsillo, así que lo saqué y me lo metí a la boca. Una brisa silbó alrededor de la fogata y se me erizó la piel. A nadie parecía molestarle el viento, excepto a mí, ahí sentada, frotándome los brazos para espantar el frío. Todavía no me acostumbraba al clima de California.

—¿Tienes frío? —me preguntó Nick.

—No, estoy bien.

Solo deseaba que el viento cambiara y me empujara el calor del fuego directo encima. Prefería oler a salchicha frita que quedarme temblando mientras los demás estaban calentitos y cómodos.

Nick arrugó la cara; se veía gracioso.

—Te ofrecería una chamarra, pero no traje.

—No te preocupes. Yo traje la mía —dije—. Solo que no hasta aquí. Qué suerte la mía. Está en el auto de Susan. Luego la voy a buscar.

O tal vez no. Caminar sola por el bosque oscuro no sonaba nada tentador.

—Oigan, ¿quieren jugar verdad o reto? —propuso Susan después de tirar su palito al fuego y anunciar que ya había comido suficiente para una semana.

—No… —se quejaron los chicos al unísono.

Pero Lisa y Simone estaban lo bastante entusiasmadas como para convencer a sus novios. Incluso Nick se encogió de hombros y al final cedió. A mí no me gustaba ese juego, porque casi siempre terminabas haciendo el ridículo, ya fuera hablando o físicamente, pero no quería ser aguafiestas, así que acepté. Y Tony… bueno, no tenía opción: estaba en minoría.

—¡Yo empiezo! —exclamó Susan—. Ryan, ¿verdad o reto?

—Verdad —dijo después de pensarlo un segundo.

—¿Por qué no le tiraste la onda a Lisa antes del verano pasado, si llevabas mucho más tiempo enamorado de ella?

Lisa inclinó la cabeza y sonrió con suficiencia por encima del hombro, mirándolo.

—Sí, Hunter. ¿Por qué?

Ryan lanzó una mirada rápida hacia un lado y, cuando la seguí, vi a Tony observando fijamente las llamas que bailaban.

—Porque ella llevaba una eternidad enamorada de un buen amigo —dijo entonces, mientras le acariciaba las manos a Lisa sobre el estómago—. Parecía que nada iba a lograr que apartara los ojos del guapito de Mitchell.

Todos nos reímos. Incluso a Tony se le escapó una sonrisa.

—Nada… excepto tú —le susurró Lisa a Ryan.

—¿Verdad o reto, amor? —le preguntó él a continuación.

—Esta noche me siento valiente. Reto.

—Te reto a que cambiemos de lugar y le hagas a mi pelo lo mismo que Simone le está haciendo a Alex —sonrió ampliamente, mientras un instante después apoyaba la cabeza en su regazo.

Mientras pasaba los dedos por el pelo de Ryan, Lisa retó a Nick a saltar la fogata. Y lo hizo. Incluso con una imitación de bailarina incluida. Fue divertidísimo de ver, pero cuando después me preguntó a mí:

—¿Verdad o reto?

casi me atraganto con el chupetín.

Temiendo que me hiciera hacer algo tan estúpido como saltar el fuego —yo seguro terminaría cayendo dentro y hecha tostada—, elegí verdad.

Nick se llevó un dedo a los labios, con cara de estar tramando algo realmente cruel y horrible. Pero luego sonrió, y supe que solo me estaba tomando el pelo.

—Bueno, ¿qué es lo más cruel que alguien te ha dicho alguna vez? —preguntó.

Maldición. Yo esperaba algo como *¿Cuándo fue tu primer beso?* o *¿Dónde escondes la llave de tu diario?* Su pregunta me tomó completamente por sorpresa y, por reflejo, mi mirada se deslizó hasta Tony. Él se volvió hacia mí, con el rostro tan inexpresivo como siempre.

Tras dudar un momento, bajé la vista al fuego.

—Hace poco alguien me llamó hobbit. Supongo que por mi pelo y… porque soy bajita.

Lisa aspiró el aire, horrorizada, pero mis ojos regresaron a Tony. Frunció el ceño y apretó los labios, como siempre que sentía… ¿qué? ¿Culpa?

—Guau, eso es horrible —dijo Nick, señalando lo obvio—. ¿Quién lo dijo?

—No importa —murmuré. Ya era bastante malo que Lisa lo supiera.

—¿Por qué? A mí me gusta *El Señor de los Anillos* —dijo Simone. Solo lo decía porque no tenía ni idea del drama personal que yo cargaba encima. Se rió, inclinándose hacia Susan—. Creo que Frodo es lindo.

Alex le dio un pellizco en el trasero.

—Vente conmigo a la tienda, nena, y te doy a Frodo.

Reté a Susan a que pellizcara a Simone de vuelta por ponerse del lado de Frodo cuando aquello había sido claramente un insulto sobre mi estatura, pero sonreí para que supiera que no me había tomado su comentario a mal. Simone me sacó la lengua y luego chilló cuando recibió otro pellizco.

Ahora era el turno de Susan, y eligió a Tony.

—¿Verdad o reto?

—No quiero pellizcarle el trasero a Simone también, porque si lo hago Alex me va a reacomodar la cara —dijo con una sonrisa ladeada hacia Alex, que se la devolvió—. Verdad.

—Verdad será.

Susan me lanzó una mirada loca por encima de los lentes que me puso nerviosa, sobre todo cuando sus labios se estiraron en una sonrisa enorme.

Oh, no.

—Hagamos de cuenta que tienes que responder un cuestionario sobre Sam. Opción múltiple. Primera pregunta: ¿Sam es bonita o fea? —No me gustó nada cómo pronunció esas dos palabras—. ¿Marcarías la casilla de *fea*?

Se me cortó la respiración cuando la imagen de la bruja reapareció en mi mente. Tragué saliva con fuerza, incapaz de apartar los ojos de esa bruja sentada frente a mí. Aquello era tan… cruel. ¿Cómo podía llamarse mi amiga y, al mismo tiempo, humillarme así? Todos sabían lo que Tony pensaba de mí.

—Yo, por supuesto…

—Te sabes las reglas del juego, ¿no? —lo interrumpió Susan—. Si eliges verdad y luego mientes, te dará la sarna y se te caerán todos los dientes antes de cumplir veintiuno.

—¿Qué? —disparamos él y yo al mismo tiempo, pero enseguida me eché a reír.

—¿Quién se inventó esa estupidez? —exigió Tony. Él no se estaba riendo.

—Es conocimiento general —dijo Susan con absoluta seriedad —. ¿Nunca has jugado a esto?

Luego me guiñó un ojo a escondidas.

Esta chica era imposible. Aun así, el corazón me latía en la garganta mientras esperaba que la respuesta de Tony me cayera encima como una casa derrumbándose.

Cuando Tony dudó, todos lo miraron con curiosidad. Me miró un segundo, luego volvió la vista hacia Susan y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Está bien. No marcaría la casilla de fea.

¡Alto!

Rebobina y dilo otra vez.

¿Amenazado con la sarna, acababa de decir que no era fea? Se me cayó la mandíbula. ¿Dónde había quedado la bruja? ¿Y el hobbit, ya que estamos?

Con la cabeza todavía en el regazo de Lisa, Ryan le sonrió con picardía a Tony.

—Hay momentos en los que todavía logras sorprenderme, Mitchell.

—Vete al carajo, Hunter —le lanzó Tony una mirada asesina, se metió un puñado de galletas en la boca y apoyó la cabeza en el tronco detrás de él—. No entiendo tanto alboroto. Se ve bien… ¿y qué?

—Pues nada —respondió Susan, dedicándome una sonrisa cómplice—. Te toca, Tony.

Me esforcé por mantener la expresión serena y bajo control mientras seguimos jugando un rato más, pero la verdad era que me había dejado completamente descolocada. Esperaba que se burlara de lo de la sarna y soltara, sin más, delante de todos, que yo parecía un mediano. Era exactamente ese tipo de chico.

Con los pensamientos todavía girando alrededor de su último comentario, me froté distraídamente los brazos para espantar el frío.

Simone se inclinó hacia adelante y preguntó en voz baja:

—¿Tienes frío? Deberías ir a buscar tu sudadera al auto de Susan.

Tenía frío. Muchísimo. Pero mi postura no había cambiado en absoluto.

—No quiero andar sola por la oscuridad —le susurré—. Tengo miedo de no encontrar el camino de regreso.

Alex, a quien le tocaba preguntar, me oyó y al parecer decidió que sería buena idea hacerme sentir mejor. Eligió a Tony y, cuando él escogió reto, Alex dijo:

—Te reto a que acompañes a Sam hasta los autos para que pueda buscar su sudadera. —Sonrió de oreja a oreja—. Y ya que vas, tráeme mi Gatorade. Está en la consola central de mi auto.

Sentí cómo se me borraban todos los músculos de la cara. Debí haber oído mal. O eso esperaba desesperadamente, mientras giraba la cabeza muy despacio y me encontraba con la mirada divertida de Tony. ¿Por qué de repente todos los retos y verdades de Tony tenían que ver conmigo?

Tony podría haber ignorado el reto sin problema alguno: decir que ya no jugaba y quedarse tranquilamente junto al fuego caliente. Yo lo habría hecho. Pero, por tercera vez desde que habíamos llegado, volvió a sorprenderme.

—Está bien —dijo.

Se puso de pie y desapareció un momento dentro de su tienda. Luego salió con una sudadera negra puesta y una linterna en la mano.

Una vez que tuvo las llaves de Alex, tomó el sendero por el que Susan y yo habíamos llegado. Tras unos pasos, se detuvo y me lanzó una mirada severa por encima del hombro.

—¿Vienes?

Con los ojos abiertos de par en par, tragué saliva. Le lancé una mirada suplicante a Lisa, pero fue Ryan quien respondió con un leve gesto en dirección a Tony. Su sonrisa alentadora fue suficiente para obligarme a ponerme de pie. Despacio. Pasé por encima de las piernas estiradas de Nick y caminé con cautela hacia Tony.

—¡Sam! ¡Las llaves!

El manojo tintineante ya venía volando hacia mí desde donde estaba Susan cuando me giré, pero Tony las atrapó delante de mi cara.

—Vamos, Summers —dijo, y por una vez no sonó gruñón.

Caminamos en silencio. Avanzaba tan rápido que casi tenía que echarme a correr para no perder el pequeño haz de luz de su linterna. Cuando llegamos a los autos, Tony fue directo al Jeep negro y yo intenté meter la llave en la cerradura del vehículo antiguo de Susan. Sin linterna, tuve que tantear, pero en cuanto abrí la puerta se encendió una pequeña luz en el techo que iluminó el interior. Del suelo del auto agarré mi sudadera y me metí los brazos en las mangas justo cuando oí a Tony cerrar y asegurar el auto de Alex. Cerré con cuidado la puerta de Mate y la aseguré.

—Ya estoy —dije, dándome la vuelta.

Pero Tony no estaba. El auto de Alex estaba oscuro y vacío.

¿Qué demonios…?

—¿Anthony? —mi susurro apenas logró salir de una garganta seca por el miedo.

La pequeña luz dentro del coche oxidado de Susan se apagó. La oscuridad se lo tragó todo. Un escalofrío helado me recorrió el cuerpo mientras me quedaba paralizada en el sitio.

Chapter 10

Samantha

El corazón me retumbaba en los oídos, un estruendo que ahogaba el murmullo del arroyo cercano. De verdad me había dejado sola. ¿Cómo podía?

—¿Anthony? ¿Dónde estás? —susurré, procurando no llamar la atención de algún psicópata asesino al acecho en el bosque.

Maldición, no podía haberse regresado sin mí. No podía ser tan cruel.

En ese momento, recordé con dolor la demostración de buenos modales de Chloe frente a sus padres, solo para después echarme de su coche. Tony sabía que yo tenía miedo y, aun así, estaba jugando conmigo. Todo lo que había dicho y hecho esa tarde había sido pura actuación. Esta era su broma final.

Cuando esa idea se me clavó, lo condené a las profundidades ardientes del infierno.

Un crujido repentino entre los árboles a mi izquierda me heló la sangre. Di un pequeño paso atrás y sentí el metal frío de Mater detrás de mí. Metal… y algo más.

Un cuerpo.

Se me congeló el corazón en el pecho y grité con todas mis fuerzas. Me dejé caer al suelo y me cubrí la cabeza con los brazos, como si eso fuera a salvar mi miserable pellejo.

Una carcajada estalló sobre mí. Un sonido que no había escuchado antes, pero que aun así reconocí. Debería haberme sentido aliviada, pero no lograba calmarme. El haz de una linterna me dio de lleno en la cara justo antes de que Tony me agarrara del brazo y me pusiera de pie de un tirón, todavía gritando.

—¡Maldito bastardo! —le grité, golpeándolo con los puños en el pecho—. ¡Eres un imbécil! ¡Casi me meo encima, tú… tú… idiota!

Y, por si no fuera lo bastante humillante, empecé a temblar de pies a cabeza.

Tony esquivó mis golpes, con la risa todavía sacudiéndole el pecho. Luego, en un movimiento tan rápido que ni lo vi venir, me sujetó las muñecas y me giró hasta dejarme de espaldas contra él, atrapándome en un abrazo firme para impedir que siguiera pegándole. Murmuraba tonterías junto a mi oído mientras yo le soltaba insulto tras insulto, intentando que se me pasara el shock. Solo cuando sus labios rozaron mi oreja me quedé inmóvil.

—Shh, Sam, ya. Todo está bien. No hay nadie aquí que quiera hacerte daño.

Inspiré hondo un par de veces, obligándome a recomponerme mientras el asombro me dejaba tiesa. Sus brazos me rodeaban. Y, para mi sorpresa, eran suaves. Su aroma a gel de baño masculino se impuso al olor a pinos y a hierba húmeda y se me metió en la cabeza como un tranquilizante.

Dejé que los músculos se me aflojaran. No iba a hacerme daño y no me estaba gastando otra broma. Solo se había ido un momento para… ¿para qué?

—¿Dónde estabas? —logré decir, con la voz ronca.

—Fui a orinar. No sabía que ibas a entrar en pánico en diez segundos. —Todavía había un deje de diversión en su voz. No sabía si odiarlo por eso o aferrarme más a su abrazo por la misma razón. La sensación era demasiado rara.

Cuando su teléfono empezó a sonar en el bolsillo, me soltó, se agachó para recoger el Gatorade y me lo pasó. Luego sacó el celular y deslizó el pulgar por la pantalla.

—Hola, ¿qué tal? —dijo, animado, al teléfono—. No, solo está un poco nerviosa. Todo está bien —aseguró a quien fuera que estuviera del otro lado, y colgó, guardándose el teléfono otra vez en el bolsillo.

A la luz de la linterna, que ahora alumbraba desde el suelo a nuestros pies, le clavé una mirada asesina.

—¡Nunca. Vuelvas. A. Hacer. Eso!

—¿Qué cosa? ¿Abrazarte o asustarte? —bromeó. Luego añadió —: Para alguien de tu estatura, tienes un golpe bastante potente, Summers. —Se frotó el esternón e hizo una mueca—. Volvamos. Están preocupados porque creen que te perdí en el bosque.

—¿Me oyeron? —me quejé.

—Probablemente todo Grover Beach escuchó ese grito. —Recogió la linterna del suelo y luego me sujetó un instante del brazo para hacerme avanzar.

Cuando me soltó, me froté el lugar, que enseguida se me enfrió. Vaya, me había tocado. Puse los ojos en blanco ante mí misma. Pero lo importante era que lo había hecho porque quiso, sin gestos de asco y con una pequeña sonrisa.

¿Era su manera de compensar haber sido un completo idiota? No terminaba de creerlo, pero si lo era, desde luego no iba a quejarme. Este Tony me gustaba mucho más que el imbécil que había conocido los últimos días.

Caminó más despacio que antes, así que no tuve que correr para seguirle el paso. Parecía que no tenía prisa por volver. Y con ese lado nuevo asomando, yo tampoco la tenía. Aun así, mi cautela seguía ahí.

—Entonces, ¿esto es tú «manteniéndote lejos de mí»? —pregunté.

—La verdad, esa era mi intención —confesó en voz baja—. Pero con esos maravillosos amigos míos, ya ves que es imposible.

Ah. Así que, al final, nada había cambiado.

—Perdón por haberte encajado a la fuerza, Anthony —murmuré, sintiéndome… bueno, sinceramente, no tenía idea de qué sentir esa noche.

Tony echó la cabeza hacia atrás y soltó un suspiro, visiblemente exasperado.

—Por el amor de Dios, ¿puedes dejar de llamarme Anthony de una vez? Suenas como mi abuela.

—Tú me dijiste que te llamara así. —Y no era un recuerdo agradable.

—Sí, lo hice. Y ahora te digo que pares. Me llamo Tony. —Se detuvo de golpe y me giró hacia él—. Y no tienes que disculparte. No dije que no quisiera que vinieras, ¿o sí?

—Eh… supongo que no. —Se me abrieron los ojos cuando apoyó las manos en mis hombros. Di un pequeño paso atrás.

—Entonces, ¿por qué no simplemente…?

Por desgracia, no escuché el resto, porque ese paso hacia atrás me dejó justo al borde del arroyo. Con un chillido, perdí el equilibrio, rodé por la pequeña pendiente aplastando la maleza y caí de culo con un chapuzón en medio del agua. Jadeando y tosiendo, sentí el frío colarse por la ropa, pero me quedé inmóvil durante lo que pareció una eternidad.

—¿Sam? —la voz de Tony, cargada de ansiedad, me llegó desde arriba. El haz de la linterna recorrió el lugar con cuidado hasta quedar apuntándome directo a la cara—. ¿Estás herida?

Negué con la cabeza, todavía aturdida.

La luz me cegaba, así que no pude ver su expresión, pero su risa repentina se expandió por el bosque.

—Dios mío… ¿podrías salir de ahí, por favor?

Sí, claro, como si me encantara estar sentada en agua helada. El rayo de luz dio brincos mientras bajaba por la pendiente; luego se inclinó hacia mí, me agarró de la mano y me puso de pie de un tirón. El agua chorreaba de mi ropa y las botas estaban llenas hasta el borde.

Tony me ayudó a salir del arroyo y a volver al sendero. Me castañeteaban los dientes. Tiritaba con violencia.

—P-perdí el Gatorade de Alex.

—No te preocupes. Seguro sobrevive la noche sin él. —Tony encajó la linterna entre dos ramas de un arbusto, dejándola apuntándonos—. Desnúdate —ordenó, y se quitó la sudadera por la cabeza. La camiseta sin mangas que llevaba debajo se le subió, dejando al descubierto sus abdominales marcados, aunque enseguida se acomodó la tela.

Me quedé rígida, como el muñeco de nieve en el que empezaba a convertirme, mirándolo con la boca abierta.

—¿Qué estás esperando? —preguntó Tony.

Se me escapó una risita nerviosa.

—No m-me voy a desnudar.

—Claro que sí. Estás empapada hasta los huesos. Si te llevo de vuelta con neumonía, los demás no me lo van a perdonar jamás. Así que fuera sudadera y camiseta. —Y entonces se le dibujó en la cara

algo que nunca antes le había visto: una sonrisa burlona—. Los pantalones te los puedes dejar.

Yo debía de parecer como si me hubieran lanzado un hechizo paralizante.

Perdiendo la paciencia, estiró la mano y me bajó el cierre de la sudadera. Aspiré con fuerza, pero la verdad era que tenía demasiado frío como para resistirme a nada en ese momento… hasta que me empujó la sudadera por los brazos y agarró el dobladillo de mi camiseta.

—¡Para! —le atrapé las muñecas con mis dedos helados.

Él se quedó quieto, esperando.

—Está bien —murmuré—. Me la quito, pero t-t-tú date la vuelta. No tienes por qué ver el ridículo sostén de Snoopy que traigo hoy.

—Por supuesto. —Con una mirada al cielo, Tony se dio la vuelta y se colgó la sudadera de un hombro para que yo la tomara cuando estuviera lista.

Me quité la camiseta mojada de un tirón y se la lancé por encima del otro hombro, lo que lo hizo encogerse y quejarse… y a mí sonreír. Cuando me puse su sudadera, tuve que remangar las mangas tres veces para que se me vieran las manos. Oh, maldita sea, qué bien se sentía. Acogedora, cálida y…

—¡Dios mío! ¡No sabía que de verdad olieras tan bien! —lo provoqué, aspirando cerca de su cuello cuando volvió a girarse.

—Me ducho de vez en cuando, ¿sabes? —replicó. Luego me observó en silencio durante un par de segundos y, fuera lo que fuera lo que vio, lo hizo sonreír. Por último, tomó la linterna y me bajó la capucha de la sudadera sobre la cabeza, de manera juguetona.

Regresamos caminando lado a lado, con él cargando mis cosas mojadas. Aunque fuera solo un pequeño gesto de ternura, no se me pasó por alto. Sin embargo, mientras la sudadera de Tony me mantenía caliente por arriba, las piernas y los pies empezaron a entumecérseme. Pensar en el fuego era lo único que me mantenía en movimiento.

Cuando llegamos al campamento y el chirrido de mis botas empapadas anunció nuestra llegada, todos giraron la cabeza. Lisa

soltó un grito ahogado al verme, Ryan se incorporó de golpe desde donde estaba recostado y Susan se puso de pie y corrió hacia nosotros.

—¿Pero qué demonios…?

—Se cayó al arroyo —la interrumpió Tony, con tono seco—. Y no me mires así, Miller. No la empujé.

—Conociéndote, nunca se sabe —gruñó Susan—. ¿Estás bien, Sam?

—Sí —respondí, haciendo una mueca—. Solo estoy empapada de la cintura para abajo y muerta de frío.

Me dejó pasar y me apresuré hacia la fogata. La primera oleada de calor que me golpeó la cara me arrancó un gemido que hizo reír a todos. Me acurruqué junto al fuego con la capucha aún puesta, extendiendo las manos hacia las llamas. Ah… el paraíso ardiente.

Tony les contó a los demás algunos detalles vagos sobre mi resbalón y cómo había terminado sentada en el arroyo. Yo apenas escuchaba, completamente absorbida por el calor reconfortante. Al cabo de un rato, rodeé mis piernas dobladas con los brazos. Meciendo suavemente el cuerpo sobre los talones, apoyé la mejilla en las rodillas.

Con la cabeza inclinada así, mi mirada se posó en Tony, que había vuelto a sentarse frente a su antiguo tronco. Nos miramos durante un par de segundos mientras los demás hablaban de otra cosa —fútbol, como siempre—.

Tony dijo en voz muy baja:

—Quítate las botas.

Tenía razón; necesitaba sacármelas. Sabía por mi papá que llevar calzado mojado durante horas podía causar daños serios. Quería mantener mis pies sanos, así que me desaté las botas y saqué los pies, colocándolas de modo que el fuego pudiera secar el interior. Luego me quité los calcetines. Fue entonces cuando noté que el pie izquierdo estaba manchado de sangre que bajaba desde una herida en la espinilla. Me subí el pantalón y examiné la herida. Era un corte feo, de unos cinco centímetros. Entumecida por el frío, no había sentido ningún dolor. Pero tenía pinta de necesitar puntos.

Miré alrededor rápidamente para asegurarme de que nadie hubiera notado lo de mi pierna y me bajé el pantalón otra vez. Tal vez no fuera tan grave después de todo. Un curita bonito probablemente bastaría. Y fuera lo que fuera que necesitara, tendría que esperar hasta mañana. Un corte pequeño no valía la pena arruinarle la noche a todos.

Veinte minutos después, mis pantalones estaban tan secos y calientes como si me los acabaran de planchar encima. Eso sí, olían a madera quemada, igual que yo entera. Me puse las botas aún húmedas para ocultar la sangre de la pierna antes de levantarme de mi cómodo lugar junto al fuego y salir a buscar mi camiseta y mi sudadera. Totalmente olvidadas, colgaban sobre el tronco de Tony, sin ninguna posibilidad de secarse.

—Genial —murmuré, recogiéndolas.

La mirada de Tony pasó del bulto mojado entre mis brazos a mi cara.

—Quédate con mi sudadera esta noche.

En realidad no quería, pero sabía que estaba sonriendo. Sobre todo al ver cómo las comisuras de sus labios apretados se alzaban apenas. Acepté con un solo asentimiento y luego seguí a Susan hacia nuestra carpa mientras los demás se despedían y se iban a dormir también. Con los pantalones y la sudadera de Tony aún puestos, me metí en el saco de dormir y lo cerré hasta la barbilla. La luz de la pequeña fogata que habíamos dejado encendida se filtraba en la tienda, haciendo que las sombras danzaran en las paredes.

—¿La pasaste bien? —susurró Susan a mi lado.

Incliné la cabeza hacia ella.

—Ajá.

—¿Entonces te alegras de haber venido con nosotros?

El resumen de la noche era que Tony y yo habíamos hecho las paces, me había dicho que no era fea y yo llevaba puesta su sudadera en ese preciso momento. Un avance considerable después de un comienzo horrible, diría yo.

—Sí —le susurré.

Una sonrisa enorme se dibujó en los labios de Susan.

—Bienvenida a los Bay Sharks, Sam.

Sabía a qué se refería. Todos me habían acogido en su pequeño círculo de amigos desde el primer día, pero nunca se había sentido completo hasta esa noche, cuando el último de ellos también me había dejado entrar.

—Buenas noches, Susan —dije, y me acurruqué aún más dentro del saco de dormir, envuelta en una nube del gel de baño de Tony.

Es difícil decir cuánto tiempo había pasado cuando un dolor ardiente en la pierna me arrancó de un sueño sin sueños. Hundí la cara en el hueco del brazo para ahogar un jadeo.

El corte me dio problemas durante las horas siguientes. Dormir dejó de ser una opción. No quería encender la linterna y despertar a Susan, que roncaba feliz dentro de su saco, y el fuego ya se había apagado, así que estaba atrapada en la noche más absoluta. Intenté no quejarme mientras el dolor se volvía cada vez más intenso.

Cuando por fin el amanecer se filtró entre los árboles, salí a escondidas, al borde de la locura por la presión palpitante en la pierna.

Cerré el cierre de la carpa con todo el cuidado del mundo y dejé a Susan durmiendo dentro. Luego me alejé de puntillas del campamento. No esperaba que nadie estuviera despierto tan temprano, así que me sobresalté al ver a Ryan apoyado contra un árbol junto al arroyo y a Tony estirado en el pasto, charlando en voz baja.

Cuando Ryan me vio, frunció el ceño, desconcertado. Tony echó la cabeza hacia atrás y también me vio.

—Buenos días —dijeron los dos en voz baja.

—Ugh, hola. —Me moví incómoda, con la esperanza de que no notaran la enorme mancha de sangre seca en el pantalón—. ¿Hace mucho que están despiertos?

—Solo unos minutos —respondió Ryan—. ¿Por qué estás despierta tan temprano?

—Yo… eh…

De pronto, Tony se giró y quedó boca abajo, con el ceño fruncido.

—¿Eso es sangre en tu pierna?

—Eh… no.

—Claro que lo es. —Se puso de pie y subió la pendiente cubierta de pasto.

Ryan lo siguió y, entre los dos, me hicieron sentar en el suelo, insistiendo en que les mostrara la pierna.

—Ah, en serio, es… eh… —Maldita sea, tenía que dejar de tartamudear así, y rápido.

Ryan arqueó una ceja, interrogante.

—¿Quieres decir que no es nada?

—Solo un rasguño, nada grave.

Intentó subirme el pantalón, pero la tela estaba pegada a la piel por la sangre seca y yo hice una mueca de dolor.

—Esto no es nada —replicó, con un tono entre regañón y preocupado, mientras empezaba a separar la tela de la herida con cuidado—. ¿Esto pasó cuando te caíste al arroyo?

Tragué saliva y asentí.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —gruñó Tony.

—No quería arruinarle la noche a nadie.

Tony puso los ojos en blanco y, al segundo siguiente, un dolor agudo me atravesó. Ryan había tirado del pantalón y la herida quedó al descubierto. Casi me atraganté al verla. Tenía razón. Esto definitivamente no era nada. Se veía horrible. La sangre se mezclaba con tierra y una especie de sustancia supuraba del corte.

—¡Oh, qué asco, por Dios! —exclamó Tony.

Ryan levantó la vista hacia él.

—¿Queda algo de agua embotellada?

Tony asintió y desapareció antes de que pudiera decirles que no quería que nadie trasteara con mi pierna y la dejara aún peor. Cuando volvió, me cubrí la herida con las manos.

—Nadie va a tocar esto —advertí, con una voz que sonó peligrosa.

Con una mano en mi hombro, Tony se agachó a nuestro lado.

—Tranquila. Hunter sabe lo que hace. Es hijo de un veterinario.

Los miré a los dos, incrédula.

—¿Perdón?

Riendo, Ryan apartó mis manos.

—No te preocupes. Mitchell solo está diciendo tonterías. Pero me he curado a mí mismo más veces de las que puedo recordar. Créeme, sí sé lo que hago. —Destapó la botella y vertió el agua lentamente sobre la herida que aún supuraba.

Ardió como si mil agujas se me clavaran en la espinilla. Aspiré aire entre los dientes y volví a hacerlo cuando limpió los costados de mi pierna con una servilleta que Tony también había traído. Cuando la mayor parte de la suciedad desapareció, ya no se veía tan mal. Solo un corte rojo y cruel, hundido en la carne. Y, desde el centro, sobresalía una gran astilla de madera.

Oh. Dios. Mío.

Empecé a temblar cuando la debilidad me invadió. Un escalofrío inquietante me recorrió la espalda.

Los dos chicos se miraron entre sí y luego me miraron a mí.

—Sabes que eso tiene que salir, Sam —dijo Ryan con una voz cargada de compasión, pero también de determinación.

Sí, un simple curita ya no bastaba. Gimoteando, me pasé las manos por la cara.

—Ni siquiera sé dónde está el médico en este pueblo.

—El doctor no está de guardia y el hospital más cercano queda a veinte millas —informó Tony, con ironía.

Ryan seguía con la mano apoyada en mi pantorrilla cuando se volvió hacia Tony.

—¿La llevas a casa de mi papá?

Tony miró su reloj.

—Son las cinco y cuarto.

—Solo hace falta una llamada. Despierto a Lisa y le digo que nos vamos.

—Deja que las chicas duerman. Yo puedo llevar a Sam a tu casa.

—Oigan, basta, los dos —los interrumpí—. No voy a dejar que un veterinario me corte algo de la pierna.

Ryan apretó un poco más mi pantorrilla y me dedicó una mirada tranquilizadora.

—Te prometo que no va a cortar nada. Pero para sacar eso se necesitan instrumentos estériles. Me daría terror arrancarlo solo con

los dedos. Aunque… —alargó, apoyando los pulgares en los bordes externos de la herida y separándolos apenas—, si prefieres eso, puedo…

—¡Nooo! —lo interrumpí y le aparté las manos de un manotazo.

Su sonrisa burlona dejó claro que nunca había tenido la intención de sacar la astilla con las manos desnudas. Suspire.

—Está bien. Iré a ver a tu papá.

—Bien. —Ryan asintió y presionó un botón de su teléfono, seguramente el acceso rápido a sus padres—. Hola, papá —dijo tras lo que me pareció una eternidad—. Una amiga se lastimó anoche y ahora tiene un pedazo de madera clavado en la espinilla. ¿Puedes echarle un vistazo? —Hizo una breve pausa—. No, no es Lisa. Se llama Sam. Tony estará en casa con ella en veinte minutos.

Asintió hacia Tony, que se puso de pie y me ayudó a levantarme.

—Vamos, Summers. Te vamos a arreglar eso —dijo, mientras Ryan terminaba la llamada.

Regresamos al campamento, donde me puse las botas y Tony buscó las llaves de su auto dentro de la carpa. Dos minutos después, salíamos del bosque: yo cojeando y Tony lanzándome miradas preocupadas de reojo.

Chapter 11

Tony

—Raro el día de ayer, ¿no? —murmuré mientras guiaba al gnomo del bungee por el bosque rumbo a mi auto—. Tenía que decir algo. Estaba demasiado callada, y eso me ponía nervioso.

Ella ladeó la cabeza y arqueó una ceja.

Bajé un poco el ritmo, porque cojeaba bastante con la pierna herida y no quería hacerle pasar un mal rato—. Primero te hice llorar, luego te rescaté del río…

Soltó una carcajada—. ¡No me rescataste! Estaba sentada en un agua que apenas me llegaba al pecho.

—Sí, pero eres diminuta —me burlé, sorprendido por lo mucho que me atraía el sonido de su risa—. La corriente pudo haberte arrastrado sin problema.

—¡Cállate! —me dio un manotazo en el brazo e hizo una mueca, aunque una sonrisa fugaz le tironeó de los labios—. ¿Eso nos convierte en amigos?

De pronto recordé que no quería a otra Summers en mi círculo cercano y reprimí la estúpida felicidad que había empezado a inflárseme en el pecho desde que la vi esa mañana.

Tres árboles más adelante por el sendero, Sam se aclaró la garganta—. Tony, ¿puedo preguntarte algo?

Me gustó que me llamara Tony en vez de Anthony, pero al mismo tiempo me pregunté si no había sido un error decírselo. Eso significaba que ya la había dejado entrar en la zona de amigos, y sacarla de ahí iba a ser un trabajo duro—. ¿Qué pasa?

—Seguro no fue solo el agua derramada lo que te hizo enojar. ¿Me dirás por qué me has odiado desde el principio?

Suspiré y sopesé cuánta verdad podía decirle sin meterme en problemas. Ninguna, decidí al final, así que lo único que obtuvo de mí fue una sonrisa tensa—. No.

—Debe de ser algo horrible si te hizo convertirme en una bruja —murmuró.

Gracias a Dios, no tenía idea de en qué más la había convertido —. No pongas esa cara de frustración, bungee. Demasiada información solo te va a dar dolor de cabeza.

—¿Bungee?

Me quedé rígido—. ¿Qué?

—Acabas de llamarme "bungee". —Se detuvo, entrecerró los ojos y cruzó los brazos—. ¿Qué es eso? ¿Un nuevo insulto?

El aire se me congeló en los pulmones. No podía haberlo dicho en voz alta. ¿Qué demonios me pasaba?

—Y yo que creía que ya habíamos dejado atrás todas esas tonterías —refunfuñó mientras seguía cojeando y me dejaba atrás—. Culpa mía.

La alcancé enseguida—. No era un insulto, Summers. —Tiré de la capucha de mi sudadera —que Sam aún llevaba puesta y que, para mi desgracia, le quedaba increíble—, se la bajé sobre los ojos y le di un empujón juguetón en el hombro. No fue fuerte, apenas un roce, pero aun así tropezó y se quejó.

—¡Mierda!

Alcancé su brazo y la sostuve.

Una risa suave interrumpió su quejido. ¿Qué… me estaba tomando el pelo? ¡La pequeña troll! En fin, probablemente me lo merecía por todo lo que le había hecho. Sobre todo por hacerla llorar. Aun así, la atraje contra mi costado, sujetándola con firmeza por la parte superior del brazo, y le gruñí una amenaza al oído—. Debería tirarte otra vez a ese arroyo, bruja.

—¿Tienes más ropa para compartir? —preguntó, con un tono dulcemente provocador.

No pude evitar imaginarla con mi camiseta blanca sin mangas en lugar de esa sudadera. Sacudiéndome ese pensamiento hipnótico de la cabeza, le solté el brazo.

Chapter 12

Samantha

Me subí al Toyota rojo oscuro de Tony sin tener muy claro qué pensar de aquella mañana tan extraña ni de nuestra conversación, todavía más rara. ¿Íbamos camino a convertirnos en amigos? Tony podía ser peligrosamente atractivo cuando se lo proponía, sobre todo cuando sonreía. Tenía una sonrisa preciosa. El problema era que le costaba una eternidad sacarla.

Pero no estaba segura de que eso bastara para compensar toda la mierda que me había hecho pasar esa semana.

En fin. No quería pensar en eso ahora. Primero tenía que deshacerme de ese asqueroso pedazo de madera clavado en la espinilla. Dolía como el infierno y se veía aún peor. Mordisqueé el interior de la mejilla, intentando apagar un tipo de dolor con otro. No funcionó.

Tony había permanecido en silencio casi todo el trayecto por el bosque, y seguía igual ahora mientras nos llevaba en auto a la casa de Ryan. Ojalá dijera algo. Lo que fuera. Que me hablara, que me distrajera de la pierna que no dejaba de latirme. Incluso podía llamarme diminuta de mil formas distintas si quería, con tal de que no volviera a cerrarse así.

Del espejo retrovisor colgaba una cadenita corta, y de ella pendía una foto enmarcada en plástico. Estiré la mano para detenerla y mirarla mejor. Era una pareja sonriente, con una versión mucho más joven de Tony Mitchell entre ellos.

—Debes de ser bastante familiar para llevar esto en el auto —comenté, buscando un tema de conversación.

—No es mi auto, es el de mi mamá —respondió cuando solté el pequeño marco—. Espero tener el mío antes de Navidad. Por eso trabajo de busboy en el Charlie's.

Había una nota fría en su voz cuando me lanzó una mirada rápida. Me pregunté si esperaba que yo se burlara de su trabajo.

Chloe probablemente lo haría. Yo no pensaba hacerlo.

—Me parece genial que trabajes para comprarte tu propio auto. No muchos estudiantes lo harían —dije. Desde luego, no mi prima.

—No tengo opción. Mis padres no me van a regalar algo tan grande como un vehículo —bufó, con un leve dejo de frustración—. Pero igualan todo lo que yo gane, así que supongo que podría estar mucho peor.

—Sí, podría ser peor —coincidí, dedicándole una sonrisa torcida cuando me miró un segundo antes de girar a la izquierda por una calle que me resultaba demasiado familiar—. Por ejemplo, si tuvieras que depender de tu prima rara para que te prestara el suyo.

Tony soltó una risa baja. Estaba segura de que, si alguien en el mundo entendía a qué me refería, era él.

—¿No te llevas bien con ella? —preguntó mientras avanzaba por la calle que llevaba a la casa de Chloe.

—Antes sí. Nos llevábamos muy bien. Pero algo cambió. Y no fui yo —me removí en el asiento, incómoda—. En fin… ¿por qué me estás llevando a casa? Pensé que íbamos a ver al papá de Ryan. —Despertar a Pamela a las seis de la mañana no me parecía una gran idea.

—Vamos a hacerlo. Hunter vive bastante cerca de tu familia. A solo unas cuantas calles.

Ah.

Cuando pasamos frente a la casa de mi tía, sentí el impulso de hundirme en el asiento mientras lanzaba una mirada cautelosa por la ventana, hacia el segundo piso, donde estaba el cuarto de Chloe.

—¿Qué estás haciendo ahí abajo?

Levanté la cabeza al oír la voz confundida de Tony y solo entonces me di cuenta de lo hundida que estaba. Me enderecé y me aclaré la garganta.

—Eh… nada.

Se rió.

—Claro que sí. ¡Te estás escondiendo! ¿Por qué?

Eché una última mirada por encima del hombro. Cuando la ventana de Chloe dejó de verse, me relajé.

—Es demasiado raro como para contarlo.

—A ver… suposición al azar… ¿no le gusta que salgas con nosotros? —dijo, y luego añadió, como si se le ocurriera de repente —. ¿O conmigo en particular?

Me quedé mirándolo, sin saber cómo interpretar el tono divertido de su voz.

—Entonces… ¿antes era más simpática? —preguntó Tony tras unos segundos de silencio—. Me habría gustado conocer a esa versión.

—Ese tren ya pasó —gruñí.

Y entonces me pregunté si seguirían juntos si se hubieran conocido antes, cuando Chloe todavía era Chloe y no la Clon Barbie.

Tony me sorprendió al preguntar:

—¿Qué es tan gracioso?

—¿Eh? ¿Qué?

—Estás sonriendo. ¿Por qué?

Ah. No me había dado cuenta.

—Es solo algo que Simone —o Lisa— llamó a mi prima hace poco.

Tony giró la cabeza hacia mí y alzó una ceja, junto con las comisuras de la boca.

—¿Clon Barbie?

—¿Sabes de eso?

—Claro. Lisa solía darme lata con eso. Era su término favorito cuando hablaba de Chloe.

Como Tony parecía dispuesto a conversar por una vez, pensé que era un buen momento para tentar un poco más a la suerte.

—Ustedes fueron pareja… tú y Chloe.

Su expresión se endureció al instante. Aun así, me respondió… después de un minuto incómodamente largo de reflexión.

—No éramos pareja. Pero salimos.

—Debió de ser algo intenso. Hasta mi tía se acuerda de ti — puse los ojos en blanco—. Dijo que eras un chico tan dulce.

Mierda. ¿Mi maldita boca no podía dejar de meterme en problemas nunca? Y, sin duda, iba a pagar la cuenta en cualquier momento.

—¿Hablaste con tu tía sobre mí?

Ante el tono sorprendido de su voz, bajé la barbilla y fijé la vista en mis dedos entrelazados.

—Eh… sí. Le conté lo imbécil que en realidad eras.

Una carcajada sincera llenó el interior del auto.

—Muy bien. Puedo imaginármelo.

Tony detuvo el coche frente a una mansión impresionante y apagó el motor.

—Baja. Ya llegamos.

Me quedé boquiabierta, mirando la fachada de la casa de Hunter a través del parabrisas. Guau. Y yo que pensaba que la casa de mi tío era grande. Pero esto… aquí uno solo podía esperar que le dieran un mapa al entrar.

La puerta del auto se abrió y me arrancó de mi embobamiento.

—¿Necesitas una invitación especial, Summers?

Levanté la vista, sonreí y bajé. Al apoyar el peso sobre la pierna lastimada, el dolor punzante me recordó su presencia, y avancé rengueando detrás de Tony. No tuvimos que tocar el timbre: la puerta se abrió mientras subíamos los escalones.

Una mujer de ojos castaños cálidos, idénticos a los de Ryan, nos sonrió. Tenía el cabello claro, casi angelical, pero era inconfundiblemente su madre.

—Tony, querido, ¿dónde te habías metido todo este tiempo? No te veía desde hace semanas —exclamó, y le dio un beso en la mejilla.

—Ahora tengo trabajo, Jessie —dijo Tony, sonriendo de oreja a oreja y sacando pecho como un preescolar orgulloso. Me hizo reír.

—Ya lo sé. Ryan me lo contó, y además me crucé con tu mamá el otro día. Está muy orgullosa de ti.

La señora Hunter le sostuvo la mejilla un instante y luego se volvió hacia mí, estirando ambas manos para tomar las mías.

—Y tú debes de ser Samantha. Soy Jezebel. Pasa, querida. Mi esposo ya te está esperando en su consultorio.

Apenas tuve tiempo de saludar antes de que me arrastrara a una casa cálida y acogedora, algo que jamás habría imaginado desde afuera. Tony nos guió más allá de una larga escalera en espiral, hacia la parte trasera de la casa. Cojeando, me apuré detrás

de él para no perderlo en un lugar tan grande como un estadio de fútbol.

Atravesamos una puerta amplia y entramos en una zona distinta de la casa, con un fuerte olor a comida para gatos y desinfectante. Todo estaba pintado de un blanco impecable; las baldosas eran color hueso, y los numerosos focos del techo lanzaban una luz demasiado intensa para las seis de la mañana. Pasamos por dos habitaciones más: una llena de cajas y transportadoras de todos los tamaños, donde gatos y perros dormían plácidamente, y otra que parecía una cocina estéril. Vendas, jeringas y tubos llenaban varios armarios y cajoneras.

Detrás de la siguiente puerta nos recibió un hombre alto, con el cabello negro empezando a encanecer en las sienes, que por lo demás era una réplica perfecta de Ryan Hunter… salvo por unas cuantas arrugas alrededor de los ojos y, claro, las gafas.

—Tony —dijo, estrechándole la mano.

—Buenos días, James —respondió Tony, y luego asintió hacia mí—. Ella es mi amiga, Sam. Anoche fue un poco torpe.

Sabía que no era momento de darle vueltas, pero ¿acababa de llamarme su amiga? Ante mi expresión desconcertada, Tony entrecerró los ojos, como si supiera exactamente qué estaba pensando y estuviera probando el término por sí mismo. Al final, se encogió de hombros y dejó que el señor Hunter diera un paso al frente para estrecharme la mano.

—Hola, Sam. Soy James Hunter. Ryan me dijo que tienes una astilla de madera en la pierna. Ven, déjame echarle un vistazo.

Me indicó que me acomodara sobre una especie de mesa metálica fría en el centro de la sala, claramente pensada para animales y no para personas.

Supuse que bastaba con sentarme, no recostarme.

Mientras me quitaba la bota y me subía el pantalón, empecé a ponerme realmente nerviosa. No porque un veterinario estuviera revisándome la pierna, sino por el desagradable bisturí plateado que sostenía en la mano mientras lo hacía.

—¿Cree que voy a necesitar puntos, señor? —le pregunté, frunciendo el ceño al mirar mi pierna.

—Mmm. —Tomó unos guantes de látex del escritorio café, que ocupaba media habitación, se los puso y tanteó la astillita con el dedo índice. Mordiéndome el labio inferior, ahogué un gemido en la garganta por el dolor inmediato.

—Probablemente no, Sam, pero te va a doler un poco cuando saque este fragmento —hizo una mueca el señor Hunter—. No estoy autorizado para ponerte anestesia local. Así que, si prefieres que te lo haga un especialista, puedo llamar al doctor Decker y mandar a Tony contigo a Pismo Beach.

No tenía idea de dónde quedaba ese lugar, y prefería no esperar más para sacarme la astilla. Ya me dolía como el infierno… no podía doler mucho más que me la quitaran.

—No, por favor, hágalo.

Él asintió y fue a buscar algunas cosas: una jeringa grande de plástico llena de un líquido transparente, gasas, unas pinzas y una venda. Mientras acomodaba todo junto a mí sobre la mesa metálica, Tony se inclinó para inspeccionar mi herida supurante.

—Qué asco…

Su cara se contrajo en una mezcla de repulsión y fascinación, pero cuando alzó la vista y me encontró mirándolo con horror creciente, enseguida se puso una sonrisa alentadora… aunque bastante falsa.

—No está tan mal.

Le lancé una mirada de lado.

—Sí, claro. Me pregunto si dirías lo mismo si ese pedazo de madera lo tuvieras clavado tú en la pierna.

—No te preocupes, Sam —dijo el señor Hunter—. En un minuto terminamos. Déjame limpiar la herida primero. —Levantó la jeringa grande y tomó una gasa del pequeño montón que había traído. Luego me hizo apoyar el pie sobre la mesa y doblar la rodilla para tener mejor acceso.

Yo estaba preparada para muchas cosas, pero no para el dolor brutal y punzante que me atravesó el cerebro en el instante en que dejó caer unas gotas del líquido dentro de la herida.

—¡Carajo, qué…! ¡Ay, Dios mío! ¡Maldita sea!

Gritando, salté de la mesa porque no sabía qué más hacer, y empecé a dar brincos por la habitación, mitad saltando, mitad cojeando sin control. Con los dientes apretados, solté más maldiciones y me doblé hacia adelante; luego me apoyé contra la pared, hasta que por fin me dejé caer de culo, resbalando con la espalda por los azulejos fríos. Aspiré aire por la nariz, con la mandíbula tan apretada que podía oír crujidos dentro de mis propios dientes.

Tony me observaba con evidente interés, mientras que el señor Hunter parecía bastante más preocupado. Gracias a Dios, el ardor empezó a ceder unos segundos después y pude volver a respirar con normalidad.

—¡Mierda! ¡Eso dolió!

—¿Aún quieres que saque la astilla sin anestesia? —preguntó el doctor con cautela.

Solo podía esperar que el desinfectante hubiera sido lo peor del procedimiento. Asentí, aunque sentí que el corazón se me bajaba hasta los pantalones. Pero estaba en una habitación con dos hombres. No iba a salir corriendo.

Tony se acercó y me tomó de la mano, tirando de mí para levantarme.

—Vamos, Summers. No te hagas la débil aquí. Sé que eres más dura que eso.

A pesar de mi miseria, logró hacerme reír. Mientras me ayudaba a volver a la mesa metálica, tuve tiempo de sentirle bien los bíceps al sujetarme del brazo. No solo se veían duros como piedra: lo eran. Y su piel estaba tibia y suave.

—Buen brazo, Mitchell —lo piqué, deslizando los dedos por la parte interna de su bíceps, aunque seguramente era más para distraerme que para halagarlo.

Tony soltó una risita.

—¿Te estás divirtiendo ahí abajo, Summers? —No me apartó la mano.

—Sí. Si nada más, al menos eres una buena distracción. —Le saqué la lengua.

El señor Hunter me ayudó a subirme de nuevo a la mesa de revisión.

—¿Lista? —preguntó con una sonrisa alentadora.

—Sí. Supongo. —No podía dejar que la madera echara raíces dentro de mí, ¿no?

Pero cuando se inclinó para sujetar la astilla con las pinzas, hice una mueca incluso antes de que pudiera agarrarla y retiré la pierna.

Con las mejillas ardiéndome de vergüenza, volví a poner el pie en su lugar de inmediato.

—Perdón, no quise hacer eso.

Él pareció un poco inseguro.

—¿Esperamos un momento más, Sam?

—No, no. Estoy bien. De verdad. Continúe. —Agité las manos, animándolo a seguir.

El señor Hunter sujetó la astilla con las pinzas, pero no le dejé sacarla todavía. No podía evitarlo: mi valentía parecía haberse ido a tomar algo… sin mí.

—¡No! ¡Maldición! Por favor… ¡espere! —las palabras me salieron atropelladas, sin orden, y me cubrí la herida en cuanto soltó la madera clavada en mi carne—. Tal vez… no sé. ¿Quizá deberíamos esperar hasta que… hasta que se caiga sola? —Mi voz sonó lastimera. Demasiado desesperada.

James Hunter se apiadó de mí y no me presionó para destriparme la pierna. Tony, en cambio, no. Se sentó a mi lado y se inclinó hacia mi oído.

—Ponte las pilas, Summers. Esto se acaba en un segundo. Y sabes tan bien como yo que esta maldita astilla no se va a caer sola. —Se recostó un poco para que viera su sonrisa ladeada—. Si quieres, puedes volver a tocarme los músculos para distraerte. O puedo tocarte los tuyos. —No dudó en apretarme el brazo—. Ah, no hay músculos aquí —anunció, haciendo un puchero burlón—. Eres débil. Tal como esperaba.

Lo empujé con fuerza desde la mesa metálica.

—Eso te pasa por llamarme débil —lo regañé, aunque sonreía.

—Cierto. Lo olvidaba: eres la más fuerte de los siete enanos. —Se frotó el pecho como si le hubiera causado un daño grave, y esta vez su burla sobre mi estatura no me molestó en absoluto. Estaba claro que me estaba provocando por una razón.

Mientras mis pensamientos se desviaban, el señor Hunter aprovechó para volver a sujetar la astilla y quedó listo para sacarla.

Negué con la cabeza, luchando contra el pánico que empezaba a subir.

—Sé que Tony está intentando distraerme porque creen que así no voy a sentir el dolor. Pero no va a funcionar. Lo voy a sentir. ¡Y va a doler! ¿No puede ponerme una de esas inyecciones para perros o vacas y adormecerme la pierna? —me quejé.

Tony alzó las cejas, incrédulo.

—¿Para vacas? ¿En serio, Summers? Eso te dejaría inconsciente durante días.

—No me importa.

—¿Y por qué crees que mi distracción no va a funcionar? Yo diría que se me da bastante bien.

Sentí la mano del doctor apretarme la pantorrilla con más fuerza para mantenerme en su sitio, pero tenía que responderle a Tony antes de pedirle que dejara mi pierna en paz.

—No, no se te da bien. De hecho, apestas.

—¿Ah, sí? —me tomó la mano y, al mismo tiempo, agarró algo de los instrumentos del señor Hunter que estaban sobre la superficie metálica—. ¿Y esto qué es?

Sosteniendo un pequeño aerosol a apenas unos centímetros de mi piel, debió de accionarlo, porque al instante siguiente sentí una extraña sensación helada en el dorso de la mano… y un dolor punzante en la espinilla.

—¡Eh! ¿Qué están haciendo? —grité, sobresaltada, retirando la mano y la pierna de golpe.

Tony me regaló una sonrisa digna de un comercial de pasta dental, mientras el señor Hunter sostenía entre las pinzas un pedazo de madera del tamaño de un maldito palillo.

—¡Ustedes… ustedes me engañaron!

—¿Y no estás contenta de que lo hiciéramos? —preguntó Tony, sin borrar ni un milímetro de esa sonrisa perfecta.

Puse cara de pocos amigos. Pero, al final, sí estaba contenta de que la astilla hubiera salido, fuera como fuera. Apoyé la frente en la rodilla doblada, cerré los ojos y solté un largo suspiro.

Una mano suave me apretó el hombro. Pensé que era el doctor, pero un segundo después Tony dijo, muy cerca de mi cara:

—Bien hecho, Summers.

Giré la cabeza y lo encontré sentado frente a mí, sobre la mesa.

—No sabía que eras capaz de esconder medio árbol dentro de la pierna —se burló, guiñándome un ojo.

La astilla era mucho más larga de lo que había imaginado. Claro que iba a doler como el demonio.

—Tal vez debería guardarla como recuerdo. Para acordarme siempre del día en que Anthony Mitchell me llamó amiga y no peste —dije con una sonrisa burlona, aunque un segundo después me estremecí cuando el señor Hunter volvió a ocuparse de mi herida.

La limpió una vez más antes de colocarme una venda en la pierna.

—Ahora se ve bien, pero quiero que cambies el vendaje cada noche y que vuelvas en tres días para revisarlo de nuevo.

Asentí. Los Hunter eran casi vecinos. No debería costarme mucho encontrar el camino de regreso. Le estreché la mano y le di las gracias antes de que Tony y yo saliéramos del consultorio por una puerta distinta a la de entrada. Caminamos hasta el auto de Tony, pero cuando él destrabó las puertas, dudé en subir.

La caminata de vuelta a la casa de mi tía era de apenas cinco minutos, y ahora podía hacerla sin problemas con la pierna bien vendada. Además, no quería ser una carga para Tony por más tiempo, aunque la mañana con él había sido sorprendentemente agradable… dejando de lado el dolor y todo lo demás.

Se me ocurrió algo. Si de verdad íbamos camino a ser amigos, seguramente insistiría en llevarme a casa de todos modos, dijera lo que dijera. Igual que en el bosque, cuando él y Ryan no me habían

dejado zafar de que me atendieran la pierna. Así que este podía ser mi examen final.

—¿Qué pasa? —preguntó Tony, interrumpiendo mis pensamientos, con un pie ya dentro del auto y una mano en el volante.

—Nada. Creo que puedo volver caminando desde aquí. No queda tan lejos, la verdad.

Tony me miró boquiabierto un segundo; luego giró la cabeza para observar la calle y volvió a mirarme. Frunció el ceño.

—¿Estás segura?

¿Lo estaba?

—Ehm… sí. No es gran cosa.

—Está bien. —Se encogió de hombros—. Supongo que te veré el lunes en AVE, entonces.

Se sentó al volante, cerró la puerta y el motor cobró vida.

Esperé a que bajara la ventanilla y me pidiera que subiera para llevarme a casa después de todo. Pero la ventanilla no se movió. Tony se apartó de la banqueta y el Toyota se convirtió rápidamente en un pequeño punto rojo que se alejaba a toda velocidad.

—Bueno… —murmuré, mirándolo irse.

Evidentemente, el camino hacia nuestra amistad había terminado frente a la casa de Hunter.

Chapter 13

Samantha

Poco antes de las siete de la mañana del sábado, me deslicé fuera por la puerta principal de lo que, por el momento, era mi hogar. No esperaba encontrar a nadie despierto todavía, pero Pamela ya estaba levantada. Me senté con ella en la cocina para tomar una taza de té con tostadas. Cuando notó que cojeaba, le conté la aventura en el río, la astilla en la pierna y que había conocido a James Hunter, el veterinario.

Tras la preocupación inicial por mi accidente, se alegró al saber que Tony y yo habíamos encontrado una base desde la cual seguir adelante, sobre todo después de la crisis de ayer. Me acarició el cabello.

—¿Ves? Nada es nunca tan terrible como parece a primera vista.

No pude evitar reír.

—Bueno, lo de Tony seguía viéndose bastante mal después de una semana.

—Algunos chicos simplemente tardan más en abrirse —dijo—. Lo importante es el resultado. Y si todo eso te llevó hasta Jimmy Hunter, parece ser justo el chico que recuerdo.

Sí… tal vez.

No estuvimos solas mucho tiempo, porque enseguida se nos unió mi tío, en pantalones de pijama y camiseta blanca, con el cabello erizado en ángulos imposibles. Nunca había visto al tío Jack así. Parecía agotado hasta el límite, con arrugas de mal humor marcadas alrededor de los ojos.

—Buenos días, Sam —gruñó, tan cansado como se veía.

Mientras tomaba una taza y se servía café hirviendo, me incliné hacia Pam.

—¿Qué le pasa?

—Pasó casi toda la noche despierto intentando encontrar su Constantin —respondió, susurrando como yo.

—¿Su qué?

—Su Vacheron Constantin. El reloj negro. Carísimo. Se lo quitó ayer después del trabajo, pero cuando quiso ponérselo de nuevo tras ducharse, no pudo recordar dónde lo había dejado.

Jack dio un sorbo a su café negro, fulminando a Pam por encima del borde de la taza. Luego la dejó sobre la encimera y se sentó en uno de los taburetes altos de cuero negro.

—Claro que recuerdo dónde lo dejé. En la cómoda de nuestro dormitorio. Te lo dije cien veces —me miró—. No lo habrás visto por ahí, ¿verdad, Sam?

Aunque hubiera pasado frente a él, seguro no le habría prestado atención.

—Lo siento, no. Pero puedo ayudarte a buscarlo. Déjame quitarme primero el olor a humo y fogata con una ducha, y luego revisamos la casa juntas.

Pamela agradeció mi oferta, aunque el tío Jack me observó con escepticismo. Era imposible saber qué pasaba por su cabeza, pero me hizo sentir incómoda.

Cojeé hasta mi habitación, tomé ropa limpia y me di una ducha caliente muy necesaria, cuidando la pierna vendada. Cuando salí del cubículo, me di cuenta de lo cansada que estaba en realidad. Dormir un poco sería maravilloso. Pero primero tenía que ayudar a mi tío a encontrar su reloj y luego, quizá, adelantar algo de la tarea de dibujo. Con suerte, podría echarme una siesta después del almuerzo, sobre todo si quería portarme bien en la pijamada de Lisa esa noche.

Después de secarme el cabello con la toalla, junté mi ropa con la sudadera de Tony y la arrojé por el conducto de la ropa sucia. Tony no querría que se la devolviera apestando a fogata.

Al salir del baño, Chloe avanzaba por el pasillo hacia mí, arrastrando los pies, en piloto automático. Llevaba la bata de satén rosa medio abierta, dejando ver el camisón del mismo tono debajo. Tenía el cabello revuelto.

Y condenadamente negro.

—¿Qué diablos…? —me quedé clavada en el lugar, mirándola con la boca abierta.

Chloe bostezó y se apartó mechones del cabello recién teñido de los ojos.

—Contrólate, Samantha. Es solo un color —me empujó al pasar y se metió en el baño, cerrando la puerta de un portazo.

¿Solo un color? Sí, claro. Ese era *mi* color de cabello. ¡Me lo había robado!

Chloe siempre había detestado el negro. Era castaña natural —antes de empezar a teñirse de rubia— y había odiado el cabello oscuro toda su vida.

Sin moverme del sitio, me rasqué la cabeza. ¿Quién o qué demonios la había llevado a hacer eso? Aunque, pensándolo bien, no era asunto mío. Aparté de mi mente a mi prima de negro azabache y fui a buscar a mi tío para ayudarlo a encontrar su reloj de un millón de dólares. Lo oí hablando con mi tía en su dormitorio y me uní a ellos. Para entonces, Jack ya se había cambiado: pantalón negro y camisa gris. Volvía a verse presentable mientras abría un cajón tras otro de la cómoda frente a la cama, revisando cada uno con minuciosidad.

Con la cabeza entre las manos, Pam estaba sentada al borde de la cama tamaño king.

—¿Y si solo creíste que te lo habías quitado porque lo haces todos los días? Deberíamos empezar a buscar en el resto de la casa.

Jack insistía en que no había dejado su reloj en ningún otro lugar que no fuera la pesada cómoda de madera donde Pam también guardaba su joyero y algunas fotos de Chloe. Volvimos a revisar la habitación de arriba abajo una vez más, pero cuando quedó claro que no íbamos a encontrar nada, seguimos por el baño, el pasillo, la sala de estar, el comedor y la cocina. Si ese reloj Vacheron Constantin seguía en algún punto dentro de la casa, debía de haberse vuelto invisible.

Nos rendimos después de un par de horas: el tío Jack, frustrado hasta los huesos; yo, sintiéndome mal por mi tía, porque él parecía culparla de no haber sido lo bastante cuidadosa cuando limpiaron la casa el día anterior.

Regresé a mi habitación y me dejé caer en la silla del escritorio, lista para dibujar un rato. Ya había terminado la mayoría de los proyectos de esa semana. Solo quedaba uno.

El dibujo final debía tratar sobre la velocidad. Cualquier tipo de velocidad. Apenas me tomó un segundo tener una gran idea cuando leí las instrucciones el lunes y vi que Tony había dibujado una montaña rusa. De hecho, tenía muchas ganas de empezar, porque para mi tema había elegido un caballo al galope.

Comencé a delinear el cuerpo poderoso de Lucifer, su cuello largo, las orejas echadas hacia atrás y las patas extendidas. Pero al final algo no funcionaba. No podía decir exactamente qué era, aunque supuse que el problema estaba en las patas. Con el borrador hice primero cambios sutiles, luego más grandes, y al final arranqué la hoja del bloc, la tiré a un lado y empecé de nuevo.

A lo largo de la tarde repetí el proceso tres veces, completamente absorta en mi trabajo. Hasta que, de pronto, el celular sonó sobre el escritorio y me arrancó de golpe de la concentración.

—Hola —contesté.

—¿Quieres que pase por ti? —trinó Susan al otro lado.

—¿Qué? ¿Qué hora es? —Oh, no. Me había olvidado por completo de Lisa y la pijamada.

—Las seis y cuarto. Se supone que tenemos que estar ahí en quince minutos. No suenas lista para salir.

—Mmm…

—¿Por qué no suenas lista, Sam? No te vas a echar atrás. No te voy a dejar —hizo una pausa y luego continuó, con un tono menos exigente—. A menos que la pierna te esté dando problemas. Ryan dijo esta mañana que tuviste que ver a un veterinario. Así que… ¿necesitas cirugía o algo así?

¿Qué película tan rara se estaba armando Susan en la cabeza? ¡Por Dios!

—No, Susan. Definitivamente no necesito cirugía. Solo me quedé enganchada con la tarea. Estaré lista en diez minutos, ¿te parece?

—Fantástico. Tocaré la bocina cuando llegue —hizo una pausa y añadió, en tono conspirativo—. Me voy a estacionar un poco más abajo en la calle. No quiero que me vean otra vez frente a la casa de Chloe. La gente va a empezar a pensar que soy amiga suya.

—Pero eres amiga mía. Y yo también vivo aquí.

—Sí, claro —suspiró Susan con dramatismo—. Supongo que tendré que superar esa parte. Nos vemos en diez.

Cuando colgó, dejé el escritorio hecho un desastre de papeles arrugados, lápices, restos de goma y una botella de agua a medio terminar. Una pijamada. ¿Qué se lleva a una?, me pregunté mientras metía en la mochila mis shorts de pijama y una camiseta sin mangas. Me rasqué la cabeza y di una vuelta sobre mí misma. Un par extra de calcetines no vendría mal. Calcetines gruesos, de lana, para que no se me enfriaran los pies en la habitación de Lisa. ¿Y una manta?

Maldición. Era la primera vez que me acordaba del saco de dormir de Pamela. No había tenido oportunidad de llevarlo de vuelta a casa. Mi primer impulso fue regresar al campamento y recogerlo, pero era una idea estúpida. Seguro que Susan lo había empacado por mí.

Me calcé las botas, me colgué la mochila al hombro y bajé para despedirme de la tía Pamela.

—¡Que te diviertas, Sammy! —me gritó justo cuando afuera sonó un fuerte doble bocinazo y yo salí por la puerta.

El motor de Mater seguía encendido cuando me subí, y Susan arrancó incluso antes de que pudiera cerrar la puerta. Le lancé una mirada incrédula, pero ella solo se encogió de hombros.

—No te quejes. Me detuve para que pudieras subir. ¿Eso no cuenta?

Entendí el mensaje: no quedarnos ni un segundo de más frente a la casa de mi familia. Negué con la cabeza, sin palabras ante su locura, y me abroché el cinturón.

Cuando llegamos a la calle donde vivía Tony, Susan se detuvo frente a la casa de al lado, que se veía casi idéntica. Pero en lugar de la pequeña piscina que ahora podía ver en el patio de los

Mitchell, en el de Lisa había un cobertizo. Tomé mi mochila del suelo y luego dudé antes de bajar.

—¿Trajiste mi saco de dormir? —le pregunté a Susan con un hilo de esperanza.

—No lo tengo. Esta mañana cargué con tantas cosas que no pude llevar también las tuyas. Tony lo tiene. Dijo que pasaría más tarde.

—Pensé que esta noche era zona libre de chicos.

—Lo es. Pero necesitas algo donde dormir, ¿no? —Susan me hizo una seña para que bajara del auto. Cerró su puerta y luego rodeó el coche para cerrar la mía también, a la antigua, metiendo la llave en la cerradura—. No te preocupes, Sam —añadió—. Estoy segura de que Tony ya sabe cómo comportarse contigo. Además, creo que anoche se llevaron bastante bien. Digo, con eso de que te prestó su sudadera y todo.

Y me llevó al veterinario.

—No me preocupa él —ya no—. Solo no quiero arruinar nuestro tiempo solo de chicas. Tal vez debería ir a buscarlo con Tony ahora mismo.

—No está en casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Entrenamiento de fútbol hasta las siete y media. Tranquila, Sam. Te lo dará cuando llegue. Y a nadie le va a molestar.

Bueno, si ella lo decía.

Caminamos hasta la casa de Lisa y Susan entró sin molestarse en tocar el timbre. Yo, en cambio, me quedé parada en el umbral, incómoda.

Susan me agarró de la manga de la sudadera y me jaló hacia adentro.

—Sus padres no están esta noche, y Lisa dijo que subiéramos directo a su habitación. Relájate. Creo que últimamente he pasado más tiempo en este lugar que en mi propio cuarto. Todo bien.

Subí las escaleras en espiral detrás de Susan y la seguí hasta una habitación a la izquierda. Lisa, Allie y Simone ya estaban allí, discutiendo cuál sería la primera película de la noche.

—Hola a todas —saludé con un gesto rápido hacia donde estaban sentadas en la cama.

Lisa se levantó de un salto y me quitó la mochila del hombro. —Dámela y ponte cómoda —la dejó sobre la silla giratoria frente a su escritorio, abarrotado de libros y otras cosas. Difícilmente podía ser el lugar donde hacía la tarea.

Miré el resto del cuarto y descubrí que me gustaba. Desordenado hasta la médula, con ropa tirada sobre los muebles, objetos al azar como un cepillo, una botella de jugo de naranja y cajas de DVD esparcidas por el piso alfombrado. Se sentía más como un hogar que cualquier habitación en la casa de mi prima. Contra la pared de la puerta había un baúl y un ropero, junto a un equipo de música, y otra repisa al lado del escritorio sostenía una televisión de pantalla ancha.

Oh. Nicholas Hoult en esa pantalla. Estaba más que lista para eso.

Y tuve suerte: Allie y Simone compartían mi entusiasmo por la película. Nos acomodamos todas en la cama para verla después de ponernos los pijamas. Allie, Lisa y yo llevábamos shorts y camisetas sin mangas, mientras que Susan usaba pantalones largos de franela y una sudadera. La supermodelo Simone, por supuesto, tenía que superarnos a todas con su camisón largo de satén plateado.

Habíamos inhalado tres cajas de pizza y Nicholas estaba a punto de rodear con los brazos a Teresa Palmer cuando un silbido desde afuera captó nuestra atención.

—Eso es para ti, Sam —dijo Lisa, sin apartar la vista de la pantalla.

Yo tampoco la aparté, y además no entendí a qué se refería. —¿Eh?

Entonces Lisa agarró el control del reproductor de DVD y detuvo a Nicholas y Teresa en plena caída.

No… no. No lo detengas. El beso… quería ver el beso. Uf.

Pero ya era demasiado tarde.

—Tu saco de dormir ha llegado —dijo Lisa. Se levantó de la cama y caminó hasta la ventana abierta, asomándose hacia afuera —. Hola, chicos —añadió, y pude oír la sorpresa en su voz.

—¿Ya están todas vestidas? —llegó la voz de Ryan Hunter, traviesa como siempre cuando hablaba con su novia.

—Sí. Pero será mejor que ni se les ocurra subir —un sonido de hojas agitándose, como un árbol sacudido por el viento, se coló por la ventana y la interrumpió un instante—. Eso va contra las reglas —continuó, ahora con una severidad juguetona. Al mismo tiempo se apartó de la ventana y se volvió hacia nosotras—. Perdón, chicas. ¿Les parece bien si los chicos entran un momento?

¿Los chicos? ¿Y entrar cómo? Me abracé las rodillas contra el pecho, de pronto consciente de mi pijama frente a ellos.

—¿Está Sasha con ellos? —susurró Allie, emocionada.

—No lo distinguí en la oscuridad —murmuró Lisa—. Son varios.

Ryan fue el primero en trepar por la ventana. Mientras abrazaba a Lisa por detrás y le besaba la sien, Tony, Nick, Alex e incluso Sasha Torres lo siguieron. De pronto, la habitación se llenó de gente y de voces por todos lados.

Tony se acercó a la cama y me lanzó un bulto rojo enrollado. Atrapé el saco de dormir de Pam y lo dejé sobre mi regazo.

—Gracias.

Asintió una sola vez, y luego su mirada cayó sobre el vendaje en mi pierna descubierta.

—Bonitos calcetines, Summers. ¿Cómo va esa herida?

Encogí los dedos de los pies. —Sin dolor, sin cojera. Supongo que ya salí del bosque.

Entonces sonrió, y esa sonrisa fue… guau… lo bastante linda como para dejarme muda un par de segundos.

—¿Sabes? —le dijo Lisa a Tony desde atrás—. Pudiste haberlo dejado en la puerta. No hacía falta traer a medio equipo de fútbol para entregarlo.

Él se dio la vuelta. Al instante, su sonrisa se ensanchó hasta volverse una mueca descarada mientras dejaba que la mirada le recorriera el cuerpo lentamente, de arriba abajo.

—Échale la culpa a tu novio, preciosa. Fue él el que apareció en mi casa hace diez minutos y me arrastró hasta acá.

No estaba muy segura de por qué, pero se me cayeron las comisuras al ver esa expresión en la cara de Tony. No pude evitarlo:

no me gustó cómo se le quedó viendo a Lisa. Y, al parecer, a Ryan tampoco.

—Bájale, Mitchell —advirtió Ryan con un tono burlón, y escondió a Lisa detrás de su espalda—. Es mía.

Lisa soltó una risita mientras su novio la movía de un lado a otro. Seguramente ya estaba acostumbrada a las bromas de los chicos y a que Tony le tirara el rollo. Yo, en cambio, no. Carajo… me dio un tirón en el corazón, de esos que duelen, y me irritó más que no poder ver a Nicholas Hoult sexy con mis amigas.

Demasiado raro.

Pasé por encima de las piernas de Susan, bajé de la cama y me fui al baño. Había ido hacía apenas media hora, pero necesitaba un minuto a solas para aclarar esto. ¿De dónde demonios había salido esa sensación incómoda en el pecho? No podía estar celosa de Lisa. Ni de broma. No por Anthony Mitchell.

Me fulminé a mí misma en el espejo. —Tú… apestas.

Sí, apestaba. ¿En qué momento me habían crecido sentimientos por el idiota de Mitchell? No era mi tipo. O quizá sí, porque siempre terminaba cayendo con los rubios de ojos azules…

Pero esta noche me negaba.

Enderecé los hombros y tragué la sequedad absurda de mi garganta. Pero cuando fui a salir del baño, no pude obligarme a abrir la puerta. Me encogí, recordando que llevaba shorts tipo bóxer y unos ridículos calcetines de lana rosa. Ay, qué miseria. ¿Por qué no pude haber traído un pijama largo como Susan? O al menos un camisón de satén como Simone. Ella definitivamente no estaba avergonzada frente a Alex con eso puesto.

Me dejé caer con la espalda contra la puerta. Contrólate. ¡Contrólate! ¡Ahora no era momento de entrar en pánico! Y seguramente estaba equivocada, además. Había malinterpretado ese tirón en el pecho. Totalmente. Aquí no existía tal cosa como un enamoramiento. Solo me había molestado porque Lisa se había llevado toda la atención del cuarto y yo no había recibido nada. Sí, claro, debía de ser eso.

Ja, ja, se burló de mí mi yo interior. Como si tú alguna vez hubieras sido de las que necesitan atención en una habitación.

Le dije a mi yo interior a dónde podía irse con su risita, y abrí la puerta del baño de un tirón agresivo. Apretando los molares, volví al cuarto de Lisa y encontré a todos desparramados por el lugar: Susan y Allie todavía en la cama; Lisa sentada en las piernas de Ryan en su silla giratoria; Alex y Simone acurrucados en el piso; y Nick, Sasha y Tony peleándose por el control del equipo de música en la esquina.

Supuse que la noche de chicas se había terminado oficialmente.

Genial.

Chapter 14

Samantha

Agarré mi saco de dormir, lo desenrollé al pie de la cama y me senté con las piernas cruzadas. Al rato, Nick se dejó caer a mi lado.

—Hola, chica finlandesa —dijo, dándome un golpecito en el hombro con el suyo—. Hoy te escabulliste y te perdiste toda la diversión de la mañana.

—No fue a propósito. Ryan insistió en que su papá me revisara la pierna —arrugué la nariz—. Prefería quedarme con ustedes antes que sentir cómo me la quemaban por dentro.

Alguien se sentó a mi otro lado y me sorprendió descubrir que era Tony. Aliviada de poder mirarlo sin sentir la urgencia inmediata de besarlo, me relajé. Había sido un error, después de todo. Nada de atracción descontrolada. Uf. Estaba a salvo.

—Y deberías haber oído a esta pequeñita decir groserías —me delató ante Nick—. Te juro que nunca escuchaste nada igual. —Tony se inclinó hacia mí y añadió en voz más baja—. Saliendo de la boca de una chica, digo.

Se me escapó una sonrisa. —¿Te parece gracioso? ¿Que yo sufra?

—Para nada. —Se mordió el labio, esforzándose de una manera demasiado obvia por no sonreír—. Yo sufrí contigo. Totalmente. Eras una pobre cachorrita, acurrucada sobre esa mesa. Pensé que en cualquier momento me ibas a morder. —Cuando terminó, se reía tanto que me dieron ganas de meterle una almohada por la garganta.

Riéndome también, porque su buen humor era realmente contagioso, le lancé la mejor mirada asesina que pude en esas circunstancias.

—Te odio.

Tony se encogió de hombros. —No me importa.

Pero la mirada cálida que me dedicó después decía todo lo contrario. Sabía que ya no lo decía en serio. Y parecía contento por eso, lo cual me provocó una sensación agradable y tibia en el pecho. Muy distinta de lo que había sentido antes.

La música empezó y desvió mi atención de Tony. Era un remix de una canción italiana antigua. Sasha, que había ganado la batalla por el control remoto, se acomodó en el piso junto a nosotros. Tras unos cuantos compases, pasó a la siguiente canción. Y a la siguiente. Y a la siguiente. Lo hizo tantas veces que Susan acabó perdiendo la paciencia, se inclinó desde la cama y le arrancó el control de la mano.

—Si quieren quedarse —les advirtió—, se atienen a nuestras reglas. Nosotras decidimos qué se pone.

—Uh, ¿y qué va a pasar, ratón de biblioteca? —la provocó Ryan, pasando la mano arriba y abajo por el antebrazo de Lisa.

—Nick besando a Teresa. Eso va a pasar —informé, lanzándole una sonrisa por encima del hombro a Susan—. Vuélvela a poner.

—¿Yo besando a quién? —preguntó Nick, completamente confundido, aunque con una expresión peligrosamente entusiasmada ante la idea.

Todos nos echamos a reír y se lo expliqué:

—No tú, tonto. Nicholas Hoult. Llegaron antes de que pudiéramos ver la mejor escena de la película.

Cuando Susan apretó play y Nicholas y Teresa reaparecieron saliendo de la piscina, Tony arqueó las cejas.

—Puaj. ¿Un beso de película? ¿Esto es lo que hacen cuando están solas?

—Esto es lo que llevamos esperando toda la semana —murmuré, mirándolo—. Así que, por el amor de Dios, guarda silencio.

Soltó un gemido exasperado y se dejó caer contra la cama, pero lo ignoré. Porque en ese momento, las otras cuatro chicas y yo estábamos suspirando por Nick-No-Más-Zombi.

El único problema fue que, de pronto, ya no veía a Nicholas y Teresa, sino que imaginaba a la pareja de la pantalla como Tony y

yo. Me incorporé de golpe y contuve el aliento. Mierda. Eso no era lo que quería.

Frunciendo el ceño, giré la cabeza hacia Tony y me encontré con su mirada. No tenía la menor idea de qué estaría pensando en ese instante, pero nos quedamos observándonos durante un largo y incómodo momento. Lentamente, arqueó una ceja, interrogante. Yo sonreí y negué suavemente con la cabeza, confundida, antes de apartar la mirada.

No. Esto era demasiado raro. Necesitaba concentrarme en otra cosa o iba a volverme loca con ese revoloteo que empezaba a crecerme en el estómago.

Siempre había dado por hecho que, si alguna vez me enamoraba de alguno de los chicos, sería de Nick Frederickson, porque era realmente guapo. ¿Pero Tony? ¿El que no me había dado tregua desde el primer día? No podía… no, no iba a permitirlo.

Me dejé caer contra la cama, igual que los chicos, y crucé los brazos sobre el pecho, fulminando al televisor con la mirada. Maldición. Lo sentía: los ojos de Tony clavados en mi cara. El corazón empezó a latirme un poco más fuerte. Por favor, por favor, ya basta, rogué. No quiero esto.

No moví ni un músculo hasta que la película terminó, pero en cuanto acabó, me levanté del piso y me tiré sobre la cama junto a Susan. Cualquier lugar era bueno con tal de estar lejos de Anthony Mitchell.

—Dios, ese beso estuvo buenísimo —exclamé, abanicándome con una tarjeta de cumpleaños vieja que saqué de la mesa de noche de Lisa.

Claro que no había sido el beso lo que me tenía así, toda acalorada y alterada, pero nadie tenía por qué saberlo.

—Sí, buenísimo —me secundó Simone—. ¿Alguien quiere helado? Creo que lo necesitamos ya, Lisa.

—De acuerdo. —Lisa se levantó del regazo de su novio y todas la seguimos abajo, donde nos reunimos alrededor de la mesa rectangular del comedor. Sacó un paquete de barquillos y sirvió tazones de helado de fresa y de vainilla para todos.

Yo elegí el asiento más alejado de Tony, solo para estar a salvo de mí misma. Aun así, de vez en cuando se me escapaba una mirada hacia él. Él no me devolvió ninguna. Ni una sola. Estaba ocupado con su helado y hablando con Alex sobre un videojuego nuevo llamado GTA o algo así. Así que dejé de mirarlo y me dejé arrastrar a una discusión con las chicas sobre qué criaturas ficticias eran las más sexys: vampiros, hombres lobo o demonios.

Como si hubiera siquiera espacio para debatirlo.

—Vampiros, obvio —declaré—. ¿Ninguna de ustedes ve The Vampire Diaries? Si había un hombre en el mundo más sexy que Nicholas Hoult, era Joseph Morgan. Rubio, ojos azules… para desmayarse. Aunque tal vez eso era cosa mía.

—¿Vampiros? ¿En serio, Summers? Yo pensé que tú ibas más por las criaturas pequeñas. Como uno de los siete, ya sabes —dijo Tony, y me agarró totalmente por sorpresa con una sonrisita.

Fruncí el ceño.

—¿Los siete?

—Los enanos —murmuró, y me guiñó un ojo.

Agarré un barquillo del centro de la mesa y se lo lancé a Tony, que se agachó justo a tiempo antes de que le diera en el ojo. Era increíble lo fácil que se le hacía burlarse de mí por ser chiquita últimamente. Pero, bueno… nada de lo que decía ahora sonaba ni se sentía como un insulto. Jamás habría imaginado que pudiera disfrutar de sus pullas. Aunque se mereciera una patada en la espinilla por eso.

—Entonces, ¿cuál es el más sexy, Summers? ¿Estornudón o Tontín?

Todos se rieron. Hasta yo. Pero no podía dejarlo pasar así nomás.

—Ven acá y te doy tu "Tontín".

Me levanté de golpe y corrí alrededor de la mesa, pero antes de llegar a él, él también se puso de pie y se escapó hacia la sala.

Tony saltó con facilidad por encima del sillón de cuero café oscuro en forma de L y lo usó como barrera entre los dos. Me detuve junto a la mesa de centro, fulminándolo con la mirada.

—¿Qué, ahora te da miedo un enanito? —lo piqué, y luego me lancé por encima del sillón, ignorando el dolorcito en la pierna.

Tony ya se había apartado antes de que mis pies tocaran el piso otra vez, y yo giré, encontrándolo a metro y medio de mí.

¿Qué estaba haciendo, persiguiendo a Tony? Era más grande, más ágil, más rápido, y yo nunca lo alcanzaría. Y aunque lo hiciera, ¿qué iba a hacerle? ¿Tirarlo al suelo y obligarlo a pedirme perdón? Bueno… al menos era una opción…

Él notó mi duda, y el muy imbécil hasta empezó a cantar "Heigh-Ho". Antes de darme cuenta, di un salto rápido hacia adelante y tumbé a Tony sobre el sillón, cayendo sobre su pecho.

Con los brazos rodeándome, me miró a los ojos, abiertamente sorprendido.

—Rápida —murmuró.

Yo traté de zafarme de su agarre para poder hacerle algo de daño, como pellizcarlo o hacerle cosquillas, pero me atrapó las muñecas en un instante. Quedé en una posición rarísima, a horcajadas sobre sus caderas, intentando acercar los dedos para hacerle cosquillas.

—Y ahora, ¿qué planeas, Summers? —se rio de mí—. Se necesitan dos de tu tamaño para tumbarme de verdad.

—Ya te tumbé. Y al final te voy a agarrar. Ya verás.

Puse toda mi fuerza en los brazos, pero no era ni de cerca suficiente. Lo único que conseguí fue hacer que Anthony Mitchell se riera todavía más.

—¡Chicos, estoy bajo ataque de enano! —gritó, girando la cabeza hacia la entrada de la sala—. ¿Alguien me ayuda, por favor?

Yo arañé con los dedos, pero no me sirvió de nada. El agarre de Tony era lo bastante suave y, aun así, firme. Como hierro aterciopelado.

Nick y Ryan entraron en ese momento, y los dos se mordieron la risa al verme atacando a su amigo.

—¿La están pasando bien, chicos? —preguntó Ryan, mientras Nick se acercaba y me rodeaba con los brazos para levantarme con facilidad y apartarme de Tony.

Yo grité, me reí y me atraganté. Luego, entre carcajadas, los maldije a todos por unirse contra una sola chica pequeña e indefensa. Nick me apretó la espalda contra su pecho, manteniéndome prisionera, hasta que Tony se incorporó y se pasó una mano por el pelo.

—Más te vale no quedarte dormido esta noche, Mitchell, porque sé dónde vives —le gruñí.

La amenaza se me olvidó al instante cuando la mano de Nick en mi estómago me sorprendió al ir directo a mi ombligo.

—¿Y esto qué diablos es? —soltó.

Sin avisar, me subió la blusa y me dejó el vientre al descubierto, inclinándose por encima de mi hombro para ver mejor.

Aspiré con fuerza y me aparté de él.

—¿Perdón?

Pero no pude bajarme la blusa lo bastante rápido. Ya había visto mi piercing en el ombligo. Se lo habría mostrado si me lo hubiera pedido, pero levantarme la blusa delante de Tony y Ryan no era precisamente la manera. Menos mal que no la subió más, porque normalmente ni siquiera usaba sostén debajo de la pijama.

Tony ladeó la cabeza, bastante impresionado.

—Lindo.

Nick lo superó con un:

—Genial. ¿Te dolió hacértelo?

Sí, dolió. Pero comparado con el dolor de esta mañana, se sintió como una picadura de mosquito. Apreté los labios y asentí una vez.

Mientras tanto, Ryan se apoyó en el marco de la puerta y se asomó hacia la cocina.

—Amor, Sam tiene un piercing en el ombligo.

—Ya sé —respondió Lisa—. Se lo vi en el entrenamiento de porristas el otro día. Se ve cool, ¿no?

—Sí. ¿Entonces ya puedo perforarme la ceja?

—Creo que no.

—¿El labio?

—No.

—¿Un pezón? —Puso cara de santo mientras nos miraba con las cejas alzadas.

—¡No! —fue el final tajante de esa conversación.

Sonó como si esa discusión ya la hubieran tenido antes de esta noche.

—Mujeres —murmuró Ryan, haciendo un puchero frustrado, y se dejó caer al otro lado del sillón—. Todo les parece cool mientras sus novios no lo tengan.

—No sé —me encogí de hombros y me acomodé en el apoyabrazos del sillón, apoyando los pies en el asiento—. Yo creo que me encantaría que mi novio tuviera un piercing en el pezón.

A Ryan se le dibujó una sonrisa ladeada.

—Amor…

—¡No, Hunter! —lo cortó Lisa.

Luego entró y le masajeó los hombros desde atrás.

—Me gustan tus pezones como están. Limpios y sin barras atravesadas.

Ryan le atrapó la muñeca y tiró de ella por encima de su hombro hasta sentarla en su regazo, haciéndola reír. La rodeó con los brazos y le susurró algo al oído que la hizo sonrojarse y sonreír. Después, ella le mordió el lóbulo de la oreja, y Ryan soltó un gruñido juguetón. Definitivamente eran la pareja más dulce que yo conocía.

Después todos encontraron un lugar en el sillón, excepto Alex y Simone, que se acomodaron en la alfombra frente a la mesa de centro.

—¿Y cuál es el plan para el resto de la noche? —nos preguntó Ryan a las chicas, entrecerrando los ojos por encima de la cabeza de Lisa.

—Ya sé —dijo Tony—, podríamos jugar póker de prendas… y quitarte esos calcetines sexys, Summers. —Enganchó el dedo índice en mi calcetín izquierdo y tiró con suavidad mientras me sonreía con malicia.

Le aparté la mano de un manotazo, pero la sensación de su dedo rozándome la piel sensible del tobillo se me quedó pegada incluso después de que lo retiró.

—Se supone que es noche de películas —les informó Susan a los chicos—. ¿Algún deseo de qué ver después?

La sugerencia de Allie fue *Twilight*.

Los chicos de inmediato hicieron gesto de pulgar abajo y pusieron cara de asco.

—Bueno, entonces… ¿*Titanic*? —propuso Susan.

—Ay, no, tampoco esperarán que veamos algo para llorar —se quejó Alex. Y, por supuesto, los demás lo secundaron.

—Discúlpame, pero esta no es tu noche —declaró Simone, lanzándole a su novio una mirada burlona—. Deberías sentirte afortunado de que te dejemos estar aquí y no te corramos.

Aferrándose aún más a su chica, Alex puso los ojos en blanco.

—Entonces, ¿no podemos encontrar un punto medio? ¿Besos y algo de acción?

Todos lo pensamos en silencio. La verdad… no era tan mala idea.

—¿Qué película? —preguntó Lisa.

—¿*Avatar*? —dijimos Tony y yo al mismo tiempo.

Bajé la mirada hacia él y él me sonrió.

Sorprendentemente, a todos les pareció bien, y decidimos quedarnos abajo porque había más espacio para todos en el sillón. Lisa subió trotando a buscar el DVD. Mientras tanto, me deslicé del apoyabrazos y me acomodé junto a Tony, en el único hueco libre que quedaba.

—Gusto espantoso para los calcetines, pero buen gusto para el cine, Summers —me dijo en voz baja.

El hecho de que no dejara en paz mis calcetines me calentó las mejillas. Ya era hora de una confesión.

—No puedo evitarlo. Todavía tengo frío en este clima desconocido.

—Se nota. Tienes la piel chinita.

Con el dorso de los nudillos, me rozó el brazo de arriba abajo una sola vez… y me sobresaltó por completo.

Tony debió notar mi reacción. Evidentemente lo incomodó, porque retiró la mano, se aclaró la garganta y bajó la mirada hacia sus dedos un segundo antes de cambiar de tema.

—Y bueno… ¿cómo vas con lo de ponerte al día con AVE?

—No tan mal. Ya hice cuatro y hoy empecé con el último.

Su mirada se cruzó con la mía otra vez, impresionado.

—Eres rápida. ¿Cuál te falta?

—Velocidad. Quiero dibujar un caballo de carreras.

Al recordar el problema que había tenido con eso esa tarde, se me frunció la frente.

Tony, que notó mi gesto, exigió:

—¿Pero?

—Pero… se me hace difícil dibujar sin modelos en vivo. Supongo que voy a necesitar unos días más para terminar este.

Pareció considerar mi respuesta un momento, pero no dijo nada más cuando Lisa metió el DVD en el reproductor, apagó las luces y empezó la película.

Me acomodé más abajo en el sillón y, como los demás, apilé los pies sobre la mesa de centro mientras veíamos a dos criaturas azules ponerse cariñosas. Todo ese tiempo, una nube del aroma tentador del gel de ducha de Tony me envolvía. Respiré hondo varias veces, completamente relajada, y pronto me di cuenta de que debí haberme tomado esa maldita siesta en la tarde.

Los ojos empezaron a cerrárseme por más tiempo que un simple parpadeo. Tenía que luchar para mantenerlos abiertos. Maldición, el cuarto estaba lleno de compañeros de clase. No podía simplemente quedarme dormida ahí junto a ellos y quedar como la más débil. ¿Qué tan vergonzoso sería eso? Sobre todo con Tony sentado justo a mi lado. ¿Y si hablaba dormida?

¿Y si roncaba?

Tenía que mantenerme despierta y aguantar la película.

Pero la falta de sueño de anoche me perseguía y, al final, perdí la batalla.

*

Sentí un tirón suave en el cabello.

—Sam. Es hora de despertarte.

El murmullo bajo de Tony me sacó lentamente de un sueño en el que me volvía azul y el presidente de Estados Unidos intentaba atraparme para exhibirme en un zoológico de fenómenos. Levanté la cabeza de golpe y choqué contra algo… duro. Un dolor agudo me atravesó el cráneo.

Al reclinarme y abrir los ojos por primera vez, me froté el punto dolorido, tratando de enfocar. Estaba medio recostada, medio de rodillas sobre el sillón; la blusa se me había subido por la espalda y tenía humedad en la comisura de la boca.

Todos se estaban levantando y las chicas se despedían de sus novios. Solo Tony seguía en el sillón, a mi lado, con los pies todavía sobre la mesa de centro. Gimió y se llevó una mano a la boca, apretando los ojos.

No tenía ni idea de qué estaba pasando.

Al final, se metió un dedo en la boca y, cuando lo sacó, tenía sangre en la punta.

—Gracias por el cabezazo. Acabas de hacer que me muerda la lengua. Y eso después de dejarte dormirte media película sobre mi hombro y babearme la camiseta.

Mi mirada cayó sobre una mancha húmeda en la tela verde de su camiseta. Aún aturdida por el sueño, me limpié los labios con el dorso de la mano. Cuando el calor de la vergüenza me subió a las mejillas, carraspeé.

—Lo siento.

Tony gruñó. No podía culparlo. Se levantó del sillón y se apresuró tras los demás.

—Chicos, esperen, voy con ustedes.

Saludé a todos con la mano cuando me dijeron buenas noches y luego salieron por la puerta. Tony fue el único que no se volvió hacia mí. Lo oí despedirse de Lisa y después él también se fue.

La casa quedó en silencio casi de inmediato. Estaba lista para subir y acurrucarme en mi saco de dormir. Pero, de pronto, me encontré en el centro de varias miradas intrigadas.

—¿Qué? —pregunté.

Las chicas me rodearon, dejándose caer a mi alrededor en el sillón.

—No hemos tenido muchas oportunidades de hablar desde anoche —arrulló Simone.

—Sí que las tuvimos —repliqué—. Hablamos cuando Susan y yo llegamos.

Allie Silverman me regaló una sonrisa enorme.

—Hablamos de tu pierna. Pero no de lo obvio.

—¿Y eso sería…?

—Tú y Tony —dijo Susan, imitando la sonrisa de Allie—. Parece que las cosas cambiaron bastante entre ustedes desde el campamento.

Una sensación incómoda me revolvió el estómago.

—Eh… quizá hayan cambiado un poco. No es para tanto.

—¿No es para tanto? —Lisa arqueó las cejas—. Solo conozco a otra chica a la que él haya dejado dormir sobre su pecho.

¿Pecho? Yo estaba segura de que había sido su hombro.

—Probablemente no tuvo otra opción cuando me caí encima.

—Créeme, si hubiera querido, habría tenido otra opción.

Tal vez Lisa tenía razón. Aun así, me alegré de que Tony no me hubiera apartado como a un perro viejo y apestoso. Eso habría sido todavía más vergonzoso.

—¿Fue lindo dormir sobre su pecho? —insistió Susan.

—Estaba dormida. ¿Cómo se supone que voy a saberlo?

Por el amor de Dios, ¿podían dejar de acosarme ya? ¿Por qué esto se sentía como si estuviera en medio de un interrogatorio?

—¿Sabes? —le dijo Allie a Simone en voz baja—. Creo que se está enamorando de él.

—¿Sabes? —respondió Simone—. Creo que tienes razón.

—Déjenme en paz, chicas. No me estoy enamorando de nadie. Y no es nada justo sacarle información a alguien que acaba de despertarse.

Me levanté del sillón con expresión exasperada y esperé a que me siguieran escaleras arriba. Eran las dos y media de la mañana. Me moría de sueño.

Por suerte, las chicas se apiadaron de mí y todas subimos a dormir al cuarto de Lisa. Pero dos minutos después de que se apagara la luz y todo quedara en silencio, Lisa susurró:

—¿Sabes qué, Sam? Yo de verdad creo que a él también le gustas.

Chapter 15

Samantha

No pude quedarme dormida después de las últimas palabras de Lisa. ¿De verdad creía que a Tony le gustaba yo? Si los rumores eran ciertos, ella era quien mejor lo conocía; así que, si lo decía, lo más probable era que tuviera razón. Pero la otra pregunta —y mucho más importante— era: ¿yo quería que le gustara?

No me respondí enseguida, y eso me puso nerviosa. ¿Y si la respuesta era sí? Eso significaría que me estaba enamorando de Tony. De verdad. Sin vuelta atrás. Y eso lo complicaría todo.

Me negué a pensar en ello durante toda la noche. En algún momento empecé a cantar mentalmente una canción tonta para acallar mis pensamientos. De manera bastante incómoda, la que se me vino a la cabeza fue el "Heigh-Ho" de los enanitos. Genial, Sam. Brillante. Pero al final funcionó y me quedé dormida.

*

La mañana con las chicas transcurrió con calma, entre un desayuno que se alargó hasta la hora del almuerzo. Al menos ya no volvió a salir el tema de Anthony Mitchell. Esta vez nos divertimos de lo lindo acorralando a Allie por haberse acurrucado junto a Sasha durante la película de la noche anterior. Susan propuso que descargáramos un cuestionario de YourDatingServices.com para dárselo a Sasha el lunes en el colegio y ver si era una pareja adecuada para Allie.

Cuando recogí mis cosas y Susan me llevó a casa, ya era temprano por la tarde. Jack me saludó en el pasillo apenas crucé la puerta. Parecía apurado, tratando de ponerse los zapatos, la chaqueta y sacar dinero de la billetera al mismo tiempo.

Me entregó dos billetes de cien dólares que parecían recién salidos de la imprenta. —¿Puedes darle esto a tu tía cuando llegue? —me pidió mientras guardaba la billetera en el bolsillo interior de la

chaqueta—. Me llamaron para una reunión de emergencia y no volveré hasta más tarde esta noche. El dinero es para Jab Jenkins.

—¿El jardinero?

—Sí. Por las horas extra. Pasará hoy a recogerlo. Para entonces Pamela ya estará en casa.

Ya casi estaba afuera cuando le grité a sus espaldas:

—¿Dónde está Pam?

—Almorzando con Jessie Hunter.

La puerta se cerró de golpe detrás de él y me quedé sola en una casa silenciosa. Bueno, casi. Chloe golpeó la puerta de mi habitación poco después, mientras yo practicaba unos pasos de baile, y exigió que bajara la música porque no podía dormir la resaca con ese ruido.

Todavía no lograba acostumbrarme a su cabello negro azabache, pero respeté su pedido. Era su casa, no la mía. Buscando una distracción más silenciosa, me puse a dibujar e intenté terminar ese boceto rápido. Pero me frustró incluso más que ayer y, al final, decidí dejarlo y hacerme un sándwich.

Pam ya había llegado y estaba en la sala cuando bajé. Y mira tú: la princesa también había despertado de su sueño de belleza. Chloe veía la televisión mientras Pamela intentaba colocar unas cortinas nuevas en los ventanales. Saqué los doscientos dólares del bolsillo y se los pasé a mi tía junto con el mensaje del tío Jack.

Mi tía hizo una mueca. —Jabbadiah llamó hace cinco minutos. Su esposa está enferma y no podrá venir hoy —dijo. Caminó hacia el pasillo para buscar su bolso y guardó el dinero—. Se lo daré más adelante esta semana.

Me encogí de hombros, sin que me importara demasiado, y fui al refrigerador, cargando comida entre los brazos hasta dejarla sobre la encimera. Después de comerme el sándwich de pavo en la cocina, subí de nuevo hacia mi habitación, pero me detuve frente a las escaleras que bajaban al gimnasio de mi tío. Aunque nunca había entrenado allí, en el pasado Chloe y yo solíamos jugar en ese espacio amplio, fingiendo que los aparatos eran un barco pirata o una carroza de princesa. Las paredes estaban insonorizadas. Y eso me dio una idea.

—¿Pam? —grité por encima del hombro y esperé a que asomara la cabeza por el pasillo—. ¿Crees que a Jack le molestaría si practico baile en el gimnasio?

—Claro que no, querida. Adelante —sonrió, y volvió a desaparecer en la sala.

Subí corriendo, me cambié a unos shorts negros de algodón, un top de tirantes finos y zapatillas deportivas, agarré mi iPod y bajé de nuevo al gimnasio. De paso, tomé una botella de agua de la cocina.

El gimnasio estaba ubicado medio nivel por debajo de la planta baja y, como el terreno tenía una ligera pendiente, habían construido una pared de ventanales con vista al jardín. Una luz cálida inundaba la habitación. Conecté mi música al sistema de sonido alineado en una de las paredes y aparté algunos de los aparatos más livianos. Con las manos en la cintura, miré a mi alrededor.

Perfecto. Mi propio estudio de baile.

Hice un calentamiento suave de ballet y luego pasé a una lista de reproducción compuesta en su mayoría por canciones latinoamericanas, con un ritmo fuerte y saltarín, de esos que usábamos en mi antigua clase de Zumba. Ely-T era mi cantante favorita de la lista, y elegí una mezcla de pasos aeróbicos y salsa. A los diez minutos ya tenía el cuerpo perlado de sudor. Me encantaba. Era una forma increíble de perderme. La música, cuando tenía el ritmo correcto, me movía sin que yo tuviera que pensar. Por un rato, solo existíamos yo y el pulso.

Bailaba de cara a la pared de ventanales y disfrutaba del sol de la tarde envolviéndome en luz y calor. El corazón ya se me había disparado con el entrenamiento. Crucé las piernas y giré sobre mi propio eje.

Y di un salto hacia atrás con un chillido, llevándome las manos al pecho.

—¿Qué demonios…?

Tony estaba recargado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho con toda tranquilidad y esos ojos oscuros llenos de interés. Durante un momento larguísimo y absurdo, no me moví. Lo único que se oía era la música.

¿Cuánto tiempo llevaba mirándome? Un calor incómodo de vergüenza me subió por el cuerpo. Pero, considerando que tenía la cara empapada y roja de tanto bailar, seguramente Tony ni siquiera notó mi rubor.

Cuando por fin logré apartar la mirada, caminé hasta el equipo de sonido y apagué la música. Agarré una toalla del montón que había en el estante y me sequé la cara y el escote, tratando de controlar la respiración entrecortada.

—¿Quién te dejó entrar? —conseguí decir al fin.

Tony no se movió del marco; solo me siguió con la mirada.

—La mamá de Chloe.

—¿Y eso fue hace cuánto?

Una comisura de su boca se levantó en una sonrisa ladeada.

—Deberías voltearte más seguido cuando bailas.

Sí, claro. Idiota.

Le di un trago a mi botella de agua, crucé el cuarto y me senté en uno de los bancos de pesas de Jack, sin dejar de mirarlo.

—¿Y…?

Tony se acomodó el cuello de su camisa blanca de manga corta y luego metió las manos en los bolsillos de sus jeans.

—¿Y qué?

—¿Y hay algún motivo más profundo para tu visita?

Mi tono áspero le borró la sonrisa. Frunció el ceño, juntando las cejas.

—Sí, bueno… en realidad no vine solo para ver la tele contigo.

—¿Ah, no? —Qué pena. Tal vez me habría gustado volver a acurrucarme contra su hombro. Si no siguiera en shock por verlo en esta casa, claro—. ¿Entonces cuál era tu plan?

Con toda calma, Tony cruzó el cuarto y apoyó un brazo sobre la barra con pesas de Jack, que estaba en el soporte.

—¿Puedes ducharte y luego venir conmigo un rato?

—¿Por qué? ¿Tengo otra cita con el veterinario?

Una sonrisa le jugó en las comisuras.

—No. Quiero mostrarte algo.

—¿Algo? —Alcé una ceja.

—Algo genial. Te va a gustar.

—¿Y tú cómo sabes lo que me gusta?

—Ah… creo que me hago una idea. ¿Confiarías en mí por una vez y te alistarías para ir, por favor?

—Críptico y mandón —di otro trago—. Mira, voy si me dices adónde vamos.

—No, no te voy a decir. Es una sorpresa.

No me gustó cómo sonrió y remarcó la última palabra, pero me había dejado con una curiosidad tremenda. Y, sinceramente, cuanto más miraba sus bíceps marcados donde tenía el brazo apoyado en la barra, más ganas me daban de ir. Solo que él no tenía por qué saberlo.

—No me gustan las sorpresas —le solté, tajante.

Tony apartó el brazo de la barra y se acercó hasta quedar frente a mí.

—A todas las chicas les encantan las sorpresas.

—Yo no soy todas las chicas.

—Es cierto, no lo eres —lo dijo tan suave mientras se agachaba frente a mí que se me erizó la piel de los brazos—. Empezamos como el culo. Te lastimé. Ahora estoy intentando compensártelo. ¿Me dejarías?

—Eh… no sé —había un matiz cínico en mi voz, y la verdad era que no lo sabía. Estar con él ayer por la mañana había sido como estar con cualquiera de mis otros amigos nuevos. Pero mirarlo ahora me apretaba el corazón y me lo aceleraba de más. Habían cambiado tantas cosas en los últimos días que ya no sabía qué quería.

Como si pudiera leerme la mente, inclinó la cabeza y alzó las cejas.

—¿De qué tienes miedo?

—De nada —respondí. Demasiado rápido.

—Entonces ven conmigo. Y si te sirve de algo… —se incorporó, alzando una mano y apoyando la otra en el pecho, como si estuviera ante un tribunal—. Juro solemnemente que no tengo ninguna mala intención.

Me mordí el interior de la mejilla para contener la risa y, en su lugar, solté un suspiro exageradamente exasperado.

—Está bien —me levanté del banco y le apunté a la cara con un dedo—. Pero más te vale que valga la pena.

Sin previo aviso, Tony me agarró de la muñeca y me jaló hacia la puerta.

—Luego me dices si valió la pena. Ahora ven. Vamos tarde.

—¿Tarde para qué?

—Ya lo verás —añadió—. Trae tus cosas para dibujar.

¿Qué? ¿Por qué? ¡Ah! Este chico tenía que ser el hijo bastardo de la frustración. Solté su mano para cerrar la puerta al salir del gimnasio y luego subimos juntos los pocos escalones.

En la primera planta, Chloe justo estaba saliendo de la sala. Se detuvo en seco, con el rostro repentinamente pálido. No sabía si era apropiado decir algo o simplemente ignorarla y subir a mi habitación.

Fue Tony quien rompió el silencio, aunque apenas en un murmullo dirigido a mí.

—Te espero afuera.

—Nos vemos en un minuto —respondí, quedándome clavada en lo alto de la escalera.

Tony pasó rozando a Chloe. No pude verle la cara, pero por la forma en que los ojos de Chloe buscaron los suyos, supuse que se quedaron mirándose durante un segundo eterno. Luego lo oí decir con voz fría:

—Interesante cambio, Summers.

Debía de referirse a su cabello.

Cuando Tony se fue y me quedé a solas con mi prima en el pasillo, me lanzó de lleno su mirada asesina.

—¿Estás loca? ¿Traer a Mit—?

—Disculpa, Chloe —la interrumpí—, pero no tengo tiempo para esta mierda.

Sabía exactamente adónde iba todo eso y, en ese momento, prefería meterme a la ducha y arreglarme para volver a ver a Tony antes que aguantar sus estupideces llenas de celos. Con una mano en la baranda, subí las escaleras de dos en dos y la dejé plantada en el pasillo.

En tiempo récord me duché y me puse los pantalones de camuflaje en tonos rojo óxido y marrón que había llevado la primera noche que salí en Grover Beach. Hacía suficiente calor, así que me puse una camiseta negra con una carita guiñando el ojo estampada al frente.

Como siempre, dejé las agujetas de las botas sin atar, guardé a toda prisa mi cuaderno de dibujo y algunos lápices en la mochila y salí sigilosamente de mi habitación, mirando a ambos lados del pasillo para asegurarme de no toparme otra vez con Chloe. No estaba por ningún lado. Abajo, en cambio, Pamela me sorprendió pasando de puntitas frente a la sala.

—Ese era Anthony Mitchell, ¿verdad? —dijo en voz baja.

Asentí.

—¿Entonces han cambiado las cosas entre ustedes?

Volví a asentir.

—Eso es genial. Me alegra mucho por ti, Sam.

—A Chloe no. Me va a odiar para siempre.

Pamela suspiró, frunciendo los labios.

—Hablaré con ella.

—No, por favor, no —le supliqué de inmediato, tomándole las manos—. Ya cree que intento quitártela. Dejemos que esto sea entre ella y yo. Lo resolveremos… de alguna manera.

Pam me miró como si no tuviera ni idea de lo que pasaba entre Chloe y yo, pero sabía que lo había notado desde el principio.

—Está bien.

—Gracias, Pam —solté sus manos y caminé hacia la puerta.

Pamela me acompañó.

—¿Adónde van ustedes dos?

—No tengo idea. No quiere decírmelo.

—No regreses muy tarde. Es noche de escuela.

—No lo haré. Ojalá.

La verdad era que no tenía ni idea de cuándo Tony pensaba traerme de vuelta. Con un gesto de despedida por encima del hombro, salí y cerré la puerta.

Esta vez no había ningún coche rojo en la entrada, pero Tony estaba sentado sobre una bicicleta de montaña verde metálico,

apoyando los antebrazos en el manubrio.

—¿Tienes bici? —me preguntó.

Negué con la cabeza, y él hizo una mueca.

—Me lo imaginé. Por desgracia, hoy no pude tomar el coche de mi mamá, así que tendrás que subirte aquí —se enderezó y dio unos golpecitos al manubrio.

Se me cayó la mandíbula.

—Estás bromeando.

—Es un buen tramo. Demasiado lejos para ir caminando. Así que ánimo, Summers, y sube ese lindo trasero aquí arriba —Tony sonrió con malicia, se inclinó y me tomó de la mano, sin dejarme opción mientras me arrastraba hacia él. Primero me quitó la mochila de los hombros para cargarla él, porque, según dijo, si no solo le estorbaría. Luego estabilizó la bici y me dejó subir al manubrio, lo cual no fue tan fácil como siempre lo hacen ver en las películas. Cuando por fin estuve sentada, con los pies colgando y las manos aferradas con fuerza de hierro al metal frío, empezó a pedalear y avanzamos despacio por la calle.

Esto daba un miedo de muerte, porque enseguida empezamos a ganar velocidad. Se me escapó un gemido tembloroso.

—Relájate. He hecho esto cientos de veces —dijo Tony, rozándome el pelo con la nariz… o tal vez era mi cabello agitándose contra su cara por el movimiento, mientras me susurraba esas palabras suaves al oído.

—Tú quizá, pero yo no —alcancé a decir con voz ronca. Las palmas comenzaron a sudarme y tuve la sensación de que estaba a punto de perder el agarre—. ¿Cuánto falta?

—Solo salir del pueblo. Unos tres kilómetros.

Tony tuvo que ir de pie durante todo el trayecto de diez minutos, porque si se sentaba yo le habría tapado la vista. Cuando el camino empezó a subir un poco y tuvo que pisar los pedales con más fuerza, apoyó la frente en mi hombro izquierdo, y no solo escuché su respiración forzada, sino que también la sentí a través de la tela de mi camiseta.

Las hileras de casas finalmente se fueron perdiendo a los lados, reemplazadas por verdes praderas exuberantes. Un aroma

maravillosamente fresco flotaba a nuestro alrededor, aunque yo me preguntaba qué quería él aquí, donde no había nada más que pasto, árboles y alguna casa aislada cada varios cientos de metros.

A nuestra derecha, una cerca blanca de madera delimitaba un amplio terreno con varios caballos. Los animales oscuros eran hermosos. Los observé pastar bajo el cálido sol de la tarde y no noté que Tony había reducido la velocidad hasta que, de pronto, nos detuvimos junto a una esquina de la cerca. Un sendero se alejaba de la carretera, bordeando el prado hasta llegar a una propiedad bonita y cuidada.

—Bájate. Desde aquí tenemos que ir caminando —me dijo Tony—. El camino está demasiado irregular para que vayas en el manubrio.

Salté de la bicicleta y lo miré con expresión interrogante.

—¿Conoces a la gente que vive aquí?

—Sí.

—¿Y vamos a visitarlos?

—A ellos no. A los caballos —Tony apoyó la bici contra la cerca blanca y empezó a caminar hacia la casa—. Dijiste que necesitabas un modelo en vivo. Así que… ta-da —canturreó la última palabra mientras abría los brazos, como si me estuviera presentando el potrero y los caballos que había en él.

—Nunca pensé que diría esto en serio, pero eres increíble, Anthony Mitchell —sentí el impulso de abrazarlo, pero me contuve y me adelanté dando saltitos, silbando con dos dedos para llamar la atención del caballo más cercano.

Era un magnífico semental negro, con una pata trasera blanca y una marca en la frente con forma de espada. Arranqué un puñado de pasto cerca de la cerca y se lo ofrecí para atraerlo. El caballo atrapó la hierba con los labios y luego me dio un empujón en el hombro que me hizo retroceder un par de pasos. De lejos no parecía tan alto.

—¿Quién vive aquí? —pregunté, alcanzando a Tony por el sendero y dejando atrás al caballo—. ¿Un amigo tuyo?

—No es un amigo. Es familia. Y la conoces.

—¿A ella? —fruncí el ceño—. ¿Cómo iba a conocer yo a algún pariente tuyo? —Pero entonces caí en la cuenta—. ¿La señora Jackson?

—Sí. Estas tierras son de mi tía —su voz sonó un poco tensa. Trepó una reja de hierro cerca de una bonita casa blanca, con techo gris oscuro y grandes ventanales que daban al potrero—. Cría caballos desde que tengo memoria.

A diferencia de Tony, yo no trepé, sino que me agaché para pasar entre dos barras metálicas paralelas al suelo.

—¿Seguro que no le molesta que venga contigo?

Tony esperó a que me incorporara.

—La llamé esta mañana. Está encantada de ayudarte con tu proyecto de AVE y le pareció una idea maravillosa. Con suerte, también me ayudará a sacar una A en su clase este año.

Eso me sorprendió. —¡Tus dibujos son brillantes! —me mordí la lengua y me corregí de inmediato, intentando sonar menos entusiasmada—. Bueno, son muy buenos, en realidad. No le queda más remedio que ponerte una A.

—¿Siendo mi profesora y mi tía? No tienes idea de lo dura que es conmigo. Es totalmente injusto. Como si tuviera que hacerlo todo tres veces mejor que los demás solo para sacar las mismas notas.

—Probablemente sabe que tienes talento y quiere sacártelo así. Me parece bastante inteligente de su parte.

Tony me lanzó una mirada severa mientras nos acercábamos a la casa blanca. —No dirías eso si fuera tu tía —dijo. Luego tocó el timbre y esperamos frente a la puerta marrón oscura a que nos abrieran.

La señora Jackson abrió apenas medio minuto después, y su sonrisa se ensanchó al vernos. Igual que había hecho con Jessie Hunter, Tony besó a su tía en la mejilla a modo de saludo. Era encantador verlo cuando se dignaba a mostrar sus buenos modales.

Luego la señora Jackson me estrechó la mano. —Samantha. Qué gusto tenerte por aquí. Tony me habló de tus dificultades para dibujar caballos. Estoy segura de que te resultará mucho más fácil con uno de ellos en el potrero como modelo.

Le agradecí la invitación y la oportunidad, y después seguí feliz a Tony a través del jardín hasta un rincón romántico detrás de la casa.

Un manzano cargado hasta los topes crecía en medio de una pradera, junto al cercado de los caballos. Varias frutas yacían en el suelo, aunque la mayoría todavía colgaba de las ramas. Me senté a la sombra del árbol, con la espalda apoyada en el tronco, respirando el aroma intenso de las hojas y la fruta. Tony me pasó la mochila con mis materiales de dibujo. Con el cuaderno apoyado sobre los muslos y el lápiz bien sujeto entre los dedos, estaba ansiosa por empezar. Solo había un problema.

—Los caballos están demasiado lejos.

Tony, que acababa de tumbarse en el pasto suave, parpadeó al mirarme. Sabía exactamente qué quería que hiciera. —Está bien —gruñó mientras se incorporaba y caminaba hacia la cerca. Con los dedos, lanzó un silbido tan fuerte que me sobresalté. Luego, igual que yo había hecho antes, arrancó un poco de pasto del suelo y lo agitó a la altura de los ojos del caballo más cercano, que había alzado la cabeza al oír la señal. El animal castaño se acercó, comió la hierba y después bajó la cabeza para ponerse a pastar junto a la cerca.

Tony se volvió hacia mí. —¿Contenta?

Le devolví una mirada apenada, negando con la cabeza. —¿El negro?

—¡Argh, Summers! ¿En serio?

Una sonrisa se me dibujó en los labios.

—Está bien —dijo poniendo los ojos en blanco mientras se alejaba arrastrando los pies. Un poco después regresó por el interior del cercado, guiando al magnífico semental con un cabestro azul oscuro que antes no llevaba. Tony claramente se movía como pez en el agua en esa propiedad… y con los caballos también.

—Estoy impresionada —admití cuando se sentó a mi lado.

Tony alzó las cejas al ver el papel todavía en blanco y se burló: —Deberías estar trabajando.

Satisfecha por fin, empecé a esbozar el cuerpo del caballo con trazos sencillos, levantando la vista una y otra vez hacia el modelo.

Cuando terminé la estructura ósea, fui añadiendo capa tras capa, dando forma al caballo hasta convertirlo en un animal en movimiento. Pero pronto surgió otro problema.

Tony debió de notar mi frustración cuando empecé a morder el lápiz en lugar de usarlo sobre el papel. —¿Qué pasa? —preguntó.

—El caballo no se mueve. No puedo terminar esto si se queda quieto como una roca —lo miré suplicante—. ¿Crees que podrías hacer que se mueva de alguna forma?

Se encogió de hombros y se puso de pie. —Puedo intentarlo — de camino al semental negro, tomó una manzana y la balanceó frente al hocico del animal. Cuando el caballo estiró el cuello para atraparla, Tony retiró la mano y caminó unos pasos hacia la izquierda. Se subió a la cerca de madera y se sentó a horcajadas en lo alto—. Ven aquí, caballito, caballito.

El semental ladeó las orejas, pero no se movió.

—No es un gato —le dije a Tony, frunciendo el ceño, incrédula.

Gruñó, bajó de la cerca y regresó junto al caballo, tentándolo otra vez con la fruta. —¿Quieres esta rica manzana? —con un movimiento brusco, la lanzó lejos, hacia el interior del potrero—. ¡Ve por ella!

Solté una risita. —¡Y desde luego no es un perro!

—¿Ah, sí, señorita Summers? Entonces dime, ¿cuál es tu plan para mejorar esta situación? —su voz rezumaba una dulzura empalagosa.

Me encogí de hombros. —No sé. ¿Caminarlo?

Tony suspiró, pensativo. —Estás loca, Summers —aun así, tomó el cabestro azul y se puso en marcha, llevándose al semental con él. Chico y caballo caminaron de un lado a otro varias veces mientras yo hacía ajustes en el dibujo.

—¡Más rápido! —grité.

Tony empezó a trotar, con el caballo avanzando a su lado.

Los dejé correr un par de minutos y luego lo intenté de nuevo. —¿Crees que puedes ir un poco más rápido?

—No, no creo que pueda, Sam —jadeó Tony, soltando al caballo y doblándose hacia adelante, con las manos apoyadas en las rodillas. Con el cabello empapado de sudor, alzó el rostro hacia mí.

Sus ojos azules brillaban bajo la luz intensa, las mejillas se le habían sonrojado y se mordía el labio inferior. Estaba guapísimo, igual que aquel día en que había ido a su casa a buscar sus apuntes.

Las comisuras de su boca se curvaron apenas, lo que me hizo devolverle una sonrisa tímida.

Y en ese instante comprendí, con una claridad abrumadora, que las chicas tenían razón. De verdad me estaba enamorando de ese chico.

Chapter 16

Samantha

Tony soltó al caballo. Mientras se acercaba a mí, metió la mano en el bolsillo, sacó el celular y marcó un número. —Hola… Samantha necesita un poco más de acción. ¿Podrías venir y hacer correr al caballo?… Ok. —Guardó el teléfono y sonrió—. El plan B está en marcha.

El plan B llegó de verdad tres minutos después, con una cuerda de doma y una fusta. Sonriente, la señora Jackson me preguntó qué caballo debía entrenar para mi dibujo. Le señalé al semental negro.

—Oh, sí, Jostle es el orgullo de mi criadero. Veamos si hoy tiene ganas de moverse. —Sujetó la cuerda al cabestro y lo alejó de la cerca, donde el semental se había estado rascando el cuello con evidente placer.

Después de darle unos minutos para acostumbrarse a la cuerda, la señora Jackson lo hizo trotar y luego galopar en un amplio círculo. Era precioso. El semental se movía con una gracia natural, y la fuerza bajo su pelaje liso y brillante se hacía evidente.

—No creo que Carrie pueda hacer correr al caballo todo el día, así que será mejor que empieces a dibujar —dijo Tony mientras se dejaba caer en el pasto a mi lado, rompiendo mi fascinación por los movimientos fluidos de Jostle.

Saqué una paleta del bolsillo y, mientras la chupaba, empecé a rematar el dibujo con rápidos trazos de lápiz. Tony observaba y, de vez en cuando, me daba buenos consejos. Tenía un ojo increíble para el detalle, sobre todo para la luz y la sombra, y me hacía corregir cualquier línea que estuviera fuera de lugar, aunque fuera apenas por un milímetro.

—Suena a que has dibujado muchos caballos en tu vida —murmuré, con el caramelo todavía en la boca.

—Algunos —respondió en voz baja—. Cuando era más joven, solía venir aquí a dibujar. A Carrie no le molestaba. Algunos de mis

dibujos todavía cuelgan en el interior de su casa.

—¿También te enseñó a ponerle el cabestro a un caballo?

—Sí. Quería darme clases de equitación también. —Puso los ojos en blanco—. La verdad es que los caballos no son lo mío.

Concentrándome ahora en la pata delantera izquierda y en el tamaño exacto del casco, entrecerré los ojos. —Las clases de equitación suenan geniales. Me habría encantado tener mi propio caballo.

—Carrie da clases para niños. Mi tío murió hace mucho tiempo. Ahora, cada verano recibe a un grupo de chicos para enseñarles a manejar caballos y también a dibujar, si les interesa.

—Guau. —Borré un trazo mal puesto, aparté el polvillo de la goma con el dorso de los dedos y soplé el dibujo para limpiarlo—. Es muy lindo de su parte.

El encogimiento de hombros de Tony me rozó el rabillo del ojo. Cruzó los brazos detrás de la cabeza y se apoyó contra el tronco del árbol, mirando hacia el sol. —La casa es lo bastante grande. Lisa y yo también nos quedábamos a dormir seguido. A ella le daba miedo montar, pero le encantaba cepillar a los caballos y trenzarles las crines.

No esperaba que mencionara a Lisa delante de mí, pero ya que lo había hecho, me pregunté si podía indagar un poco más en su relación con ella. —Susan dijo que sigues enamorado de Lisa. ¿Es verdad?

Incluso sin mirarlo, sentí cómo Tony se tensaba a mi lado. Levanté la cabeza y lo encontré mirándome sin expresión.

—Demasiado personal, Summers.

Claro. Me mordí el labio y volví a bajar la mirada al dibujo, pero su gesto de sorpresa seguía persiguiéndome. ¿Creía que yo no lo sabía? ¿O le molestaba que lo supiera? Y, de todos modos, qué pregunta tan estúpida. Como si no hubiera sabido que iba a cerrarse por completo.

Como si hubiera esperado que dijera que no…

Ilusiónate, Sam. No le interesas.

Tony estaba siendo amable conmigo ahora, y eso debería haber sido suficiente. Nunca habría nada más entre nosotros.

Porque, aunque sus pullas se hubieran transformado en un coqueteo juguetón, yo no era su tipo. Así de simple.

Reprimiendo un suspiro, mastiqué el palito liso de la paleta. No pasaba nada, me dije. No tenía por qué parecerle atractiva ni dulce ni nada por el estilo. Porque yo tampoco me enamoraría de él. Mentalmente, me encogí de hombros. Aún no era tarde para salir de esto. Bastaba con negarme a desarrollar sentimientos más fuertes por él.

Por suerte para mí, mi plan funcionó. Volví a centrar toda mi atención en el proyecto que tenía que terminar. Al cabo de un rato, Tony siguió contándome cosas sobre sus visitas a la casa de su tía. No me guardó rencor por haberme puesto demasiado personal.

—Justo ahí, en el bosque —asintió hacia mi izquierda—, hay un lugar donde solíamos pasar mucho tiempo. Cuando venía solo, a menudo iba ahí a dibujar el paisaje. Solo que lo transformaba en un bosque de hadas, con troles y duendes asomándose detrás de las rocas, o pequeños elfos sentados sobre ranúnculos. Podía ponerme muy creativo en ese sitio.

—Debe de ser un lugar increíble —lo miré de reojo—. ¿Te importaría mostrármelo cuando terminemos aquí?

Tony asintió. —Si el tiempo aguanta.

Al girar hacia el otro lado, vi las nubes oscuras a las que se refería. Se deslizaban hacia nosotros, prometiendo lluvia más tarde. Nada de qué preocuparme. Mi dibujo estaría listo en unos minutos.

Unos cuantos trazos más con el lápiz, siguiendo las indicaciones de Tony, y pronto tuve un dibujo precioso de un caballo corriendo por una pradera, dejando atrás rocas y arbustos. Era perfecto; el mejor que había hecho en muchísimo tiempo.

—Tengo material muy bueno en mi computadora sobre cómo dibujar un cuerpo desde la estructura ósea hasta la última capa de piel. Si quieres, luego te lo puedo mandar por correo —ofreció Tony mientras yo agregaba la fecha y mi firma al pie del dibujo.

—Claro. —Arranqué un pedacito de papel de mi cuaderno y anoté mi dirección de correo.

Tony arqueó una ceja, divertido, mientras la leía en voz alta—: sammy-punto-smrs. ¿En serio alguien te dice Sammy?

—Mi mamá. Y a veces mi tía también. —Guardé el dibujo en mi carpeta y la dejé caer sobre el pasto. Luego le dediqué una sonrisa provocadora—. ¿No crees que me queda?

Pasó un momento en silencio. Parecía debatirse entre soltar alguna tontería como: «Ese es nombre de golden retriever». Por suerte, se contuvo. —Diga lo que diga ahora, probablemente no me va a servir de nada.

Se me escapó una risita. —No, la verdad que no. —Al rato, un recuerdo de la mañana después del campamento volvió a mi mente y me pudo la curiosidad—: ¿por qué ayer me llamaste Bungee?

Tony inhaló hondo. Me miró directo a los ojos. ¿Otra vez me había pasado de la raya? Justo cuando ya había perdido la esperanza de obtener una respuesta, Tony abrió la boca, pero Caroline Jackson lo interrumpió, gritando—: Samantha, si ya terminaste tu dibujo, ¿te gustaría montar a Jostle? ¡Creo que le vendría bien un poco más de ejercicio!

Se me abrieron los ojos ante la propuesta. —¡Me encantaría!

—La brida está en el establo, el primer box a la derecha. Puedes ir con o sin montura, como prefieras.

¿Hablaba en serio? ¡¿Sin montura?! Me levanté del pasto, sacudiéndome el trasero, y luego le sonreí radiante a Tony. —¿Te parece bien si voy a montar un rato? Digo, no tenemos prisa por volver, ¿o sí?

—Para nada.

Sin decir nada más, corrí hacia los establos y encontré la brida de Jostle en una caja metálica junto a la gran puerta corrediza. Al girarme, llena de emoción, me encontré con Tony en la entrada. Tenía las manos hundidas en los bolsillos y se apoyaba con un hombro en el marco.

—¿Segura de que quieres hacer esto?

—¿Hacer qué? —pregunté.

—¿Montar a esa bestia?

—Sí. ¿Por qué no?

Era difícil saber si estaba intentando provocarme otra vez o si de verdad le preocupaba que me lastimara, pero entonces dejó

escapar una sonrisa ladeada. —Porque es enorme. Y tú eres tan… bueno… —su voz cambió a un tono burlón—. Eres diminuta.

Me reí, pero en un instante ya me había subido al cubo de paja prensada que había junto a él, me sujeté de las barras metálicas de la puerta y me incliné hacia su cara. —Mírame a los ojos y repite eso —lo desafié, con un gruñido.

Nuestras narices casi se rozaron. La sensación que me invadió entonces fue extraña. El corazón se me aceleró, el estómago parecía estar dando vueltas dentro de una lavadora y se me cortó la respiración. Conocía esa sensación. La había sentido justo antes de que me besaran por primera vez.

Tony soltó una risita, desarmando la tensión. —Chiquilla loca. —Extendió la mano hacia las riendas que yo sostenía y me bajó del cubo, llevándome de vuelta al corral, como si yo fuera su caballo y él mi amo.

Un poco decepcionada, lo seguí, pero esa sensación se me fue en cuanto Caroline Jackson le puso la brida a Jostle y Tony vino a ayudarme a subirme al lomo del caballo.

Me sostuvo del tobillo. —A la cuenta de tres —dijo, y contó rápido antes de impulsarme hacia arriba. Protegiéndose los ojos del sol con una mano, levantó la vista hacia mí—. ¿Se siente bien?

Asentí. Los hombros de Jostle me quedaban a la altura de la cabeza de Tony, pero no le tenía miedo a los caballos, ni a los pequeños ni a los grandes. Hacía años que no me subía a uno, pero montar era de esas cosas que no se olvidan.

La señora Jackson caminó conmigo un par de minutos, pero cuando vio que podía manejar a Jostle perfectamente sola, soltó la cuerda.

Tony volvió al manzano y yo presioné suavemente los flancos del semental con los talones para animarlo. El caballo resopló y avanzó con zancadas largas por el corral. Respondiendo de maravilla a la leve presión de mis piernas, Jostle me dejó guiarlo en un amplio círculo, luego en un ocho, y por último galopamos de un extremo al otro y de regreso.

Un par de veces miré hacia Tony. Había tomado mi cuaderno de dibujo y garabateaba distraído sobre él. No me importó. Mientras

estuviera entretenido, no tenía que sentirme culpable por divertirme mientras él me esperaba. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que pareciera aburrirse de dibujar y volviera a acercarse a la cerca. Se sentó arriba, apoyó los pies en el travesaño del medio y descansó los codos sobre los muslos.

Hice que Jostle bajara a un paso tranquilo y me dirigí hacia Tony. Al pasar junto a él, su cabeza se giró y nuestras miradas se encontraron.

—¿Te estás aburriendo? —le pregunté después de otra vuelta, cuando Caroline ya había regresado a la casa.

—Un poco —admitió—. Pero tú pareces estar pasándola de maravilla.

Sonriéndole por encima del hombro, cuando ya me alejaba unos diez metros, dije más fuerte—: Al menos es el mejor rato desde que volví a Grover Beach. —Le di un leve toque con los talones al semental y lo hice correr una vez más por el pastizal; luego lo frené frente a Tony y me preparé para bajar.

Me incliné hacia adelante y pasé la pierna por encima del lomo de Jostle. Cuando me deslicé hacia abajo, unas manos fuertes me sujetaron por ambos lados de la cintura y me arrancaron un jadeo de sorpresa. Tony me dejó en el suelo con cuidado.

Me volví hacia él, con las comisuras de los labios alzándose. —Crees que soy demasiado pequeña para arreglármelas sola, ¿verdad?

Estaba preparada para una respuesta burlona, pero no para su mirada suave e intensa. —No. Solo pensé que tal vez te molestaría otra vez la pierna si saltabas.

Ah. No había pensado en eso. —Gracias —dije, en voz más baja que antes.

A lo lejos escuchamos el primer retumbo de trueno. Todavía estaba a kilómetros, pero me recordó el bosque de cuento de hadas que él quería enseñarme. —¿Crees que nos dé tiempo de ir al bosque y volver a casa antes de que empiece a llover?

—Puede ser. Si seguimos el sendero a través del bosque, vamos a volver al pueblo por otro lado. La distancia es la misma, así que da igual por dónde vayamos.

Sujetando la rienda de Jostle detrás de la espalda, me balanceé sobre los talones con una sonrisa enorme. —Suena a un buen plan.

Después de quitarle la brida al semental y mandarlo de vuelta con sus compañeros, encontramos a Caroline adentro y nos despedimos. Cuando me estrechó la mano, le di las gracias por darme la oportunidad de volver a montar. Me invitó a regresar con Tony cuando quisiera, pero dudaba que eso fuera a pasar.

Mientras Tony iba por su bici, yo recogí mi mochila de debajo del manzano. Luego caminamos hacia el bosque que había detrás de la propiedad de la señora Jackson. El cielo se oscurecía a cada minuto, pero yo no pensaba quedarme mucho más. Solo quería ver qué era lo que inspiraba a ese chico.

A medio kilómetro dentro del bosque, Tony apoyó su bicicleta de montaña contra un castaño. —Vamos a subir por ahí —señaló hacia una pared de roca más adelante—. Si no traes dinero en esa mochila, te sugiero que la dejes aquí.

Saqué el celular y me lo guardé en el bolsillo; luego acomodé la mochila detrás de la llanta delantera de su bici y lo seguí entre los arbustos hacia la pared de roca. Aunque era empinada y tenía al menos seis metros de altura, Tony no dudó en treparla. Había grietas angostas aquí y allá, y raíces que salían de las fisuras de la roca y servían para agarrarse y tener mejor apoyo.

La parte de abajo era, claramente, la más fácil, y antes de seguir, Tony me esperó en una pequeña plataforma cubierta de musgo y pasto. Se inclinó hacia mí y yo le tomé la mano para que pudiera ayudarme a subir.

Con el impulso del tirón, choqué contra él y quedé apoyada en su pecho. Me sostuvo con suavidad por la parte superior de los brazos. Sus pectorales se tensaron bajo mis palmas y él inclinó el rostro hacia mí. Me quedé atrapada en esos ojos azules que resaltaban contra la pared gris de roca a su espalda. La misma sensación de mariposas que había sentido en el establo volvió con tanta fuerza que fue como si el suelo se me estuviera yendo bajo los pies.

Pero esta vez había algo distinto. Tony no apagó el fuego que encendía en mí; parecía decidido a avivarlo con un solo susurro.

—Cuidado.

¿Cuidado con qué? ¿Con resbalarme… o con acercarme demasiado y jugar con fuego?

El trueno que retumbaba a lo lejos pareció acercarse, pero a ninguno de los dos le importó. El corazón me golpeaba contra las costillas, totalmente fuera de control. Tanto por negarme a caer por este tipo.

Me mordí el labio inferior y luego lo solté, respirando un poco más agitada. Ay, maldita sea. ¿Podría acercarse ese último centímetro y besarme, por favor? Me dolía de ganas.

Tony parpadeó. Una vez. Dos. Luego cerró los ojos y se le escapó un suspiro profundo.

No, no iba a besarme. Ni ahora ni nunca…

Chapter 17

Tony

Ella estaba en plan *«¡Bésame! ¡Bésame, Tony!»*. Sinceramente, no tenía ni idea de qué fue lo que me detuvo. Solo sabía que respiré hondo, apreté los dientes y luego solté a Sam y di un pequeño paso atrás. Hasta donde me lo permitió la pared de roca maciza a mi espalda.

Se le abrió la boca y sus ojos castaños oscuros se agrandaron, igual que los del semental que había estado montando antes. Las aletas de la nariz se le ensancharon apenas.

Joder. La había herido.

Otra vez, apuntó una voz gruñona dentro de mi cabeza. Sí, en eso yo era un experto. Lo que me sorprendía era que, después de toda la mierda que había pasado entre nosotros desde el día en que llegó, todavía me dejara besarla. Cualquiera pensaría que me empujaría por el precipicio a la primera oportunidad.

Pero, por alguna razón que no lograba explicarme, no lo hizo. La chica simplemente se quedó frente a mí, con los hombros caídos y una expresión que me tironeó del corazón. Au.

Lo bueno era que, a esas alturas, ya sabía lo fácil que era distraer a Sam, y aproveché la oportunidad. —Date la vuelta —le dije lo más suavemente posible, sin dejar que mi frustración por mi propia vacilación se filtrara en la voz.

Frunció el ceño. —¿Mmm?

Asentí hacia el paisaje a su espalda sin romper el contacto visual, y esta vez miró con cautela por encima del hombro. Luego se dio la vuelta y soltó un jadeo.

Misión cumplida. Samantha Summers quedó absorbida por la belleza del paisaje que tenía delante y se olvidó por completo de mí. ¿Por qué demonios eso me hacía doler tanto las ganas de volver a abrazarla?

Apoyé la espalda contra la pared, me pasé las manos por el pelo y lancé una mirada de puro fastidio al cielo. Esto no podía estar pasando. Me sentía atraído por Sam Summers. Otra Summers, de entre todas las chicas del pueblo. Una locura. Mierda, ¿qué demonios me pasaba con las mujeres de su familia que no lograba mantenerme alejado de ellas?

Sam se giró a medias hacia mí… y sonrió.

¡Trampa!, quise gritarle.

—Esto es simplemente precioso —susurró.

Apreté los labios, forzando una sonrisa tensa, y alcé las cejas con rapidez.

Sam volvió a contemplar la maraña de árboles, arbustos, flores, raíces y musgo. —Parece una página arrancada de un libro de cuentos. Qué lugar tan encantador. —Estaba tan absorta en la vista que no notó las primeras gotas de lluvia cayéndole sobre la cabeza. Solo cuando el chaparrón arreció de golpe alzó la vista al cielo y se secó la cara—. Supongo que perdimos la oportunidad de volver a casa secos.

Diez segundos después, el cielo abrió sus compuertas y nos cayó encima un aguacero. Sam encogió la cabeza y chilló y se rio al mismo tiempo. Era la única chica que conocía capaz de hacer eso y seguir sonando adorable. Con una mueca irónica, me miró con expresión interrogante. —¿Y ahora qué hacemos?

Le agarré el brazo y la atraje hacia mí, luego señalé una grieta alta en la pared de roca, a unos metros por encima de nosotros. —Sube ahí y escóndete en la cueva —le dije lo bastante fuerte para que me oyera por encima del golpeteo de la lluvia.

Ayudándola a subir los dos primeros escalones, la hice avanzar. Pero cuando la solté y salté del saliente, se detuvo, miró hacia abajo y gritó: —¿A dónde vas?

—¡A buscar tu mochila! —Con la lluvia cayendo así, su dibujo se arruinaría en cuestión de minutos.

Pequeños arroyuelos empezaron a formarse a ambos lados del sendero. Casi resbalé en el suelo reblandecido. Para cuando llegué al árbol donde había dejado mi bici y Sam su bolso, la camiseta se me pegaba al cuerpo como una segunda piel fea y empapada. Me

colgué la mochila rojo oscuro a los hombros y regresé a toda prisa a la pared de roca, trepando hasta la cueva donde Sam me esperaba.

El escondite era una grieta estrecha en la superficie, apenas lo suficientemente ancha para dos personas. Para llegar, tuve que subir unos peldaños más y luego saltar hasta la repisa donde estaba Sam. Ella se había hecho hacia atrás todo lo que pudo, de pie sobre una roca pequeña. Llegué hasta ella, un poco sin aliento, y amortigüé el impacto apoyando las palmas a ambos lados de su cabeza. Ella soltó un jadeo cuando me detuve a apenas unos centímetros de su rostro.

El agua me goteaba del pelo y caía sobre su dulce naricita respingada. Una gota provocadora pedía a gritos que la besaran. Dios… ¿por qué esta chica me tentaba tanto? No era Lisa, intenté razonar conmigo mismo, sino la prima de la chica que iba a arruinarme los últimos años de la prepa con una mentira. No podía confiar en Sam. No quería.

Pero quería besar esos labios sensuales frente a mí. Jodidamente.

Consciente de que no me había movido en el último medio minuto, solo clavándole la mirada a los enormes ojos marrones de Sam, bajé un poco la barbilla. Lo justo para que la punta de mi nariz rozara esa gota de lluvia y se la quitara de la suya.

La respiración de Sam se aceleró. Tan cerca de su cara, podía sentirla cálida y suave sobre mi piel helada. Sus manos tocaron mi pecho, inseguras y livianas.

—No deberías hacer esto —dijo con la voz temblorosa, apenas un susurro.

¿Que no debía besarla? —¿Por qué no? —Me incliné un poco más, y soné más suave de lo que creí posible. Deslicé la punta de mi nariz por el pómulo de Sam y cerré los ojos, inhalando el aroma frutal de su cabello.

Sus labios rozaron mi mejilla y me encendieron un escalofrío por la espalda cuando respondió:

—Porque en realidad no lo quieres.

Hace dos minutos quizá habría estado de acuerdo. Pero ahora mismo no podía imaginar nada que quisiera más que besarla. Solo

una mordidita rápida de ese delicioso labio inferior. Luego me apartaría. Y todo estaría bien.

—¿Tú sí lo quieres? —murmuré, y dejé un beso tierno en el punto suave detrás de su oreja.

Sam se quedó quieta; luego suspiró, metiendo los dedos debajo de las correas de su mochila.

—Eso no importa.

—Para mí sí.

—No logro entender qué está pasando dentro de tu cabeza.

—No tienes por qué entenderlo.

—¿Ves? Ese es el problema —se quejó, casi haciendo un puchero—. Me estás confundiendo. Todo lo que dices parece pelearse con todo lo que haces. Esto de verdad es una mala idea.

A pesar de sus palabras, se inclinó hacia mí y pegó su mejilla a la mía. Dios, ¿quién era el hipócrita ahora?

Su piel se sentía aterciopelada, tentándome a morder un caminito a lo largo de su mandíbula.

—Hablas como si nunca hubieras hecho nada estúpido en tu vida —le susurré al oído.

—No así. Creo que cambiaría demasiado… para mí.

Con las palmas todavía firmes contra la roca detrás de ella, apoyé mi frente en la suya y la miré a los ojos.

—Piensas demasiado, Bungee.

Y con eso, ya no quise hablar más. Incliné la cabeza y rocé mis labios con los suyos.

Atrapé su labio inferior entre mis dientes y lo succioné con suavidad. Pasé la lengua por encima y todavía pude saborear la paleta de cereza, perdiéndome en su gemido bajito.

Solo un besito. No iba a cambiar nada. Mañana seguiríamos siendo amigos. Nada más. Nada. Iba. A. Cambiar.

Tomé sus manos entre las mías y se las aparté del pecho, entrelazando mis dedos con los suyos. Sentir sus manos suaves me hizo plenamente consciente de lo frágil y pequeña que era en realidad. Una chica que necesitaba que la protegieran… de idiotas como yo.

¿Qué mierda estaba haciendo? Yo no quería una novia. Y menos a la prima de Chloe.

Sam sabía increíble, pero tenía que parar ya, o en un segundo no iba a poder hacerlo. Justo cuando abrió la boca ante mi suave exigencia y las puntas de nuestras lenguas se rozaron, me aparté, luchando por recuperar el aliento.

Esto. Estaba. Tan. Mal.

Chapter 18

Samantha

Mi cuerpo ardía con un cosquilleo que el beso de Tony había encendido justo en la base del vientre. Y entonces se acabó. Así, sin previo aviso, se apartó. En sus ojos se reflejó una sorpresa absoluta, como si de pronto hubiera vuelto en sí. El corazón se me hundió y siguió cayendo hasta quedar tan bajo que casi podría haberlo pisoteado. O Anthony Mitchell podría hacerlo, porque eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Ahí lo tienes, Sam. ¿Contenta ahora?

Tony soltó mis manos y se pasó los dedos por el cabello mojado, girándose hacia el bosque y luego de vuelta hacia mí. —Ah, Sam… escucha—

—No —lo interrumpí, casi en pánico—. Solo… no… digas nada. No quería oír disculpas ni excusas por un momento que había sido tan hermoso. Y no era solo culpa suya. Yo debería haberlo sabido. Al final del día, a quien quería era a Lisa, no a mí.

Respiré hondo e intenté apartar el dolor antes de que me desbordara. Luego me encogí de hombros e incluso esbocé una sonrisa. —Nos besamos. No tiene por qué volver a pasar. Está bien.

Tony vaciló. No mostró ni rastro de la despreocupación forzada que yo fingía, pero al final asintió.

Bajé de la roca, abandonando esa zona de comodidad a la altura de los ojos de Tony, y avancé hacia la lluvia, que en los últimos minutos se había convertido en una llovizna. Mientras descendía por la pared de roca, levanté la vista hacia él con cuidado de no resbalar. —Solo no vuelvas a comportarte como un imbécil —le advertí, con un dejo de amenaza en la voz.

Una sonrisa ladeada le cruzó el rostro. Por fin. —¿Puedo llamarte Tiny?

Reprimí el impulso de hacerle una seña obscena y, en su lugar, le saqué la lengua. —¡Si quieres que te dé una patada en las

espinillas, adelante!

Mis pies tocaron el suelo y Tony estuvo abajo dos segundos después. Caminamos hasta su bicicleta, pero en vez de montarse, miró a ambos lados del sendero con gesto pensativo. —¿Tienes frío? —me preguntó—. Si quieres, podemos volver a casa de Carrie y esperar a que pare la lluvia.

Me encogí de hombros. —Sí, un poco. Pero prefiero irme a casa ya.

Tras asentir con brusquedad, Tony empujó su bicicleta de montaña en la dirección contraria a la que habíamos tomado antes y, cuando salimos del bosque y volvimos a una calle pavimentada, me hizo sentarme en el manubrio como la vez anterior. Con el viento y la lluvia azotándome la cara y los brazos desnudos, me estaba congelando. Pero el frío también me adormecía la mente, y agradecí no poder pensar en lo que había pasado en el bosque. Más tarde, cuando estuviera sola en mi cuarto, ya habría tiempo de sobra.

Tony me ayudó a bajar frente a la casa de mi tía y me entregó la mochila, pero antes de que pudiera entrar, me tomó de la mano y me detuvo. Sorprendida, me giré hacia él.

Por un instante, Tony parecía extrañamente abatido. Luego se aclaró la garganta y apretó un poco más su agarre en mi muñeca, como si temiera que yo me soltara y saliera corriendo.

—Mira, sé que dijiste que está bien, pero yo… —Hizo una pausa y respiró hondo—. Lo siento. Eres una chica agradable. Y me gusta pasar tiempo contigo.

Mantuve el rostro inexpresivo. —Pero…

La respuesta tardó en llegar. —Pero ahora mismo no estoy para tener novia.

—Sí, ya me di cuenta —para él, era Lisa o nadie—. Y te dije que está bien. No estoy buscando novio. O eso me repetiría a mí misma el resto del día. Y, con suerte, al final hasta lo creería.

Con una sonrisita tensa, retiré mi mano de la suya. —¿Nos vemos mañana a la hora del almuerzo?

—Claro. —Apartó la mirada.

Me di la vuelta y entré apresurada, lejos de la lluvia y del chico que me había roto el corazón esa tarde. En cuanto la puerta se cerró

de golpe detrás de mí, me dejé caer contra ella y unas lágrimas espesas y desordenadas me rodaron por las mejillas.

—¿Sam, eres tú? —gritó mi tía desde la cocina unos segundos antes de aparecer en la puerta.

Ya era demasiado tarde para secarme las lágrimas. Pam se acercó a toda prisa y me sostuvo el rostro entre sus manos cálidas. —Cariño, ¿qué pasó? Estás empapada… ¿y por qué lloras?

—Nos agarró la lluvia —logré decir, con la voz quebrada, y luego me hundí en el abrazo protector de mi tía, sollozando contra su hombro—. Y me besó.

—¿Quién? ¿Tony?

Asintiendo, levanté la vista. Y, por supuesto, Chloe estaba de pie detrás de Pamela, con el rostro descompuesto de horror. No se quedó el tiempo suficiente para oír el final de la historia; se dio media vuelta y salió corriendo escaleras arriba. Un instante después, el estruendo de una puerta azotada resonó por toda la casa.

Pam miró por encima del hombro, sin enterarse de lo que acababa de pasar. Luego me apretó con más fuerza contra su pecho y me acarició el cabello. —Si te besó, ¿por qué te sientes tan mal?

—Porque no quería hacerlo —le dije, sincera—. No sé por qué lo hizo. Pero dijo que no quiere que yo sea su novia. Sigue enamorado de una amiga mía. Lo ha estado toda su vida.

—Oh, Sammy. Si te besó, algo debe sentir por ti. Tal vez solo necesite un poco más de tiempo para entender qué es lo que realmente quiere. —Me apartó el flequillo de la cara y me miró con ternura—. ¿Quién es la otra chica?

—Lisa Matthews. Está con el hijo de Jessie Hunter.

El entendimiento le brilló en los ojos. Pam me dio un beso suave en la frente. —Ten paciencia. Se va a dar cuenta de que tú eres todo lo que ella es. Y más.

La abracé con fuerza, agradecida de que estuviera ahí justo cuando la necesitaba. Sus palabras de consuelo significaron mucho para mí. Y, de hecho, me devolvieron un poco de esperanza. Porque, aunque una relación no estuviera en sus planes, Tony no me habría besado si no sintiera nada por mí.

Sumergirme en un baño largo y caliente me ayudó a sacudirme la porquería que llevaba encima. Cuando salí del baño una hora después, me sentía liviana y, de forma extraña, segura. Pero, sobre todo, estaba cómoda y calientita con mis pants y un polar gris oscuro.

Me dejé caer en la cama con el celular en la mano y le escribí un mensaje a Susan. Ya era hora de contarle a alguien lo rarísima que había sido esa tarde. Apenas lo envié, mi mirada se me fue a la mochila, completamente olvidada junto a la puerta.

Me la llevé a la cama y saqué la carpeta para revisar mi último trabajo. Seguía pareciéndome perfecto. Cuando la guardé de nuevo, encontré otro dibujo adentro. Y ese, curiosamente, no lo había hecho yo… era de mí.

Se me cayó la mandíbula. Tenía entre las manos un retrato mío sobre Jostle, galopando por el picadero. Estaba hecho con líneas suaves, casi como un boceto, pero los rasgos eran precisos; mi cabello y la crin del semental se levantaban con el viento, y Tony incluso había captado mi risa. Su firma en la esquina inferior derecha me sacó una sonrisa.

Estaba aburrido.
T.

El silbidito del celular me avisó que Susan había leído mi mensaje y ya había contestado. Por supuesto, exigía a gritos los detalles del beso. La llamaría en un minuto, pero antes tenía que hacer otra cosa. El dibujo de Tony me recordó que me había dicho que quería mandarme algo por correo electrónico. Preguntándome si ya habría un mail esperándome, prendí la laptop y abrí la bandeja de entrada.

Había algunos correos basura, luego uno de mi mamá con fotos del cumpleaños de nuestro vecino, y dos de amigos de Finlandia con los que todavía me escribía de vez en cuando. Pero ninguno de Tony. Se me hundió un poco el corazón, aunque me negué a dejar que eso arruinara la alegría que me había dado su dibujo.

Marqué el número de Susan, luego sostuve el celular entre la oreja y el hombro y respondí a mis amigos mientras esperaba a que contestara.

—¡Oye! ¿Qué onda? —chilló en mi oído. Sobresaltada, dejé caer el celular sobre la cama.

—Muchas cosas. Y luego nada —dije cuando volví a ponérmelo.

—¿Cómo que nada? Pasaste la tarde con Tony. A solas, por el amor de Dios. Cuéntame. Todo.

Suspiré y puse los ojos en blanco, pero también me reí. —Vino, me encontró practicando en el gimnasio de mi tío y me obligó a ir a casa de su tía. Ella tiene caballos, y yo necesitaba un modelo vivo para mi proyecto de AVE.

—Guau. ¿Así como así entró a tu casa? ¿Chloe lo vio?

Terminé el primer correo y lo envié. —Sí. No le gustó nada. Pero, la verdad, me da igual. Es su problema, no el mío.

—¿Y qué pasó después? —Por el tono emocionado supe que se moría por llegar a la parte en la que Tony me besaba.

—Me hizo sentarme en su bici y fuimos hasta la casa de su tía.

—¿Y funcionó?

—Sí. Fue aterrador como el demonio, pero llegamos bien. Hice el dibujo que necesitaba y después pude montar a un semental precioso.

—¿Tony? —bromeó.

—Ja. Ja. —Envié el segundo correo y cerré la laptop, por fin dándole toda mi atención a Susan—. Pero ¿sabes qué? Me dibujó mientras yo estaba en el caballo. Yo ni me enteré. Lo acabo de encontrar en mi carpeta.

Hubo una pausa atónita del otro lado y luego Susan suspiró, soñadora, en el teléfono. —Ay, esto es tan romántico… Lisa tenía razón. De verdad le gustas.

—Eso pensé cuando me besó en el bosque —confesé—. Pero cortó el beso antes de que se pusiera más intenso, diciendo que no quería ese rollo de novio y novia.

—Rayos.

—Sí. Así que ya estuvo. No va a volver a pasar.

—Qué pena… —Se le coló una sonrisa en la voz—. Pero ¿te gustó? ¿Qué tal fue? ¿Besa bien?

—Fue… —Increíble. Maravilloso. Impresionante. Dulce y brutalmente caliente—. …lindo.

—Oh. —Era imposible no notar su decepción.

En ese momento, mi laptop hizo un ding bajito. La abrí de nuevo y vi un correo nuevo en mi bandeja de entrada. De Tony. El corazón me dio un brinco salvaje en el pecho.

—Oye, Susan —dije, intentando disimular la emoción—. ¿Te puedo llamar después? Me está… entrando otra llamada.

—Claro.

Colgué y aventé el celular sobre la almohada. Así Susan tendría tiempo de llamar a Simone y a Lisa y esparcir la noticia.

Luchando por controlar mi respiración acelerada, abrí el mensaje de Tony.

De: Anthony J. Mitchell
Para: Samantha Summers
Fecha: dom, 11 nov 2013 20:59
Asunto: material útil
1 archivo adjunto (1.65 MB)

Hola, Sam:
Aquí está el material sobre cómo dibujar cuerpos.
Espero que no te hayas resfriado con la lluvia.
T.

Aunque su mensaje era corto, no se me escapó que había añadido una línea personal. Eso bastó para mantenerme el corazón latiéndome a toda velocidad.

El archivo adjunto contenía descripciones detalladas, con imágenes de ejemplo para cada paso. Me deslicé por ellas y ya me moría por poner esa información en práctica en mi próximo proyecto. Lo guardé junto con mis archivos personales y luego me dispuse a responderle.

De: Samantha Summers
Para: Anthony J. Mitchell
Fecha: dom, 11 nov 2013 21:13
Asunto: no me resfrié

Gracias por el archivo. Y por guardar el/los dibujo(s) de hoy.
Sam

De: Anthony J. Mitchell
Para: Samantha Summers
Fecha: dom, 11 nov 2013 21:14
Asunto: De nada

De nada.

Decir que no me había esperado una respuesta más larga sería mentir. Pero ¿qué era lo que realmente esperaba? ¿Una carta romántica con cientos de explicaciones sobre por qué aquella tarde se había salido de control? Bueno… una chica puede soñar, ¿no?

Puse música y leí con calma las instrucciones del archivo de Tony, lo cual me mantuvo enganchada por más de una hora. Al final, me estiré con un bostezo enorme y cerré todas las ventanas que tenía abiertas en la laptop. La última era mi bandeja de entrada, y me sorprendió ver que había otro correo de Tony. Lo había enviado hacía veinte minutos, pero con la música no había escuchado el ding.

De: Anthony J. Mitchell
Para: Samantha Summers
Fecha: dom, 11 nov 2013 22:02
Asunto: Estoy seguro de que hasta el caballo tenía uno…
1 archivo adjunto (1.05 MB)

Pensé que quizá también te gustaría tener esto. Es lo que yo usé cuando empecé a dibujar rostros.

De verdad tienes que superar tu obsesión con los hoyuelos, Bungee. ;-)
T.

¿Qué estaba jugando? ¿Me estaba insinuando que dejara de obsesionarme con sus hoyuelos porque no había ninguna posibilidad para nosotros? Esta vez ni siquiera abrí el adjunto y, de inmediato, le escribí una respuesta. Con un poco de suerte, todavía estaba en la computadora y recibiría otro correo esa misma noche.

_____

De: Samantha Summers
Para: Anthony J. Mitchell
Fecha: dom, 11 nov 2013 22:26
Asunto: No. No lo fue.

No es una obsesión, es solo una preferencia. :P
Igual que algunos chicos prefieren a las chicas altas en vez de las bajitas.
¿Por qué sigues llamándome Bungee?

_____

De: Anthony J. Mitchell
Para: Samantha Summers
Fecha: dom, 11 nov 2013 22:29
Asunto: Porque no me dejan llamarte Tiny

Prefiero que estés parada sobre una roca cuando te beso.
ENVIADO DESDE MI iPHONE

El corazón se me subió a la garganta cuando leí su mensaje una y otra vez. Era tan… íntimo. Mordiéndome el labio inferior, sonreí para mí misma. Jamás me habría atrevido a creer que se le ocurriría algo así de personal. Sobre todo cuando siempre se echaba para atrás en cuanto las cosas se volvían… personales.

_____

De: Samantha Summers

Para: Anthony J. Mitchell
Fecha: dom, 11 nov 2013 22:40
Asunto: ¿Ya te fuiste a dormir? ¿Ahora estás con el iPhone?

No respondiste mi pregunta.
Y pude notar que te gustó tenerme a la altura de tus ojos. Tanto que me mordiste el labio.

_____

De: Anthony J. Mitchell
Para: Samantha Summers
Fecha: dom, 11 nov 2013 22:44
Asunto: Jugando videojuegos con Frederickson

Sí respondí. Mira el asunto del último correo.
Y no te mordí el labio. Te di un mordisquito. Un poquito.
Sabes rico.

ENVIADO DESDE MI iPHONE

_____

De: Samantha Summers
Para: Anthony J. Mitchell
Fecha: dom, 11 nov 2013 22:47
Asunto: ¿¿ÉL PUEDE VER LO QUE ESTÁS ESCRIBIENDO??

¿Por qué estamos hablando de besarnos ahora?
Esa no fue una respuesta de verdad. Esquivaste la pregunta.

_____

De: Anthony J. Mitchell
Para: Samantha Summers
Fecha: dom, 11 nov 2013 22:51
Asunto: Desactiva las mayúsculas

No, no puede ver lo que estoy escribiendo. Obvio.
Estamos hablando de besarnos porque Frederickson me hizo hablar del tema. Al parecer, se enteró por Hunter, que

se enteró por Liz.
¿Le contaste a Susan?

ENVIADO DESDE MI iPHONE

Mierda. No me había dado cuenta de que la noticia iba a correr tan rápido. Pero bueno, nunca dijimos que fuera un secreto. ¿Era un problema? Podría convertirse en uno en la escuela. Tal vez no le gustaba que Lisa supiera que me había besado. Si todavía estaba intentando recuperar una oportunidad con ella y quitársela a Ryan, esto podía hundirlo. Aunque, por otro lado, su correo no sonaba enojado… exactamente. Tal vez no estaba en problemas.

_____
De: Samantha Summers
Para: Anthony J. Mitchell
Fecha: dom, 11 nov 2013 23:01
Asunto: Sí. ¿Es un problema?

Si lo es… perdón. Pero eso es lo que hacen las chicas. Se cuentan entre ellas la mierda de su vida.
Dile a Nick que le mando saludos.

_____
De: Anthony J. Mitchell
Para: Samantha Summers
Fecha: dom, 11 nov 2013 23:03
Asunto: Para mí no

¿MIERDA? ¿DE TU VIDA? ¿Te refieres a que yo te besé??
Nick ya se fue. Quería darnos algo de privacidad.

ENVIADO DESDE MI iPHONE

_____
De: Samantha Summers
Para: Anthony J. Mitchell
Fecha: dom, 11 nov 2013 23:04
Asunto: Re: Desactiva las mayúsculas

¿Necesitamos privacidad?

_____

De: Anthony J. Mitchell
Para: Samantha Summers
Fecha: dom, 11 nov 2013 23:08
Asunto: Mañana hay escuela

No creo que la necesitemos, pero igual está bien tenerla.
¿No crees que las chicas pequeñas (□ nota que dije pequeñas y no tiny) como tú deberían estar en la cama a esta hora de la noche, Bungee?

ENVIADO DESDE MI iPHONE

_____

De: Samantha Summers
Para: Anthony J. Mitchell
Fecha: dom, 11 nov 2013 23:10
Asunto: Es tu culpa

No voy a poder dormir hasta que me digas por qué me llamas así.

_____

De: Anthony J. Mitchell
Para: Samantha Summers
Fecha: dom, 11 nov 2013 23:16
Asunto: nos vemos en el almuerzo

Está bien. Pero solo porque no quiero ser el motivo de que no puedas dormir.

Es solo un apodo que se me ocurrió el otro día cuando estaba hablando con Hunter. Tú y las chicas estaban practicando mientras nosotros jugábamos fútbol. Te vi estirándote contra un árbol.
Eres flexible como una maldita liga…

Ahora duerme rico, Sammy. ;-)

Aquí tienes una canción de cuna.
youtube.com/watch?v=HI0x0KYChq4

ENVIADO DESDE MI iPHONE

Me tomó un par de segundos asimilarlo y, después, el corazón me dio un salto. Me había visto en el entrenamiento de porristas. Había hablado con Ryan sobre mí. Y me había puesto un apodo. Todo mientras se suponía que todavía me odiaba. ¿Qué significaba eso?

Hice clic en el enlace y no pude creer lo que apareció en YouTube. Blancanieves y los siete enanitos. "Heigh-Ho". Riéndome en voz alta, apagué la laptop y me fui a dormir.

Chapter 19

Samantha

Cuando desperté el lunes por la mañana, tuve la sensación de no haber dormido nada. Había revivido el beso una y otra vez en mi cabeza, tratando de recordar hasta el más mínimo detalle: a qué olía, cómo se sentían sus manos cuando se entrelazaron con las mías, cómo su pelo mojado había goteado sobre mi cara. Apenas una semana antes me habría parecido imposible llegar siquiera a suspirar por Anthony Mitchell. Demasiado absurdo.

Me pellizqué las mejillas pálidas para devolverles algo de color, me puse mis jeans holgados y las botas, y salí rumbo a la escuela. Susan y Lisa me interceptaron en la entrada, y un par de segundos después se nos unió Allie.

—¿Están esperando a alguien? —pregunté con la mayor inocencia que pude fingir.

Susan me agarró del brazo y me arrastró con ella. —No me devolviste la llamada anoche. Me estaba muriendo por escuchar más.

—Sí, y mientras tanto tú se lo contaste a Lisa, Lisa se lo contó a Ryan, y a mí me cayó la bronca de Tony porque Nick anduvo pescando información.

—¿Te llamó? —exigió saber.

—Correos.

Lisa frunció los labios—. ¿Está enojado porque se lo contaste?

—No, en realidad no le importa. Pero creo que no le gusta mucho hablar del tema. —Suspiré al detenerme frente a mi clase de ciencias—. En fin, no es para tanto. Parece que ahora somos amigos. Eso es todo. Así que ¿podrían no interrogarlo ni comentarlo con sus chicos?

Aunque claramente no se creyeron lo de "no es para tanto", las chicas sí entendieron lo demás y prometieron mantenerlo entre nosotras.

Un momento después, Nick Frederickson dobló la esquina y, cuando me vio, sus labios se estiraron en una sonrisa amplia y espectacular. Me agarró de la manga de la camiseta y me arrastró hacia el salón, ignorando que estaba en medio de una conversación importante con mis amigas. —Vamos, Sammy.

Gemí y lo seguí, despidiéndome de las otras con la mano.

—¿Qué te dijo Tony? —murmuré cuando nos sentamos al fondo del aula. No lograba mirarlo a los ojos. ¿Por qué de repente me sentía tan avergonzada?

—Nada, en realidad. Solo que estuvo escribiéndote anoche. —Hizo una pausa, y enseguida le oí una sonrisa colarse en la voz—. Y que le gustó besarte.

Eso hizo que levantara la mirada. —¿Dijo eso?

Nick apretó los labios y asintió. —¿A ti te gustó?

Encogiéndome de hombros, respondí—. Estuvo bien. Pero definitivamente fue algo de una sola vez. Él no es mi tipo.

—¿Ah, sí? —Nick inclinó la cabeza, dejándome en evidencia—. Tony dijo algo distinto.

De pronto me sentí muy incómoda. —¿Y qué dijo Tony?

—Cree que te estás enamorando de él.

Tragué saliva, con las mejillas ardiéndome desde dentro. —¿Perdón?

—Eso fue lo que dijo. Al parecer, pasaste todo el día esperando que te besara. ¿Fue así, Sam?

Odié la forma en que se burlaba de mí, con ese brillo travieso en los ojos, y apreté los dientes. —¡No, no fue así! —Solo durante una hora—. En fin —murmuré, concentrándome en el bolígrafo con el que había empezado a juguetear—. Él fue quien me besó, no al revés. No tenía por qué hacerlo si le costaba tanto.

—Nadie dijo que le costara. Pero cree que ahora te está lastimando, porque no quiere una relación.

¿Por qué demonios Tony le había contado todo eso a Nick? Ni siquiera podía estar seguro de cómo me sentía yo por él. Aunque, pensándolo bien, había dado justo en el clavo. Mierda.

Por el rabillo del ojo vi a Nick inclinarse un poco más hacia mí. —No se lo voy a decir a Tony, pero creo que tiene razón. Te estás

enamorando de él, ¿no?

Había algo en ese chico que me confundía incluso más que Tony: el hecho de que nos hubiéramos vuelto casi tan cercanos como lo era yo con las chicas, en el poco tiempo que llevaba conociéndolos. Solté un suspiro, sin querer mentirle, pero sin poder decirle la verdad tampoco. —Prefiero no hablar de Tony ahora mismo.

—Está bien —dijo Nick después de unos segundos—. Pero si me preguntas, yo diría que te besaría otra vez en un segundo. Solo pensé que te gustaría saberlo. —Se recostó en su asiento cuando sonó el timbre y la señora Hallshaw entró al aula.

¿Hablaba en serio? La idea de volver a besar a Tony hizo que el corazón se me acelerara otra vez. Maldita sea, necesitaba controlar eso de una vez.

—No creo que lo hiciera —le susurré a Nick cuando la profesora nos dio la espalda y empezó a explayarse sobre la vida del coral.

—¿Por qué no?

—Obviamente, no soy su tipo.

—Vamos, Sam —dijo un poco demasiado alto, y la señora Hallshaw le lanzó una mirada silenciosa por encima del hombro. Bajó la voz de nuevo—. El viernes pasado quedó oficialmente claro que le pareces bonita, y la forma en que ustedes dos se acurrucaron en el sofá de Lisa durante la pijamada fue algo más que lo que hacen unos amigos.

—Me quedé dormida sobre su hombro —lo corregí con sequedad.

—Sí. Lo que digas. —Puso los ojos en blanco, y la conversación terminó.

*

La mañana se me hizo eterna y, cuanto más se acercaba el mediodía, más revuelto tenía el estómago. Después de periodismo, entré a la cafetería con mis amigas y busqué de inmediato a Tony en nuestra mesa de siempre.

Estaba sentado allí con Ryan y los chicos, de espaldas a nosotras. En cuestión de un segundo, mi apetito pasó de querer una hamburguesa a querer que me besaran otra vez. Maldición. Tragué saliva.

Cuando Susan me dio un codazo en la espalda porque me había quedado colgada mirándolo, agarré a toda prisa un plato de papas fritas y una paleta.

Al unirnos a los chicos, sentí como si todos me estuvieran observando, aunque seguramente era solo mi imaginación. Bajé la mirada, dejé el plato sobre la mesa y me dejé caer en la silla junto a Nick, como siempre. Al alzar la vista, encontré a Tony mirándome desde el otro lado de la mesa. Con el rostro inexpresivo, formó un hola con los labios.

—Hola —le devolví.

Eso fue todo lo que nos dijimos durante toda la hora del almuerzo. Genial. Evitó mi mirada y, cada vez que alguno de sus amigos me hablaba, él encontraba a otra persona con quien conversar, como si no quisiera verse arrastrado a una charla conmigo.

Sus señales contradictorias me estaban volviendo loca, así que agradecí cuando Simone me pidió que la acompañara afuera hasta su auto porque necesitaba recoger su ropa deportiva antes de educación física. Devolví la bandeja y me despedí de los chicos.

—¿Soy yo o él está actuando un poco raro hoy? —dijo Simone mientras caminábamos hacia el estacionamiento.

—¿Quién?

—Tony.

Claro, ¿quién más? —No sé. Me está ignorando. Supongo que no es muy distinto a la semana pasada.

—¿Ignorándote? ¿Estás ciega? No te quitó los ojos de encima en todo el rato. Ni un minuto.

¿Perdón? —No me miró ni una sola vez —protesté, ahora sí completamente confundida.

—Sam, Sam, Sam… —Simone se echó su larga melena rubia por encima del hombro—. No sé qué estará pasando ahora mismo

por la cabeza de Anthony Mitchell, pero sin duda ocupas muchísimo espacio ahí dentro.

¿De verdad? En ese momento, intentar entender a Tony era como querer construir un castillo de naipes. Justo cuando creía que podía empezar el segundo piso, todo se venía abajo. El beso. Decirme que no quería nada más. Mandarme correos dulces. Evitar mi mirada. Al parecer, mirarme cuando yo no me daba cuenta. ¿Qué demonios era todo eso?

—¡Argh! —me pasé las manos por el pelo, tirando de las puntas—. ¿Por qué se comporta tan… raro?

Simone alzó las cejas y se encogió de hombros. —Porque es un chico.

Y esa fue mi respuesta del día. Tenía que conformarme con eso.

Después de jugar bádminton en educación física, me cambié a toda prisa y corrí a AVE, decidida a ignorar a Tony tal como él me había ignorado a mí. Si un maldito beso nos había devuelto al punto de partida —no hablarnos—, que así fuera.

Me deslicé en mi asiento, sabiendo que Tony ya estaba sentado al fondo, y saqué la carpeta, lista para entregársela a la señora Jackson. Cuando entró y le di todos los dibujos con los que me había puesto al día, me dedicó una sonrisa muy personal, como si estuviera de verdad orgullosa de mí y satisfecha con lo que había logrado.

—Sabía que era buena idea emparejarte con mi sobrino —susurró, lanzando una mirada rápida hacia el fondo del aula.

No supe si Tony lo vio o no, porque me negué a mirar en su dirección y regresé a mi asiento.

Cuando la señora Jackson se levantó de su escritorio, nos dijo que había planeado una tarea especial para nosotros.

—Hoy quiero que trabajen en parejas. Un chico y una chica. Cada uno tendrá veinte minutos para retratar al otro mientras su compañero posa.

El aula quedó en silencio mientras todos los estudiantes la miraban con los ojos muy abiertos.

—No me miren como si estuviera intentando emparejarlos como a ovejas —se quejó—. Es solo por esta clase. Y como sé lo difícil que es, a su edad, elegir parejas al azar del sexo opuesto, voy a facilitarles las cosas. Chicas, por favor escriban su nombre en un papel y pónganlo en este recipiente. —Sacó uno de plástico del estante superior, al fondo del salón, y lo dejó en una esquina del escritorio de Deborah Westley—. Chicos, cada uno sacará un nombre y luego trabajarán con esas parejas.

Sonaba como una buena idea, aunque sabía que dibujar rostros era una de mis habilidades menos desarrolladas. Entonces recordé lo que Tony me había enviado la noche anterior. De pronto, me pregunté si había habido algún motivo para eso. ¿Sabía que hoy íbamos a hacer esto? Sacudí la idea, arranqué un pedacito de papel del cuaderno y escribí mi nombre. Cuando todas las chicas ya habían echado el suyo en el recipiente, la señora Jackson lo fue pasando para que los chicos sacaran un papel.

Jeremy Reece fue el primero y leyó en voz alta: —Stacey.

Christopher, cuyo apellido no recordaba, fue el siguiente. —Andrea.

—Melissa.

—Alice.

—Jordan.

Le tocó a Tony. Mi nombre todavía no había salido. ¿Y si lo sacaba él?

¿Y si no?

Para mi sorpresa, me descubrí deseando con todas mis fuerzas que encontrara el papel con mi nombre. Quería dibujarlo, tener una excusa para mirarlo de cerca, estudiar su rostro. Pasar tiempo con él otra vez.

Como si pudiera escuchar con claridad todos mis pensamientos, Tony me miró, con un papel ya entre los dedos. Solo tenía que abrirlo y leer el maldito nombre, pero antes de hacerlo su expresión se suavizó y las comisuras de sus labios se movieron en una sonrisa.

Dios mío, ¿él también estaba esperando haber sacado mi nombre?

Bajó la vista al papel que tenía en la mano y luego volvió a mirarme. Contuve la respiración.

—Ivy —leyó.

Se me cayeron los hombros… y también el corazón.

Dos nombres después de Ivy salió el mío. Robert, un chico alto con mechones azules en el cabello castaño, iba a ser mi pareja. Me sonrió y levantó las cejas de forma insinuante por un segundo.

Reuní mis cosas y me levanté junto con los demás, lista para ir hacia Robert y sentarme a pasar esta clase de dibujo. Solo que nunca llegué, porque alguien me agarró de la muñeca y me hizo girar.

—¿Adónde vas?

—Yo… —aturdida, miré el rostro de Tony. Luego fruncí el ceño —. Con mi pareja.

—Creo que Rob cambió de opinión. Ahora va a trabajar con Ivy.

—¿Qué? —Miré, incrédula, a Robert y a la pelirroja que acababa de sentarse a su lado, y luego volví a Tony—. ¿Intercambiaste pareja con Robert?

Tony se encogió de hombros. —Ajá.

Unas mariposas descontroladas intentaron escaparse de mi estómago, igual que el día anterior. Quise preguntarle por qué —y cuándo— lo había hecho, pero al final no insistí porque me dedicó una sonrisa ladeada, hizo un gesto amplio con el brazo hacia su pupitre del fondo y dijo:

—Adelante, Summers.

Me senté en el lugar junto a Tony, el que normalmente ocupaba William Banes, y coloqué el cuaderno de dibujo sobre el escritorio, con la hoja en blanco hacia arriba.

—¿Quieres empezar tú?

—No, empieza tú. —Tony se recostó en la silla, entrelazó los dedos detrás de la cabeza y se balanceó sobre dos patas—. A ver si puedes romper tu adicción a los hoyuelos. —Me guiñó un ojo y luego una comisura de su boca se levantó, formando ese adorable hoyito en la mejilla.

Me apoyé en los codos, inclinándome hacia él, y alcé las cejas. —No puedo dibujarte sin hoyuelo si sonríes así.

Tony pareció un poco confundido, pero mantuvo su expresión tranquila. —No estoy sonriendo.

—Tal vez no a propósito, pero lo estás haciendo —dije mientras empezaba a delinear los rasgos de su rostro, intentando recordar algunos de los consejos del material que me había enviado la noche anterior.

Se aclaró la garganta y, cuando volví a mirarlo, los hoyuelos habían desaparecido junto con la sonrisa. De hecho, tenía un gesto un poco hosco, y me pregunté si estaría mordiendo el interior de la mejilla para mantener una expresión seria.

Los veinte minutos pasaron volando, como si hubieran sido segundos. Era muy poco tiempo para lograr un retrato fiel. Aun así, quedé bastante contenta con el boceto de Tony que había conseguido. Cuando se lo mostré, ni siquiera se quejó de que al final lo hubiera dibujado con sonrisa y hoyuelos. De hecho, eso hizo que las comisuras de sus labios volvieran a elevarse. Evidentemente, le gustaba cómo lo veía.

—Tu turno —lo animé, y me acomodé subiendo una rodilla hasta el pecho y apoyando el tacón de la bota en la silla. Rodeé la pierna con los brazos y apoyé el mentón en el pliegue del codo.

Se veía increíblemente guapo concentrado, con la mirada yendo y viniendo entre el dibujo y mi rostro. La boca se le afinaba hasta convertirse en una línea tensa. A veces incluso mordisqueaba el labio inferior. Pero en esos breves instantes en que nuestras miradas se cruzaban, su expresión se suavizaba y mi corazón daba un vuelco.

Por el movimiento de su mano, supe cuándo había terminado y estaba escribiendo algo en el dibujo. Su firma, supuse.

—¿Puedo verlo? —pregunté cuando sonó el timbre. Ya no había tiempo de mostrarle los trabajos a la profesora ni de comentarlos con el resto de la clase.

Tony arrancó la hoja del cuaderno de dibujo y me la tendió boca abajo. —Puedes quedártelo —me dijo con una sonrisa cálida. Luego tomó su mochila y se fue.

Lo seguí con la mirada hasta que salió del aula, completamente desconcertada por su comportamiento tan contradictorio. Negando

con la cabeza, di vuelta el dibujo.

El aire se me quedó atrapado en el pecho. Dios santo… ¿qué había hecho? Veía ese mismo rostro todos los días en el espejo, pero había algo en ese dibujo que revelaba una belleza que yo nunca había visto en mí. Parecía que Tony hubiera captado una emoción muy clara y muy cruda, una que yo no lograba identificar del todo.

Entonces mi mirada cayó en la frase que había garabateado donde normalmente iría su firma.

Esta es tu cara de "estoy enamorada de ti".

Las palmas se me humedecieron contra el escritorio y una oleada de calor me subió al rostro. En ese momento, me alegré muchísimo de que Tony ya se hubiera ido, de que no pudiera verme así de descolocada. ¿De verdad era tan obvio? ¿En mi expresión? Dios mío. Si ayer lo había mirado de esa manera, no era de extrañar que hubiera pensado que estaba esperando que me besara. Estaba ahí, escrito por toda mi cara.

¡Ah! Me llevé las manos a la boca y miré al techo de reojo. Esto se estaba saliendo de control. No quería estar enamorada de Tony Mitchell. No cuando el sentimiento era unilateral.

¿Dónde demonios estaba el botón de apagado?

Guardé mis cosas en la mochila y caminé a casa, deseando poder darme la cabeza contra una pared para sacar a Tony de mi mente. Lo que necesitaba era una distracción, así que pasé la tarde bailando en el gimnasio de mi tío. Funcionó… temporalmente. Pero mientras me mantuviera ocupada con cosas pequeñas, estaba a salvo. Una ducha larga y caliente, tareas y, más tarde, música a todo volumen y un poco de dibujo hicieron el truco. Simplemente no podía permitirme dejar que mis pensamientos regresaran a ese claro del bosque y recordaran la sensación de sus labios sobre los míos.

Cuando alguien me tocó el hombro, di un salto en la silla y me arranqué los auriculares de los oídos. Pamela estuvo a punto de provocarme un infarto.

—¡Dios! ¡No deberías acercarte así a la gente! —jadeé.

Pam me dedicó una sonrisa apenada. —Perdón, pero con la música no me oíste llamar ni golpear la puerta.

—¿Qué pasa? —le pregunté entonces, porque era demasiado temprano para la cena y seguro había ido a mi cuarto por algo.

—¿Usaste alguno de mis utensilios de pintura la semana pasada, por casualidad?

Qué pregunta tan rara. Si lo hubiera hecho, le habría pedido permiso primero.

—No. ¿Por qué?

—Desaparecieron dos de mis pinceles de pelo de marta. Los grandes. No los encuentro por ningún lado.

—Lo siento, pero yo no los tomé.

—Está bien —Pam suspiró—. Seguro aparecerán en algún momento. O eso espero. Eran bastante caros, ¿sabes?

Lo sabía. El buen material de pintura costaba una fortuna. ¿No era raro? Ya era la segunda cosa que desaparecía desde el fin de semana pasado. Como si de pronto hubiera un poltergeist en la casa. Aunque, pensándolo bien, los pinceles probablemente solo se habían deslizado debajo del sofá.

Me aparté el flequillo de los ojos soplando y seguí dibujando. Mientras mis cosas no empezaran a desaparecer, todo estaba bien.

Esa noche vino Susan y vimos juntas algunos episodios repetidos de *Teen Wolf*. Era gracioso verla entrar a escondidas, tratando de que los vecinos no la vieran. Ah, habría sido su peor pesadilla que alguien pensara que de verdad era amiga de mi prima. No pude hacer más que negar con la cabeza y reírme.

Agradecida por cualquier distracción, hice que se quedara hasta que llegó la hora de irse a dormir. Eso significaba pensar menos en Tony para mí.

Por desgracia, esa intención se fue directo al tacho en cuanto entré a la cafetería del colegio al día siguiente. Tony no estaba. Y, por supuesto, nada hacía pensar tanto en alguien como su ausencia.

—¿Dónde está Tony? —le pregunté a Lisa entre mordida y mordida de mi hamburguesa.

Ella se encogió de hombros, y Ryan respondió:

—Se fue a casa. Dijo que se había olvidado algo para su clase de arte.

Fruncí el ceño mirando la hamburguesa, preguntándome qué podía ser eso. Para AVE solo necesitaba papel y un lápiz o carboncillo, y yo sabía que la señora Jackson tenía de sobra en los estantes del aula para cualquiera que olvidara sus cosas.

A menos que… quisiera evitarme otra vez. ¿Y si no se había olvidado de nada y simplemente no quería sentarse conmigo durante el almuerzo? ¿Podría ser eso?

Dejé caer el pensamiento cuando Allie se acercó a nuestra mesa y nos dijo a las chicas que ese día el entrenamiento de porristas se retrasaría hasta más tarde. Al parecer tenía una cita con el médico, lo que me recordó que yo también debería volver a ver pronto al papá de Ryan. Pero la herida estaba sanando muy bien y no parecía tan necesario que un veterinario le echara otro vistazo.

Antes de salir de la cafetería, alcancé a Ryan y le dije:

—¿Podrías decirle a tu papá gracias otra vez y que mi pierna está bien? Me pidió que volviera después de unos días, pero no creo que haga falta que la revise de nuevo.

—Claro —Ryan pareció contento con la noticia—. Se va a alegrar de oírlo.

Luego tomé del brazo a Lisa y nos apuramos hacia el gimnasio, donde otra vez tocaba bádminton. No era precisamente mi deporte favorito, pero al menos ese día no sudé, así que pude saltarme la ducha y llegar temprano a AVE. Esperaba encontrarme con Tony antes de que empezara la clase para preguntarle qué lo había mantenido alejado del almuerzo.

Pero cuando Tony entró al aula, con la mochila colgada con naturalidad de un solo hombro, llevaba el mentón bajo y la mirada clavada en el piso. Parecía completamente inaccesible, y eso me mantuvo en silencio mientras pasaba junto a mí. Maldición. ¿Era mucho pedir un simple "hola" o хотя fuera una mirada?

Con la rabia creciendo dentro de mí, estuve a punto de girarme en el asiento y gritarle que era un idiota y que me negaba a seguir lidiando con sus tonterías. Por suerte, Caroline Jackson entró al aula justo detrás de él, y mi impulso quedó truncado. Sabía que me habría arrepentido el resto del año si de verdad le hubiera dicho todo eso.

En su lugar se me ocurrió algo distinto, y no menos estúpido. Arranqué la esquina de una hoja y escribí dos palabras: *¡Eres un idiota!* Luego la arrugué hasta hacer una bolita y la lancé hacia el fondo del salón, donde cayó justo delante de él, sobre su pupitre.

Tony me lanzó una mirada divertida y después desplegó el papel. Lentamente, su vista volvió a mí, con la ceja derecha arqueándose en señal de pregunta. Yo no dije ni hice nada, salvo intentar fulminarlo con una mirada asesina.

Pareció no afectarle en absoluto. Simplemente volvió a arrugar el papel y lo tiró al basurero del rincón. Después se concentró en la señora Jackson, ignorándome por completo durante el resto de la hora.

Chapter 20

Samantha

Ya en casa, me deslicé por la puerta sin hacer ruido, sin ganas de hablar con nadie ni siquiera de ver a alguien. Si algo había aprendido de toda la mierda con Tony, era que cada emoción mía resultaba evidente para todo el mundo, escrita en mi cara para que cualquiera la leyera. Y eso apestaba.

Arrastrando los pies, subí las escaleras con la cabeza gacha, dispuesta a pasar el resto del día en la cama, revolcándome en mi miseria o tal vez poniendo música a todo volumen para borrar de mi mente cualquier pensamiento sobre Anthony Mitchell. Pero entonces recordé que más tarde tenía práctica de porristas, y la idea de bailar e intentar fingir que me divertía cuando lo único que quería era romper a llorar me arrancó un suspiro profundo.

Solté la mochila en el suelo, me dejé caer sobre la cama y hundí la cara en la almohada. Un rato después, unos golpes en la puerta me obligaron a levantarme otra vez. Abrí y encontré a Chloe en el umbral, con un montón de ropa limpia entre los brazos. Dio un paso agresivo hacia mí y yo retrocedí.

Con la cara pegada a la mía, siseó: —Esta es mi casa, mi escuela, mi pueblo, y tú andas con mi equipo de fútbol. Te dije que no te metieras entre mi familia y yo. Pero involucrarte con Anthony Mitchell fue el peor error que has cometido hasta ahora—. Me empujó hasta que sentí el borde del escritorio clavarse en la parte posterior de mis muslos—. Te juro que encontraré la manera de deshacerme de ti, primita.

Solo pude mirarla a la cara, fuera de mí, sin palabras.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta, pero volvió a girar sobre los talones y me lanzó la ropa limpia. —Aquí están tus cosas—. Un instante después, se había ido y la puerta se cerró de golpe.

Un montón de ropa quedó esparcido a mis pies. No fui capaz de recogerla en ese momento. Con los talones de las manos presionándome las sienes, miré alrededor de la habitación, impotente. ¿Por qué no podía recuperar a mi antigua prima? La que adoraba jugar a Alicia en el País de las Maravillas y jamás me habría acusado de robarle a sus padres o a sus amigos. ¿Qué le había pasado a Chloe para convertirse en este monstruo? ¿Y qué tenía yo que ver con todo eso?

Ya no sabía cómo seguir soportándolo. Ojalá esos cuatro meses se acabaran de una vez y pudiera mudarme a mi nueva casa con mi familia. Empezando a odiar esa casa y la habitación en la que estaba atrapada, agarré mi sudadera gris, metí los brazos por las mangas, bajé corriendo las escaleras y salí de la mansión de los Summers.

Sin saber adónde ir, caminé hasta la playa, donde me dediqué a lanzar piedras a las olas durante lo que parecieron horas. No era una actividad muy productiva. La necesidad de hablar con alguien fue creciendo dentro de mí. Susan tenía práctica de fútbol ese día, así que mi siguiente mejor opción era Lisa. Con las manos metidas en los bolsillos, me encaminé sin prisa hacia su casa.

Saratoga Avenue estaba tranquila, con pocos autos y casi ningún peatón a esa hora de la tarde. El árbol del jardín delantero de Lisa apareció mucho antes que su casa. Reduje el paso al llegar, pero en lugar de cruzar la calle y tocar el timbre, me quedé clavada allí durante varios minutos, mirando otra casa.

¿Por qué Tony no podía decidirse? Ser un buen tipo o un imbécil. Gustarle o no. Cosas simples. Bajé la cabeza, fijando la mirada en las puntas de mis botas, y aspiré hondo. Lo sensato sería volver a casa y olvidarme de ese chico, pero no podía. Y cuando la rueda delantera de una bicicleta de montaña apareció en el rabillo de mi ojo, supe que ya era demasiado tarde.

—¿Te preguntas cómo es mi cuarto, Summers? —oí decir a Tony, con un tono burlón que me erizó la piel de la nuca.

Levanté la vista lentamente. —No. En realidad, me pregunto cómo un tipo con una mamá tan buena como la tuya pudo convertirse en un imbécil tan despectivo.

—¿Despectivo? —alzó las cejas y apoyó los antebrazos en el manubrio, con los pies bien separados a cada lado de la bicicleta. Llevaba puesta su camiseta celeste de fútbol y el cabello era un desastre sudoroso—. Si no recuerdo mal, ayer cambié de compañero con Robert solo para poder hacer pareja contigo. ¿Cómo puedes llamar a eso despectivo?

Incliné la cabeza. —¿Y qué hay de hoy? Ni siquiera pudiste saludarme.

Riendo, respondió: —Hoy… fue una porquería.

Ah, ¿se estaba burlando de mi mensaje? Pues yo también podía jugar a eso. —Ya que ayer parecías tan familiarizado con cada una de mis caras, dime, ¿qué cara es esta? —Le sonreí de mentira y le hice una seña obscena con el dedo medio mientras empezaba a rodear su bici.

—Esa es tu cara de "estoy herida porque Tony no me habló" —gimoteó, alzando la vista al cielo, y estiró la mano hacia mi brazo. Fui demasiado lenta para esquivar su agarre. Me jaló de vuelta a su lado—. Ahora no te me escapes.

—No me estoy escapando. Voy a ver a Lisa.

—No está en casa. Vino a vernos al entrenamiento y se fue con Hunter. Como su auto no está por aquí, supongo que se fueron a su casa.

Me zafé de su mano. —Perfecto. Entonces me voy a mi casa.

—¿Y por qué no la llamaste en vez de caminar hasta nuestro lado de la ciudad?

—Porque no fue intencional. Solo necesitaba alejarme de… —Me quedé a medias y entrecerré los ojos al mirarlo—. Ah, olvídalo. —Apreté la mandíbula, di media vuelta y me fui arrastrando los pies.

—¿De tu prima? —dijo Tony a mi espalda. Su voz, comprensiva, me hizo detenerme.

Me giré.

—Te ves como si necesitaras hablar con alguien. Y no es que otra vez yo "me sepa tus caras", Sam; es que es demasiado obvio. Así que, si me das cinco minutos para ducharme, puedes entrar conmigo y compenso lo que me perdí contigo hoy.

¿Cómo podía ser un imbécil todo el día y luego volver a atraparme con solo tres líneas estúpidas? ¡Era injusto! Y totalmente frustrante.

Tony no me dejó opción. Se acercó, me pasó un brazo por los hombros y, con la otra mano, fue guiando su bicicleta. Como de verdad no quería volver a casa en ese momento, mi protesta murió mientras me llevaba cruzando la calle. Aun así, no acepté su brazo sobre mis hombros y le empujé el pecho.

—Vete. Apestas.

Tony me abrazó más fuerte, apretándome contra su costado sudado.

—Ay, como si no estuvieras soñando con este olor día y noche, Summers.

No lo estaba. Al menos no con su sudor. Pero me hizo soltar una risita.

Tony recargó la bici contra la fachada blanca de la casa. Sacó una llave de debajo del tapete, abrió la puerta y entró. A regañadientes, lo seguí. Ya había visto el pasillo una vez, pero me moría por ver el resto de la casa, sobre todo el cuarto de Tony. Me condujo más allá de una cocina amplia, construida en un ventanal saliente; subimos las escaleras y entramos por la primera puerta a la derecha.

Tony cruzó la habitación a zancadas, se quitó la camiseta y la arrojó sobre la cama, que se metía hacia el centro desde la pared, entre la ventana y la puerta. Yo me detuve en el umbral, sintiéndome de pronto un poco tímida e incómoda al verlo medio desnudo frente a mí. Intenté no quedarme mirando… ni babear, pero sus músculos marcados eran imposibles de ignorar.

—¿Música? —sugirió mientras caminaba hacia el escritorio ancho a la izquierda de la ventana. Había dos monitores encima, una torre compacta color gris plateado y montones de dibujos esparcidos por todos lados. Al presionar el botón de encendido de la computadora, juntó la mayoría de los dibujos y los hizo desaparecer en un cajón ancho, justo debajo de la superficie de roble gris.

Se dio la vuelta y miró hacia donde yo seguía parada en la puerta, intentando relajarme mientras mis ojos amenazaban con

salírseme ante la vista impresionante que era él.

—Pasa. Ponte cómoda —me ofreció—. Vuelvo en cinco.

Sacó ropa limpia del clóset, que era del mismo tono gris claro que su escritorio, y pasó rozándome, dándome un empujoncito para meterme en su cuarto.

No estaba del todo segura de que yo lo hubiera dejado solo en mi habitación si estuviera en su lugar, pero a él parecía no importarle. Así que caminé a regañadientes hacia su cama y me senté en la orilla, apenas. Cuando la computadora terminó de encender, una música suave empezó a flotar desde unas bocinas colocadas en cada esquina del techo. Seguro tenía una lista aleatoria en reproducción automática. Me pregunté si escucharía música cuando dibujaba, igual que yo.

Con la puerta abierta de par en par, pude oír el chapoteo del agua en el baño de al lado.

¡No! Simplemente no dejes que tu mente se vaya para allá, me advertí. Pero eso era más fácil decirlo que hacerlo. Tony, desnudo, bajo el chorro de agua… demasiado sexy como para no pensarlo. Se me secó la garganta.

Para distraerme de ese pensamiento fatal, empecé a inspeccionar su habitación, comenzando por la cama. Unas sábanas lisas azul oscuro cubrían la almohada y el edredón. La cama era lo bastante ancha para dos. A cada lado había un cubo pequeño: en uno había una lámpara, cómics y un control remoto para la enorme televisión colgada en la pared. La ventana dibujaba un gran cuadrado de luz en el piso, en el centro de la habitación, y sobre una esquina de la cama.

Me gustaba su espacio. Tenía aire. Incluso las cortinas azul oscuro encajaban perfecto con el estilo de claros y oscuros. Pero había una cosa más que no lograba identificar del todo. Algo que hacía que esa habitación me resultara increíblemente atractiva.

Me puse a caminar por ahí, rozando con los dedos el borde del escritorio, y luego me acerqué a la ventana abierta y miré hacia afuera. Desde allí podía ver la casa de Lisa, pero su habitación quedaba del lado contrario. Aspiré hondo, captando el aroma de los rosales del jardín.

De pronto, me cayó la ficha. Me giré y caminé al centro del cuarto, respirando otra vez profundamente por la nariz.

Eso era.

Toda la habitación olía a Tony. No al Tony desagradable y sudado, sino al Tony que olía así cada vez que me acercaba a él. Una mezcla de suavizante y gel de baño para hombre. Ojalá pudiera embotellar una dosis de ese aroma para más tarde, cuando me diera por soñar.

El agua se detuvo en el baño de al lado. Me senté rápido en su cama otra vez, esperando en silencio a que regresara. Un minuto después, Tony entró descalzo, vestido con una camiseta blanca sencilla y unos jeans celestes rotos en ambas rodillas. Además, tenía dos agujeros extra —de esos que están de moda— en el muslo derecho. Traía el cabello alborotado y, obviamente, no se había secado bien con la toalla, porque le resbalaban gotitas de agua por los brazos desnudos y también por los lados del cuello.

Jamás había visto algo tan sexy. Nunca.

Tony cruzó hasta su silla giratoria, se dejó caer y entrelazó los dedos detrás de la cabeza, con las piernas bien separadas.

Nuestras miradas se engancharon durante un instante infinito. Mi corazón empezó a tropezarse. Poco a poco, una sonrisa se le coló en los labios a Tony.

—Nunca pensé que de verdad te iba a encontrar en mi cama, ¿eh?

Me reí por su burla, pero luego dije, con voz ronca:

—Esto es una locura.

—¿Por qué? —A diferencia de la mía, su voz se mantenía firme. Suave e intensa.

Me aclaré la garganta, esperando sonar más segura cuando hablara de nuevo.

—Me odiaste desde el instante en que me viste… y todavía no sé por qué, por cierto. Eras el tipo más cruel que he conocido en mi vida. —Mi voz bajó un tono—. Me hiciste sentir como una espina clavada en tu costado.

—O más bien como un absceso en el trasero —murmuró, y luego se rió, bajando las manos y cruzándose de brazos—. Lo siento,

Summers. Es que cuando llegaste estabas juntándote con la gente equivocada.

—Eso ya lo deduje yo sola. Pero al principio no tenía muchas opciones. Y Chloe no siempre fue así. Tú deberías saberlo.

Tony arqueó una ceja, confundido.

Me levanté de su cama, caminé hasta la ventana y miré hacia afuera un momento. Luego me giré y me apoyé en el alféizar, cruzándome de tobillos.

—Me impactó bastante cuando escuché que tú y Chloe habían sido pareja.

Sabía que eso le iba a tocar un nervio, pero era posible que no tuviera otra oportunidad de sacarle más información. Valía la pena intentarlo.

Tony giró en su silla para poder mirarme de nuevo, con la expresión en blanco.

—Ya te dije que nunca fuimos pareja. Solo salimos un tiempo, nada más.

—¿Porque ella te dejó después de acostarse contigo?

—Sam, no tengo ganas de hablar de Chloe y de mí.

—¿Por qué no? Es obvio que pasó algo entre ustedes dos que hace que mi vida se salga de control. —Sin querer, mi tono se había endurecido mientras me aferraba al borde del alféizar para sostenerme.

—¿Qué quieres decir?

—Ella sabe que me besaste. Y hoy me amenazó con deshacerse de mí, sea lo que sea que signifique eso. Ya me odia porque su mamá y yo nos llevamos tan bien. —Me aparté de la ventana y crucé hacia la pared de enfrente. Tony volvió a girar para seguirme con la mirada. Apoyando la espalda contra la puerta, continué—: Pero el simple hecho de que tú y yo pudiéramos estar involucrados de alguna manera la sacó totalmente de quicio. Y quiero que me digas por qué.

—La sacó de quicio, ¿eh…? —Tony se frotó la nuca y suspiró—. Me imaginé que podía pasar.

—¿Eso creías? —Se me quebró un poco la voz—. Pero todos decían que ella te dejó. ¿Por qué le seguiría importando? No lo

entiendo.

Tony subió la pierna izquierda hasta el pecho, apoyó el pie en el asiento, rodeó el tobillo con los dedos y descansó la barbilla sobre la rodilla. Me miró durante un largo rato, con los labios apretados y los ojos grandes y suaves.

¿Qué demonios? ¿Podía decirme ya qué había pasado, de una vez?

—Entonces… —insistí con cuidado cuando pareció que no iba a decir nada nunca.

Soltando un suspiro profundo, Tony se humedeció el labio inferior.

—Entonces… ¿qué pensarías si te dijera que nunca me acosté con ella?

Fruncí el ceño con fuerza.

—¿Qué?

—¿Quieres la verdad? Quiero que me prometas que se va a quedar en este cuarto, pase lo que pase.

¿Tony estaba dispuesto a confiarme un secreto, solo a mí? Probablemente me veía tan atónita como me sentía, porque soltó una risita y exigió:

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Bueno… supongo que no es ningún secreto para ti que yo… sentí cierta atracción por Lisa durante mucho tiempo.

Negué con la cabeza. A mí me habían dicho que estaba perdidamente enamorado de ella.

—El caso es que no me di cuenta de cuánto me gustaba de verdad Lisa hasta que empecé a salir con tu prima. Al principio, todo era emocionante y genial, y yo creía que me estaba enamorando de Chloe. Pero cuando una noche la traje a mi cuarto, y ella estaba encima de mí, no podía dejar de pensar en Liz. Y de pronto se sintió muy, muy mal estar con Chloe.

Tony hizo una pausa, lo suficiente para que toda esa información me cayera encima.

—Entonces ella no te dejó —razoné—. La mandaste a su casa esa noche, ¿verdad?

Con la barbilla todavía apoyada en la rodilla, asintió una vez.

—Dios mío —susurré—. Por eso lloró durante semanas. Mi tía me lo contó. Chloe se sentía tan miserable… y yo todo este tiempo preguntándome por qué, y todos pensando que solo era una perra. La lastimaste.

—Y me sentí fatal por eso. Exactamente dos minutos. Luego me amenazó con algo con lo que jamás se debería amenazar a un chico.

—¿Qué te dijo?

—Me advirtió que me quedara callado y dejara que la gente creyera que ella me había cortado. Para salvar su orgullo o su reputación, supongo. Si no, le diría a todo el mundo que yo solo me lo estaba inventando porque en la cama era un desastre.

Incluso ahora podía ver lo profundo que la amenaza de Chloe le había pegado en el orgullo, por cómo se le entristecieron los ojos azules y un rubor suave le subió a las mejillas.

—Pero tus amigos te habrían creído. ¿Por qué no se los dijiste? ¿Por qué le mentiste a Lisa si esa habría sido tu oportunidad de recuperarla?

—Ah, esa noche también pasaron otras cosas con Liz. Prácticamente la empujé a los brazos de Hunter, y él encantado de quedársela. Yo podría haber dicho lo que fuera. No me habrían creído.

—¿Y después? ¿Y ahora?

—Ya no importa. Están enamorados —se encogió de hombros con indiferencia, con la mirada clavada en el piso—. Nada puede cambiar eso.

—Pero tú todavía la amas.

Levantó la vista hacia mí y sonrió de lado.

—¿Ah, sí?

—No sé. ¿La amas?

—Bueno… eso es justo lo que he estado intentando averiguar últimamente.

—¿Averiguar? ¿Por qué? ¿No deberías saber lo que sientes?

—Mmm. —Apretó los labios y, de la nada, preguntó—: ¿Estás enamorada de mí, Summers?

—Yo… eh… ¿Perdón, qué? —En un segundo se me secó la boca por completo.

—A ver si entendí bien esto. —Tony se levantó de la silla y caminó despacio hacia mí, con los pies descalzos golpeando el parquet—. Te gusta pasar el rato conmigo… y sin duda disfrutaste besarme. —Inclinó la cabeza, arqueando las cejas—. Aunque, por otro lado, creo que te hago enojar bastante, lo cual probablemente te dan ganas de mandarme directo al infierno.

Invadió mi espacio personal y apoyó ambas palmas, a la altura de mis ojos, contra la puerta, acorralándome. Me pregunté si era para asegurarse de que no iba a tocarme.

—Ahora dime, Summers… ¿esto es amor?

La temperatura de la habitación subió como veinte grados. Me presioné con más fuerza contra la puerta, aplanando las manos contra la madera.

—No lo sé —fue la única respuesta honesta que pude darle. Me salió en un susurro ronco.

—¿Ves? A veces simplemente es difícil saberlo. Yo no sé si todavía estoy enamorado de Liz.

Su aliento suave rozó mi piel. Se me aceleró la respiración.

—¿Y ahora me estás usando para averiguar lo que sientes por ella?

—No, Samantha… —Tony estiró mi nombre como si fuera un caramelo que se estuviera saboreando—. No te estoy usando. —Relajó los hombros y bajó un poco más la cabeza. Tenía la boca tan cerca que sentí el roce leve de sus labios en la comisura de los míos cuando murmuró—. Me vuelves loco.

Me temblaron las rodillas. La sangre en mis venas se calentó hasta un punto insoportable.

—¿Yo… lo siento?

—¿Ah, sí? —Tony soltó una risita baja y profunda.

—Siento que debería.

—Haces que sea imposible para mí mantenerme lejos de ti.

—No sabía que lo hacía.

Tony inclinó la cabeza y su nariz rozó mi cabello mientras aspiraba hondo. —Eres todo lo contrario a lo que siempre creí que

quería. Descarada. Chiquita. Con un corte de pelo imposible.

¿Imposible? A mí me gustaba mi cabello. Y la forma en que me lo acariciaba con la mejilla y la nariz decía que a él también.

—Pero hueles a cupcake de vainilla —continuó—. Podría verte chupar esas paletas de cereza todo el día. Y luego tu notita en AVE hoy… —Tenía la boca junto a mi oreja—. ¿Tienes idea de cuánto me dieron ganas de sacarte del salón y solo besarte?

Sentí el corazón como si estuviera intentando abrirse paso a golpes entre mis costillas. Me temblaban las manos. Las apoyé justo por encima de su estómago para mantener un poco de distancia entre los dos… y para estabilizarme. Sus músculos se tensaron, pero ignoró la presión ligera. Solo se pegó más.

—¿Por qué no puedo dejar de pensar en ti, Sam?

¿Tal vez por la misma razón por la que yo tampoco podía sacarlo de mi cabeza?

—¿Los opuestos se atraen?

Tony sonrió, sobre todo con los ojos.

—¿Tú crees?

Estaba demasiado cerca, con una determinación que le brillaba en la mirada.

Me iba a besar…

Me iba a besar, y yo no sabía cómo hacerlo parar. Lo único que sabía era que si lo hacía otra vez, ya no habría vuelta atrás. Un beso podía ser un accidente. Dos veces en dos días era intencional. Y esta vez, si lo hacía, yo no iba a dejar que se apartara. Lo deseaba todo. Si me besaba ahora, tendría que lidiar conmigo todos los días, porque no creía poder soportar estar así de cerca de él para que después me volviera a empujar lejos.

—No hagas esto si esta vez no lo quieres —susurré.

Tony parpadeó una vez, su aliento suave acariciándome la piel.

—Lo quise la vez pasada. Y lo quiero ahora.

Al instante siguiente, tomó mi boca en un beso seductoramente lento que me quemó las venas.

Me estremecí con tanta fuerza que temí perder el piso bajo los pies. Pero entonces me di cuenta de que el estremecimiento era solo

por dentro. Estaba atrapada entre la puerta y el cuerpo de Tony, con su calor filtrándose en mí.

Esta vez, Tony no mordisqueó mi labio ni empezó con suavidad. Simplemente me abrió la boca con la suya y empezó a enredar su lengua con la mía. Provocador, lento y suave. Subí las manos y se las pasé por el cuello, hundiendo los dedos en su cabello todavía mojado. De puntitas, ladeé la cabeza hacia un lado, obligándolo a inclinar la suya hacia el otro al tirarle un poco del pelo. Así respondí a cada uno de sus besos con un hambre creciente. Le mordí el labio inferior… y más fuerte cuando descubrí que eso lo hacía gemir de la manera más sexy.

Sus manos resbalaron por la puerta. Me agarró de la cintura con brusquedad, atrayéndome con fuerza contra él y hacia arriba. Tony olía tan bien. Almizclado y prohibido. Y sabía todavía mejor. Su lengua se deslizó con ansia contra la mía, haciéndome girar la cabeza.

Entonces me levantó, y yo le enredé las piernas en la cintura mientras me cargaba. Yo sabía que no pesaba nada para él. Un par de segundos después, el mundo se inclinó y quedé boca arriba sobre su cama, con el sol dándome en la cara.

Respirando rápido, me deslicé hacia atrás. Tony se me vino encima como un depredador en plena caza: bajo, avanzando en cuatro patas. Tenía los ojos clavados en los míos, brillando de un azul oscuro y hambriento.

Cuando su cara quedó sobre mi estómago, se inclinó y me subió la camiseta con la nariz. La línea por donde rozó mi piel me hizo cosquillas. Luego rodeó con la lengua la libélula de mi piercing en el ombligo.

¡Dio-o-os mío!

Mis dedos se clavaron en la colcha. Aturdida por su caricia intensa, me estremecí, con los músculos del abdomen temblando. El aliento de Tony me rozó como una pluma en la piel cuando soltó una risita.

—Tengo ganas de hacer esto desde el sábado en la noche —murmuró con voz arrastrada.

Luego me dio un beso suave en el ombligo y subió un poco más hasta quedar sobre mí, a la altura de mis ojos. Con las manos apoyadas en el colchón, a ambos lados de mi cuerpo, dobló los codos y se inclinó para besarme una vez más.

Bajó la mano y me sacó primero una bota desatada del pie, luego la otra, dejándolas caer al suelo sin romper el beso. Yo quería enredarle las piernas otra vez, engancharle los talones en la espalda y jalarlo contra mí con todas mis fuerzas. Pero una vibración en el bolsillo del pantalón me detuvo.

—Estás vibrando —susurró Tony contra mis labios, divertido.

—Debe ser alguna de las chicas —respondí, arrancada de mi pasión.

Metí la mano en el bolsillo y saqué el celular.

—No contestes —suplicó Tony, besándome desde la oreja hasta la comisura de la boca.

¿Cómo podía distraerme tanto?

—Tengo que hacerlo —me quejé—. La práctica de porristas empieza en unos minutos.

—Fáltales.

Su mano acarició la mía y luego me quitó el teléfono, arrojándolo sobre la almohada. El timbre se detuvo unos segundos después. Giré la cabeza y miré el celular, insegura.

—Relájate, Bungee —dijo Tony, dándome besitos dulces en la punta de la nariz y luego en la boca otra vez—. Seguro pueden arreglárselas sin ti hoy.

Me costaba concentrarme en cualquier cosa cuando él me absorbía con sus caricias. Al poco, nuestros labios ya estaban atrapados en otro beso ferozmente profundo.

Mi celular volvió a vibrar. Tony gimió contra mi boca. Esta vez me dejó sentarme y tomarlo. Sin embargo, no alcancé a contestar, porque me lo arrebató de la mano, miró la pantalla apenas un segundo y respondió él mismo:

—¿Liz?

Le alcé las cejas a Tony. Él imitó el gesto sin apartar los ojos de mí mientras hablaba por teléfono.

—Sam está en mi casa. —Hizo una pausa, escuchando, y luego siguió—. No creo que hoy llegue a la práctica… porque estamos atorados en medio de un proyecto… de AVE.

El corazón se me hundió.

Tony bajó la mirada un instante.

—No. Está en el baño. Le digo que te llame cuando vuelva.

Colgó y me devolvió el celular. Mientras me lo guardaba en el bolsillo, me mordisqueó y luego me besó el cuello.

Toda la pasión dentro de mí se había evaporado. En ese momento no sentí nada por él y giré la cara hacia otro lado.

Tony se sentó sobre los talones. Los agujeros de la mezclilla se estiraron sobre sus rodillas. Me miró con desconcierto.

—¿Qué?

Me deslicé más lejos de él.

—¿Por qué hiciste eso? —Mi voz salió plana y fría.

Él estiró la mano hacia la mía, parpadeando con esas pestañas larguísimas y doradas.

—Porque no quiero que te vayas todavía.

—No —dije con brusquedad, apartándome de su contacto—. ¿Por qué le mentiste a Lisa?

—Ehh…

Y eso fue todo. No me dio ninguna respuesta.

El pecho se me apretó, como si de pronto respirar fuera imposible.

—Yo te digo por qué —susurré, con la comprensión y la angustia ahogándome la garganta—. Porque no quieres que ella sepa lo que estabas a punto de hacer conmigo. Estás esperando que, si sigues disponible, algún día ella vuelva contigo. —Entrecerré los ojos—. Nada ha cambiado. Todavía la amas. Como la has amado todos estos años. Y yo solo fui… no sé… ¿el lugar equivocado en el momento equivocado?

Me bajé de su cama, rogando poder mantenerme entera hasta salir de su cuarto. Mientras me ponía las botas, Tony me rozó el brazo.

—Lo siento, Sam. Es que…

Me giré para encararlo y siseé:

—¿Qué? ¿Es que qué? ¿No puedes decidirte con ella? Perfecto. Pero no hagas que sea mi problema. Déjame fuera de tu mierda de locos.

—Lo haría, si pudiera. Pero de algún modo siento… —Apretó los dientes, y sus ojos se afilaron en rendijas furiosas—. Como si fuera adicto a ti. Y simplemente no sé cómo romperlo.

—¡Fácil! —le grité—. ¡Deja de besarme!

Cuando la vista se me empezó a nublar, salí corriendo por la puerta y bajé las escaleras, ignorándolo mientras me gritaba mi nombre a la espalda. Azoté la puerta principal y corrí hasta mi casa.

Chapter 21

Samantha

Era un desastre absoluto, sin aliento y empapada en sudor, cuando me desplomé dentro de mi habitación. Negándome a ceder al llanto, apreté los dientes y aparté a patadas la ropa que aún seguía tirada por el suelo.

Eso fue todo. ¡Había terminado con el señor Anthony «solo estaba jugando contigo» Mitchell! Podía caerse muerto y no me importaría. Y, ya que estaba, podía meterse por donde le cupiera esos malditos dibujos que me había hecho. Saqué los papeles de mi carpeta, dispuesta a hacerlos pedazos y tirarlos a la basura. Pero entonces mi mirada se detuvo en su sudadera negra, tirada en el piso, y se me ocurrió una idea mejor. Al fin y al cabo, todavía tenía que devolverle esa maldita sudadera.

Cuando terminé de desahogarme y de patear cosas, empecé a ordenar mi habitación, una buena manera de calmar los ánimos y contener la rabia. No valía la pena, me repetía una y otra vez. Tony no valía ni un solo pensamiento.

Pero no podía negarlo.

Dolía.

Dolía pensar en él, y dolía aún más intentar no hacerlo. Dolía al cerrar los ojos. Y dolía al respirar. Nada podía detener ese dolor. Nadie podía hacerlo desaparecer.

Me sentía atrapada en una mazmorra de emociones cuyas puertas se habían cerrado con firmeza. Al final, las primeras lágrimas se desbordaron y dejaron un rastro ardiente por mis mejillas. Furiosa conmigo misma, me las sequé, me dejé caer sobre la cama y me cubrí el rostro con las manos. ¿Qué se necesitaba para no sentir? ¿Cómo podía arrancarme ese dolor feo del pecho y seguir adelante?

No lo sabía.

Pero una cosa sería diferente a partir de ahora. Pasara lo que pasara por dentro, nadie volvería a enterarse del corazón roto que

llevaba. Se acabó lo de ser un libro abierto de emociones para que todos lo leyeran. No. No le contaría a nadie lo que había pasado hoy. Sonreiría y fingiría que todo iba bien en mi vida.

Y empecé en ese mismo instante, cuando Chloe abrió mi puerta sin tocar para avisar que la cena estaba lista.

Con la cabeza en alto y el corazón bien sujeto para que no pudiera derribarme, fui al comedor y me senté con mi familia. Pamela había vuelto a cocinar, cerdo asado con verduras, y sirvió a todos con una sonrisa.

Antes de empezar a comer, Jack se levantó de la mesa y fue al salón. Un segundo después, llamó: —¿Tomaste las dos últimas botellas de whisky, cariño?

—No, ¿por qué? —respondió Pam desde la cocina.

Jack volvió con una botella de vino blanco en lugar del whisky, con el ceño fruncido y una expresión de desconcierto. —Ya no están. Juraría que quedaban dos botellas.

—Deberían estar ahí —contestó Pamela—. Sé que no abrimos las que te regaló tu jefe por tu cumpleaños.

—Eso pensaba yo.

Empecé a cortar el cerdo, sin prestar demasiada atención a la conversación. Pero cuando me llevé el primer bocado a la boca, de pronto capté la mirada divertida de Chloe clavada en mí. Una sensación inquietante me obligó a dejar de masticar.

—Sam, ¿no te llevaste el whisky a la pijamada de Lisa el fin de semana pasado? —preguntó, con una voz exageradamente inocente.

—¡No! ¡Claro que no! —repliqué de inmediato. El corazón se me subió a la garganta al ver a mi tía y a mi tío mirarme con sorpresa.

—Oh. Fue culpa mía —canturreó Chloe—. Creí verte subirlas, pero debo haberme equivocado. Como si nada hubiera pasado, siguió comiendo, ignorando mi expresión atónita.

—¿Sam?

Me giré ante la pregunta suave de mi tía.

—¿Te llevaste el whisky a casa de tus amigos?

—No, Pamela. Te juro que no toqué esas botellas. ¡Ni siquiera bebo! Ninguno de mis amigos lo hace.

—¿Ah, sí? —intervino Chloe otra vez—. Pero claro, todavía no has ido a ninguna de las fiestas de Hunter, así que probablemente no lo sepas. Siempre hay mucho alcohol cuando se juntan.

¿Cómo demonios podía sonar tan tranquila y dulce? Yo sabía que por dentro estaba celebrando haber tenido la oportunidad de enviarme directo al desastre.

—Bueno, ninguno de mis amigos llevó alcohol el fin de semana pasado —fijé la mirada en ella, dura—. ¿Y tus amigos? ¿Te llevaste el whisky para celebrarlo con Brinna, Les y Kirsten? —pronuncié cada nombre con toda intención.

Un músculo le palpitó en la mandíbula a Chloe, pero no respondió.

—Ya, ya —intervino el tío Jack—. No empecemos a acusarnos unos a otros. —Luego entrecerró los ojos al mirarme, y supe que se refería a que no debía meterme con su princesita—. No sé qué pasó con el whisky, pero quiero que sepas, Sam, que en esta familia no mentimos ni robamos.

Se me cayó la mandíbula. ¿Me estaba acusando?

—Estoy segura de que nadie en esta familia es un ladrón —acudió Pam en mi defensa—. Así que ¿por qué no dejamos el tema y disfrutamos de la comida mientras aún está caliente? —me frotó el brazo y me regaló una sonrisa cálida—. No te preocupes, Sammy. Sabemos que no te llevaste el whisky.

Por su mirada supe que me creía, pero ella era solo un tercio del jurado. Sin apetito, empujé las verduras por el plato con el tenedor, incapaz de comer un bocado más.

El día había sido un asco, y me alegré cuando por fin pude meterme en la cama y cerrar este capítulo para siempre.

*

El miércoles por la mañana desperté con el cuello torcido; debía haberme movido sin parar mientras dormía y, en algún momento, dejé la cabeza colgando por el borde de la cama. Después de darle vueltas un buen rato a cuál sería el mejor momento para devolverle la sudadera a Tony, me levanté demasiado tarde. Enfrentarme a él

hoy no era algo que me apeteciera. Sabía que iba a reabrir la herida que me había hecho en el corazón el día anterior. Pero, sobre todo, no quería armar un escándalo delante de mis amigos.

Envolví la maldita sudadera en una bolsa de plástico y decidí dársela después de AVE. Era el momento más seguro. Pero no tuve que esperar hasta la sexta hora, ni siquiera hasta el almuerzo, para ver a Tony. Me estaba esperando afuera del aula de ciencias.

Apoyado contra la pared, me observó mientras avanzaba por el pasillo, y yo tenía toda la intención de ignorarlo y colarme directamente en clase. El corazón me latía cada vez más fuerte con cada paso que daba en su dirección. Cuando se dio cuenta de que no pensaba hablarle, levantó el brazo y lo apoyó en el marco de la puerta, bloqueándome el paso.

—Sam, ¿podemos hablar? —dijo en voz baja.

Tuve que detenerme para no chocar contra él, pero no pensaba quedarme. —No —respondí con frialdad; me agaché bajo su brazo y entré en el aula. No miré atrás mientras iba a sentarme junto a Nick, que escuchaba música con los audífonos puestos. No había notado nada. Y cuando lancé una mirada rápida hacia la puerta, Tony ya no estaba.

Fue difícil pasar la mañana fingiendo que todo estaba bien, pero lo logré. Ninguno de mis amigos sospechó que algo andaba mal, ni que yo estaba sufriendo en silencio mientras sonreía. El almuerzo fue la parte más dura del día, porque, aunque medio esperaba que Tony volviera a faltar, estaba allí. Se sentó en silencio frente a mí. Durante toda la hora sentí su mirada ardiente clavada en mi rostro, pero me negué a mirar en su dirección.

Nick fue una buena distracción, como siempre. Bromeó conmigo sobre mi adicción a las paletas y luego intentó sacarme la mía de la boca. Antes de que terminara el recreo, Lisa y Ryan anunciaron una fiesta en casa de Hunter para el fin de semana siguiente. El sábado era su aniversario de tres meses. Por desgracia, también era el día en que el equipo mixto de los Bay Sharks jugaba contra los Rabid Wolves. La decepción de Lisa por no poder pasar el día juntos era evidente, pero más tarde me contó en Educación Física que Ryan había dejado escapar que tenía una sorpresa para

ella en la fiesta después del partido. Eso le había levantado mucho el ánimo.

—¿Tú y Tony terminaron ese proyecto de arte? —me preguntó después de que hicimos ruedas por todo el largo del gimnasio.

No hablar de algo era una cosa. Pero odiaba mentir. Así que solo asentí con la cabeza e intenté llevar la conversación por otro lado. No quería quedarme sola en casa otra vez ese día, así que les pregunté a las chicas si les apetecían unos helados por la tarde.

—Claro —aceptó Lisa—. Podemos ir a lo de Charlie. Tony está trabajando de busboy hoy para quedar libre para la fiesta de este fin de semana. Seguro conseguimos helado gratis. —Me guiñó las cejas, sin darse cuenta de que el estómago se me había ido directo a los pies en ese instante.

Después de Educación Física me puse realmente nerviosa, porque había llegado el momento de enfrentarme a Tony y darle la bolsa con la sudadera dentro. Apenas podía concentrarme durante AVE y me preguntaba si estaría mirándome desde el fondo del aula o si había vuelto a ignorarme, igual que yo lo ignoraba a él.

Cuando sonó el timbre final y todos empezaron a guardar sus cosas, metí lo mío a toda prisa en la mochila, luego saqué la sudadera y me levanté de mi asiento. Al girarme, lista para caminar hacia el fondo del aula, choqué contra un pecho firme.

Curiosamente, bastó su aroma —el mismo de mis sueños salvajes de chica— para delatar a Tony sin que tuviera que levantar la vista. Pero cuando lo hice, casi me perdí en la profundidad de sus ojos azul cielo. Tragué saliva con dificultad, conteniendo la excitación no deseada.

Tony inclinó la cabeza, los labios apretados, pero la mirada cálida y llena de esperanza.

—Toma. —Le empujé la bolsa—. Es tuya. Sin esperar un segundo más, me di la vuelta y me apresuré a irme.

Buen trabajo, Sam, me dije, orgullosa de haber sido lo bastante fría como para no tartamudear ni delatar de otro modo mis nervios. No tenía por qué ver cuánto me afectaba, después de todo. Y santo cielo, sí que me afectaba.

Chapter 22

Tony

Sonaba "SAIL", de AWOLNATION. Estaba tirado en la cama, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, mirando el techo. Llevaba así los últimos cuarenta y cinco minutos. Y no había llegado a nada. Igual que anoche, cuando hice lo mismo… durante horas. Genial.

Lisa… Sam… Lisa… Sam…

Amaba a una. Y no lograba sacarme a la otra de la cabeza.

Nada tenía sentido.

—Ah, a la mierda —gruñí, incorporándome—. Ya era hora de ir a lo de Charlie. Tal vez trabajar mi turno esta tarde me ayudara a dejar de pensar en las chicas que en ese momento tenían mi vida patas arriba.

Me quité la camiseta y la dejé colgada en el respaldo de la silla del escritorio. Los fines de semana, Charlie quería que usara pantalón negro y camisa blanca, pero entre semana le daba igual. Mientras revisaba las camisetas del armario, recordé el choque con Sam después de AVE hoy. Me había devuelto la sudadera.

Había querido agarrarle la mano en ese momento y hacerla quedarse, obligarla a escucharme. Pedirle perdón. Pero la verdad era que ni siquiera habría sabido qué decir. Había tenido razón con toda la mierda que me tiró a la cabeza ayer. Me había leído mejor de lo que yo mismo me conocía.

De la bolsa de plástico sobre el escritorio saqué la sudadera negra que había llevado puesta en el bosque el fin de semana pasado. Aunque esa maldita cosa podría haberle servido de minivestido, a Sam le quedaba adorable. Sexy. El negro era su color. No porque combinara con su cabello alborotado, sino porque hacía resaltar sus hermosos ojos marrones. Ojos que se habían vuelto suaves cada vez que me miró en los últimos días.

Me llevé la sudadera a la cara y respiré hondo. El olor a detergente me recordó cómo olía ella cuando la llevé a mi cama.

Cerré los ojos y apreté la tela con más fuerza, enterrando la cara en ella.

La extrañaba.

Liz siempre estaba ahí para mí. Ahora era la novia de Hunter, pero cuando necesitaba a alguien, era la primera en aparecer y escuchar mis tonterías. Seguíamos pasando mucho tiempo juntos, los tres: íbamos al cine, nos enfrascábamos en batallas de videojuegos, íbamos a la playa y nos reuníamos en su casa todos los miércoles por la noche para ver *Vikings*. La veía en la escuela y, a veces, incluso en los entrenamientos de fútbol. Me encantaba tenerla cerca. Pero cuando no estaba, no pensaba en ella. Simplemente no hacía falta. Sabía que la volvería a ver al día siguiente, o al otro.

Con Sam era completamente distinto. Absorbía cada minuto que pasaba con ella y, cuando no estaba, las ganas de tenerla cerca crecían todavía más. No había nada que pudiera impedirme pensar en ella.

¿Por qué no pude decirle todo esto ayer, cuando me enfrentó por haberle mentido a Liz? Le habría gustado escucharlo. Tal vez le habría parecido más lógico que a mí ahora mismo. Porque, siendo sincero, estaba hecho un lío. Sabía que era posible amar a dos mujeres al mismo tiempo. Pero me preguntaba si eso de verdad se aplicaba a mí. No sentía que estuviera enamorado de las dos. Solo de una de ellas.

Miré el reloj de la muñeca. Mierda. Iba tarde. Me puse la sudadera a toda prisa, disfrutando un segundo más del olor familiar; luego me calcé las zapatillas y metí el celular y las llaves en los bolsillos. Algo ahí dentro se sentía raro. Me quedé inmóvil, mirando hacia abajo. Saqué mis cosas otra vez, las tiré sobre la cama y volví a meter las manos en los bolsillos.

¿Qué carajos? Había un montón de papelitos hechos trizas dentro.

¿Qué había metido Sam ahí? Saqué un puñado y examiné los pedazos, intentando entender qué eran. En algunos había líneas de lápiz; otros estaban completamente en blanco.

Saqué el resto y los amontoné sobre el escritorio, moviéndolos, dándoles la vuelta a algunos. Al cabo de unos momentos, encontré uno con mi inicial: mi marca en mis dibujos.

El corazón me dio un vuelco cuando por fin entendí qué era lo que Sam me había devuelto junto con la sudadera.

Chapter 23

Samantha

Susan pasó por mí más tarde y manejamos hasta el café del pueblo, el mismo donde había conocido a Tony por primera vez. Me temblaban un poco las rodillas, pero me repetí que podía hacerlo. Podía pasar una tarde con mis amigas sin sentirme mal por el chico que, en ese momento, trabajaba ahí como mesero.

Me sentí aliviada cuando entramos y no lo vi por ningún lado. Seguí a Susan hasta el fondo del café, donde Simone y Lisa ya estaban sentadas en una mesa cerca de la ventana, riéndose de algo que nos habíamos perdido.

Apenas nos sentamos con ellas, Susan apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Dónde está Tony?

—Ni idea —respondió Lisa—. Ya le escribí, pero no contestó.

En ese momento, su celular pitó sobre la mesa.

—En camino —leyó en voz alta, y luego nos miró con una mueca de desconcierto.

—No es propio de él llegar tarde a nada —señaló Simone.

Lisa se encogió de hombros. Yo intenté no escuchar.

Hablar de Tony era lo último que quería hacer en ese momento. ¿No podíamos simplemente pedirle a Charlie que nos trajera el helado de una vez? Por suerte, el hombre de mediana edad se acercó medio minuto después y anotó nuestro pedido en una pequeña libreta.

Charlie ya se había ido y llevaba la mitad de nuestros pedidos preparados cuando la puerta se abrió y Tony entró. El corazón se me subió a la garganta y los dedos se me cerraron alrededor del sobrecito de azúcar con el que estaba jugando. Llevaba puesta la sudadera negra que le había devuelto ese mismo día. No contaba con eso, pero me hizo agua la boca de una forma extraña.

Con las mangas arremangadas hasta los codos y la capucha amontonada sobre los hombros, se veía increíblemente atractivo. El color oscuro acentuaba su bronceado californiano y contrastaba con su cabello rubio y despeinado.

Como apenas había unos cuantos clientes más en el café, su mirada cayó primero sobre nuestra mesa. Un destello de dolor y enojo apareció en sus ojos al verme, tal vez por lo que había encontrado en los bolsillos. No supe cómo reaccionar, salvo apartar la vista lo más rápido que pude… lo cual ocurrió unos cinco segundos completos después de que nuestras miradas quedaran enganchadas.

—Tony, muchacho, llegas tarde —nos llegó la voz grave y profunda de Charlie.

—Sí, perdón —dijo Tony—. Me quedé atrapado en… algo.

—Ah, no pasa nada. Hoy no está muy lleno. Aquí está el pedido de la mesa nueve. Puedes llevarlo tú a tus amigos.

Mierda. Tony llegaría a nuestra mesa en apenas unos segundos, y yo no estaba lista para enfrentarlo. ¿Y si me decía algo? ¿Y si se quedaba a charlar con nosotras?

¿Y si simplemente se iba sin decir nada?

Ay, por Dios, mi bocota. ¿Por qué tenía que haber sugerido helado, además?

Le eché una mirada furtiva a Tony mientras estaba de espaldas en la barra. Y, una vez más, fue su sudadera lo que captó mi atención. Tal vez porque la había usado apenas unos días antes y sabía lo suave que era… y lo bien que olía. Dios mío.

Mi mirada subió hasta su cuello, donde el cabello le quedaba recortado por detrás. Con un poco de imaginación, todavía podía ver las gotas de agua de ayer deslizándose por los lados. Demasiado sexy. Me pasé la lengua por los labios. Oh, no. Tenía que dejar de pensar en eso, y rápido.

Forzando a mi mente a irse por otro lado, volví a concentrarme en mis amigas, escuchando a Simone, que nos contaba lo terriblemente celoso que Alex había estado actuando últimamente. Ninguna entendía por qué, porque Simone no le daba el más mínimo motivo para ello.

—Chicas —dijo Tony con voz animada un momento después.

Levanté la vista. Colocó los sundaes de chocolate frente a Susan y Lisa, pero sus ojos se quedaron fijos en mi cara, y no encajaban en absoluto con su tono sonriente.

¿Era una farsa? ¿Para no levantar sospechas? No les había contado a las chicas que nos habíamos vuelto a besar. Como ninguna había intentado sacarme información, asumí que Tony tampoco le había dicho nada a nadie. Seguro que no lo haría. Lo único que lograría sería arruinar sus posibilidades con Lisa si ella alguna vez terminaba con Ryan… cosa que yo dudaba profundamente que fuera a pasar. Pero esa era solo mi opinión. Tony probablemente rezaba todas las noches para que ocurriera.

Debía de ser lo mejor de su día encontrarla ahí sin su novio por una vez. Significaba que podía mirarla descaradamente sin que después lo mataran por eso.

Pero sus ojos seguían clavados en mí.

—Hola, Tony —apenas registré la voz de Lisa cuando habló—. Ryan no puede venir esta noche. Así que solo estaremos nosotros dos.

Al mismo tiempo, Tony y yo nos giramos hacia ella. ¿Perdón? No sabía que tuvieran una cita esa noche… aunque fuera en trío. ¡Y maldita sea, ni siquiera debería importarme! Pero oír que Tony iba a pasar la noche a solas con Lisa me revolvió el estómago.

Argh. No quería sentir esto. ¡Vete!, grité por dentro, pero el pinchazo de los celos seguía ahí.

—¿Y qué hace Hunter? —preguntó Tony, confundido, sorprendido, feliz como un loco… no supe distinguir qué.

—Está ayudando a Rachel y a Phil a mudarse. Compraron una casa en San Luis.

—Ah.

—¿Ah? ¿Y eso qué se supone que significa? —Lisa arqueó las cejas—. No me digas que tú tampoco planeas venir.

Miré a Tony, preguntándome por qué su "ah" había sonado tan inseguro, porque sí: había sonado inseguro.

Tony no se volvió hacia mí, pero me lanzó una mirada de reojo antes de responder:

—No puedo. Lo siento. Tengo un montón de tarea.

—¿AVE otra vez? —se quejó Lisa.

—Sí. Un proyecto pesado que tengo que terminar.

—¿No puedes hacerlo mañana? No quiero ver *Vikingos* sola.

—Ni hablar. Se entrega mañana.

—Qué horrible —se lamentó—. Tu tía no debería cargarte con tanta tarea.

No solo era horrible… era rarísimo, porque Caroline Jackson no nos había dejado tarea. En toda la semana.

—Entonces invita a alguna de las chicas —sugirió Tony, encogiéndose de hombros—. Seguro que a Simone le encantaría ir a ver a esos tipos buenorros contigo… si Alex la deja. —Le guiñó un ojo a Simone, que soltó una risita.

Nos dejó solas un segundo y volvió a la barra por el batido de fresa de Simone y mi sundae de vainilla, con cerezas encima.

Lisa nos miró con frustración.

—Chicas… ¿cómo pueden preferir la tarea a una noche con palomitas y vikingos guapos?

—Porque son chicos. Promételes una noche con Lara Croft y los tienes totalmente a tu disposición —señaló Susan, haciéndonos reír a todas.

Cuando Tony regresó y dejó los vasos frente a Simone y a mí, Lisa hizo un último intento:

—¿Seguro que no quieres venir?

Tony dudó un instante… un instante raro. Luego respondió:

—Seguro.

Lo raro fue que no la miró a ella al decirlo, sino a mí.

Y todavía más raro fue el cosquilleo que me recorrió el estómago en ese momento. ¿Había rechazado una invitación de la chica a la que amaba? ¿Una noche a solas con ella? ¿Por una tarea inventada? No lo entendía.

De manera sutil, para que solo Tony lo notara, alcé las cejas.

Su respuesta fue una leve inclinación de cabeza y apretar los labios. Luego se dio la vuelta y regresó detrás del mostrador para atender a otros clientes.

—¿Sam…? ¡Eh, Sam!

—¿Mm? —Giré la cabeza de golpe y me encontré con las chicas mirándome.

—¿Qué estás mirando tan embobada? —preguntó Simone, y luego se rió—. No, no me lo digas. Ya lo sé.

Un calor desagradable me subió a la cara. Intenté refrescarme con una cucharada de helado.

—Es una pena que no quiera venir a mi casa —me susurró Lisa, inclinándose hacia mí—. Pensaba invitarte también y hacer de celestina. —Dejó escapar una sonrisa cómplice alrededor de la cuchara en su boca—. Supongo que eso tendrá que esperar hasta el sábado.

Me quedé con la siguiente porción de helado detenida frente a la boca.

—¿El sábado?

—Sí. En la fiesta. Tony va a estar ahí… y tú también. Es la noche perfecta para ponerte un poco romántica con él. La pasaste tan bien en la pijamada, y luego él te besó, ¿no?

—Yo… Sí, me besó. —Hice una mueca, lamiendo el helado de la cuchara—. Pero no sé… No es así entre nosotros.

—Ah, no te hagas la conejita tímida. Te gusta —secundó Simone—. Es tan obvio que duele. Y el idiota también gusta de ti.

—Tal vez. —Suspiré—. Pero no de la manera que ustedes creen. O de la manera que yo quisiera.

Susan se inclinó hacia adelante, cerrando nuestro círculo totalmente obvio de *estamos hablando de chicos*, y dijo con un tono inusualmente serio para ella:

—Sé por qué estás dudando, Sam.

Todas la miramos.

—Crees que sigue enamorado de Lisa, porque te contamos toda esa basura del verano pasado. Pero ¿sabes qué? Creo que cambió de idea. Tú la cambiaste.

—Sí, ella tiene razón —dijo Lisa, señalando a Susan con su cuchara de mango largo, pero mirándome a mí—. Solo piensa en cómo me despachó hace un momento. ¿Tarea de arte? —bufó y puso los ojos en blanco—. Por favor. Como si eso alguna vez le hubiera impedido ir a mi casa. Te juro que, si se lo hubiera pedido la

semana pasada, habría estado en mi puerta diez minutos antes. —Luego me tocó el antebrazo y sonrió—. Por cierto, ¿qué hicieron ustedes dos ayer en su habitación? Se notaba que no estaban trabajando en otro proyecto de dibujo.

—Maldita sea, ¿qué les pasa, chicas? —me recliné en la silla, crucé los brazos sobre el pecho y entrecerré los ojos al mirarlas a todas—. Les juro que ni la CIA saca información como ustedes.

Ellas me devolvieron la sonrisa, y Susan señaló, como si fuera lo más obvio del mundo:

—A eso se le llama ser amigas, Samantha. Te conocemos mejor de lo que tú te conoces a ti misma. —Se metió el dedo índice en la boca y lo chasqueó, como hacían las cantantes en la canción "Lollipop"—. Acostúmbrate.

¿Acostumbrarme a un grupo de chicas locas que podían hacerme reír cuando, hacía apenas diez minutos, había pensado que me iba a poner a llorar?

Había que amarlas.

—La pregunta realmente importante ahora es si quieres nuestra ayuda con esto o no —exigió Simone, sorbiendo su batido de fresa con el popote.

—¿Puedo pensarlo un rato? —me quejé, clavando la cuchara en mi sundae—. En realidad no quería que nadie se metiera… pero tampoco quería herir sus sentimientos.

—Claro. Tienes dos minutos.

—¿Qué? —abrí los ojos como platos y miré a Simone.

Ella sonrió dulcemente.

—Un minuto con cincuenta segundos…

—Si digo que no, ¿me van a ayudar de todos modos? —Había cierta resignación en mi voz.

—Por supuesto —dijeron las tres al mismo tiempo.

Simone añadió:

—Lo tomaré como un sí. Así que déjame hacerle una llamada a mi chico.

—¿Llamar a Alex? ¿Por qué?

—Está en casa de Frederickson ahora mismo, y creo que ese tipo puede sernos útil hoy. —Apartó su batido, sacó el iPhone y

deslizó el pulgar por la pantalla dos veces. Luego se llevó el teléfono a la oreja—. Cariño, esta es una llamada de emergencia. ¿Puedes venir tú y Frederickson a lo de Charlie… tipo, ahora mismo? —Miró al techo mientras escuchaba la respuesta—. No, nada de eso. Solo trae tu lindo trasero para acá. —Una sonrisa se le dibujó en la cara—. Sam quiere ver a Nick. Te mando un mensaje con los detalles.

Sentí como si se me hubiera caído la cara. ¿Yo quería ver a Nick? ¿Estaba loca? ¿Qué iba a pensar Nick? Y, peor aún, no tenía ni idea de por qué se suponía que yo quería verlo.

—Reacciona, Sam —dijo Simone en voz baja mientras colgaba y luego tecleaba un mensaje con furia—. Hoy vamos a enseñarte cómo captar toda la atención de un chico.

No estaba del todo segura de querer aprender de ella, pero cuando las demás parecían tan entusiasmadas, cedí.

—Está bien. ¿Y cuál es tu plan brillante?

—Simple. Hoy te vas a divertir un poco. —Agarró su vaso y volvió a sorber con el popote, batiendo las pestañas hacia mí con una inocencia casi fingida—. Con otro chico.

—¿Perdón?

—Vas a coquetear con Frederickson. A él no le va a molestar. Sé que le gustas. Y ya verás cómo eso va a poner nervioso a Tony y hacerlo dudar. Al final del día va a estar como tu cachorrito.

Oh, no, quise quejarme. Sácame de aquí. Pero en ese momento Tony pasó para atender a unos chicos dos mesas más allá de la nuestra. Me hundí más en la silla, tratando de no seguirlo con la mirada mientras mi corazón marcaba un ritmo frenético en el pecho.

Las chicas entendieron de inmediato qué pasaba y todas me lanzaron su mejor mirada de *¿ves?*.

No mucho después de la llamada de Simone, Alex y Nick entraron al café riéndose a carcajadas, recorriendo el lugar con la mirada mientras nos buscaban. Vieron a Tony primero y se acercaron a saludarlo. No alcanzábamos a oír de qué hablaban, pero Simone gruñó por lo bajo:

—Más les vale que no se les ocurra contarle nuestro plan.

Entonces Tony soltó una carcajada también. Era un sonido increíblemente bonito. Uno que me hacía querer que me devolviera la mirada. Pero no lo hizo. Se puso a limpiar el mostrador, luego atravesó una puerta vaivén hacia una sala contigua, y los otros dos vinieron hacia nosotras.

—Hola, chicas, ¿qué tal? —dijo Alex, pasando una pierna por encima del respaldo de la silla de Simone y sentándose justo detrás de ella. La empujó hacia el borde, pero le rodeó la cintura con un brazo firme.

Nick jaló una silla de una mesa cercana, la volteó y se montó al revés junto a mí.

—Hola, chica finlandesa. ¿Qué es tan urgente como para que tuvieras que verme de inmediato?

Sí, ¿qué era eso, Simone?

Me encogí de hombros.

—Ehh… nada importante, la verdad. Entonces… ¿han estado jugando videojuegos?

Simone se dio un golpe en la frente contra la mesa.

—Ugh, Sam. Así no funciona.

—¿Qué? —protesté, alzando los hombros—. Es que no creo que esto sea buena idea.

—¿Qué cosa no es buena idea? —preguntó Nick, por supuesto.

Simone levantó la cabeza, se apartó el cabello de la cara y miró a Nick con expresión decidida.

—Está bien, ya que Sam no quiere hacerlo… ¿podrías coquetear un poquito con ella?

Nick la miró un par de segundos y luego inclinó la cabeza hacia mí, como si de verdad estuviera considerando la idea. Pero al final volvió a mirar a Simone, completamente perdido.

—¿Qué?

Simone gimió.

—Queremos que Tony vea que debería tomarse a Sam un poco más en serio, o se la va a llevar alguien más. Y necesitamos tu ayuda.

—Ni lo sueñes, amor —dijo Alex detrás de ella—. No puedes esperar que traicionemos a nuestro amigo.

—Sí puedo y sí lo hago. —Se acomodó entre sus piernas para poder mirarlo por encima del hombro—. Anoche tú mismo dijiste que Mitchell necesita una patada en el trasero para animarse a invitar a Sam a salir. ¿O no?

—Bueno, sí. Pero no quise decir que deberíamos engañarlo. O sea… al final es nuestro amigo.

—Sí —Nick me lanzó una mirada rara—. Sin ofender, Sam, pero no creo que le guste si yo me pongo a tontear contigo.

—Pero de eso se trata —explicó Lisa—. Si no le gusta, se va a dar cuenta de que le gusta ella más que solo como amiga. ¿Entiendes?

Los chicos se miraron un momento. Al final, Nick se encogió de hombros. Alex concluyó:

—Lógica rara de chicas.

—¡Oigan! ¿Yo también puedo opinar? —refunfuñé, porque no quería que nadie me ayudara a poner celoso a Tony. No quería a Tony celoso para nada. Caray, yo ya había terminado con él. ¿No podían entenderlo?

—¡No! —respondieron las tres al mismo tiempo.

Fantástico. Estaba jodida.

Nick se acercó un poco más a mí.

—Entonces, básicamente, ¿qué quieres que haga? ¿Sentarme contigo como Simpkins y Winter?

Arrugué la cara.

—De hecho, me sentiría muy incómoda si hicieras eso.

Él se inclinó hacia mi oído y dijo en voz muy baja, casi quejumbrosa:

—Creo que yo también.

Sonó demasiado tierno para alguien que medía más de un metro ochenta, y me hizo soltar una risita.

En ese momento, alcancé a ver a Tony mirándonos. Había vuelto de la otra sala y ahora estaba limpiando las pizarras del menú. Un músculo de su mandíbula se contrajo.

Dios mío. ¿Eso significaba que el plan estúpido de Simone ya estaba funcionando?

Tony dejó de limpiar. Nuestras miradas se engancharon a la distancia. Sus cejas se fruncieron formando una V profunda, pero esa mirada no era para mí. Miraba hacia mi derecha… justo donde Nick estaba sentado, cuando me pasó un brazo por los hombros.

—¡Hey, Tony! —gritó Nick—. ¿Puedes traerle una paleta a la chica? Dicen que ya le está dando abstinencia.

Después sentí el aliento de Nick en la mejilla cuando me susurró:

—Si Mitchell me mata por esto después, va a ser toda tu culpa.

—No mía. De Simone —le siseé.

Tony sacó una paleta del frasco de dulces del mostrador y se acercó. No dijo ni una palabra; solo la aventó sobre la mesa. Rebotó con un clic seco y me cayó en el regazo. Era de cereza. Arriesgándome a mirarlo con timidez, carraspeé con la voz ronca.

—Gracias.

No respondió. Se giró sobre sus talones, listo para irse otra vez, y Alex le preguntó algo sobre su clase de trigonometría, pero yo no pude poner atención, porque Nick me dio un empujoncito en el hombro.

—Oye, chica finlandesa, ¿vas a estar animando en nuestro partido de fútbol el sábado?

Aparté la mirada de Tony y miré a las otras chicas con cara de auxilio. Lo habíamos hablado una vez esa semana, pero aparte de Allie y otra chica que se llamaba Teresa, ninguna se sentía lista para eso. Y, además, yo me había perdido el ensayo de ayer.

—¿Ustedes van a ir? —les pregunté.

Simone se encogió de hombros. Lisa negó con la cabeza, tan insegura como yo me sentía.

—Creo que no —dijo—. Apenas logro mantenerme los pasos en la cabeza.

—Yo digo que nos saltemos este y animemos en el siguiente partido —propuso Simone—. Pero podemos ir a ver el juego juntas.

—Justo lo que pensaba —acepté.

—Ah, qué pena. —Nick se echó hacia atrás e hizo un puchero de la forma menos masculina posible—. Tenía muchas ganas de

verte bailar. Escuché que se ve… —su puchero se convirtió en una sonrisa ladeada—…hot.

Me reí.

—¿Y quién dijo eso?

Por una vez, Nick cerró la boca y miró a Tony, que todavía estaba junto a Alex. Seguí su mirada. Un silencio incómodo se estiró entre los chicos. Lentamente, los labios de Tony se curvaron en una especie de sonrisa falsa.

—Gracias, Nick.

—De nada —respondió Nick, con cara de presumido y feliz.

Chapter 24

Samantha

El jueves y el viernes fueron tranquilos. Gracias a Dios. Necesitaba ese respiro para calmar los nervios después de lo que había pasado con Tony. Ignorarlo —o, mejor dicho, no mirarlo en el colegio cuando mi mente parecía girar constantemente a su alrededor— se volvió cada vez más fácil. Susan dijo que me observaba mucho durante el almuerzo. Mientras no me hablara, no me importaba. Bueno, eso era lo que me repetía, al menos.

Llegaría un día en que probablemente volvería a hablar con él. Tal vez incluso salir con él y pasarla bien, como hacía con los demás. Pero, por ahora, ese día estaba empujado muy lejos, a un futuro en el que supiera que podía hacerlo sin tener que luchar contra el impulso de lanzarme a sus brazos.

También estaba agradecida por el descanso de Chloe. No hubo burlas de su parte durante el resto de la semana. Uf. Podía volver a respirar.

Pero estaba demasiado callada, y eso empezó a inquietarme. No confiaba en ella ni un poco, sobre todo después de lo que Tony me había contado —lo calculadora que podía llegar a ser—. Así que mantuve una distancia prudente.

El sábado me levanté temprano, porque las chicas y yo teníamos un plan. Los Bay Sharks se enfrentarían a los Rabid Wolves a las dos y media, y pensábamos ir al partido con los colores de nuestro colegio.

Como unos pantalones cualquiera y una camiseta azul no nos parecían suficientes, decidimos ir primero de compras juntas y luego encontrarnos con los chicos antes del partido para pedirles prestadas algunas camisetas viejas. Poco antes del mediodía volví a casa con unos jeans azul stone-washed de H&M, un par de zapatillas nuevas de color rojo oscuro y una bandana a juego en la bolsa. Ahora solo

me faltaba una camiseta de repuesto de Nick, que me había prometido prestarme el miércoles en lo de Charlie.

Después de ducharme y secarme el pelo con un estilo atrevido, levantando un poco las puntas, me puse la ropa nueva y, por el momento, una camiseta gris encima. Abajo, di una vuelta frente a mi tía.

—Te ves genial. ¡Me encantan esos zapatos! —exclamó—. ¿Te los acabas de comprar?

—Sí. Todas mis amigas se compraron los mismos. Para apoyar al equipo de fútbol del colegio.

En ese momento, Chloe entró a la sala, ya vestida con su camiseta de fútbol. Si hubiera sido un poco más mi prima y un poco menos mi enemiga desde que me mudé a su casa, le habría preguntado si podía prestarme una de sus camisetas. Pero estaba tan fría como siempre, así que decidí que mejor me quedaba con Nick.

—Parecen bastante caros —comentó Chloe con tono experto, señalando mis Nikes rojas con el mentón. Luego arqueó una ceja hacia su mamá—. Ahora me pregunto si ya sabemos quién tomó el dinero de tu cartera. Después me dedicó una sonrisa maliciosa y se fue a la cocina.

Me giré lentamente hacia mi tía.

—¿Qué se supone que significa eso?

Pamela hizo una mueca, claramente sin saber qué decir.

—Los doscientos dólares que me diste de parte de Jack el fin de semana pasado. Esta mañana fui a pagarle a Jab Jenkins por su trabajo, pero el dinero había desaparecido.

Se me secó la garganta.

—¿Desaparecido?

—Lo tuve en la cartera toda la semana. Pero esta mañana ya no estaba. Así que creemos que alguien debió haberlo tomado.

Se me abrieron los ojos.

—¿Y creen que ese alguien fui yo?

Pamela se acercó y me tomó de las manos, con una expresión sincera.

—¡Claro que no! Sé que no eres una ladrona, Sammy.

Suspiró, y tuve la sensación de que ni siquiera se había dado cuenta de hacerlo.

—Pero me dirías si el dinero que te manda tu mamá no te alcanza, ¿verdad? Quiero decir, si necesitas algo, puedes pedírmelo cuando quieras. Lo sabes.

Dios mío. Sí pensaba que yo lo había tomado. ¿Cómo podía creerlo? Si hubiera sido Jack quien me acusara, quizá me habría resultado más fácil aceptarlo. ¿Pero Pam? La quería como a mi propia madre. Jamás le robaría nada a ella —ni a nadie—. Nunca.

Las manos me empezaron a temblar. Me solté y di un paso atrás. La garganta se me cerró de dolor. Me costó un enorme esfuerzo mantener la voz firme y fría cuando dije:

—Después del partido voy a ir a la fiesta de una amiga. No hace falta que me esperen despiertos.

Luego me di la vuelta y me fui.

—¡Sammy! ¡Espera! ¡Sam…!

Ignorando su súplica, salí por la puerta y me alejé a grandes zancadas. La desconfianza de mi familia me atravesó hondo. La honestidad era uno de mis principios fundamentales, si no el principal. Pamela lo sabía. Me conocía. ¿Qué la había llevado a dudar de mí?

Tragué saliva, con la garganta apretada. Pero, por supuesto, sabía perfectamente quién había sido. Apreté los dientes y aceleré el paso. Esa había sido la gota que colmó el vaso. No iba a aguantarle ni una mierda más a Chloe. Haría que pagara por intentar arruinarme la vida.

Pero hoy no.

Hacía sol, el aire estaba cálido, y el día había empezado demasiado bien con mis amigas. Tenía ganas del partido de fútbol y todavía más de la fiesta en casa de Ryan después. Por fin había encontrado la manera de lidiar con el problema llamado «Anthony J. Mitchell»: no mirarlo y mantenerme lejos. Ahora simplemente me negaba a dejar que mi prima lo echara todo a perder.

Después de varias respiraciones profundas, por fin conseguí sacudirme el enojo y sacar a Chloe de mis pensamientos. Hoy iba a divertirme. Pasara lo que pasara.

Cuando llegué al campo de fútbol, algunos de los jugadores ya estaban allí, estirando, mientras otros corrían de un arco al otro para entrar en calor. Vi a Susan con ellos, y también a Sasha y a Alex. Allie y Simone estaban sentadas en la primera fila de las gradas. Las dos llevaban camisetas azul brillante con un tiburón rojo en la espalda, que habían conseguido gracias a Sasha y Alex.

Me uní a las chicas y me senté junto a Simone. Un momento después, Lisa y Ryan se acercaron caminando de la mano; Lisa también llevaba la camiseta de su novio. Nerviosa, recorrí el lugar con la mirada buscando a Nick. El partido empezaba en quince minutos y yo todavía tenía que cambiarme. Pero no se lo veía por ningún lado.

En cambio, mi mirada se posó en Tony. Estaba sentado en el banco del equipo, atándose los botines. Una vez más me golpeó lo increíblemente guapo que se veía con el uniforme celeste. Se acercó junto con algunos de sus compañeros. Mientras todas las chicas besaban a sus chicos y les deseaban suerte, Susan se inclinó hacia mí y dijo con voz grave y ronca:

—¿Y qué, Summers? ¿No quieres darme un beso para la buena suerte?

¿He dicho ya que amo a Susan? Con sus bromas inesperadas, podía sacarme una sonrisa incluso en las situaciones más difíciles. Y solo por eso, le lancé un beso exageradamente romántico, como si yo fuera una princesa y ella el mozo de cuadra. Todos se rieron. Incluso Tony luchó contra una sonrisa cuando le eché una mirada de reojo. Verla alivió un poco la opresión en el pecho provocada por lo ocurrido en casa.

Por un instante imposible, quise mandarle un beso a él también. Sin embargo, notó mi mirada y alzó las cejas, interrogante.

Sí, claro. Como si fuera a decirle que quería mandarle un beso.

Aparté la mirada de inmediato, pero el calor ya me había subido a las mejillas. Por suerte, en ese momento llegó Nick y, apurado, me lanzó un bulto de tela azul.

—Perdón por llegar tan tarde. Aquí está tu camiseta, Sam —dijo, un poco sin aliento.

Me apresuré detrás de las gradas para cambiarme la camiseta gris por la azul, pero cuando me miré, la decepción me cayó de golpe.

—¿Nick? —grité al volver con los demás—. ¿Cuántos años tenías cuando usabas esto?

—Catorce.

Al doblar la esquina, Lisa aspiró con fuerza y Simone se llevó una mano a la boca.

—Siempre has sido más bien alto, ¿no? —le pregunté a Nick con una mueca.

Me miró, frunciendo los labios.

—¿Tal vez con un cinturón y usándola como vestido corto?

—Ja. Ja. —Levanté el dobladillo de la camiseta desde mis rodillas—. Más bien parece un vestido de gala. Las mangas cortas casi me llegaban a las muñecas. Justo a mí se me ocurrió pedirle la camiseta al chico más alto del equipo.

Susan carraspeó y dijo, arrastrando las palabras:

—Tony tiene una.

—¿Qué? —Ni siquiera estaba segura de que me estuviera hablando a mí.

Mientras Tony la fulminaba con la mirada, molesto, Susan se encogió de hombros y soltó un suspiro dramático.

—Vamos —le dijo—. Sé que tienes una segunda camiseta en la mochila. Siempre te cambias a mitad del partido. ¿Te va a matar prestársela a Sam hoy?

Sin responder, Tony cruzó los brazos sobre el pecho.

—Por el amor de Dios, dásela de una vez —le espetó Lisa, poniendo los ojos en blanco—. Estamos haciendo esto por todos ustedes. Y no querrás que Sam parezca Casper el fantasma, ¿verdad?

Podía ser tan encantadora. Y logró arrancarle una sonrisa ladeada a Tony mientras me observaba durante un largo momento. Luego inclinó la cabeza, desafiante.

—¿La quieres?

Ah, mierda. Me mordí el labio inferior porque, seamos sinceros, la necesitaba.

—Claro que la quiere —intervino Simone.

Tony no apartó la mirada de mí.

—No te estoy hablando a ti, Simpkins —dijo con un tono amable pero firme.

Alzó una ceja.

—¿Ahora?

Tras otra respiración profunda, al final asentí, murmurando:

—Sí. Eso estaría genial.

Rodé los ojos, odiando que me hubiera hecho pedírsela.

Las comisuras de su boca se curvaron. Mientras iba a buscar su camiseta, yo fulminé con la mirada a Susan y a Lisa, que me sonreían con la expresión más dulce del mundo.

Tony regresó con la camiseta extra colgada del hombro. Tiré de ella para ponérmela, pero antes de poder rodear las gradas me sujetó de la muñeca. Me hizo girar hacia él, inclinó la cabeza y me miró a los ojos. Aspiré el aire con brusquedad. Al instante siguiente, su mirada se suavizó.

—No metas pedacitos de papel en esta cuando me la devuelvas —murmuró con voz grave, solo para que yo lo oyera.

—No va a pasar —respondí, luchando contra el temblor de mi voz—. Ya no tengo ninguno de tus dibujos.

Me solté y me alejé a grandes pasos detrás de las gradas otra vez, con el corazón golpeándome como un bombo. A salvo de la vista de los demás, no pude resistirme a aspirar el olor de la camiseta de Tony. Maldición… cuánto había extrañado ese aroma.

Me quité la camiseta de Nick y me puse esta. Seguía siendo demasiado larga, pero las mangas solo me llegaban a los codos y el dobladillo caía suelto a mitad de los muslos. Me la subí hasta el estómago, enrollé la tela alrededor de la mano y me hice un nudo casual al costado. Así pasó de camisón a un lindo top corto, dejando ver mi piercing. Mucho mejor.

Después de atarme la bandana al cuello, sacudí los hombros para parecer relajada antes de volver con los demás. Nadie —y menos que nadie Tony— debía saber lo emocionada que estaba por volver a llevar algo suyo.

Evité su mirada, me acerqué a Nick y le devolví su camiseta. Silbando entre dientes, me recorrió de arriba abajo con calma.

—Nada mal, Summers —ronroneó en voz alta, para que todos lo oyeran.

Sin saber si de verdad le gustaba lo que veía o si seguía con ese plan de «pongamos celoso a Tony», le dediqué una sonrisa despreocupada. Entonces Simone me sorprendió al exclamar:

—Diablos, Sam, ¡te ves increíble con eso! ¿Tú qué opinas, Tony?

Toda mi falsa calma se evaporó al instante. La sonrisa se me borró del rostro cuando me di vuelta. Las palmas de las manos se me humedecieron. ¿Qué iba a decir?

Me miró durante un largo rato. Varias emociones desfilaron por sus ojos, pero no logré identificar ni una sola con precisión. Luego su expresión se volvió completamente neutra.

—Bueno, es mejor que antes.

Se encogió de hombros, se dio la vuelta y salió al campo.

Durante unos segundos nadie dijo nada. Al final, Lisa chocó su hombro contra el mío y murmuró:

—Bah, ni le hagas caso. Es un idiota.

Tomé aire y mentí:

—No me importa.

Forzando el regreso de mi sonrisa despreocupada, subí al banco, besé a Nick en la mejilla y le deseé suerte para el partido.

Mientras los chicos salían tras Tony, las chicas y yo volvimos a sentarnos en las gradas. El partido empezó unos minutos después.

Probablemente no era el encuentro más emocionante del mundo, pero fue el primero que vi de principio a fin. Nuestro equipo jugaba realmente bien y se puso en ventaja enseguida. Ryan y Alex marcaron un gol cada uno dentro de los primeros quince minutos. Luego los Rabid Wolves les dieron la vuelta al marcador. Fue Chloe quien anotó después y volvió a empatar el partido.

Susan se veía adorable en el campo, pero no le pasaban la pelota muy seguido y tuvo aún menos oportunidades de tirar al arco. No importaba. Parecía estar divirtiéndose.

En la segunda mitad, Tony y Ryan estuvieron imparables: los dos metieron otro gol, dejando al otro equipo muy atrás. Lisa, Simone, Allie y yo saltábamos de nuestros asientos cada vez, gritando y silbando.

El ambiente entre los espectadores era increíble. Embriagador. Cada vez que los Bay Sharks anotaban, la gente empezaba a gritar:

¡Cuidado!
¡Dense vuelta!
Los Bay Sharks están en la cancha.
Vamos a ganar y ustedes van a ceder.
¡Atrás!
¡Miren alrededor!
Muestran los dientes, cuiden la espalda.
¡Los Sharks están listos para atacar!
¡Vamos, Bay Sharks!

Era el himno del equipo, y todos aplaudían y marcaban el ritmo con los pies.

Quedaban solo quince minutos por jugar cuando los Wolves, al parecer, decidieron que necesitaban cambiar a un estilo más agresivo si querían darle la vuelta al partido otra vez. Una de sus jugadoras fue con mala intención contra Susan cuando tenía la pelota. La chica, de cabello largo y rojo amapola, le dio una patada en la pierna, disfrazando la falta de accidente. Susan lanzó un chillido ensordecedor y se desplomó en el suelo, sujetándose la rodilla.

El corazón se me detuvo. Me llevé las manos a la boca, paralizada, mirando. Luego nuestros chicos corrieron hacia ella y me bloquearon la vista. Todo el mundo guardó silencio.

—¿Qué está pasando ahí? —susurró Allie, con la voz cargada de shock.

—No sé. ¿Vamos? —respondió Simone.

Me giré hacia ella con una mueca, sintiendo el mismo impulso.

—No creo que nos dejen.

Pasó una media minuto interminable hasta que por fin la gente se abrió y Ryan apareció cargando a Susan en brazos. La sentó en el banco del equipo y nosotras empezamos a acercarnos.

—¿Está bien? —disparó Lisa, ansiosa, hacia Ryan.

Por una vez, Ryan la ignoró. Se concentró en Susan mientras se agachaba frente a ella, agarrando el borde del banco con ambas manos y mirándole el rostro.

—No te levantes. Frederickson está llamando a tus padres. Ellos pueden llevarte al médico.

—No —se quejó Susan, con la cara roja y manchada—. No necesito un médico. Puedo doblar la rodilla. Solo dolió muchísimo cuando me pateó. Ahora el dolor está cediendo.

—No me importa. Fue un golpe feo. Quiero asegurarme de que no tengas ningún ligamento roto.

—Hunter tiene razón —dijo Simone, agachándose junto a él y apoyando una mano en la pierna sana de Susan—. Por un momento pensamos que esa perra te había reventado la rodilla.

—¡Hunter! ¡Quieren seguir! —gritó Sasha desde la cancha.

Ryan miró por encima del hombro.

—¡Ya voy! —Luego se levantó y abrazó brevemente a Lisa—. Cuídala hasta que lleguen sus padres. Y tal vez consíganle hielo para la rodilla.

—Yo lo traigo —dije, y me apuré hacia el enfriador de agua.

Me llevó un rato encontrar una caja lo bastante grande como para llevar un par de puñados de hielo triturado. Justo cuando terminé de llenarla, otro jadeo del público me hizo girar de golpe.

No sabía qué había pasado, solo que esta vez le había tocado a Tony. Estaba tendido boca arriba, con las rodillas dobladas y las manos cubriéndole la cara. Ryan se agachó y lo ayudó a ponerse de pie. Al parecer, esta falta —o accidente— no había sido tan grave como la anterior, porque Tony se alejó caminando por su cuenta después de hablar un segundo con Ryan. Pero cuando se giró hacia nosotros, se me cortó la respiración.

La sangre le corría de la nariz en dos gruesos hilos.

Volví apurada junto a Susan, le di el hielo para la rodilla y esperé con impaciencia a que Tony llegara hasta nosotros. Tenía la

mirada vidriosa, pero eso era normal cuando te golpeaban la nariz. Se limpió la cara con la manga y se sentó. Lisa lo atendió con un pañuelo que había humedecido con una botella de agua.

Tony tomó el pañuelo de su mano, echó la cabeza hacia atrás e intentó detener el sangrado.

—Tranquila. Es solo un sangrado nasal. No hay nada roto.

Al cabo de un minuto, se puso de pie.

—Voy a lavarme la cara.

Dio unos pasos en dirección al edificio del colegio y luego se detuvo. Tambaleándose un poco, se llevó una mano a la sien.

—Uff, me da vueltas la cabeza.

—¿Qué? ¿Por fin algo logró atravesar ese cráneo tan duro? —me burlé con voz irónica.

Solo cuando me dirigió una mirada lenta y sorprendida me di cuenta de lo que acababa de decir en realidad.

—Perdón —murmuré, haciendo una mueca—. No quise decir eso en voz alta.

Sus ojos se entrecerraron un instante al mirarme antes de alejarse, tambaleándose.

Suspiré, me apresuré a alcanzarlo y lo sujeté del codo.

—Vamos. Te acompaño al baño —dije.

Le pasé el brazo por encima del hombro y sentí cómo se resistía. No importaba. No estaba en condiciones de ir solo. Con mi brazo rodeándole la cintura, lo guié hacia la entrada del colegio y luego hasta el baño de chicos.

Tener su costado tan apretado contra el mío me hizo recordar cómo me había acompañado fuera del bosque el sábado pasado y lo bien que lo había pasado con él ese fin de semana. Deseando volver a ese momento, me pregunté dónde estaríamos ahora si no me hubiera besado el domingo. O de nuevo el martes. Tal vez seguiríamos siendo los buenos amigos que fuimos durante un breve tiempo.

Cuando nos detuvimos frente al baño, busqué su rostro.

—¿Puedo dejarte entrar solo?

—Claro, Summers. Soy un niño grande —se burló, y atravesó la puerta.

Apoyada contra la pared, conté los minutos en el gran reloj que colgaba del techo en medio del pasillo. Después de diez minutos, todavía no había salido y empecé a preocuparme. Con cautela, abrí la puerta y asomé la cabeza.

—Tony… ¿estás bien?

—Mm-hm.

Su gemido venía del suelo. Lo encontré sentado contra la pared, con las largas piernas estiradas sobre los azulejos blancos. Tenía la cabeza echada hacia atrás y dos pedazos de papel metidos en la nariz, empapados de sangre.

Abrió apenas los ojos cuando me acerqué y me agaché junto a sus piernas.

—¿Puedo hacer algo por ti? —pregunté, sin saber cómo ayudarlo.

Tony negó lentamente con la cabeza.

No tenía ni idea de qué hacer. Como parecía que solo necesitaba un minuto más para recuperarse, fruncí el ceño.

—¿Quieres que te deje solo?

Nuestras miradas se engancharon durante una eternidad. Luego volvió a negar con la cabeza.

Chapter 25

Tony

Sam se me quedó mirando. Debía verme fatal con el pañuelo metido en la nariz y la sangre en la camiseta. Quise alargar la mano, tomarle esa mejilla preciosa y decirle que no era tan grave como parecía, que no tenía por qué preocuparse. Pero, al ver que sí estaba preocupada, me quedé callado y me limité a disfrutar de su cercanía después de la semana horrible que había pasado sin ella.

—Puedo mojar otra vez esa toalla de papel, si quieres —ofreció.

Me la quité del cuello y se la di. Sam la tiró a la basura, sacó dos nuevas del dispensador, las mojó bajo el grifo y, por último, volvió a arrodillarse a mi lado. Con cuidado, me apoyó una mano en la nuca, haciéndome inclinar la cabeza para volver a ponerme las toallas frías y húmedas en el cuello. Yo obedecí.

Cuando Lisa había intentado limpiarme la cara antes, la detuve porque me hacía sentir débil y un poco como un niño incapaz de hacer esas cosas por su cuenta. Pero con Sam era distinto. En silencio, la observé y disfruté de todo lo que hacía por mí.

Presionó su mano contra mi cuello unos segundos. Gotas de agua helada me resbalaron por la espalda. ¿Cómo podía eso hacerme sentir tan caliente? Cuando me soltó, apoyé la cabeza contra la pared, me saqué los tapones ensangrentados de la nariz y los encesté directo en la basura. Aspiré una vez y me tragué el resto de la sangre.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Sam, con cautela.

Asentí.

Sus ojos bonitos se entrecerraron.

—Sabes que me vas a asustar si no dices algo grosero pronto.

Se me escapó una sonrisa.

¿Qué esperaba que le dijera? ¿Que, sin el pañuelo, por fin podía volver a oler su loción de vainilla y quería ahogarme en ese

aroma? ¿O que ver su piercing en el ombligo me recordaba el beso más sensual que había compartido con una chica?

Ninguna de las dos cosas parecía apropiada.

Cuando seguí en silencio, Sam resopló. Me gustaba ese sonido, aunque significara que otra vez la había frustrado.

Un segundo después, la puerta se abrió de golpe. Winter y Torres entraron a zancadas, recorriendo el lugar con la mirada.

Alex se acercó y me tendió la mano.

—Hey, hermano. ¿Qué tal esa nariz? ¿Alguna fractura?

—No lo creo —respondí, mientras me ayudaba a levantarme del piso.

Sam se puso de pie conmigo y se plantó con los puños en la cintura.

—Ah, ahora sí puede hablar… —Puso los ojos en blanco y luego me miró la cara; la frustración se le aflojó—. Creo que ya no me necesitas.

No tenía idea de cuánto quería que se quedara. Pero con el ambiente helado entre nosotros en los últimos días, no pensaba decírselo. Así que negué con la cabeza.

Sam apretó los labios, y sus ojos se pusieron tristes. Se dio media vuelta y caminó hacia la puerta.

Ok, eso fue una mierda de mi parte. Odiaba comportarme como un cavernícola.

—¿Sam? —dije por encima del ruido de Winter y Torres, que seguían haciendo payasadas, eufóricos por la victoria.

Cuando se giró, sostuve su mirada en el espejo grande sobre el lavabo.

—Gracias.

Esta vez, la que se quedó callada fue ella. Solo asintió una vez y salió por la puerta.

En ese mismo momento entró Hunter. Se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Hola, Sam —la saludó, con un leve asombro en la voz.

—Ryan —respondió ella.

Y se fue, y la puerta se cerró.

Hunter se acercó.

—Mitchell, ¿cómo va esa cabeza? No te vas a echar para atrás con el after hoy en la noche, ¿o sí?

Arranqué las toallas mojadas de mi cuello y alcé las cejas.

—¿Estás bromeando, güey? —El agua fría del grifo me enfrió las mejillas y se llevó lo que quedaba de sangre. Me sequé la cara con la parte de adelante de la camiseta—. ¿Cuándo me he perdido una fiesta en tu casa?

Ryan entrecerró los ojos, pensándolo.

—Cuando tu abuela vino a visitarte hace un par de años.

Le lancé una mirada irónica.

—Mi abuela no está en la ciudad este fin de semana.

—¿Y Sam?

—¿Qué pasa con ella?

—Ella también va a estar en mi casa hoy.

—Y…

—¿Te parece bien?

Me encogí de hombros.

—Sí, claro.

Hunter fue al fondo a orinar, luego regresó y se lavó las manos, preguntando con naturalidad:

—Sam se veía un poco frustrada cuando salió de aquí. ¿Cómo van las cosas entre tú y ella?

Winter y Torres, que ya iban de salida, se quedaron en silencio y se detuvieron en seco, como si también esperaran mi respuesta.

—Me está hablando otra vez.

—¿Eso es todo? —insistió Hunter.

—Parece que sí.

Alex lanzó una mirada aburrida al techo antes de empujar a Torres hacia la puerta. Cuando por fin nos quedamos solos, Hunter se giró, se recargó en el lavabo y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Muy bien. Ya se fueron. Ahora sí puedes ser honesto.

Le clavé una mirada fastidiada.

—¿Por qué siempre tienes que dudar de lo que te digo?

—Porque, Mitchell… yo… te… conozco.

Se me escapó un suspiro que me hizo sentir incómodamente como una chica. Apreté los dientes y fruncí el ceño.

—Sin ofender, Hunter, pero tú no sabes ni madres.

—¿Ah, sí?

—Obvio.

—Ok, entonces solo una suposición al azar… Ya por fin te diste cuenta de a quién quieres de verdad… y, para que conste, me alegra un chingo que no sea Lisa. —Soltó el aire, aliviado—. Pero ahora Sam está encabronada porque la besaste en un momento en el que ella no era la indicada.

Carajo. ¿Leía revistas para mujeres cuando se aburría o qué?

—Seguro cree que todavía estás enamorado de Lisa.

—¿Desde cuándo te volviste un experto, Hunter? —murmuré.

—Desde el verano pasado. Porque a mí me pasó lo mismo, idiota. ¿Te imaginas cómo me sentí cuando Lisa tardó tanto en decidirse? Ya estuve ahí… y no pienso volver jamás.

Guau. Nunca lo había visto así. Sí sabía de lo que hablaba. Y en mi vida ya había descubierto mil veces que no podía ocultarle nada a Hunter. Después de Lisa, siempre había sido mi mejor amigo. Incluso el orden se había invertido cuando ellos se hicieron pareja.

Sabía que debería sentirme afortunado de tener un amigo así. Alguien que me conociera por dentro y por fuera. Pero, sinceramente, a veces era una porquería.

—Esta noche es tu mejor oportunidad para ganarte su corazón. Una fiesta siempre es un buen lugar para ligar.

—No voy a ligar con Sam. Intenté explicarle, pero es una terca duendecilla que no escucha. —Su desplante en la escuela y, después, su coqueteo con Frederickson me habían abierto los ojos. No al hecho de que estuviera enamorado de ella, sino al hecho de que, para Sam, yo era fácil de reemplazar.

—Tal vez no lo intentaste lo suficiente como para que te escuchara. ¿Sabes qué, Mitchell? Creo que, a nuestra edad, no podemos darnos el lujo de ser flojos y solo esperar a que ellas se nos avienten. Si algo aprendí con Lisa, es que siempre va a haber otro tipo si no eres lo bastante rápido para aprovechar tus oportunidades.

—Es que ella es tan… —Frustrado, me pasé las manos por el pelo—. Deberías haberla visto con Frederickson en Charlie’s esta

semana.

Hunter apretó los labios.

—No está pasando nada entre ella y Frederickson. Ese tipo sabe lo que sientes por Sam.

—Tú no estabas ahí. No los viste.

—No tenía que estar ahí. Alguien más sí. —Sonrió con malicia —. Alguien muy cercano a mí.

Se me erizó la nuca.

—¿Qué te dijo Lisa? —exigí.

—No puedo decir.

—¿Por qué no?

—Porque lo prometí.

—Mierda.

Me recargué contra la pared y crucé los brazos. ¿Qué estaba ocultando? ¿Y por qué? Frederickson sabía que a mí me había gustado besar a Sam. Pero a él también le gustaba. Tal vez no tanto como a mí, pero sí lo suficiente. Y claro que se la ligaría si ella quisiera. Y a veces parecía que sí quería.

—Si de verdad te gusta —dijo Hunter—, al menos inténtalo una vez más. No les puede hacer daño a tipos rudos como nosotros, ¿o sí?

Sabía que lo decía para picarme, porque él me había contado cuánto había sufrido después de que Lisa lo mandó al carajo aquella noche tras nuestra pelea en su cuarto.

—Es que hay algo en ella —confesé—. Algo que me jala como un maldito imán. No puedo resistirme a tocarla cuando tengo la oportunidad… o a simplemente olerle el pelo.

—¿O a besarla?

Exacto.

—¿Por qué las chicas siempre tienen que oler tan rico? —me quejé.

Hunter me dio una palmada en el hombro.

—Porque están hechas de dulce, bro.

Riendo, salió por la puerta.

Chapter 26

Samantha

No quería volver a casa después del partido. Lo que había pasado allí antes no se había olvidado. Pero necesitaba cambiarme de ropa y quitarme la camiseta de Tony. Mientras la llevara puesta, él rondaba demasiado por mis pensamientos. Y eso era lo último que quería en ese momento.

Logré entrar a la casa sin que nadie me viera. Me cambié a toda prisa: me puse mis pantalones estilo militar, el top corto negro que se ajustaba con cordones en la espalda y una sudadera con capucha gris oscuro, dejándola abierta. Me calcé las Doc Martens y dejé los cordones sin atar. Luego agarré la camiseta de Tony y bajé las escaleras a escondidas para evitar que me vieran mi prima o sus padres. Como integrante del equipo de fútbol, Chloe estaría en la fiesta más tarde; no había forma de evitarlo. Pero más tarde era suficientemente pronto. No tenía por qué encontrarme con ella antes.

Por suerte, Lisa y Ryan habían acordado que yo llegara temprano para ayudar con los preparativos de la fiesta. Mantenerme ocupada era mi brillante plan para ese día.

Llegué a la casa de Ryan justo cuando él y sus padres estaban moviendo algunos muebles. Lisa abrió la puerta y me arrastró adentro con una sonrisa enorme en la cara. Estaba claramente emocionada: ese día cumplían tres meses y Ryan la había estado provocando con una sorpresa para más tarde. Me pregunté si tal vez sería un collar. Sabía que a Lisa le encantaría que él le regalara uno.

Cuando el señor Hunter me vio, se acercó y me puso una mano en el hombro.

—Samantha. ¿Cómo va esa pierna?

—Está bien, señor Hunter —respondí, y di un saltito juguetón, apoyándome de un pie en el otro—. Ningún problema.

—Perfecto, perfecto.

—¿Van a festejar con nosotros? —le pregunté.

El doctor hizo una mueca.

—No lo creo. Jessie y yo preferimos salir cuando hay fiestas. Más diversión para ustedes y menos dolores de cabeza para nosotros —susurró la última parte y me guiñó un ojo.

Cuando el señor y la señora Hunter se fueron de la casa un rato después, Lisa y yo entramos a la cocina y preparamos algunos bocadillos y platos con dulces para repartir por la zona de la fiesta. Todo el tiempo llevé la camiseta de Tony colgada del hombro. Simplemente no sabía dónde dejarla para que no se perdiera.

—Puedes dejarla en mi cuarto —me dijo Ryan después de un rato—. Luego se la devuelvo a Tony.

Me dio indicaciones para llegar a su habitación y subí a toda prisa.

Me negué a husmear en su cuarto, pero con solo verlo me gustó. Había un escritorio amplio color capuchino colocado contra la pared. A la derecha, cerca de la ventana, estaban la mesa de noche y la cama; a la izquierda, un enorme clóset. Un cuarto de chico: cool, pero acogedor.

Dejé la camiseta sobre la cama y volví a bajar para seguir ayudando a Lisa en la cocina. Ella todavía llevaba puesta la camiseta de Ryan y, por la expresión que él ponía cada vez que la miraba, era evidente que le encantaba.

A las siete y media, Susan me llamó para preguntarme si alguno de nosotros podía pasar por ella a su casa. Acababa de regresar del hospital. No tenía daños graves en la pierna, pero no le permitían conducir durante un par de semanas.

Mientras hablaba con Susan por teléfono, Ryan recibió una llamada de Tony. No dudó en encargarle a él la tarea de ir por Susan, porque nosotros todavía no habíamos terminado. Para entonces ya habían llegado unas veinte personas, y más seguían entrando por la puerta mientras hablábamos. No sabía qué esperar de esa noche, pero dejé de contar gente a medida que la multitud crecía.

La música retumbaba desde varios parlantes colocados alrededor del gran vestíbulo de entrada. Había mesas altas y

redondas, como en un bistró, con galletas saladas y bebidas. Quienes no se agrupaban alrededor de ellas o en los rincones del salón empezaron a bailar sobre el piso de baldosas, bajo la luz tenue.

Iba y venía de la cocina de los Hunter al vestíbulo, rellenando algunos cuencos de galletas, y luego atravesaba la multitud bailando para regresar.

Nick estaba apoyado contra el amplio arco que conducía a la cocina y al comedor. La camiseta naranja que llevaba ese día chocaba horriblemente con su cabello rojo, pero, combinada con sus pantalones gris oscuro, se veía increíblemente cool. Por primera vez me pregunté por qué no tenía novia.

Se sostenía contra la pared con una mano, bloqueando la entrada… y mi paso. Pero ni siquiera parecía notarlo mientras hablaba con Ryan y algunos otros chicos.

Contagiada por el ambiente de fiesta, no me molesté en pedirle a Nick que se moviera y simplemente pasé bailando por debajo de su brazo, como si estuviéramos jugando al limbo.

—Oye, chica Finn, ¿te estás divirtiendo? —me preguntó cuando volví a enderezarme.

Le sonreí por encima del hombro.

—Muchísimo.

Con pasos ligeros, bailé hasta donde estaba Lisa, agarré la lata de limonada que me ofreció y le di un trago.

—No tenía idea de que esto iba a ser tan grande. Ya debe haber más de cien personas ahí afuera.

—Sí… y eso ni siquiera es la mitad de los que se esperan —respondió Lisa.

Abrí los ojos como platos y miré a Ryan.

—¿Conoces a toda esta gente?

Ryan le dio un sorbo a su cerveza de raíz y luego pasó un brazo por los hombros de Lisa, todavía con la botella en la mano.

—No a todos, pero sí a la mayoría. A veces traen amigos o a sus hermanos. No me molesta. Ya sabes: cuantos más, mejor.

Sonrió y le dio un beso en la frente a Lisa. Ella se giró entre sus brazos y buscó sus labios, agarrándolo del cuello de la camiseta

negra con la que se había cambiado.

Sí… esa era mi señal para salir de la cocina. Nick me siguió, haciendo ruidos de arcadas.

—Nunca se van a cansar de eso, ¿verdad?

Lo miré de reojo y puse los ojos en blanco, divertida.

—Creo que no. No por un buen rato.

—Hablando de besuqueos, chica Finn… —me tomó de la mano y me hizo girar bajo su brazo—. ¿Cómo va tu plan con Mitchell?

Mi sonrisa se apagó.

—No es mi plan. Y tampoco va bien.

—Oh. ¿Y eso por qué? —me apartó un poco sin soltarme la mano y luego me atrajo de nuevo hacia él, atrapándome en un abrazo ligero—. El miércoles parecía bastante cabreado. ¿Eso no significa que el plan de tus amigas funcionó?

—En serio, Nick, no quiero que Tony esté cabreado. Y además, no quiero hablar de él.

Su mirada intensa en el baño esa tarde ya era bastante difícil de olvidar, incluso sin que nadie me lo recordara. Habían pasado dos semanas desde nuestro primer encuentro y yo todavía no sabía qué pensar de Anthony Mitchell. No había ido a casa de Lisa el miércoles… pero tampoco parecía capaz de decidirse. Si yo fuera inteligente, sacaría mi corazón de ese juego de una vez por todas.

—No debió haberme besado. Así que ahora solo intento olvidarlo.

Nick me apretó un poco más contra él y nuestro baile se volvió apenas un poco más sexy.

—Oh… si necesitas ayuda con eso —arrastró las palabras—, avísame.

Por el brillo juguetón en sus ojos y el tono desenfadado de su voz, supe que no hablaba en serio. Solo era su manera de intentar animarme.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí. Luego enredé una pierna con la suya, pegándome a él apenas un instante.

—¿Eso fue una oferta, grandote?

—Mi oferta siempre está sobre la mesa, chica Finn.

Me hizo girar una vez más.

En medio del giro, me detuve en seco.

Susan acababa de llegar y estaba justo frente a mí. Y, a su lado, estaba Tony.

Mi corazón entró en modo shock. La frase «en el lugar equivocado en el momento equivocado» adquirió un significado completamente nuevo en ese instante… aunque ni yo misma podía explicarme por qué me importaba tanto. Solté la mano de Nick.

—¡Hola, Sam! —gritó Susan por encima de la música.

Estaba apoyada en unas muletas, un pequeño detalle que había olvidado mencionarme por teléfono.

—Hola —respondí, pero mi mirada se había quedado clavada en los ojos fríos de Tony.

Me observó durante lo que duró una respiración. Luego avanzó hacia mí y su expresión se volvió impenetrable.

—Samantha —dijo con frialdad al pasar a mi lado.

Desapareció rápido entre la multitud.

Suspirando, apreté los ojos con fuerza. La mano de Nick cayó sobre mi hombro. Cuando lo miré, arrugó la cara.

—Voy a hablar con él.

—¡No, no lo hagas! Por favor.

No importaba si Tony nos había visto ni lo que hubiera interpretado de nuestro baile. Yo no era la persona adecuada para él y él no lo era para mí. Punto. Entonces, ¿cuál era su problema? Podía bailar con quien quisiera. Si el corazón de Tony seguía colgado de Lisa, no estaba en posición de mirarme como si fuera una traidora solo porque me estaba divirtiendo con un amigo. ¡Obvio!

Sugerí buscarle un lugar donde sentarse a Susan y, solo para evitar que Nick se hiciera ideas raras y fuera a buscar a Tony después de todo, le agarré la mano y lo arrastré con nosotras. Susan me contó que el doctor le había hecho unas radiografías en la pierna y que, al parecer, sí estaba un poco preocupado por sus ligamentos. Aunque no estuvieran desgarrados, los tenía completamente sobreestirados. Se suponía que las cintas de colores llamativos alrededor de su rodilla ayudarían con eso. Se subió la pernera del jean para que pudiera ver las tiras rosadas, enormes, como de monstruo. Si nada más, se veían súper geniales.

Cuando intentó levantarse para ir por algo de beber, la volví a sentar y me ofrecí a traerle una gaseosa del refrigerador. Nick le haría compañía mientras yo no estaba.

Abriéndome paso a codazos entre la multitud que se empujaba en el vestíbulo, me dirigí a la cocina, pero apenas crucé el umbral, me arrepentí.

Ryan y Tony estaban ahí, solos. Hablaban con urgencia… hasta que Ryan me vio acercarme y la conversación murió en una fracción de segundo. Cuando me sonrió, Tony también se dio vuelta.

Él no sonrió.

Los músculos de su brazo se tensaron cuando apretó con más fuerza el borde de la encimera. Se los veía contraerse bajo las mangas cortas de su camiseta blanca. Con un golpe de sorpresa, me di cuenta de que también llevaba los jeans rotos de aquella vez que yo había estado en su habitación. Los mismos que me habían hecho agua la boca.

Aparté la mirada y murmuré:

—Ehm… solo voy a agarrar una gaseosa para Susan.

Mientras pasaba apurada junto a los dos, ambas miradas me siguieron. Dios, jamás me había sentido tan cautelosa por interrumpir una conversación. Y eso me dejó más que segura de que habían estado hablando de mí.

Abrí el refrigerador, encontré una Coca, cerré la puerta de golpe y salí casi corriendo. Solo entonces me atreví a respirar otra vez. Ya en el vestíbulo, choqué con Lisa y Simone. Al instante, las chicas notaron mi incomodidad y engancharon sus brazos con los míos.

—Nena, ¿qué te trae tan nerviosa? —preguntó Simone, casi preocupada.

—Nada —respondí, seca.

Lisa se echó un poco hacia atrás mientras caminábamos y alcanzó a ver a los chicos en la cocina.

—Creo que ya sé —declaró.

Entonces las dos se miraron por encima de mi cabeza y, al mismo tiempo, dijeron:

—Tony.

De repente, Simone me dio un empujoncito hacia la izquierda y nos condujo a las tres hacia una mesa larga llena de comida y bebidas.

—Ya sé lo que necesitas.

—¿Pretzels? —puse cara de esperanza, porque ni loca iba a tomar alguna de las cervezas alineadas ahí.

—Nope. Vamos por las fresas.

—¿Fresas?

Tampoco sonaba mal. Excepto que las fresas estaban nadando en una piscina de *wine cooler*.

—¿Estás segura? —se quejó Lisa, frenándome y empezando una guerra de miradas con Simone—. El ponche de fresa de Claudia es una bestia. No quieres que Sam termine en la misma situación en la que estuve yo hace unos meses.

No tenía idea de qué quería decir Lisa, pero fue interesante ver el destello travieso en los ojos de Simone.

—A ver, ¿de verdad vas a decirme que esa no fue la mejor noche de tu vida? O más bien… —levantó y bajó las cejas—, ¿la mejor mañana después?

Lisa se rió.

—Es cierto.

Agarró un palillo y pinchó una de las fresas del tazón.

Pero antes de que pudiera llevársela a la boca, alguien le rodeó la mano desde atrás y le quitó la fruta.

—Oh, no. Ni lo sueñes.

Nos dimos vuelta y vimos a Ryan, que sacó la fresa del palillo con los dientes y se la comió.

—¿Y por qué no? —ronroneó Lisa, con una sonrisa traviesa que le cruzó la cara.

Ryan le tomó las manos, llevó sus brazos hacia atrás y le sujetó las muñecas con los dedos largos. —Eso ya lo hicimos una vez. No fue una gran idea, ¿te acuerdas?

Lisa alzó la barbilla, mirándolo de una forma que nos borró a todos los demás. —Yo solo me acuerdo de que después me cargaste hasta tu cuarto.

Inclinándose hacia ella, le susurró arrastrando las palabras al oído: —Puedo cargarte a mi cuarto ahora, si eso es lo que quieres. No hacen falta fresas —aparte de Lisa, probablemente yo era la única que lo había escuchado, porque estaba parada muy cerca—. O mejor aún, sacarte afuera y llevarte al columpio.

Cuando se agachó y levantó a Lisa, echándosela al hombro, ella chilló y le dio golpecitos en el trasero para que la bajara. Ryan se negó. Se dirigió hacia la puerta de atrás, riéndose de sus pataleos, pero entonces se dio vuelta una vez más.

—Cierto, se me olvidaba. ¿Sam? —

—¿Qué? —

—Tony te está esperando en la cocina. Quiere hablar contigo —Ryan puso cara de súplica—. Sé buena con el tipo. Está más confundido que nunca, y no me toca a mí explicarle todo.

Oh, no. El estómago se me cayó hasta los pies.

Alguien me empujó con suavidad en la espalda. Cuando me di vuelta, Simone me sonrió con su deslumbrante aire de modelo. —¿Qué estás esperando? Hunter dijo que Tony te está esperando. Seguro quiere invitarte a salir.

O… no. Por lo que yo podía juzgar, quería hablar de mí y de Nick y de las cosas que no habíamos hecho. Pero, ¿por qué demonios me daba tanto miedo de pronto? ¿No había decidido no darle importancia a Tony hacía apenas una hora? ¿Y también más temprano hoy… y ayer… y prácticamente todos los malditos días de esta semana?

Si quería saber qué pasaba entre Nick y yo, se lo diría con toda honestidad… nada. Porque no era asunto de Tony. Y si pensaba decirme que seguía enamorado de Lisa, no me interesaba escucharlo. Entonces, ¿para qué ir a verlo?

Simone respondió a mi pensamiento cuando me quedé clavada en el lugar: —Si no vas a hablar con él ahora, te vas a arrepentir el resto de la noche.

Solté un suspiro profundo. Tal vez tenía razón. Le pasé la Coca. —¿Se la puedes dar a Susan?

—Claro —Simone me arrancó la lata de la mano y me empujó en dirección a la cocina—. Ahora ve. ¡Y después me cuentas todos

los detalles!

Escuché su risa detrás de mí, pero enseguida la música fuerte la ahogó mientras caminaba de mala gana por donde acababa de venir. Al acercarme, alcancé a ver a Tony sentado sobre la encimera de la cocina, con la cabeza echada hacia atrás contra un gabinete mientras miraba el techo. Llegué hasta el arco de la pared, pero justo antes de entrar, el valor se me esfumó y me detuve en seco.

El tipo que estaba ahí dentro era un idiota. Había sido un idiota desde la primera vez que hablamos, y ni siquiera un beso —o dos— había cambiado eso. Había estado jugando conmigo mientras su corazón latía por otra persona. Por una amiga mía. De verdad, de verdad no quería hablar con él ahora mismo.

A punto de desaparecer entre la multitud, giré sobre los talones… solo que no lo hice lo bastante rápido. Tony inclinó la cabeza y me encontró justo cuando yo intentaba huir.

Me apresuré a alejarme, abriéndome paso a toda velocidad entre los que bailaban, cuando una silueta familiar a unos pasos delante de mí me hizo detenerme en seco, y el corazón se me hundió en el pecho. Reconocería esos tacones altísimos y ese minivestido negro en cualquier parte. Lo único perturbador era que el cabello de mi prima había desaparecido. No todo, pero sí dos tercios de su largo original.

¡Santo cielo!

Chloe hablaba con un chico de rastas y pantalones de cuero, pasándose la mano por el pelo recién cortado. Oh, esto era oro puro. Me dieron unas ganas enormes de acercarme, empujarla con tanta fuerza que cayera de nalgas y preguntarle si estaba intentando convertirse en mí por alguna razón. Pero este no era el lugar para empezar una pelea familiar. Eso no lo iba a conseguir de mí. No aquí, con todos mis amigos alrededor mirando.

Echando humo por los poros, me lancé hacia la izquierda y terminé frente a las escaleras anchas y sinuosas. Lo que sea. Esto era una escapatoria de Tony tan buena como cualquier otra. Subí corriendo, seguí por el pasillo y, después de dar un golpecito tímido en la puerta que no obtuvo respuesta, me deslicé dentro del cuarto de Ryan.

La luz de la luna se colaba por la ventana y teñía el cuarto con tonos fríos de azul. No encendí la luz porque no pensaba quedarme mucho. Solo un minuto… para recomponerme.

Me temblaban las manos y sentía demasiado calor. Enfurecerme por Chloe no iba conmigo. Aunque, en realidad, no era mi prima el centro de mis pensamientos en ese momento. Y otra vez. Y otra vez.

¡Maldita sea, Sam! ¡Contrólate! ¿Cómo era posible que Tony me hubiera desequilibrado por completo cuando yo había logrado sacar el corazón de ese juego estúpido?

¿Y si no lo lograste tanto?

Bueno, gracias, querido subconsciente. ¡Solo échame sal en la herida!

Solté un suspiro largo, consciente de que podía meterme en problemas si alguien me encontraba ahí dentro. Pero ¿a dónde más podía ir? "A casa", me respondió la mente. De pronto, estaba más que lista para irme. Estaba cansada. La última semana me había dejado agotada más de lo que estaba dispuesta a admitir, sobre todo por las últimas acusaciones de mi tía y mi tío.

Fuera cual fuera el plan de Chloe, necesitaba hablar con Pam y aclarar las cosas. Si no, no iba a pasar ni un momento medianamente agradable en esa casa durante los próximos cuatro meses. Pero ahora mismo, lo único que anhelaba era llegar a mi cuarto y meterme debajo del edredón.

Lista para irme, barrí el cuarto con una última mirada, y se me quedó enganchada en la camiseta de Tony, que aún estaba sobre la cama donde la había dejado. Tal vez este era un buen momento para devolvérsela e irme.

O irme… y devolvérsela después.

Agarré la camiseta y cerré la puerta en silencio detrás de mí. Con el corazón pesado como una piedra, bajé las escaleras; la música se hacía más fuerte mientras yo bajaba la mirada, concentrándome en cada paso lento que daba.

Chloe andaba por algún lado entre la gente abajo. Seguro se la estaba pasando genial. Nick también, y Simone y Allie. Susan quizá no tanto con sus muletas, pero Ryan sin duda le estaba dando a Lisa

una gran noche en el jardín. ¿Por qué yo era la única que se sentía deprimida? ¿Por qué me torturaba el pecho con una punzada dolorosamente triste mientras todos los demás se divertían? Esto era tan injusto.

A pocos escalones del final, levanté la mirada de mis pies. Y ahí estaba mi respuesta. Con la espalda apoyada en la pared, los brazos cruzados sobre el pecho, una pierna doblada con la suela del zapato contra la pared. Tenía la barbilla baja, y los mechones rubios le caían hacia adelante, sobre los ojos, mientras ladeaba la cabeza para mirarme.

—Tony —dije, sorprendida, bajando un escalón más. Luego dudé.

—No me lo estás poniendo fácil para poder hablar contigo esta noche.

—No sabía que lo estabas intentando.

—Mentira —su voz sonó demasiado suave.

Abrí la boca para contradecirlo, pero no me salió absolutamente nada. Así que la cerré otra vez.

—Creo que subiste por una razón. ¿No? —Tony se despegó de la pared y subió las escaleras hacia mí.

No podía hablar con él ahora. No con la cabeza dándome vueltas como loca por… bueno, por todo lo que había pasado en las últimas dos semanas. Intentando escapar, me hice a un lado para esquivarlo, apuntando primero a la parte baja de las escaleras y luego a la puerta. Pero no llegué ni a la mitad de eso.

Tony levantó los brazos, agarró la baranda con una mano y apoyó la otra contra la pared, quedando justo un escalón debajo de mí y cortándome el paso por completo. Lo más loco de todo era que ahora estábamos frente a frente, a la misma altura.

—¿No es así, Sam? —repitió despacio.

—Y-yo… fui a buscar tu camiseta. Estaba en el cuarto de Ryan —tartamudeé, dando un paso hacia atrás, apretando su camiseta con más fuerza.

Tony avanzó hacia mí.

—Oh, no —casi se rió—. Yo creo que estabas escondiéndote de mí.

—¿Escondiéndome? —Se me abrieron los ojos, no por confusión ante su conclusión equivocada, sino porque había dado en el clavo.

—Sí. Escondiéndote. ¿Por qué estás tratando de evitarme, Samantha?

Maldita sea, ¿podía dejar de decir mi nombre con ese arrastre tan sensual? Me hacía temblar las rodillas.

—Solo… no creo que quede nada de qué hablar.

—Claro —ahora se rió, un sonido amargo—. Ya se dijo todo, ¿no?

Para mí, eso era cierto.

—Eso parece. Ahora, si no te molesta, quiero ir por mis cosas e irme a casa.

Mierda. Eso me salió en un graznido tembloroso.

—¿Te quieres ir? —Tony inclinó la cabeza, pero sus manos siguieron donde estaban—. ¿Tan temprano? ¿Ya no vas a bailar con Nick esta noche?

—No hay nada entre Nick Frederickson y yo —solté antes de siquiera pensarlo.

—Lo sé. No pasa nada entre ustedes dos.

—¿Lo sabes?

—Sí. Frederickson es uno de mis mejores amigos —resopló, como si no entendiera cómo podía no haberlo notado—. En la situación actual, jamás te tiraría la onda.

La situación actual. Claro. ¿Y eso qué era exactamente?

—Pero eso nos lleva a una sola conclusión —continuó Tony, entrecerrando los ojos—. ¿Estás intentando darme celos, Sam?

Uf. ¡No! Al menos no a propósito. —Si pasó… —hice una mueca —. ¿Funcionó?

—Bueno, sí… —Tony lanzó una mirada incrédula al techo, sacudió la cabeza y sonrió para sí—. Dolió.

—Oh. Lamento escuchar eso.

La sonrisa seguía en sus labios.

—¿De verdad?

No. En realidad, mi corazón dio dos mortales hacia atrás con esa confesión. Pero ese era mi secreto. —No quiero ser un problema

para ti.

Sus facciones se endurecieron, serias, totalmente sinceras.

—La cosa es que me siento fatal cuando no estás conmigo.

Santo Dios… ¿acaba de decir eso? ¿En voz alta?

Tony apartó las manos de la baranda y de la pared, y se las metió en los bolsillos. Si yo quería, podía pasar. Me estaba dando a elegir.

Elegí quedarme. Por ahora. Pero me crucé de brazos sobre el pecho, todavía apretando su camiseta, y lo fulminé con la mirada, los labios apretados. Luego ladeé la cabeza.

—Dices eso ahora. Pero nadie sabe cuándo vas a cambiar de opinión otra vez. Me besas. Lo odias. Me besas de nuevo. Te arrepientes, porque estás enamorado de Lisa. ¿Qué sigue? ¿Me besas y luego te sales de la clase porque no soportas mirarme?

Sus cejas se fruncieron formando una V profunda, acusadora.

—No me arrepiento de besarte. Y por supuesto que no lo odié. De hecho, pensar en besarte es lo que me vuelve loco estos días —su suspiro fue mi perdición—. No puedo parar.

—De verdad, Tony, no entiendo qué quieres de mí. Te gusta besarme, está bien, pero me dijiste que no quieres más.

Intenté contener la frustración que me subía… y fallé.

—No estoy para tus tonterías, en serio. Dijiste que te gustaba pasar el rato conmigo. Perfecto, hagámoslo.

Yo misma me había ido metiendo en una furia, hablando cada vez más fuerte, clavándole la mirada a Tony con el ceño fruncido.

Por alguna razón, eso lo hizo sonreír, y eso me enfureció todavía más.

—Pero ya ni siquiera creo que pueda hacer eso —gruñí—, porque cada vez que estoy contigo me haces girar la cabeza y siento que pierdo el piso y, y, y…

¡Mierda! ¿De dónde salió eso?

—Ay, ya cállate, Bungee —Tony me sostuvo el rostro entre las manos y se inclinó, apretando sus labios contra los míos.

Su suavidad me tomó desprevenida. Me dejó sin aliento. Con los ojos bien abiertos, vi que él los había cerrado, entregándose por

completo a ese beso. La imagen me sacudió y me despertó por dentro. Me había elegido a mí por encima de Lisa.

Su camiseta se me resbaló del puño y cayó sobre las escaleras. Alcé las manos y le rodeé las muñecas con los dedos; cerré los ojos también, hundiéndome en su beso seductor.

Solo un instante después, Tony se apartó apenas y me miró directo a los ojos.

—No voy a… jamás… arrepentirme de esto —susurró.

Ay, demonios… me tentaba con todas sus fuerzas a creerle. Quería caer contra él, rodearlo con los brazos y no soltarlo nunca. Pero no podía hacer eso. En vez de eso, le advertí en un susurro:

—Más te vale que no, Anthony Mitchell, porque yo no soy uno de tus juguetes para que juegues cuando te aburres.

Deslizó los pulgares por mis pómulos.

—Acabas de convertirte en mi único juguete, Sam.

Y entonces sus labios volvieron a estar sobre los míos. Con la lengua, recorrió la línea de mi labio inferior, lo mordisqueó con suavidad, luego lo atrapó entre sus labios y lo succionó despacio. El sabor de la Cherry Coke me estalló en la boca. El beso se intensificó rápido, haciéndome perder el control cuando nuestras lenguas se rozaron. Al principio con cautela, y luego Tony se puso más audaz, yendo por lo que de verdad quería.

Enredó su lengua con la mía, recorriéndome la boca, hasta que sentí que flotaba medio metro sobre el suelo. Ya no escuchaba música ni ruido de fiesta. Estaba perdida en él.

Donde su mano cálida me había tocado la mejilla, quedó un punto frío cuando la apartó y hundió los dedos en mi cabello, sujetándome la nuca con una firmeza suave. Me jaló con más fuerza contra él.

Solté sus muñecas, le puse las manos en la cara y acaricié la piel lisa de sus mejillas, sintiendo cómo se le tensaban los músculos de la mandíbula mientras me besaba hasta dejarme sin sentido.

Tony pasó los nudillos por mi mandíbula y siguió bajando para acariciarme el cuello, haciéndome cosquillas primero y luego quemándome la piel de ganas por su contacto. Bajó las manos hasta mi espalda, donde se deslizaron entre la sudadera y el top de abajo,

y me atrajo con delicadeza hacia él. Cuando sus dedos cálidos se abrieron en la curva de mi cintura, tocándome la piel desnuda, encendió un escalofrío en la nuca que me recorrió entera hasta la punta de los pies.

Mis manos se deslizaron hasta su pecho. Podía sentir el latido de su corazón ahí. Golpeaba tan rápido como el mío.

Aturdida y sin aliento, rompí el beso, pero en cuanto lo hice, noté sus ojos felices clavados en mí. Una sonrisa me tironeó de las comisuras. Tony me apartó el flequillo de la cara y volvió a acomodar la palma en mi mejilla. Cuando se inclinó, pensé que iba a besarme otra vez. Pero, en cambio, dejó un beso suave justo debajo de mi oreja y susurró:

—¿Te animas?

—¿A qué?

—A lo de ser mi novia…

Chapter 27

Samantha

Mi corazón dio un salto. Tony quería que fuera su novia. Me lo había pedido. ¿Cómo no iba a decir que sí?

Solté una risita y apoyé la mejilla contra la suya. —Solo si puedo quedarme con tu camiseta.

Me soltó, se inclinó y la tomó del escalón detrás de mí. Luego me la ofreció con una sonrisa burlona. —De todos modos, te queda mejor a ti —dijo. Cuando tomé la camiseta, él entrelazó sus dedos con los míos con total naturalidad—. ¿Bajamos? ¿Qué te parece?

—Me parece que ahora quiero una Cherry Coke.

—De acuerdo —rió—. Vamos a buscarte una.

Se dio la vuelta y comenzó a arrastrarme escaleras abajo. Y fue entonces cuando me di cuenta de que, en realidad, no estábamos solos en ese lugar. La gente seguía moviéndose, bailando y charlando, pero algunos estaban apoyados contra la pared del otro lado del salón, con caras conocidas vueltas hacia nosotros, observándonos.

—Parece que tuvimos espectadores —dijo Tony por encima del hombro, como dándose cuenta al mismo tiempo que yo.

Me ardieron las mejillas. —Al menos parece que disfrutaron el espectáculo.

Lisa tenía las manos apretadas contra la cara, con una expresión adorablemente arrugada. Hunter me guiñó un ojo y luego le levantó el pulgar a Tony. Alex Winter sostenía a una Simone que se reía a carcajadas, y Susan tenía el brazo enlazado con el de Nick, que se veía tan feliz como los demás.

Tony apretó mi mano. —Oh, sí, estaban esperando esto con ansias.

Les sonreí radiante cuando Tony no miraba. Pero no muy lejos de nuestros amigos, encontré otro par de ojos clavados en nosotros.

Ojos celosos. Ver a mi prima furiosa hizo que se me hundieran los hombros.

Chloe avanzó arrastrando los pies hacia nosotros justo cuando llegábamos al último escalón. Cuando Tony la vio por primera vez, sentí cómo se le tensaban los músculos. —Joder, Summers, ¿qué te pasó en el pelo?

Se está transformando lentamente en mí —quise decirle—, pero me contuve.

Chloe apretó los dientes y le respondió con una mirada asesina. Luego se volvió hacia mí. —¿No hacen una pareja preciosa ustedes dos? —La dulzura empalagosa chorreaba de su voz.

—Métetelo por donde te quepa, Chloe —espeté—. No es asunto tuyo.

Mierda, con esos zapatos era tan alta como Tony, y tuve que echar la cabeza hacia atrás para mirarla a la cara.

—Claro que es asunto mío cuando este imbécil va a mi casa y se acuesta con mi estúpida primita.

Se me abrió la boca. ¿Qué demonios la había llevado a decir algo así?

Pero, obviamente, aún no había terminado. Cruzó los brazos bajo el pecho y me miró por encima de la nariz, echándose un poco hacia atrás y exhibiendo su desprecio. —Espero que lo disfrutes. Habilidades mediocres, lo siento decir. Pero claro, tú te conformas con poco, ¿verdad? No exiges demasiado mientras él esté dispuesto a dejarte seguirlo como una cachorrita aburrida. Eres tan patética, Samantha —su voz se volvió baja y helada—. Pero supongo que eso los convierte en la pareja perfecta.

El horror se me atascó en la garganta. Tuve que tragar saliva antes de poder decir algo. Pero cuando hablé, lo hice lo bastante fuerte como para que el resto del salón lo oyera. —¿Por qué eres tan imbécil, Chloe? ¿Qué te hice yo para que quieras arruinar cada uno de mis momentos felices? Probablemente ni siquiera te das cuenta de que los celos sacan lo peor de ti. ¿Por qué no te largas de una vez de mi vida? —Avancé un paso y añadí, con la voz mortal—: ¿Y qué sabes tú de las habilidades de Tony? No es como si alguna vez…

—¡Sam! —La mano de Tony se cerró con fuerza alrededor de la mía, cortándome la circulación en los dedos. Me jaló hacia atrás. Lo miré por encima del hombro; con la mirada dura articuló en silencio —: Me lo prometiste.

—Pero…

—No, Sam —aflojó un poco el agarre, pero no me soltó—. No vale la pena.

Pasó un segundo. No entendía por qué no me dejaba defender su honor. Pero al final no importaba. —Tienes razón —dije, dándole la espalda a Chloe y volviéndome hacia él—. Vámonos de aquí.

Lo jalé conmigo y salimos afuera.

En cuanto la pesada puerta se cerró a nuestras espaldas, la música se apagó hasta convertirse en un murmullo lejano. Un viento fresco me revolvió el cabello alrededor del rostro mientras bajábamos hacia la calle. Al soltar por fin a Tony, me pasé las manos por la cabeza y alcé la cara. Miles de estrellas salpicaban el cielo. El silencio era reconfortante. Suspiré.

Un brazo suave se deslizó alrededor de mis hombros y me atrajo contra un pecho cálido. Estar tan cerca de Tony, sentirme sostenida por él, me hizo erizar los vellos de la nuca.

Con voz baja, me dijo al oído: —Siento toda la basura que te tiró encima.

—Todavía no te ha superado —murmuré contra la tela de su camiseta.

—Parece que no.

—¿Es raro que me dé pena, por más horrible que haya sido con nosotros allá dentro?

—Para nada. Puede peinarse como tú todo lo que quiera. Tu compasión siempre será la gran diferencia entre ustedes dos.

Rodeé su cintura con los brazos, disfrutando de la caricia que me daba en la nuca. —Entonces tú también lo crees. Está intentando copiarme, ¿no?

—Ajá.

—¿Pero por qué? Me odia —me quejé.

—Tal vez sí. Pero creo que también te adora. ¿Sabías que la imitación es la forma más sincera de halago?

Levanté la cabeza y lo miré con escepticismo. —¿Y eso de dónde lo sacaste?

Tony sonrió, aflojando la tensión que sentía en mi interior con facilidad. —Datos. Soy trekkie.

¿Lo era? Al darme cuenta de que todavía sabía tan poco de él, lo abracé con más fuerza. —Entonces te encanta Star Trek… ¿y qué más?

Lanzó una mirada al cielo, pensativo. —Galletas de queso con mayonesa, por ejemplo. Los perros. Y los videojuegos. —Volvió a mirarme con una sonrisa ladeada—. Y ese top negro tan sexy que llevas ahora.

Eso me hizo reír.

Nos alejamos caminando, de la mano. Cuando llegamos al coche de Tony, o más bien al de su madre, dijo: —¿Quieres que te lleve a casa?

—Mmm, no, gracias. Creo que hoy voy a caminar. —Necesitaba calmarme antes de volver a casa de mi tía. Tony frunció los labios en un puchero. Se veía tan dulce que me dieron ganas de besarlo en la punta de la nariz—. Pero si quieres —añadí en voz baja, esperanzada —, puedes acompañarme caminando.

Su puchero desapareció al instante y las comisuras de sus labios se alzaron. Oh, sí, le gustaba.

Caminé despacio, porque no quería llegar demasiado rápido a casa de mi tía. Deambular en la oscuridad con Tony me resultaba tentador. Balanceaba nuestras manos entrelazadas, pasando el pulgar por mis nudillos. Al principio no hablamos mucho, lo cual era una pena, porque lo único que faltaba para que ese momento fuera perfecto era el sonido de su voz y su risa.

Pensar en ello me hizo recordar el domingo pasado, cuando me llevó a casa de su tía. Aquel día con él y los caballos había sido uno de los mejores de mi vida. Con ese recuerdo también volvió a mi mente la imagen del dibujo que me había hecho esa tarde. El que yo había destrozado.

—Siento haber hecho trizas tus dibujos —dije en voz baja.

Tony me miró de reojo. —¿Por qué lo hiciste?

—Porque pensé que te odiaba.

—¿Pensaste?

—Sí, bueno… —Alcé nuestras manos entrelazadas para que las viera—. Obviamente, no era cierto.

Sonrió al oír eso. —No te preocupes, Bungee. Tengo uno o dos dibujos más de ti.

Se me aflojaron los hombros. —¿La bruja?

—No, la bruja no —frunció el ceño, mirando a lo lejos—. Ese lo hice trizas yo mismo el otro día.

—¿De verdad? —Eso sí que era noticia. Una buena noticia—. ¿Entonces cuál?

—Ajá… no pienso decirlo.

—Vamos, por favor —supliqué, dando unos pasos hacia atrás y bailoteando delante de él—. ¿Cuándo me dibujaste?

Con una sonrisa grande y redonda, Tony me atrajo a su costado y me rodeó los hombros con el brazo, sin soltarme la mano. —El primero que dibujé después de verte practicar con las porristas por primera vez.

Fruncí el ceño. —Eso fue…

—El martes. Tu segundo día en la escuela.

Cuando la información terminó de asentarse, me detuve en seco. Su mano cayó de mi hombro. —Eso fue antes de que la señora Jackson nos diera aquella tarea sobre villanos. —Me volví para mirarlo—. ¿Por qué me dibujaste entonces? ¿Y qué dibujaste?

Una sonrisa astuta se deslizó por su rostro. —No, Summers. No vas a conseguir que te lo diga ahora mismo.

—Ryan dijo que se veía bastante increíble —murmuré, recordando cómo me había encontrado bajo el árbol, llorando.

—Sí, él fue el único que de verdad los vio. O uno de ellos.

—¿Me los vas a enseñar? —supliqué cuando mi curiosidad de verdad empezó a matarme.

Obviamente, ya sintiéndose un poco incómodo, se rió. —Tal vez. Algún día.

Genial, eso no era un no, así que solo hacía falta un poquito más de insistencia. Y yo tendría muchísimo, muchísimo tiempo para eso… ahora que era mi novio. Dios mío bendito… esa palabra sola,

combinada con Tony, hizo que millones de mariposas emocionadas explotaran en mi estómago.

Sin darse cuenta de que yo me estaba convirtiendo en un parque de diversiones para mariposas, Tony tiró de mí para seguir caminando. —¿Por qué usas pantalones de camuflaje todo el tiempo? —Yo sabía que había cambiado de tema para no molestarse más con los dibujos.

Lo dejé pasar. —¿Y por qué no? Me gustan. Y nunca sabes cuándo pueden ser útiles.

Alzó las cejas, bajó un poco la barbilla y me miró con desconfianza. —¿Útiles? —repitió, seco.

—Sí. Mira, si algún día necesito esconderme de alguien, solo me meto aquí… —Para demostrarlo, di un saltito y me metí en uno de los arbustos del jardín de alguien, abriendo los brazos en una pose ridícula de ta-dá—. Y nadie puede verme. Eso es todo. Soy un arbusto.

La risa de Tony me hizo saltar el corazón. —Ven acá, arbusto —dijo. Me tomó de la mano y me sacó a tirones de entre las hierbas, pegándome contra su pecho. Mirándome desde arriba, me quitó una ramita y unas hojas del cabello, luego acomodó un mechón detrás de mi oreja—. Sabes que estás loca, ¿no?

Yo le sonreí.

Al mismo tiempo, su celular sonó dentro del bolsillo. Un silbidito. Lo sacó, miró la pantalla y escribió un mensaje.

—¿Quién te está texteando? —pregunté.

—Hunter quiere saber dónde estoy —dijo. Cuando terminó, volvió a entrelazar sus dedos con los míos y seguimos caminando. Pero unos segundos después llegó otro mensaje—. Me pidió que fuera mañana por la tarde a su casa de playa. La mayoría de nuestros amigos van a estar ahí.

¿Una invitación? No se me escapó que mi celular no había vibrado con ningún mensaje. Quise hacer puchero, pero me aguanté y, en vez de eso, le puse una carita linda a Tony. —¿Puedo ir contigo?

—No. Estás demasiado loca, arbusto —bromeó, acomodándome bajo su brazo.

Enderecé los hombros y lo miré a los ojos, que se burlaban de mí. —Puedo ser normal.

—¿Ah, sí? Me muero por ver eso.

Haciendo puchero, le saqué la lengua.

—Relájate, Bungee —Tony soltó una risita—. Hunter de hecho dijo: "trae a Sam". —Me lo restregó con un dramático giro de ojos.

Una sonrisa demente se me fue abriendo cada vez más.

—Dame tu número —me exigió entonces—. Te llamo mañana antes de pasar por ti.

Ya habíamos llegado a mi casa, y me senté en el borde de la banqueta, recitando mi número mientras él lo marcaba. Tony se sentó a mi lado, estirando las piernas sobre la calle. Eran muchísimo más largas que las mías.

—Mi papá dice que existe la posibilidad de que crezca un poco más antes de cumplir dieciocho —le dije sin ninguna razón aparente. Tal vez solo sentía que tenía que defender mi estatura ante él.

—Qué bien. Pero a mí me gustas tal como eres —lo dijo tan distraído, tan natural, que sonó más como una verdad que cualquier otra cosa que le hubiera escuchado. Se me abrió la boca, pero él no se dio cuenta porque seguía ocupado con su celular.

Al instante siguiente, mi teléfono vibró en el bolsillo. Lo saqué. —¿Me estás llamando?

Tony colgó antes de que pudiera contestar. —Sí.

—¿Por qué?

—Ahora tú también tienes mi número. Y si más tarde te aburres sola en tu cuarto, puedes textearme —me guiñó un ojo, subiéndome la temperatura hasta hervirme la sangre. Textear con Tony. Era como mandarle un correo, solo que mejor. Y a mí me había encantado leer los correos que me mandó el otro día.

La anticipación se me metió en el pecho. Traté de ocultársela, porque me hacía sentir un poco tonta. Con el dedo, tracé el borde de uno de los agujeros en sus jeans. —Entonces… ¿esperas que te mande un mensaje más tarde?

—No —su respuesta salió plana, sin emoción, pero al instante siguiente sus ojos se encendieron con un brillo travieso—. Pero espero que sí.

Oh, claro que podía tener eso. Ahora ya me moría por entrar y pensar en un lindo mensaje de buenas noches para mandárselo.

—Ten cuidado —gruñó con una sonrisa ladeada, señalando con la cabeza mi mano sobre su muslo, donde yo seguía jugando con los hilitos sueltos.

—¿Por qué?

—Chicos más grandes que tú se han perdido en ese agujero.

Eso me hizo soltar una risita. Cuando no quité la mano, él imitó de repente un ladrido de lobo y me palmoteó la mano tan rápido que me hizo pegar un brinco.

Solté un chillido y luego me dio un ataque de risa, hasta que se me aguaron los ojos. Tony me miró, fascinado, y esperó a que me recompusiera. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano.

Tony sonrió un poco. —Ay, no… otra vez te hice llorar —dijo, levantándome la barbilla con el nudillo y pasando el pulgar por mi labio.

—Sí, pero lo importante es… ¿son lágrimas buenas o malas? —le pregunté—. Puedes hacerme llorar así cuando quieras.

Una brisa suave giró a nuestro alrededor. Me subí el cierre de la sudadera, temblando un poquito. Tony solo llevaba su camiseta de manga corta y no parecía tener frío en absoluto. Pero mi escalofrío no pasó desapercibido. Se levantó del concreto, me tomó de la mano y me ayudó a ponerme de pie. —Ya es tarde y tienes frío. Deberías entrar.

Asentí. —¿Vas a volver a la fiesta?

—No. Solo regreso por el coche —dijo—.

Me envolvió en un abrazo apretado, con mis manos atrapadas entre nuestros pechos. El calor de sus brazos se filtró a través de la tela de mi sudadera, pero aun así mi temblor empeoró. Hasta los labios me temblaron cuando Tony me dio un beso suave en ellos. —Niña congelada —se quejó entre risas—. Entonces no hay beso de buenas noches.

Me soltó y me acompañó hasta la entrada, pero se detuvo frente a los escalones que llevaban a la puerta. —Nos vemos mañana.

—Sí —dije—. Mañana.

Sonreí, luego entré y subí de puntitas.

Mientras me bañaba antes de acostarme, pensé en el sonido de la risa de Tony y me entró una emoción tonta. Tan metida en mis fantasías, perdí la noción del tiempo y me quedé bajo el agua tibia casi media hora. Para entonces, él ya debía estar en su casa. Con suerte, no se habría ido a dormir todavía. Yo aún quería mandarle un mensaje lindo. ¿Qué podía escribirle?

Cuando volví a mi cuarto, el problema ya estaba resuelto. Tony me había mandado un mensaje mientras yo estaba en el baño.

Tony
Si sigues despierta, revisa tu bandeja de entrada. No en el teléfono. Hazlo en la computadora.

El corazón se me subió a la garganta. ¿Otro correo? ¿Qué, no podía decírmelo en un simple mensaje? ¿Y por qué no podía verlo en mi iPhone? Ay, sí… ese chico me tenía en tensión total. Corrí al escritorio y encendí la laptop. Nerviosa, escribí mal mi contraseña dos veces.

Cuando por fin pude entrar a mi bandeja de entrada, había un correo esperándome.

De: Anthony J. Mitchell
Para: Samantha Summers
Fecha: Sáb, 17 Nov 2013 23:57
Asunto: ¿Para qué esperar?
7 archivos adjuntos (12.27 MB)

Sam… sé que dije "algún día", pero esta noche es tan buena como cualquier otra, supongo. Aquí están las fotos. Lo siento, solo viste la más fea de todas.
T.

Miré las imágenes en el visor de diapositivas, pero después de la tercera las abrí por completo, una tras otra. Se me cayó la mandíbula mientras los ojos se me abrían de par en par. Los siete archivos eran dibujos escaneados a lápiz de mí, en distintas posturas

en las que había estado durante las últimas semanas. Todos tenían fecha y estaban firmados con su inconfundible T.

En el primer dibujo estaba estirando junto a un árbol. El cabello me caía sobre los ojos mientras me inclinaba hacia adelante para agarrarme el tobillo y apoyar la cabeza en la rodilla. Tal como me había dibujado, me veía un poco tímida… como si me hubiera atrapado mirándolo. Maldición, ¿había dibujado eso de memoria? No podía creerlo. Tantos pequeños detalles. Era perfecto. Y tan hermoso.

Pasé al siguiente dibujo. Tenía fecha del 8/11/13, dos días después. En este estaba sentada a la mesa de la cafetería, chupando una paleta. Ese dibujo me hizo soltar una risita.

El siguiente era del 9/11/13. Yo, agazapada bajo un árbol, con los brazos rodeando mis rodillas dobladas y la cara escondida entre ellos.

11/11/13. Estaba en cuclillas frente a una fogata, calentándome las manos sobre las llamas. Y llevaba puesta la sudadera negra de Tony.

El 12/11/13 había dibujado dos. En uno estaba de pie frente a un bosque de ensueño, con los hombros encogidos y la lluvia cayéndome sobre la cabeza. Sonreía al espectador. En el otro… oh, Dios mío bendito… estaba bailando.

Todos los dibujos eran preciosos. Pero el último fue el que más me sorprendió. Era exactamente el mismo que me había dibujado en AVE, el que yo había hecho trizas antes de devolvérselo al remitente. Tony lo había replicado… el miércoles pasado. El día que le devolví la sudadera.

Me recosté en la silla, entrelacé los dedos detrás de la cabeza y me quedé mirando la pantalla durante lo que pareció una eternidad. La imagen empezó a ondularse frente a mis ojos. Entonces, en mi mente, vi cómo me había mirado durante aquella clase. Cómo me había mirado hoy en el baño cuando no quería que me fuera. Y cómo me había mirado en las escaleras de la casa de Ryan Hunter esa noche, poco antes de besarme. Oh, sí… sabía cómo hacer que una chica se pusiera soñadora.

Solté un suspiro profundo y feliz, sonreí para mí misma y luego escribí una respuesta para Tony.

_____

De: Samantha Summers
Para: Anthony J. Mitchell
Fecha: Dom, 18 Nov 2013 00:41
Asunto: ¡No puedo creer que hayas hecho esto!

¡Querido acosador loco!
Los dibujos son preciosos. Gracias por enseñármelos.
Nos vemos mañana.
:-) Sam

Tardó exactamente cuarenta segundos en responder.

_____

De: Anthony J. Mitchell
Para: Samantha Summers
Fecha: Dom, 18 Nov 2013 00:42
Asunto: Re: ¡No puedo creer que hayas hecho esto!

Tengo muchas ganas.

Y yo también.

Apagué la laptop, apagué la luz y me metí en la cama, sonriendo como el gato de Cheshire.

Chapter 28

Samantha

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Vengan rápido! ¡A Samantha le pasa algo!

Uf. ¿Algo me pasaba? Forcé los ojos para abrirlos y gemí. Una luz intensa me cegaba. Demonios, ¿qué hora era?

Giré la cabeza hacia un lado y me cubrí los ojos con el brazo, luchando contra un dolor de cabeza asesino. Muy poco sueño. De manera vaga, noté que mi edredón había desaparecido.

Desde abajo llegaban voces preocupadas y, enseguida, unos pasos subieron corriendo las escaleras. Aparté el brazo de la cara y parpadeé varias veces, intentando enfocar. Las luces de mi habitación y del pasillo estaban encendidas. Afuera, todo estaba completamente oscuro. Sabía que no podía haber dormido más de una o dos horas.

—¡Santo cielo! —ladró una voz masculina profunda.

Sin tener idea de por qué de pronto había tres personas plantadas en mi cuarto, me incorporé en la cama y me froté el punto entre los ojos. —¿Qué pasa? —murmuré—. ¿Hay un incendio en la casa?

—¡Sam! ¡Dios mío! —Envuelta en una bata celeste clara, mi tía cayó de rodillas frente a mi cama y me apoyó la palma en la frente; luego tocó mis mejillas, mis hombros y la parte superior de mis brazos—. ¿Estás bien?

Recogí las piernas contra el pecho. —Sí. Claro —estaba muerta de cansancio y más confundida que nunca—. ¿Por qué están todos tan alterados?

De pronto, los ojos de Pamela se abrieron como platos de porcelana. Se inclinó hacia atrás, pero me sujetó con fuerza por los hombros. —Samantha… ¿has estado bebiendo?

¿A qué venía ese cambio tan estúpido de tema? Fruncí el ceño. —No. —Entonces alcancé a ver, detrás de ella, a mi tío levantando del suelo la silla de mi escritorio—. ¿Se había caído? Qué raro. Y no

solo la silla. Las puertas del armario estaban de par en par, la ropa desparramada por el piso y… ¡mierda! Mi portátil estaba abierto y boca abajo junto al escritorio, con pedazos de la pantalla rota alrededor—. ¿Hubo un terremoto?

—¡Ojalá! —gruñó Jack. Ahora estaba frente a mí, con un pantalón largo de franela; descalzo y con el pecho descubierto. En cada mano sostenía una botella para que las viera: una vacía, la otra con un sorbo de… ¿qué? Leí la etiqueta negra cuadrada. ¿Whisky?

—¿Cuándo te tomaste estas? —exigió mi tío, subiendo la voz palabra por palabra.

—No las bebí. —¿Qué demonios le hacía pensar eso?

—¡No me mientas, Samantha! —tronó—. Estas son las botellas que desaparecieron de la sala. Así que, ¿cuándo carajos te las bebiste?

—¡Jack! —gritó Pamela y se volvió hacia él de golpe. No estaba acostumbrada a que su marido dijera groserías. La verdad, nadie lo estaba.

Se me secó la boca. La cabeza empezó a darme vueltas. —No las tomé. No las bebí. Lo prometo.

—¿Lo prometes? Hueles como una destilería, ¿y de verdad esperas que te creamos?

¿Oler como qué? Maldita sea, ahora que lo decía, noté el olor pesado a alcohol en la habitación. Pero no sabía exactamente de dónde venía. Abrí y cerré la boca un par de veces. No salió ningún sonido. Esto era demasiado extraño. No había bebido nada en la fiesta. ¿Qué demonios estaba pasando?

Entonces vi a Chloe por primera vez. Llevaba puesto el pijama y el pelo revuelto de dormir, así que debía haber llegado a casa hacía rato. Estaba detrás de su padre, con expresión asustada.

Tragué saliva, luchando por recuperar la voz. —¿Por qué están todos en mi habitación, además? ¿Qué hora es?

—Son las tres de la madrugada, Sammy —me dijo mi tía.

Pero su marido la interrumpió con un grito furioso. —Entramos porque asustaste a Chloe. Oyó ruidos en tu cuarto y vino a ver si estabas bien. ¡Y entonces te encontró en medio de este caos!

Chloe se aferró al brazo de su padre, mirándome. De verdad estaba temblando. —Estabas gritando. Pensé que estabas peleando con alguien. Luego escuché un estruendo y entré a tu cuarto, pero no había nadie, y tú estabas tirada en la cama, completamente inconsciente. Me asusté muchísimo.

Era una actriz de primera. —¡Por el amor de Dios, de qué estás hablando! —grité—. Llegué a casa antes de medianoche y me acosté una hora después. En ese momento todo estaba normal. No bebí en la fiesta ni después, ¡y desde luego no destrocé mi habitación!

—Ese es el problema de beber —exclamó Jack—. No tienes control. No sabes lo que haces en ese estado.

—¡Y tú no sabes de qué estás hablando! —me froté las sienes, tratando de concentrarme—. ¿Se habían vuelto locos todos?

—Reconozco a una adolescente borracha cuando la veo. Y ya que te atrapamos, también puedes devolver las otras cosas que les robaste a tu tía y a mí.

—¿Qué? —le grité, enderezando la espalda y metiendo las piernas debajo de mí. Temblaba de frío y de horror.

—¡Sabes perfectamente a qué me refiero! ¡Mi reloj! ¡Los doscientos dólares de la cartera de Pamela! ¿También te llevaste los pinceles caros? —Se soltó del brazo de Chloe y empezó a abrir los cajones de mi escritorio, uno tras otro—. ¿Dónde están?

—Jack, te lo ruego —suplicó mi tía, acercándose a él y tirándole suavemente del brazo—. Sam jamás robaría. Esto es solo un gran malentendido.

—¿Ah, sí? ¿SÍ? ¿Y entonces cómo demonios llamas a esto, Pam? —Le plantó delante de la cara dos billetes de cien, nuevos, que acababa de sacar de mi cajón inferior.

Tragué saliva.

Todos se volvieron hacia mí.

—Yo no los puse ahí —susurré—. No los tomé. —Mi mirada suplicante encontró los ojos de Pam—. Tienes que creerme, tía Pam. No te robé el dinero.

—Sam… —Su voz se quebró.

—¿Lo ves ahora? Es una mala influencia para nuestra hija —le siseó Jack a Pamela—. Nunca debimos aceptar traerla a vivir con

nosotros. Ve y llama a Miranda. Dile que vamos a mandar a Samantha de vuelta en el primer vuelo que podamos conseguir.

¿Qué? ¿Me estaba echando? Dios mío. ¿Por qué? ¿Qué había hecho? Esto era un error… no era culpa mía. ¿Es que no lo veía? ¡No podía mandarme de vuelta!

El corazón estuvo a punto de salírseme del pecho. No quería irme.

—Jack, no lo sé —balbuceó mi tía, apartando la mirada de mí mientras le tomaba la mano a su marido—. Tal vez esto sea solo… no sé. —Se llevó la mano a la boca, lanzándome una mirada dolorida y luego a Jack—. Deberíamos bajar y hablarlo. Quizá haya una explicación. Tal vez Sam solo tenga problemas. —Volvió a mirarme —. ¿Tienes problemas, Sam? ¿Quieres hablar de algo? Quizá yo… ¿no te escuché lo suficiente? Por favor, dime qué pasó.

—¡No pasó nada! ¡Te juro que esto no fui yo! —Arrodillada sobre la cama, me rodeé con los brazos, pero no me dio ningún consuelo. Las lágrimas me obstruían la garganta.

—No es nuestro trabajo ocuparnos de esta chica, Pam. Si tiene un problema —agarró la botella de whisky casi vacía y se la mostró —, y definitivamente lo tiene, entonces es responsabilidad de sus padres hacerse cargo. Ve y llama a Miranda. Ahora.

—Es plena madrugada. Al menos esperemos hasta la mañana para hablar con ellos.

—¿Por qué? Egipto nos lleva medio día de ventaja. Los alcanzarás por la tarde.

Era evidente que Pam quería decir algo más, pero al cabo de un segundo volvió a cerrar la boca, resignada. Con otra mirada triste hacia mí, se dio la vuelta y salió de mi habitación, dejándome a merced de mi destino.

Entonces Jack rodeó con el brazo los hombros de Chloe. —Vuelve a dormir, cariño. Todo está bajo control. Ya no tienes que preocuparte. Nosotros nos ocuparemos. —Le dio un beso en la frente y la condujo hacia la salida. Con la mano en el picaporte, me lanzó una última mirada fulminante al otro lado del cuarto—. Ordena esto y por la mañana empaca tus cosas. Te reservaremos un vuelo de regreso lo antes posible.

La puerta se cerró de un portazo.

Mi mundo se hizo pedazos.

Me quedé sentada en la cama varios minutos más, mirando fijamente la puerta cerrada. Respirar dolía. Las lágrimas me nublaban la vista. Todo el cuerpo me temblaba.

¿Qué iba a hacer ahora?

Lentamente me levanté del colchón. Tenía los pies helados. Caminé hasta el centro de la habitación, me giré y observé todo el desastre en el suelo. Me sentía una extraña en mi propio cuarto. ¿Quién haría algo así?

Pero ya sabía quién. Y también sabía por qué. Chloe me había advertido, Dios mío. Y no la había tomado lo bastante en serio. Nuestra pelea de esta noche debió hacerla estallar. Ahora había conseguido lo que quería. Me estaban echando de su casa.

Solté un sollozo, hundiendo el rostro entre las manos, los labios húmedos y salados por las lágrimas.

En piloto automático, caminé por la habitación recogiendo la ropa esparcida. Al final tenía los brazos llenos y ya no sabía qué hacer, así que volví a dejarla caer y me senté en el borde de la cama. Durante un tiempo interminable me quedé mirando al vacío. Por fin cerré los ojos, con la esperanza de que todo aquello no fuera más que una pesadilla. Pero cuando los abrí otra vez, el caos seguía allí. Nada había cambiado.

Los minutos pasaron. Poco a poco salí del estado de shock. El pánico empezó a crecer. Mamá. Tenía que llamar a mi mamá. Contarle lo que había pasado. Decirle la verdad, porque para entonces Jack seguramente ya habría hablado con mis padres y les habría soltado mentiras sobre que yo había bebido y destrozado mi habitación.

¡Teléfono! ¡Teléfono! ¿Dónde estaba mi teléfono? Apartando cosas de la mesa de noche y del escritorio, busqué como loca el maldito aparato, pero no aparecía por ningún lado. Luego hurgué entre la ropa del suelo, metiendo la mano en los bolsillos de mis pantalones y de la sudadera. Tampoco estaba allí. ¿Dónde más podía estar? ¡Tenía que hablar con mi mamá!

Por fin moví el portátil roto y encontré el celular debajo. Por la noche siempre lo ponía en silencio, así que no lo había oído. Había varias llamadas perdidas.

Los dedos me temblaban cuando marqué a mi mamá con la marcación rápida y me llevé el teléfono al oído.

—¿Sam? —exclamó mi mamá, con la voz tensa por la preocupación—. ¿Dónde has estado? Llevo veinte minutos intentando llamarte.

—Lo siento, mamá —sollozé, y enseguida me atraganté con las lágrimas. Ya no podía hablar.

—Ay, mi amor. ¿Estás bien, cariño? Tu padre está hablando ahora mismo con Jack por teléfono. Dime qué pasó.

Lloré y gemí un poco más, hasta que el tono cariñoso de mi mamá logró atravesar el ruido en mi cabeza. —Cálmate, cariño —dijo con suavidad—. Respira hondo. Y ahora dime qué pasó.

—Anoche estuve en una fiesta. No bebí. Y volví temprano a casa. —Sorbiendo por la nariz, me limpié con el dorso de la mano—. Luego entraron todos corriendo a mi cuarto y me despertaron. Mi habitación está hecha un desastre. Pero yo no lo hice. Te lo prometo, mamá. ¡Por favor, créeme! —La voz se me quebró—. Nadie me cree. Todos piensan que estoy borracha. Y que robé dinero y alcohol de Jack y Pam. —Nuevas lágrimas, calientes, me corrieron por la cara.

—Shh, cariño. Todo está bien. Vamos a averiguar qué pasó y nos ocuparemos de ello.

—Yo sé qué pasó. Chloe me odia —logré decir entre sollozos—. El otro día me advirtió que se desharía de mí. Conocí a este chico, Tony. Te hablé de él. Ahora estamos juntos. Y ella me odia por eso. Porque está enamorada de él. Y me odia también porque Pam fue muy buena conmigo.

—¿Chloe? No me habías dicho que tuvieras problemas con ella.

—Porque no me di cuenta de que fuera tan grave. —Me hice un ovillo en la cama, abrazando mis piernas contra el pecho con un brazo mientras con el otro sostenía el teléfono—. Las lágrimas cayeron sobre la almohada—. Ha sido horrible conmigo desde que llegué.

—¿Entonces está celosa?

—Sí.

—¿Se lo dijiste a tu tía y a tu tío?

—Jack no escucha. Le gritó a Pam. No me creen —sollozé—. Mamá, no quiero volver a Egipto. Me gusta aquí. Tengo amigos aquí. Por favor. Quiero quedarme.

—Ay, mi bebé querida. —Mi mamá suspiró. Sabía que ella también sentía mi dolor—. Me temo que si no quieren escuchar ni ver el verdadero problema, no hay mucho que podamos hacer. Jack le dijo a tu papá que ya reservó un vuelo para mañana. Tal vez sea mejor que vuelvas a casa por ahora y luego pensemos en algo.

¡Dios mío, no! ¿Ya había reservado un vuelo? ¿Tan rápido? Más lágrimas se filtraron por mis ojos cerrados. Si tenía que volver a Egipto, no vería a Tony durante casi cuatro meses. Hasta que por fin nos mudáramos a Estados Unidos en primavera. No quería estar tanto tiempo sin él. Ni sin Susan. Ni sin Lisa, Simone, Nick y Ryan.

—No quiero irme —susurré, llevada al límite.

Mi mamá respiró hondo. —Es de madrugada para ti. Ve a dormir, Sammy. Descansa un poco. Te llamaré otra vez por la mañana. Entonces buscaremos una solución. No te preocupes ahora, cariño.

Aunque no quería dormir, estaba agotada y ya no podía mantener los ojos abiertos, así que acepté. Pero me dolía el corazón y, por primera vez en mi vida, tenía un miedo terrible.

—Te quiero, mamá. Por favor, créeme.

—Te creo, Sammy. Y yo también te quiero. Ahora ve a dormir. Llamaré por la mañana.

Me quedé con el teléfono pegado al oído hasta que mi mamá colgó; luego se me resbaló de los dedos y cayó sobre la almohada. Abrazando mis piernas dobladas con ambos brazos, lloré hasta quedarme sin lágrimas y, al final, me quedé dormida.

*

—¿Sam?

Un suave sacudón me despertó. Abrí los ojos. Los sentía pegajosos e hinchados.

Pam estaba sentada a mi lado, en el borde de la cama. Me acariciaba el cabello, con el rostro dibujado en líneas suaves pero llenas de tristeza. —¿Cómo te sientes?

Guardé silencio.

—¿Quieres bajar a desayunar?

Negué con la cabeza.

—¿Prefieres que te traiga algo aquí arriba?

Volví a negar con la cabeza.

Mi tía se quedó quieta un momento, con los dedos recorriéndome la frente con delicadeza. —Siento mucho lo de anoche y todas las cosas horribles que se dijeron, Sammy. Pero no deberías haberte emborrachado. Eres demasiado joven.

—No bebí.

Pam suspiró.

Cerré los ojos. —No me crees.

—Sam… deberías haber venido a mí si había algo que te preocupara. Sé que has estado alterada por este chico, pero…

Volví a mirarla y la interrumpí. —Estamos juntos.

Inclinó la cabeza. —¿De verdad? Bueno, eso es… bueno.

—Chloe sigue enamorada de él. ¿Te imaginas cómo se siente ahora?

—Yo… bueno…

Mi voz se volvió más dura. —¿Puedes imaginarlo, Pam?

—Creo que la pone triste.

—Está celosa. Me odia.

—Claro que no te odia. —Mi tía frunció el ceño, como si le doliera—. Son primas. Siempre se llevaron tan bien.

—Sabes que eso cambió. Lo has visto. ¿Por qué lo niegas ahora?

Pam tomó mi mano y la sostuvo sobre su regazo. —¿Hace alguna diferencia?

Mierda, ¡claro que la hacía! Retiré la mano. —Al parecer no para ti. Ni para Jack. —Las lágrimas volvieron a arderme en los ojos,

pero luché por controlarlas, al menos mientras mi tía estuviera conmigo—. ¿Me voy hoy por la noche?

Asintió despacio. —No pude convencer a Jack de que no reservara el primer vuelo disponible.

—¿Cuándo?

—A las diez. Todavía tienes tiempo de despedirte de tus amigos. —Hizo una pausa y añadió—. Lo siento.

—Sí. Yo también. —Cerré los ojos otra vez. Para mí, la conversación había terminado.

—Mira, Sam. Tal vez sea lo mejor. Y cuando regreses el año que viene con tus padres, quizá tú y Chloe puedan empezar de nuevo.

Claro. Como si yo fuera a querer eso. Si no hubiera estado tan cerca de llorar, me habría reído.

Al quedarme en silencio durante un par de minutos, mi tía acabó comprendiendo que no había nada más que decir. Me acarició el cabello una última vez; luego el colchón se hundió cuando se levantó y salió en silencio.

Al oír el leve clic de la puerta al cerrarse, abrí los ojos de nuevo, clavando la mirada en la pared y luchando por contener nuevas lágrimas.

Mi celular empezó a parpadear sobre la mesa de noche. Una llamada. Mi mamá cumpliendo su promesa. Tomé el teléfono y contesté. —¿Mamá?

—Eh… no.

Mierda. ¡Tony!

—Hola —dije con voz ronca, esforzándome por sonar normal.

—Hey. Suenas rara. —Y él sonaba completamente alarmado.

—Yo… Es que… —Respiré hondo, intentando controlarme. Imposible.

—¿Sam? ¿Qué pasó?

—Me mandan de vuelta —logré decir al final.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Tu familia? —Tony sonaba como si quisiera atravesar el teléfono para sacar más información.

—Mi tío. Chloe me tendió una trampa. Todo está destrozado. Tengo que volver a Egipto.

—¡Joder! ¿Cuándo?

Luché con todas mis fuerzas por no romper en llanto, pero al final perdí esa batalla. —Esta noche.

Chapter 29

Samantha

Miré el reloj. Después de contarle a Tony lo que había pasado, me dijo que se encontraría conmigo afuera de la casa en diez minutos. Justo el tiempo suficiente para lavarme la cara y ponerme un pantalón oscuro y una sudadera negra con capucha. Cuando me quité la camiseta sin mangas, finalmente entendí de dónde venía ese hedor a whisky: Chloe debió salpicarme mientras dormía.

¿A quién le importaba? Desde luego, a mis tíos no.

Dejé mi habitación hecha un desastre y bajé arrastrando los pies, pasando por la cocina, donde Pam y Jack parecían estar teniendo otra discusión… por mi culpa. No me detuve a escuchar. Aun así, Pamela debió notarme, porque gritó mi nombre.

—Voy a estar afuera —murmuré y salí.

Tony ya me esperaba al otro lado de la calle, recargado en el cofre del auto de su mamá. Me acerqué y él me atrajo a un abrazo fuerte. Relajándome por primera vez en siete horas, suspiré contra su pecho, aunque no había nada que pudiera hacer para evitar que el pánico y el dolor me oprimieran el corazón.

Con cuidado, Tony apartó el cabello de mi frente.

—Te ves fatal —dijo.

—Me siento fatal.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

¿Hasta qué? ¿Hasta que tuviera que irme del país y no volver a verlo en catorce semanas?

—No lo sé. El vuelo sale a las diez. Tengo que empacar y… —un peso se asentó en mi pecho—…y también quiero ver a los demás y despedirme.

Tony apoyó su cálida palma en mi mejilla.

—Entonces tenemos unas horas para idear un plan.

Resoplé.

—¿Un plan?

—No voy a dejar que te vayas, Sam.

Era tan dulce. Puse mi mano sobre la suya, inclinándome hacia su palma.

—No veo qué podríamos hacer al respecto. Jack está decidido. Cree que soy una mala influencia para Chloe.

—¡Ja! —gruñó—. Debería entrar y decirle un par de cosas sobre su hija.

Pero no podía dejar que lo hiciera. Solo empeoraría todo.

—No puedo creer que anoche de verdad me diera lástima —susurré, limpiándome la nariz con el dorso de la mano—. Qué estúpida fui.

—No, estúpida no eres tú. Es ella. Y luego tendrá que rendirme cuentas. Pero ahora tenemos que ver qué hacer contigo. ¿Hablaste con tus papás?

—Con mi mamá. Al menos ella me cree. Pero tampoco sabe qué hacer. No está en sus manos.

—Ya veo —su voz sonó plana mientras miraba más allá de mi cabeza, hacia la distancia—. Entonces depende de nosotros.

De pronto, Tony me soltó y señaló el asiento del copiloto.

—Sube.

—¿A dónde vamos?

—A ver a Hunter y a los demás en su casa de la playa. Lo llamé de camino.

Miré hacia la casa y dudé. Mi celular seguía en mi habitación y mi mamá aún no me había llamado. Pamela también esperaría que regresara pronto.

—¿Debería decirles que me voy contigo?

—Sam. Te están mandando de vuelta a Egipto. En diez horas. Probablemente estén felices de deshacerse de ti.

Guau. Sonó duro, pero era la verdad.

—¿De verdad quieres entrar ahora y fingir que sigues siendo la sobrina buena, pidiendo permiso?

—Supongo que no.

—No te preocupes. Si no encontramos una salida —gruñó—, te traeré de vuelta a tiempo para que empaques y llegues al aeropuerto.

Solté un suspiro profundo, rodeé el auto y me subí. Tony condujo fuera del pueblo hasta el bonito bungalow que los Hunter tenían en Misty Beach. Frente a la casa, dos autos conocidos estaban estacionados: el Audi gris plateado en el que Ryan me había llevado a casa una vez y el Jeep negro de Alex. Lisa y Simone estaban sentadas con sus novios en el sofá de la sala cuando llegamos. Al verme, se levantaron de un salto y me envolvieron en un abrazo fuerte.

—Dios mío, Sam. Esto es horrible —exclamó Lisa—. ¿Cómo pudo Chloe ser tan cruel?

Me arrastraron hasta el sofá y me hicieron sentar. Tony se dejó caer a mi lado, llevó mi mano a su regazo y entrelazó sus dedos con los míos. Probablemente no tenía idea de cuánto me reconfortaba eso.

Un momento después, la puerta se abrió y Nick entró con Susan, que cojeaba apoyada en su brazo. Ryan se levantó para que ella pudiera sentarse. Nick, por una vez, no me saludó con su habitual —Hola, Finn Girl—, sino que me miró con ojos preocupados.

—Cuéntanos qué pasó —me pidió Alex—. ¿De verdad Chloe perdió la cabeza?

Les conté todo lo que sabía hasta ese momento. Al final, tenía a siete personas mirándome boquiabiertas.

Alex silbó entre dientes. —Estamos en un lío profundo, nena.

—Profundísimo —asintió Susan. Luego se inclinó hacia adelante y golpeó el piso con una de sus muletas—. Muy bien. ¿Qué hacemos?

Le alcé una ceja. —¿Cómo que qué hacemos?

—Pues que no vamos a dejar que esa vaca gane. Aparte de estas dos —Susan señaló a Lisa y a Simone—, eres mi mejor amiga. No voy a permitir que regreses a casa. Ni de broma. Así que necesitamos un plan.

Las comisuras de mis labios se movieron.

—Tony dijo lo mismo hace unos minutos —dije—. Es abrumador lo poco que estos chicos se dejan pisotear… por cualquiera. Pero como solo tengo diecisiete años y dependo de mi familia, no veo salida. Mi tío quiere que me vaya de su casa, y mis

padres no podrán mudarse a Estados Unidos hasta la próxima primavera —apreté los ojos—. Estoy jodidísima.

Tony me rodeó con un brazo y me atrajo hacia él, mientras sus dedos dibujaban pequeños círculos en la nuca. Solté un suspiro largo.

—¿No tienes otros parientes en Estados Unidos? —preguntó Simone.

—Mi abuela —le dije—. Pero vive en Boston. Mudarme con ella no solucionaría exactamente mi problema.

El silencio cayó sobre la habitación. Todos nos veíamos tan pálidos que habríamos sido el elenco perfecto para *Drácula*. Entonces me di cuenta, por primera vez, de que estaban tan asustados como yo. No querían perderme, y yo no quería perderlos a ellos. En las últimas dos semanas había aprendido lo que significaba tener amigos de verdad: personas a las que les importa si estás feliz o triste, si estás ahí o no.

Quise atraerlos a todos a un abrazo y no soltarlos nunca. Pero ahora solo podía abrazar a uno. Enterré el rostro en el hombro de Tony y lo rodeé con fuerza. Era el único que podía oírme cuando susurré:

—No quiero irme.

Nos quedamos así un buen rato. Nadie habló; solo se escuchaban suspiros profundos de vez en cuando.

De pronto, Tony se puso de pie, sobresaltándome a mí y a los demás.

—Necesito salir de aquí —dijo con voz plana, y se encaminó hacia la puerta.

Lo seguí con la mirada por encima del respaldo del sofá hasta que la puerta se cerró de golpe. Cuando volví a mirar a los demás, encontré los ojos de Ryan sobre mí. Tenía los labios apretados, como si estuviera sopesando algo. Al final, suspiró y fue tras Tony.

Lisa nos ofreció algo de beber, y tratamos de encontrar una solución a mi desgracia. Pero las ideas escaseaban; la situación parecía desesperada. Un punto muerto. Y cuanto antes lo aceptara, mejor sería para mí. No quería pasar mi último día lamentándome. Quería pasarlo con Tony.

Me disculpé con los demás y salí también. Tony estaba sentado en el columpio del porche, con la cabeza reclinada hacia atrás, estudiando el techo mientras se balanceaba suavemente. Ryan se apoyaba en el poste junto a las escaleras que bajaban a la playa. Ambos guardaban silencio.

Con las manos hundidas en los bolsillos, me acerqué arrastrando los pies hasta Tony.

—¿Te apetece dar un paseo? —pregunté en voz baja.

Levantó la cabeza y me miró durante un par de segundos. Luego asintió, se puso de pie y tomó mi mano. Al pasar junto a Ryan, él apoyó una mano cómplice en el hombro de Tony; los chicos se miraron por un instante, pero ninguno dijo nada.

Ryan volvió a entrar, y nosotros nos alejamos caminando por la playa, con los dedos entrelazados. El romper de las olas contra la orilla fue el único sonido durante un buen rato. Me pregunté por qué Tony estaba tan callado. Aunque, la verdad, yo tampoco sabía qué decir.

Habíamos caminado alrededor de media milla cuando por fin encontró su voz. —Apesta. Pero, ¿sabes qué? Es manejable.

—¿Hmm? —me volví hacia él—. ¿A qué te refieres?

Tony se detuvo y me atrajo hacia sus brazos, mirándome con intención. —Una relación a distancia.

El corazón se me llenó de alegría al oírlo, y aun así, una tristeza profunda me atravesó el alma. —¿Estás dispuesto a eso?

—¿Primavera, eh? —esbozó una sonrisa—. Creo que puedo esperar tanto.

Me puse de puntitas y deposité un beso tierno en sus labios.

—¿Sabes? A veces me pregunto dónde quedó el idiota que conocí hace un par de semanas.

Él sonrió de lado. —Puedo cargarte al hombro y tirarte al mar, si eso te hace sentir mejor.

Lo que de verdad me hacía sentir mejor era verlo intentar animarme. Me estiré todo lo que pude y rodeé su cuello con los brazos. Él me rodeó la cintura y me apretó contra su cuerpo. Suspiró cerca de mi oído y luego dijo:

—¿Volvemos?

Volver en el tiempo. Catorce días. Empezar distinto. Arreglarlo todo. Sí, me encantaría. Pero, claro, se refería a volver a la casa de playa de Hunter. Lo solté y asentí.

Cuando llegamos al bungalow, Ryan estaba al teléfono pidiendo pizza para todos. La pizzería quedaba cerca y un chico joven trajo la comida diez minutos después. Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y, como los demás, me obligué a comer un pedazo.

—Tal vez mi mamá pueda hablar con tu tía —sugirió Ryan entre bocado y bocado—. Son amigas. Puede que tengamos una oportunidad.

—Puede intentarlo, pero no servirá. No es a Pamela a quien hay que convencer. Ella trató de hacer cambiar de opinión a mi tío anoche, y otra vez esta mañana, creo. Pero no escucha.

—Es abogado. Pueden ser unos auténticos imbéciles —apuntó Susan.

A mi lado, Tony se levantó y fue hasta el refrigerador. Cuando se dio vuelta, me ofreció dos latas: una Cherry Coke en la mano izquierda y una Coca-Cola normal en la derecha. Señalé la Cherry Coke, sonriendo porque me recordó nuestro beso de anoche, y él volvió a meter la otra en el refrigerador. Abrió mi lata, la dejó frente a mí y luego se acercó a la ventana, apoyando el trasero en el alféizar.

Lo observé durante un par de minutos, intentando memorizar cada detalle de él. Para después.

Se le marcó un hoyuelo en la mejilla cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando. Tenía la sonrisa más adorable que un chico podía tener. La luz del sol que entraba por la ventana acentuaba las vetas doradas de su cabello rubio. Sus ojos azules ardían de anhelo.

—Si al menos pudieras hospedarte en un hotel durante los próximos meses —oí decir a Susan.

Sí, era una buena idea, y probablemente habría sido viable si yo fuera unos años mayor, tuviera trabajo y pudiera pagarlo.

La expresión de Tony cambió; entrecerró los ojos. —Hotel… —repitió. De pronto se enderezó—. ¡Miller! ¡Eres una genia! —Fue hasta ella, se inclinó y le dio un beso en la coronilla.

Todos lo miraron sorprendidos, pero a Tony no le importó. Rodeó la mesa de prisa, me tomó de la mano y me levantó. —¡Vamos, Bungee!

Mientras me sacaba arrastrando de la casa, lancé una mirada desconcertada por encima del hombro hacia los demás, pero parecían tan perdidos como yo.

Tony no me dio tiempo para preguntar ni siquiera para pensar. Con mi mano en la suya, me llevó hasta su auto y me hizo subir. El motor rugió cuando giró la llave y, con las llantas chirriando, salió disparado.

Ya en la carretera, cambió de marcha de manera extraña y sacó su celular del bolsillo trasero; deslizó el pulgar por la pantalla dos veces, presionó y se llevó el teléfono a la oreja. Me lanzó una mirada, sin explicarme qué estaba tramando, pero un segundo después le dijo a alguien al otro lado de la línea:

—Hola, soy Tony. ¿Estás en casa? Necesito hablar contigo.

Chapter 30

Tony

Como un loco, bajé la calle a toda velocidad. En ese momento no me importaban las multas. Lo único que me preocupaba era encontrar la manera de que mi novia pudiera quedarse conmigo.

Joder, la palabra todavía me sonaba rara, incluso en mi cabeza. Pero era un "raro" maravilloso. Una sonrisa se me escapó sin darme cuenta.

Sam se aclaró la garganta y, cuando la miré, alzó las cejas. —¿Me vas a decir a dónde vamos y por qué estás tan feliz?

La posibilidad de que mi plan funcionara era mínima, pero también era la única que teníamos. No, no mínima, me corregí con severidad: bastante buena. Tenía que funcionar. Punto. Extendí la mano, tomé la de Sam y acaricié sus nudillos con el pulgar. —Vamos a encontrar un nuevo hogar para ti. Temporalmente. Te va a encantar. Ya has estado ahí. —La solté un instante para cambiar de marcha.

Por el rabillo del ojo noté que me seguía mirando fijamente. Pensó un segundo y luego preguntó, con un hilo de incertidumbre en la voz: —¿Caroline Jackson?

—Exacto. ¿Recuerdas cuando te dije que aloja estudiantes durante las vacaciones? —Oh, era un plan brillante. La emoción en mi voz era evidente, incluso para mí.

La casa de mi tía tenía más espacio del que veinte personas como Sam podrían llenar jamás. A Carrie le encantaba tener niños y adolescentes alrededor, y en ese momento vivía sola. La temporada de verano había terminado y todos los chicos habían regresado a casa a principios de septiembre. Todo el ático estaba vacío y libre para usarse. Era el lugar perfecto para que Sam viviera.

—Sí, pero eso es diferente. No estoy aquí de vacaciones. Necesito un lugar por cuatro meses. ¿De verdad crees que aceptará tenerme en su casa tanto tiempo?

—Estoy rezando para que sí. —Reduje la velocidad, tomé el camino hacia su casa y me detuve frente al portón. Sam bajó conmigo. Le tomé la mano y la arrastré apresuradamente por el patio. Se nos acababa el tiempo y no sabía cuánto tardaría en convencer a mi tía.

La puerta se abrió antes de que llegáramos. Carrie salió corriendo y me sostuvo el rostro entre las manos. Se veía francamente asustada. —¡Tony! ¿Qué pasa? ¿Les ocurrió algo a tus padres? Me asustaste muchísimo con tu llamada.

Solté a Sam y tomé ambas manos de mi tía. —Están bien. No es por ellos. Estamos en problemas… Sam y yo.

Sus ojos se abrieron aún más mientras su mirada iba de uno a otro. —¡Dios mío! ¿La policía los está buscando?

Le lancé una mirada molesta. —No. —Maldita sea, ¿en qué estaba pensando?—. ¿Podemos entrar? Tenemos un poco de prisa. Te explicaré todo.

—Sí, claro. —Nos condujo hacia adentro, aunque me lanzó una mirada preocupada por encima del hombro.

Tiré suavemente de Sam para que me siguiera.

Había mucha madera trabajada en esa espaciosa casa de campo y, al cruzar el umbral, me invadió una tranquilidad que no habría creído posible apenas diez minutos antes. Tal vez se debía a que solo tenía buenos recuerdos de ese lugar. Tiempos felices. Risas. Leche caliente con miel y galletas por la noche.

Incluso ahora, en la mesa rectangular gris del comedor había un plato lleno de galletas con chispas de chocolate. Tomé asiento en la cabecera y agarré una. Cuando le ofrecí un mordisco a Sam, negó con la cabeza. Su mirada recorría la habitación con evidente nerviosismo. Con un suave tirón de su mano, la hice sentar a mi lado y le dediqué una mirada alentadora. —Todo va a estar bien —susurré.

Carrie se sentó frente a nosotros y entrelazó los dedos sobre la mesa. —¿Qué pasa?

Tomé aire y comencé con la historia de Sam. Mi tía escuchó con paciencia. Sabía que nunca había sido mentiroso y que no me

inventaría algo así ahora, aunque frunció el ceño al llegar a la parte en la que Chloe supuestamente había destrozado el cuarto de Sam.

—Chloe Summers… —murmuró—. El nombre no me suena. Supongo que nunca ha estado en ninguna de mis clases.

—No es precisamente un gran talento en arte —dijo Sam en voz baja—. Juega fútbol —como si eso explicara todo.

La miré con expresión interrogante. —Yo juego fútbol.

Ella se volvió hacia mí y se encogió de hombros, con una sonrisa impotente que le tiraba de los labios. Su mano se deslizó hasta la mía y la apretó. Está bien, se lo dejé pasar.

—¿Y ahora quieren que haga qué exactamente? —preguntó Carrie a continuación—. ¿Que hable con tu tía y tu tío, Samantha? Estoy segura de que, si les explicas todo como me lo contaste a mí, lo entenderán y te dejarán quedarte en su casa.

Sam negó con la cabeza.

—No estamos pidiendo tu apoyo diplomático —le aclaré a Carrie con ironía—. Estamos pidiendo una habitación.

—¿Una habitación?

Ante la exclamación sorprendida de mi tía, los hombros de Sam se hundieron. Supe en ese instante que había perdido la esperanza. Pero yo no. —Sí. Aquí manejas un hostal durante el verano. Sé que te gusta tener chicos alrededor. Sam no será una carga. Además, puede ayudarte en los establos.

Carrie suspiró. —No es tan simple, Tony.

—¿Por qué no? Llevas más de diez años haciendo esto. A mí me parece bastante simple.

—Para empezar, los padres de los chicos que recibo durante las vacaciones de verano siempre se comunican conmigo. Hablamos, nos conocemos, nos reunimos y llenamos algún tipo de contrato. No recojo chicos de la calle y les doy un hogar por un par de semanas.

—Puedes hablar con sus padres ahora.

—¿Están aquí?

—No, por teléfono.

Sam tiró de mi mano y me obligó a mirarla. —No tengo mi celular conmigo.

—Puedes usar el mío. —Lo saqué del bolsillo—. Dame su número.

—Espera. —Carrie se inclinó sobre la mesa y puso la mano sobre la mía para impedir que marcara—. ¿Qué dirán la tía y el tío de Sam si me llevo a su sobrina sin pedirles permiso primero?

—¡Joder! A ellos no les importa en absoluto. ¿De verdad crees que les importa?

—¡Anthony! —me reprendió con dureza.

Con los labios apretados, dejé escapar un largo suspiro por la nariz. —Sí, perdón.

Carrie dirigió la mirada a Sam e inclinó la cabeza. Al menos parecía dispuesta a considerar la situación. —¿Qué tan pronto tienes que mudarte?

Sam entrelazó sus dedos con los míos mientras miraba su reloj. —Más o menos ahora mismo —dijo con voz inquieta.

Esa información hizo que mi tía soltara un jadeo. Probablemente pensó que tenía más tiempo para pensarlo. Unos días. Pero no podíamos darle eso. Sobre la puerta, el reloj marcaba las tres y veinte. Si no lográbamos convencerla, tendría que llevar a Sam de vuelta pronto para que empacara y se preparara. El pecho se me cerró.

—Por favor, Carrie. Habla con sus padres. —Si soné desesperado, era por una razón. No podía perder a mi novia.

Caroline se recostó en la silla y entrelazó los dedos sobre el estómago. Nos estudió a los dos durante un interminable medio minuto. Luego negó con la cabeza.

Mierda.

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo cómo el corazón se me hundía.

—No puedo creer que esté haciendo esto, pero está bien, pásame a tus padres por teléfono, Samantha.

¿Qué? Abrí los ojos de golpe ante las palabras de mi tía. ¿Había aceptado?

—No prometo nada todavía —nos advirtió entonces, apoyando los codos en la mesa—. Solo voy a hablar con la señora Summers y escuchar lo que piensa.

Eso era todo lo que podíamos pedirle. Marcando el número que Sam recitó, apenas pude contener mi sonrisa esperanzada. Al primer timbrazo, le pasé el teléfono.

Por la respiración acelerada de Sam, supe que estaba tan nerviosa como yo.

—¿Mamá? Hola, soy yo, Sammy. —Dirigió su mirada vidriosa hacia mí, y yo apoyé la mano en su mejilla, tratando de parecer seguro—. Perdón, estaba con amigos y olvidé mi celular en la casa. —Sam hizo una pausa, tomándose un momento para inhalar profundo—. Estoy bien. Ahora mismo estoy en la casa de la tía de un amigo. Quiere hablar contigo sobre una idea. Una posibilidad para que yo me quede… tal vez. —Otra pausa—. Sí. Te paso el teléfono.

Sam le entregó el celular a Carrie, quien se levantó de la mesa y caminó hacia la puerta. —Hola. Soy Caroline Jackson, la profesora de arte de su hija. Me dijeron que hay un problema con su tía y su tío…

La puerta se cerró detrás de ella y no escuchamos nada más.

Chapter 31

Samantha

A través de la ventana de la cocina de Caroline Jackson, la vimos pasearse de un lado a otro por el jardín mientras hablaba con mi madre por teléfono. Maldición, ¿cuánto iba a tardar esto? Tony y yo llevábamos más de diez minutos esperando. Con los nervios a flor de piel, me acurruqué aún más entre sus brazos, necesitando su calor y la seguridad que me transmitía.

—Esto es una locura —murmuré, con la tela de su sudadera gris oscuro amortiguando mi voz—. ¿Y si mis padres no están de acuerdo? ¿Y si al final tu tía dice que no?

—Deja de pensar en eso, Bungee. Va a salir bien. Es nuestra única oportunidad.

—Dios, odio esperar.

—Yo también —dijo, mientras pasaba los dedos por mi cabello. De pronto, se apartó de mí y me tomó de la mano, arrastrándome hacia la puerta.

—¿Adónde vamos?

—Quiero mostrarte algo. Cualquier cosa es mejor que quedarnos aquí paradas y destrozarnos los nervios. —Me llevó escaleras arriba por la escalera de madera que rodeaba una alta columna blanca que sostenía el piso superior. Había un pasillo con tres puertas. En la pared colgaban cuadros, fotografías y dibujos, todos firmados con una inconfundible T.

Tony no me dio tiempo de mirarlos. Fue directo a la última puerta, la empujó y entró.

Al seguirlo, se me cortó la respiración. Dios mío, aquel lugar era precioso.

El techo de madera se inclinaba a ambos lados; su tono beige claro daba calidez a una habitación que, por lo demás, tenía paredes blancas y sencillas. Había ventanas cuadradas orientadas al este y al sur, con vista al potrero y al jardín donde había estado sentada con

Tony el fin de semana pasado. Contra una pared se alzaba una cama king size con sábanas blancas y una mesita de noche a cada lado, hechas a juego con el estilo del techo. El gran ropero de estilo campestre, frente a la puerta, competía con la cama por protagonismo. Una alfombra azul claro cubría toda la habitación y se detenía al borde del escalón que llevaba a una amplia sala hundida, con un televisor, un sofá azul y una pequeña mesa de centro. Dos estanterías altas estaban repletas de libros para todas las edades. También había un escritorio grande al otro lado del cuarto, una pequeña kitchenette y una puerta que parecía conducir a un baño pequeño.

Avancé unos pasos y di una vuelta sobre mí misma. —¿Quién vive aquí? —susurré.

—Es una de las tres habitaciones para invitados. La más bonita de todas.

—¿Habitación de invitados? Esto es un departamento completo —pensé, maravillada—. Caray, hay espacio de sobra para bailar en esa sala.

—¿Te gustaría vivir aquí los próximos meses, Samantha?

La voz suave de la tía de Tony nos hizo girar hacia la puerta. Caroline Jackson estaba allí, con una sonrisa cálida en los labios.

Oh, bendito cielo… —¡Sí!

—Tu mamá quiere volver a hablar contigo —dijo, extendiéndome el teléfono de Tony con la sonrisa todavía más amplia.

—¿Mamá?

—Hola, cariño. ¿De verdad es esto lo que quieres?

Sin poder evitarlo, rompí a llorar, sollozando con fuerza en el teléfono. Mi llanto evidentemente inquietó a Tony. Entrecerró los ojos y me preguntó con los labios: «¿Lágrimas buenas?»

Más lágrimas se desbordaron mientras asentía con energía. A mi mamá le dije: —Sí, de verdad quiero esto. Por favor, ¿puedo quedarme aquí?

—Me habría encantado verte otra vez. Pero también quiero lo mejor para ti, mi pequeña. Voy a llamar a Pamela en un minuto. Jack tiene que cancelar ese vuelo.

Una roca de diez toneladas se desprendió de mi pecho.

Me despedí de mi mamá y colgué, devolviéndole el celular a Tony. Él se lo guardó en el bolsillo y luego me rodeó con los brazos, exhalando un suspiro de alivio sobre mi cabello. —Será mejor que traigamos tus cosas rápido, antes de que a Chloe se le ocurra quemarlas —bromeó, haciéndome reír.

La señora Jackson estuvo de acuerdo en que hablaríamos de todo —normas de la casa, tutoría y trabajo con los caballos— después de que yo me instalara. Mientras Tony me llevaba de regreso al pueblo, habló con Ryan por el celular y le dio la gran noticia. Incluso yo podía oír al grupo gritar y vitorear de fondo. Mi corazón latía con fuerza dentro del pecho.

Cuando llegamos a la casa de mi prima y me bajé del auto de Tony, él entró conmigo. En cuanto crucé la puerta, Pamela salió corriendo de la cocina y me abrazó. —¡Oh, Sammy! ¿Dónde has estado? Estábamos tan preocupados. Tuve que llamar a Jessie Hunter para enterarme por su hijo de que estabas bien y que no te habías escapado.

La abracé de vuelta, brevemente. —¿Mi madre te llamó? —pregunté con un tono helado.

Pamela se apartó un poco, examinándome el rostro. —Sí, lo hizo. Nos dijo que te vas a mudar con tu maestra. ¿De verdad crees que es buena idea?

—En serio, Pam, ¿crees que es mejor idea mandarme de vuelta a Egipto? —espeté.

Lentamente, mi tía negó con la cabeza. Después de un largo silencio, susurró: —Me alegra que hayas encontrado la manera de quedarte.

Ya no pude seguir enojada con ella. Sabía que había hecho lo mejor que podía. Le apreté la mano para que sintiera cuánto le agradecía todo lo que había hecho por mí.

Pero a mi tío lo odiaba.

Cuando apareció caminando por el pasillo hacia nosotras, me enderecé y mantuve la expresión bajo control. —Voy a empacar mis cosas ahora —le dije a mi tía. Al pasar junto a mi tío, lo saludé con un seco—: Jack.

—Señora Summers, señor Summers —oí que Tony los saludaba detrás de mí, con un tono tan cortante como el mío. Me siguió escaleras arriba y, al entrar a mi cuarto, soltó un jadeo—. ¡No manches!

Lo miré por encima del hombro y esbocé una sonrisa ladeada. —¿Qué? ¿No me creíste?

—Sí te creí. Es solo que… no pensé que fuera tan grave.

—Para mí también fue un shock bastante feo cuando desperté y vi esto.

Tony levantó mi ropa. Yo la doblé y la puse sobre la cama, luego la acomodé dentro de la maleta con la que había llegado. Encima puse mis cosas de dibujo, mi música, mis artículos de aseo y los pocos libros que había traído. Los libros de la escuela fueron a mi mochila, y guardé el celular en el bolsillo. Eso era todo.

Cuando me di la vuelta, Tony estaba revisando mi laptop. La mayor parte de la pantalla ya no funcionaba, y era imposible encenderla. Él captó mi mirada triste. —No te preocupes. Te conseguiremos una nueva.

—No es eso —dije con la voz apagada—. Todas las fotos, archivos, documentos… es como si se hubieran perdido un montón de recuerdos.

—Haré que Frederickson le eche un vistazo. Es bueno con las computadoras. Seguro puede recuperar tus cosas y guardártelas en una memoria USB.

Eso esperaba.

Bajamos mis cosas al auto y las metimos en la cajuela. Después llegó el momento de despedirme. Tony esperó en el coche mientras yo regresaba a la casa y me encontré con Pamela en la entrada.

Me detuve frente a ella y aspiré hondo. —Bueno, supongo que esto es todo. Ya estoy lista para irme.

—Cuídate, Sammy —me dijo, tomando mis manos entre las suyas—. Y si necesitas algo o alguien con quien hablar… dímelo.

—Todavía no me crees, ¿verdad? —casi me rompió el corazón otra vez, pero esta vez no lo dejé.

—Lo estoy intentando. Pero estamos hablando de Chloe. No puedo creer que te hiciera algo tan horrible. Mírala ahora. Hasta se cortó el cabello y se lo tiñó de negro. Te quiere tanto que quiere ser como tú.

Sí, claro. Ahí es donde entra la mala influencia de mi parte.

Negué con la cabeza, perdiendo toda esperanza. —Dile a Jack que me despedí, ¿sí?

Pamela asintió y me soltó las manos. —Te voy a extrañar, Sam.

—Cuídate, Pamela —dije. Me di la vuelta, y el sonido de la puerta cerrándose detrás de mí hizo que mi corazón diera un vuelco.

Pero el fiasco aún no había terminado. En ese momento, el auto de Chloe apareció calle arriba. Se estacionó detrás del de Tony, salió y se acercó a mí con paso firme; sus tacones altos hacían que sus interminables piernas parecieran aún más largas. Cruzando los brazos sobre el pecho, me lanzó una sonrisa cargada de desprecio. —¿Lista para irte a casa, primita?

Quise arrancarle los ojos. Pero ¿de qué me serviría? Yo había ganado. Ella simplemente aún no lo sabía.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté con voz fría—. ¿Por qué llegar a tales extremos para deshacerte de mí? ¿Pensaste que recuperarías a Tony una vez que me fuera?

El choque de mi acusación brilló en sus ojos, aunque trató de ocultarlo tras una risa despreocupada. Pero luego el dolor se apoderó de ella. —No me importa recuperarlo. Solo no quiero que tú lo tengas. Viniste aquí… y me lo robaste todo. Es hora de que te vayas, Samantha.

Recordé las tardes de té en el País de las Maravillas. Vestirnos de princesas con colchas sobre los hombros. Fingir que éramos delfines en su piscina…

Pero esta no era la chica que recordaba. La alegría había desaparecido de su risa, el calor de sus ojos se había esfumado. Podría darme la vuelta ahora y no sentir que dejaba atrás a una familiar querida. Pero primero necesitaba que lo supiera.

—Supongo que nadie te informó aún. Me voy a vivir con la tía de Tony. Ella está feliz de tenerme allí.

Chloe inhaló con fuerza, cortante.

—Lo que hiciste fue horrible. Y ahora resulta que no lograste deshacerte de mí después de todo. Adiós, Chloe. —Me di la vuelta, tratando de controlar el temblor de mi cuerpo, y caminé hacia el auto de Tony.

En cuanto me senté a su lado, giró la llave en el encendido y arrancó. No miré por la ventana a mi prima mientras pasábamos junto a ella. Mi mirada permaneció fija en mis manos entrelazadas sobre mi regazo.

Chapter 32

Samantha

Estábamos sentados en el sofá de la casa de playa de Ryan. Todos los que habíamos llegado juntos esa mañana, y también Allie y Sasha, que desde la noche anterior eran oficialmente pareja. Igual que Tony y yo.

Apoyé la cabeza bajo su barbilla y subí los pies al sofá, disfrutando de cómo me acariciaba el cabello y el cuello. Qué extraño lo mucho que había cambiado mi vida en las últimas veinticuatro horas. Todo había encajado. Me sentía relajada, feliz y terriblemente enamorada del chico que tenía a mi lado. Lo que había hecho por mí hoy había sido simplemente increíble.

Cuando Ryan fue a la cocina, Tony gritó desde la paleta que sostenía entre los dientes, la misma que me había robado hace un minuto:

—¿Me traes una Coca, por favor?

—Claro. ¿Alguien más quiere una? —respondió Ryan.

Susan y Alex gritaron:

—¡Sí!

Lisa iba a pedir algo también, pero el zumbido del teléfono de Ryan sobre la mesa de centro la interrumpió. Alzó la vista frunciendo el ceño.

—Es Brinna —dijo.

Ryan asomó la cabeza desde la cocina.

—Ponla en altavoz.

Lisa apretó un botón y dejó el teléfono sobre la mesa.

—¡Hola, Brin! —gritó Ryan desde la cocina—. ¿Qué pasa?

—¡Hunter! ¡Tienes que ayudarme!

Al instante, todos nos enderezamos al escuchar su voz empapada en lágrimas. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Esto era grave.

Ryan volvió al living y repartió las bebidas mientras exigía:

—¿Qué pasó?

—Es Chloe. ¡Perdió el control!

—¿Qué quieres decir con que perdió el control? —solté yo.

—¿Samantha? ¿Eres tú? —No supe si se alegraba de oírme o estaba sorprendida—. Oh, es terrible.

—Dime qué está pasando —dijo Ryan con sequedad, retomando el control de la situación.

—Chloe está destrozada. Hizo trizas su auto.

Me llevé una mano a la boca y me esforcé por escuchar lo que Brin trataba de decir entre sollozos violentos. Todo el tiempo tenía ante los ojos la imagen de Chloe atrapada tras el volante de un coche destrozado.

—Me llamó hace diez minutos y me dijo dónde encontrar su auto. Estoy aquí ahora. Se ve tan mal, Hunter. No puedo creer que Chloe haya salido viva… Pero se fue —hubo más sollozos del otro lado.

—¿Por qué se fue? ¿Adónde fue? —la exigencia de Ryan fue lo bastante intensa como para que Brinna contuviera el llanto y hablara.

—No lo sé. Ya no contesta el teléfono. Pero cuando me llamó, creo que estaba en la playa. Oí las olas de fondo.

—¿Llamaste a sus padres?

—No. Dijo que no lo hiciera. Que todo estaba bien. Pero su auto no está bien, y ahora no sé qué hacer. Tal vez debería ir a la policía, o a su casa y hablar con su mamá.

—No quiero que maneje en el estado en que está —susurró Ryan hacia nosotros. De inmediato, Alex se levantó del sofá y tiró de Simone con él. Ryan asintió agradecido—. Winter y Simone irán a buscarte —dijo, alzando la voz de nuevo—. ¿Dónde estás?

Apenas Brinna nos dio la ubicación, Simone y Alex salieron disparados por la puerta. Me mordí las uñas mientras escuchaba lo que Ryan decía después.

—Ahora siéntate en algún lugar y espera a que los chicos te encuentren. Chloe chocó su auto cerca de Avila Beach. Si bajó a la orilla, la vamos a encontrar.

—Está bien… De verdad espero que esté bien. —El pánico en la voz de Brinna me atravesó antes de que colgara.

Ryan se volvió hacia mí.

—¿Quieres ir a ver a tu tía y a tu tío? Tienen que saberlo.

Claro que sí. Pero después de todo lo que había pasado, yo no era la persona indicada para decírselo. Me levanté del sofá; de pronto me temblaban las rodillas.

—Prefiero ir contigo a buscar a Chloe.

—Yo puedo ir a casa de tu tía —se ofreció Susan entonces—. Con las muletas, no puedo trotar por la playa de todos modos.

—De acuerdo —aceptó Hunter, tomando a Lisa y su chaqueta, preparándose para salir—. Frederickson, ¿puedes llevar a Susan?

Nick asintió.

Salimos todos corriendo hacia los autos y arrancamos. La oscuridad presionaba contra las ventanas. Me concentré con todas mis fuerzas en los círculos blancos y fantasmales que los faros de Tony dibujaban en la calle frente a nosotros, pero aun así mi mente divagaba. ¿Y si Chloe no estaba bien? ¡Se ve tan mal, Hunter! La voz histérica de Brinna me zumbaba en los oídos. Chloe había sido una perra terrible. Pero no quería que estuviera herida. Ninguno de nosotros lo quería.

Una paleta a medio terminar apareció en el rabillo de mi ojo.

—Para calmar los nervios —dijo Tony—. Tal vez el azúcar te devuelva un poco de color a la cara.

Sentía frío y estaba entumecida. Los dedos me temblaban mientras tomaba la paleta de su mano, me la llevaba a la boca y volvía a mirar por la ventana. Chupé el caramelo sin pensar hasta que, al final, me quedé masticando el palito vacío.

Las luces traseras del Audi de Hunter parpadearon en un rojo intenso a lo lejos. Ya habíamos llegado. Tony se estacionó detrás de él y bajamos para reunirnos con los demás.

Una brisa salada nos golpeó desde el mar. El frío se coló bajo mi sudadera. Tony me apretó contra su costado y habló en voz alta:

—Bien, chicos, lo hacemos así. Hunter, tú y Liz caminen hacia arriba por la playa. Sam y yo iremos hacia abajo. Y Allie, tú y Sasha

revisen la calle de aquí arriba. El que la encuentre primero llama a los demás. Vamos.

Sin dudarlo, nos pusimos en marcha, usando las linternas de los teléfonos en la oscuridad.

—¡Chloe! —gritábamos a intervalos cortos—. ¡Chloe!

Las voces detrás de nosotros se apagaron rápido. A un ritmo que me dejó sin aliento tras unos pocos cientos de metros, Tony y yo avanzamos por la playa. No había rastro de ella y, con tantas huellas en la arena, era imposible saber si alguien había pasado por ahí recientemente.

—¿Crees que esté bien? —pregunté, incapaz de ocultar la ansiedad en mi voz.

—Si pudo alejarse del auto y además llamar a Brinna, tal vez no sea tan grave. Pero si está hecha polvo, podría meterse en problemas aquí abajo. Con el agua y todo eso.

—Es culpa mía que se haya emborrachado esta noche.

—¡No, Sam! Claro que no es tu culpa. Con lo que pasó anoche, viste que tiene problemas serios. —Hizo una pausa y se le escapó un suspiro—. De hecho, creo que en realidad tiene que ver conmigo y no contigo.

Sorprendida, miré a Tony, esperando que me lo explicara.

—Oí lo que te dijo hoy. Sobre no querer que tú me tuvieras. Nunca se lo conté a nadie, pero de vez en cuando todavía me manda mensajes.

—¿En serio? —jadeé—. ¿Qué te dice?

Tony se aclaró la garganta, y supe que era un tema que lo incomodaba de verdad.

—A veces escribe tonterías sin sentido. Como dónde está en ese momento y si me gustaría ir a verla. Otras veces, pide una segunda oportunidad.

Dios mío. Mi prima estaba desesperada. Amaba a Tony más de lo que había pensado. Debió de dolerle de una manera indescriptible verlo ahora conmigo. No era de extrañar que hubiera perdido el control. Tal vez yo habría reaccionado igual si las cosas hubieran sido al revés.

No, no lo habría hecho.

Pero aun así podía entender sus actos y su odio hacia mí.

—Tenemos que encontrarla —susurré, con un filo de miedo en la voz.

—Y lo haremos —me aseguró Tony.

Pero cuanto más avanzábamos, más esperanza perdía. Ninguno de los otros había llamado todavía. ¿Dónde demonios estaba?

—¿Tal vez deberíamos volver y buscar en otro lado? —sugerí—. Si de verdad está aquí abajo, ya deberíamos haberla encontrado para—

La última palabra se me congeló en la garganta. El haz de mi linterna había caído sobre un par de zapatos abandonados. Tacones altísimos.

—¿Chloe? —grazné, girándome e iluminando todo lo que pude de la playa.

—Sam —dijo Tony con calma un segundo después, colocando la mano sobre mi antebrazo. Cuando lo miré, señaló hacia adelante.

Seguí la dirección de su brazo y, conteniendo el aliento, oí los sollozos de una joven. Chloe estaba sentada en la arena, lo bastante adentro como para que las olas le rozaran las piernas y la cintura. Tenía la cara enterrada en los brazos cruzados, apoyados sobre las rodillas dobladas.

Paralizada, me quedé mirando a mi prima llorar. Cuando recuperé fuerzas, di un paso al frente.

—Chloe —dije, esta vez lo bastante fuerte para que me oyera por encima del estruendo de las olas.

Levantó la cabeza y miró hacia la linterna, entrecerrando los ojos. Tenía un corte feo sobre la ceja derecha y la sangre le corría por un lado de la cara.

—Samantha… —arrastró las palabras—. ¿Qué carajos haces aquí?

—Chocaste tu auto. Vinimos a buscarte.

Detrás de mí, oí a Tony llamar a los demás, diciéndoles dónde la habíamos encontrado. Volví a concentrarme en mi prima. A medida que me acercaba, el corazón me golpeaba en la base de la garganta.

—Vamos, te llevamos a casa ahora.

—Oh, no… —casi canturreó. Entonces se incorporó de golpe y se alejó de mí caminando hacia atrás, adentrándose en el mar—. ¡No! ¡Vete! ¡Te odio!

Tropezó y cayó de lado en el agua, pero enseguida volvió a ponerse de pie.

—No quiero volver a verte nunca más.

Me quedé clavada en el lugar, con miedo de asustarla y hacer que se adentrara aún más. Había perdido por completo el control de su cuerpo. En la noche cerrada, jamás la encontraríamos si desaparecía entre las olas.

—Chloe, estás herida… y confundida. Déjanos llevarte a casa de la tía Pam. Tus padres se ocuparán de ti.

—¡Nooo! —chilló, casi dejándome sorda—. No pueden saberlo. El auto quedó hecho mierda. Papá me va a matar.

—No se van a enojar. Solo estarán felices de que sobrevivieras. Ahora sal del agua, por favor.

Di otro paso cauteloso hacia ella, pero Chloe retrocedió de inmediato y esta vez tropezó, perdió el equilibrio y cayó completamente bajo el agua.

—¡Chloe! —grité, corriendo hacia ella.

Pero volvió a salir a la superficie antes de que yo llegara a las olas, escupiendo agua.

—¡Vete, perra! ¡Idiota! ¡Déjame en paz! ¿Por qué no puedes volver a Egipto y largarte de mi vida de una vez?

El corazón se me cayó a los pies. No di ni un paso más.

Una mano suave se posó en mi hombro. Tony. Me había olvidado por completo de que él también estaba allí.

—Déjame hablar con ella —me susurró al oído.

Demasiado impactada por la reacción de mi prima para responder, simplemente lo dejé avanzar.

Con una suavidad que partía el alma, dijo:

—Hola, Chloe.

—¿Tony? —Sonaba como si no confiara en lo que oía.

—Sí.

—¿Qué haces aquí?

—Vine con Sam. Nos tenías preocupados.

—Sí, claro —resopló con una risa borracha—. Como si a ti te importara cómo me siento.

—¿Por qué crees que no me importaría? —Inclinó la cabeza y dio un paso adelante. O ella no lo notó, o le pareció bien que se acercara, porque no le gritó que se detuviera. Sus pies ya estaban en el agua.

—¿Porque me dejaste? —dijo entre dientes, retrocediendo otra vez—. ¿Porque nunca contestas mis llamadas ni respondes mis mensajes? —Con los dedos en forma de garra, se apartó el cabello mojado de la frente y se apretó las sienes con las palmas, con un aspecto inquietantemente trastornado—. ¡¿Porque nunca me hablas cuando entrenamos juntos?!

Lentamente, Tony se internó más en las olas. Esta vez, incluso yo casi no lo noté.

—Intenté ser tu amigo después de que… salimos —dijo—. Pero dejaste claro que una amistad no era posible para nosotros.

Dos pasos más. El mar le empapaba los jeans hasta las rodillas. Estaba a solo dos brazos de distancia de ella.

—¡Sí! ¡Porque estaba enamorada de ti! —Volvió a sollozar, dejando caer los brazos flojos en el agua—. ¡Y no puedo hacer que se me pase, ni siquiera ahora!

Me tapé la boca con ambas manos, horrorizada por su confesión. Tan borracha como estaba, probablemente no recordaría nada de esto después, pero aun así debía haberle costado muchísimo decirlo. En ese momento, no quería nada más que abrazarla y tranquilizarla. Pero el abismo entre nosotras se había vuelto demasiado profundo.

—Siento haberte hecho tanto daño. Déjame ocuparme de ti ahora —dijo Tony.

Siguió avanzando y, aunque Chloe se quejó y le dijo que no, ya no se apartó. Se quedó allí, con el agua hasta la cintura, llorando en la noche fría.

Lo que pasó después me hirió en lo más profundo del alma. Tony estiró las manos, le tomó el rostro entre ellas y apoyó la frente contra la suya. No oí lo que le dijo entonces, pero supe que era algo

muy íntimo y personal. Chloe alzó las manos y cerró los dedos alrededor de sus muñecas, negando despacio con la cabeza, ahogándose en lágrimas. Él le acarició el cabello mojado y luego la apretó contra su cuerpo.

Al verlos tan cerca bajo el haz de mi linterna, el corazón se me detuvo y la garganta se me cerró. Aguántate, me dije. Había una razón simple para aquello. Pero cuando Chloe rodeó el cuello de Tony con los brazos y él se lo permitió, quise caer de rodillas y llorar.

Tony se inclinó y la alzó en brazos, sacándola del agua. Ella se aferró a él con más fuerza aún, enterrando la cara contra su cuello. Dándose la vuelta, la cargó fuera del mar.

El aliento se me congeló en los pulmones al verlos venir hacia mí. Supe que no podría borrar esa imagen de mi mente por el resto de mi vida.

—Agarra sus zapatos —me dijo Tony, sin el menor atisbo de emoción en la voz. No se detuvo a esperarme. Volviendo por donde habíamos venido, cargó a mi prima a través de la noche.

*

Desde lejos, divisamos las luces azules intermitentes de dos patrullas policiales estacionadas delante y detrás de los autos de nuestros amigos. Allí todo estaba tan iluminado que parecía alertar a toda la calle. Como ya no necesitábamos la linterna para ver por dónde íbamos, guardé el teléfono en el bolsillo y seguí a Tony en silencio a través de la playa.

Había muchísima gente reunida junto a los autos. Ryan y Jack estaban frente a frente, discutiendo a gritos. Los padres de Ryan también habían llegado. Jessie Hunter intentaba calmar a su hijo y a mi tío con gestos apaciguadores, pero ambos la ignoraban por completo.

Brinna estaba sentada en el cordón de la vereda, con la cara enterrada entre las manos. Una agente le daba palmaditas en la espalda y le hablaba en voz baja. Solo la tía Pamela se mantenía apartada del resto, mirando hacia el mar negro.

Al principio nadie notó nuestra llegada. Pero entonces Nick Frederickson miró en nuestra dirección y al instante gritó:

—¡Eh, ahí están!

Todos los demás se giraron hacia nosotros, y Nick y Alex bajaron corriendo hacia la playa. Jack y Pamela los siguieron.

No sabía qué decir ni qué hacer, así que simplemente me detuve junto a Tony, que fulminó a Jack con la mirada y luego le entregó a Chloe. Sin decir una palabra, Jack cargó a mi prima hasta su auto y la ayudó a subir. Pamela estuvo a su lado todo el tiempo.

Estaba cansada. Tenía frío. El agotamiento me tenía atrapada. Y me sentía desolada.

Lo único que quería era subir al auto de Tony, ir a la casa de Caroline Jackson y, en el camino, preguntarle qué demonios había pasado entre él y Chloe en el agua. Sin embargo, mis esperanzas se hicieron trizas cuando la joven agente que hacía un momento atendía a Brinna se acercó. Llevaba el cabello largo y claro recogido en una trenza suelta que le caía por la espalda, y la visera de la gorra le daba sombra a unos ojos compasivos. Nos dijo que teníamos que seguirla a ella y a sus colegas a la comisaría, igual que todos nuestros amigos, para declarar sobre los acontecimientos de esa noche.

Una nube aterradora de mareo se abatió sobre mí. Viví todo —oí y vi a la gente hablar y moverse— como a través de una neblina. De no haber sido porque Tony me arrastró con él, estoy segura de que me habría quedado allí parada el resto de la noche, mirando a la nada. Me hizo subir a su auto y me ayudó a abrocharme el cinturón; luego siguió a las patrullas hasta la comisaría.

Una vez allí, mi pequeño grupo de amigos me rodeó y me acompañó por las escaleras hasta un edificio bonito y nuevo. Su presencia me tranquilizó un poco, lo cual fue un milagro, porque ya ni siquiera mi tía lograba hacerlo.

Cada uno de nosotros tuvo que dar su declaración por separado. La joven agente se sentó conmigo primero y tomó notas mientras me interrogaba. Vagamente la oí decir:

—Usted es la prima de la chica que tuvo el accidente esta noche, ¿correcto?

—Sí.

—¿Estuvo involucrada en el accidente?

—No.

—¿Se encontraba en el lugar del accidente con sus amigos?

—No.

—¿Sabe si su prima consumió alcohol esta noche?

—Eh… no lo sabía.

—¿Usted consumió alcohol esta noche?

—No.

—¿Está segura?

¿Qué clase de pregunta estúpida era esa?

—¡Claro que estoy segura!

—Usted y su novio fueron quienes encontraron a la señorita Summers, ¿verdad?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la playa.

—¿Dónde exactamente?

—En el agua.

Otra vez la imagen de Tony sacando a Chloe del agua bailó frente a mis ojos. Los apreté con fuerza, luchando contra las lágrimas que, en realidad, habrían sido más producto del agotamiento que del dolor.

—¿Señorita Summers?

—¿Hm?

La agente me sobresaltó. Me miraba como si hubiera estado esperando mi respuesta desde hacía rato.

—Te pregunté si debíamos llamar a tus padres —dijo ella.

—Yo… eh… no. No viven en Estados Unidos. Mi tía está aquí, de hecho. Supongo que, si tienen que hablar con un familiar, ella sirve igual que cualquier otro. —Frotándome las sienes, me puse de pie—. ¿Puedo irme ya? Ya les conté todo.

En ese instante, Pam se volvió hacia nosotros. Sostenía a Chloe y alguien les había puesto una manta marrón oscura encima. Lo que yo habría dado por una manta así. Solo entonces me di cuenta de lo fuerte que estaba temblando.

—Claro, puede irse en un minuto —me dijo la agente, y me puso delante de la nariz una carpeta con varias hojas—. ¿Podría firmar aquí, por favor? Después queda libre.

Con los dedos entumecidos, garabateé mi nombre al final sin prestarle mucha atención. Mi mirada seguía clavada en mi tía y mi prima al otro lado de la sala. Pam se separó de Chloe, le acarició el cabello mojado por última vez y luego se acercó caminando hacia mí. Al verla marcharse, los ojos de Chloe se cruzaron con los míos. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Mientras ella parecía rota y avergonzada, mi expresión probablemente era tan hermética como una tumba. Un momento después, bajó la mirada y se volvió despacio hacia el tipo asiático que le lanzaba preguntas del mismo modo que la agente rubia lo había hecho conmigo.

Solo cuando Pam llegó hasta mí y apoyó la palma en mi mejilla, aparté la vista de Chloe.

—Sam —dijo mi tía en voz muy baja, y luego guardó silencio durante un largo momento.

Cerré los ojos y respiré hondo para estabilizarme. Cuando volví a mirar, vi a Tony dos pasos detrás de ella. Debía de haber terminado su declaración también. Tenía unas ganas enormes de ir hacia él y hundirme en su abrazo, pero Pam estaba en medio. Y entonces ni siquiera estaba segura de que Tony quisiera abrazarme ahora. Fuera lo que fuese que había pasado en la playa, había levantado un muro invisible entre nosotros.

Cuando Pamela volvió a decir mi nombre, me concentré en ella y no en el rostro hermético de mi novio.

—¿Qué? —ronqué.

—Jack y yo vamos a llevar a Chloe a casa ahora. Creemos que lo mejor es que regreses con nosotros.

¿Hablaba en serio?

—No entiendo…

—Chloe acaba de contarnos lo que realmente pasó anoche… lo que hizo en tu habitación. —Siguió otra pausa larga antes de que mi tía continuara—. Jack y yo sentimos muchísimo no haberte creído. Vuelve a casa con nosotros y mañana podremos hablar de todo.

Mi mirada recorrió la comisaría hasta detenerse en Jack, que estaba al fondo de la sala junto a una máquina de café. Debía de habérselo tomado ya, porque ahora apoyaba la frente en el brazo sobre la máquina.

¿Así que lo sentían? Qué bien. ¿Después de todo lo que me habían hecho, se suponía que yo debía superarlo, pasar por alto su traición y actuar como si nada?

—¿Qué les hace creer que siempre saben qué es lo mejor para mí? —le grité a Pamela—. ¡No tienen ni idea!

—Sammy…

—¡No! ¡No me digas Sammy! ¡Prefiero dormir debajo de un puente esta noche antes que volver a casa con ustedes y con Jack!

Como por fin había recuperado la voz, ahora estaba llamando la atención de toda la comisaría. Jack se volvió con una expresión grave. ¿Me había pasado de la raya? Claro que no quería acampar bajo un puente, pero los dos me habían hecho muchísimo daño. Y no solo ellos, también Chloe. Ya no me sentía bienvenida en su casa, aunque prácticamente me suplicaran con la mirada que los perdonara. Por primera vez ese día, deseé de verdad volver a El Cairo. A casa, con mis padres.

De pronto, alguien me tomó la mano. Ni siquiera me di cuenta de cuándo Tony se había puesto a mi lado, así que ahora lo miraba, atónita. Me lanzó una mirada de soslayo y luego le espetó a mi tía:

—Supongo que ya se dijo todo. Cuídense de Chloe. Sam viene conmigo.

Sonaba tan controlado y, a la vez, tan furioso que un escalofrío me recorrió la espalda… y ni siquiera se estaba dirigiendo a mí.

Tony no le dio a Pam ni a nadie en la sala tiempo para contradecirlo. Simplemente me arrastró hacia la puerta, bajó las escaleras y salió afuera. Se detuvo junto al auto y me abrió la puerta, y lo único que pude hacer fue quedarme rígida, mirándolo con los ojos muy abiertos antes de subir, con todas mis preguntas aún sin respuesta.

Chapter 33

Tony

…Si no puedo tenerte, ya no quiero vivir…

Esas palabras me retumbaron en la cabeza una y otra vez desde la comisaría —donde Sam y yo tuvimos que declarar por lo de esa noche— hasta que llegamos a la casa de mi tía. Apagué el motor y saqué la llave, pero el cuerpo no me respondió. Me quedé ahí, incapaz de bajarme del auto.

—¿Tienes frío? —susurró Sam. Fue lo primero que me dijo desde que me metí al mar para sacar a su prima.

—Me estoy congelando —murmuré, echando la cabeza hacia atrás y clavando la mirada en el techo del coche, mientras hacía girar las llaves entre los dedos.

—Deberías irte a tu casa y darte una ducha caliente.

—En un minuto. —Había algo que necesitaba decirle antes. Algo que no le dije ni a la policía ni a los papás de Chloe cuando nos encontraron en la playa con ella—. ¿Sigues odiando a tu prima?

Sam no respondió. La miré de reojo. Tenía los labios apretados mientras me observaba en silencio.

—¿La odias? —preguntó al final.

Dime que me amas. Dime que me amas o me voy a ahogar esta noche.

Yo… te amo.

—No… Siento lástima por ella.

Tras otra pausa larga, Sam susurró:

—Yo también. —Por el tono, supe que no estaba siendo del todo sincera, incluso cuando siguió—. Solo me alegra que por fin les haya dicho a sus papás que fue ella la que destrozó mi habitación y escondió ahí el dinero y las botellas de whisky. —Soltó un suspiro—. Pero todavía me odia.

—Se le va a pasar. Dale tiempo.

—Sí, tal vez. Pero… ¿alguna vez se le va a pasar lo tuyo? ¿Y a ti lo de ella? —La pregunta que no se atrevía a decir brilló en sus ojos.

No pude contestar de inmediato a lo que en realidad me estaba preguntando, porque no quería mentirle a Sam.

—Con el tiempo, sí. Pero allá afuera, en el mar, cuando la tuve en mis brazos, me di cuenta de algo. —Me giré hacia ella y tragué saliva; la garganta me ardía. Sam se veía asustada. Sabía que verla cargar y abrazar a su prima la había lastimado—. La forma en que Chloe siente las cosas por mí… no va a cambiar tan pronto. Y yo no puedo desaparecer por completo de su vida. Creer que podía hacerlo fue un error.

Los labios de Sam temblaron apenas.

—¿Qué quieres decir?

—Que está mal. Y lo que pasó esta noche fue, en parte, culpa mía, porque la ignoré. Podría volver a hacer una locura así.

—¿Crees que es suicida?

Asentí.

—Entonces no es tu culpa. No le debes nada. —Su mirada herida bajó hasta mi mano apoyada en la palanca de cambios—. Solo dime una cosa.

—¿Qué?

—Cuando la abrazaste en el agua… —volvió a mirarme—. ¿Qué le dijiste?

—Prefiero no decirlo. —Se me escapó en un suspiro, como si doliera.

Sam se mordió el labio inferior. Luego respiró hondo.

—Lo entiendo. —Se giró, abrió la puerta y se bajó.

Mierda.

Yo también me bajé, rodeé el coche a toda prisa y la agarré del brazo antes de que se alejara.

—No, no lo entiendes, ese es el problema —solté, con más dureza de la que quería—. No quise decirle lo que le dije. Necesitaba oírlo y se me salió, pero yo… joder, no. No. Lo. Sentía. Porque solo hay una chica en este mundo a la que de verdad quería decírselo en

ese momento. O ahora. O ayer. O el fin de semana pasado, cuando te besé en el bosque.

Le solté el brazo, le tomé la cara entre las manos y la obligué a mirarme, para que viera la verdad en mis ojos.

—Nunca se lo he dicho a ninguna chica, porque nunca lo había sentido. Ni siquiera por Lisa. Y tuvo que ser que tú te metieras en mi vida para que me diera cuenta de eso, Sam.

Sus ojos se abrieron de par en par, pero al segundo siguiente me empujó en el estómago, tensa.

—Ya. No quiero oír nada de esto.

Sabía que dudaba de cada palabra que acababa de decir.

No me obligues a arrodillarme frente a ti, chica.

—No me importa si me crees o no. Porque es la verdad y, te guste o no, vas a tener que joderte y afrontarla. Me estoy enamorando de ti, Bungee. Solo de ti.

Y entonces la besé con tanta fuerza que soltó un jadeo contra mi boca. Era hora de que viera, oyera y sintiera lo que yo sentía por ella. No había lugar para dudas ni discusiones. Ella era mi chica. Y no pensaba volver a dejar que se alejara de mí.

Cuando sus labios permanecieron tensos y cerrados, temí que me diera una patada en el estómago. Pero ni siquiera eso podría detenerme. Apreté mi boca con más fuerza contra la suya, acariciándole las mejillas con los pulgares.

Y por fin, se relajó. La presión de sus manos pequeñas sobre mi abdomen cedió y, en su lugar, se aferró a mi sudadera, tirando de mí para pegarme más a ella.

Deslicé la lengua por la línea de sus labios, y ella me abrió la boca. Esta vez no fui suave. No pude. La necesitaba tanto que me dolía todo el cuerpo, concentrándome en ese puntito diminuto del lado izquierdo de mi pecho. Encontré su lengua con la mía, jugué con ella, bailé con ella, entré y salí de su boca despacio, seduciéndola para que me amara como yo la amaba.

Sabía increíble. Dulce. Suave. Como cerezas y Sam. Y cuando se puso de puntitas, rodeándome el cuello con los brazos, supe que la tenía. Completa. Era mía. Ya no quedaban dudas.

Su respiración me quemaba la piel mientras se rendía a lo que yo le pedía, explorando mi boca con su lengua en respuesta. Su cuerpo delicado se apretó contra el mío, y yo quería sentir cada centímetro de ella. Mis manos bajaron de su cara para recorrerle la espalda de arriba abajo; una vez, dos. A la tercera, le arrugué la sudadera con los dedos y se la subí. Sam se estremeció al tocar su piel desnuda, y eso me provocó una sensación jodidamente buena.

Le mordisqueé el labio inferior. Luego me separé del beso, mirándola a los ojos con apenas unos centímetros entre nosotros.

—No te vayas —susurré—. Me costó muchísimo ganarte.

Sam me tomó la cara entre las manos y me atrajo hacia ella, dejándome un beso breve y suave en la boca.

—No me voy —susurró, y me besó otra vez, y otra—. No me voy, Tony. Nunca. —De pronto sus labios supieron salados y húmedos, pero no me dejó mirarla. Solo me besó, y el beso se volvió más profundo, más intenso, más hambriento.

Lágrimas buenas, me dije. Tenían que serlo. Se las lamí de los labios, respondiendo a su hambre con la misma intensidad durante otro largo momento. El tiempo parecía irrelevante cuando estaba con ella.

—Da miedo lo fácil que puedo hacerte llorar —murmuré contra su boca.

Los labios de Sam se curvaron en una sonrisa.

—Solo puedes porque… como que me gustas. Un poquito, ya sabes.

Hundí los dedos en su cabello, le besé la frente y luego la apreté contra mi pecho, apoyando el mentón sobre su cabeza. Encajaba perfecto conmigo.

—Estoy tan cansada —susurró Sam contra mi camisa—. Siento que podría quedarme dormida aquí mismo, de pie.

Menos mal que habíamos conseguido excusas para faltar a clases mañana. Sam podría dormir hasta tarde.

—Vamos a meterte a la casa y a la cama, Bungee.

Me dejó acompañarla hasta la puerta, cobijada bajo mi brazo. Con la llave que Carrie le había dado hoy, abrió la puerta y se volvió

hacia mí. Yo ya estaba listo para despedirme, pero Sam no soltó mi mano.

—¿Podrías dormir aquí esta noche? ¿Arriba, conmigo? No en plan… ya sabes. Solo a mi lado, para no estar sola.

A Carrie seguro no le importaría, pero yo sabía que mi mamá seguía despierta esperándome. Le había dicho en la comisaría que solo llevaría a Sam a casa de mi tía y luego volvería a la mía. Así que le mandé un mensaje corto, diciéndole que llegaría mañana por la mañana.

Sam me sonrió cuando guardé el celular en el bolsillo. Subimos a escondidas a su nueva habitación, y ella se dejó caer sobre la cama, hundiéndose hacia atrás.

—Qué día tan raro… —murmuró.

—Totalmente. —Abrí el armario, sabiendo que Carrie siempre guardaba ropa de repuesto en el estante de arriba para los chicos que venían aquí. Una camiseta blanca y unos shorts de algodón gris claro servirían para esta noche. Me volví hacia Sam y le sonreí a medias—. ¿Te importa si me meto rápido a la ducha? Siento que estoy empapado hasta los huesos.

Ella ni levantó la mirada; solo hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Ve. Yo mientras preparo la cama.

Con la ropa bajo el brazo, fui al baño. Durante los siguientes minutos disfruté del chorro caliente calentándome de arriba abajo. Joder, cómo lo necesitaba. Me sequé con la toalla, me pasé una mano por el cabello húmedo y luego me puse la ropa prestada.

Cuando volví a la habitación, la imagen de Sam inmóvil sobre la cama me hizo sonreír. En silencio, me acerqué. Tenía los ojos cerrados, la respiración profunda y tranquila. Se veía adorable.

Arrodillado frente a ella, le desaté las botas y se las quité con cuidado, una por una. Luego le saqué los calcetines. No fue difícil hacérselo sin despertarla. La sudadera me dio un poco más de trabajo, y fue ahí cuando, sin querer, la desperté.

Abrió los ojos apenas, pesados de sueño.

—¿Tony? —murmuró, aunque dudaba que de verdad me estuviera viendo.

—Vamos, bebé —susurré, mientras la levantaba en brazos, la cargaba rodeando la cama y la acomodaba con suavidad. Su cabeza se hundió en la almohada. Ya se había vuelto a dormir antes de que pudiera cubrirla con la manta.

Apagué la luz y luego me metí bajo el edredón. Dormida, Sam se giró y se acurrucó contra mí. Inhalé el aroma precioso de su cabello mientras me quedaba dormido con mi chica entre mis brazos.

Epílogo

Samantha

Me desperté en los brazos de Tony. Siempre era así los sábados por la mañana. Durante los últimos cuatro meses había pasado todos los fines de semana en mi cama. A veces yo dormía en la suya también, pero a ambos nos gustaba más mi habitación, porque Carrie era mucho menos entrometida y curiosa que Eileen Mitchell.

Levanté la cabeza de su pecho y contemplé su rostro precioso. —Hola —dije.

Tony sonrió. —Hola tú.

—¿Qué hora es?

—Demasiado tarde para hacer travesuras en la cama, si quieres verte radiante y arregladita cuando lleguen tus padres.

Incliné la cabeza hacia el reloj de mi mesita de noche. —¿Diez y media? ¡Mierda! ¿Por qué no me despertaste? Llegan en media hora. —Me zafé del abrazo protestón de Tony, agarré unos vaqueros cortos y una camiseta azul ajustada, y corrí al baño, donde hice mi rutina matutina a toda prisa.

Quince minutos después, cuando salí, Tony ya había hecho la cama, recogido el desorden y tirado nuestra ropa de la noche anterior. Vestido con vaqueros negros y una camisa blanca de vestir, se miraba en el espejo probando si le quedaba mejor el primer botón abierto o cerrado.

Me acerqué por detrás sigilosamente. De puntillas, apoyé la barbilla en su hombro y busqué su mirada en el espejo. —¿Estás nervioso?

Tony frunció el ceño de un modo que me dieron ganas de besarlo. —En unos minutos voy a conocer al general Henry Summers —se giró y me rodeó con los brazos—. Siento que, de algún modo, debería raparme y pedirte prestada ropa del ejército.

Me reí a carcajadas. —Oh, no, Anthony Mitchell, no deberías — le revolví los mechones claros que se había peinado hacia un lado

hasta que cayeron, como siempre, sobre su frente—. —Luego le desabroché el cuello de la camisa, dándole aire y, con suerte, un poco de calma—. Te preocupas demasiado. Mis padres son geniales. Te van a encantar.

—Seguro que sí. Solo temo que no me aprueben como novio de su hija.

—¿Quién podría no aprobarte? —Volví a ponerme de puntillas y le di un beso rápido en la boca—. —Después le desabroché los puños y le subí las mangas hasta los codos—. No puedo creer que hayas elegido una camisa de manga larga. No estás postulando a un trabajo en el gobierno.

Estaba terminando la primera manga cuando el sonido de un coche entrando en el camino de la casa de Carrie se coló por las ventanas abiertas. Una oleada de emoción me revolvió el pecho. Le sonreí a Tony, me di la vuelta y salí disparada por la puerta. A mitad del pasillo me di cuenta de que él no me seguía, así que frené en seco, regresé arrastrando los pies y esta vez lo llevé conmigo.

Estaba tan reacio que parecía que arrastrara un caballo. —Vamos, anda —me quejé—. No te van a disparar.

Tony respiró hondo, pero no aceleró el paso. En el rellano de la escalera escuché las voces familiares de mis padres saludando a Carrie, que había salido a recibirlos. Ya no pude contener la emoción. Solté la mano de Tony, me adelanté dando saltitos y salí por la puerta.

Abajo, junto al portón, mamá y papá estaban con Caroline, charlando, riendo y estrechándose las manos. Mi padre llevaba su uniforme de siempre y mi madre un llamativo vestido amarillo de primavera que debía de haberse comprado hace poco, con el pelo recogido en una cola alta.

—¡Papá! ¡Mamá!

Se giraron hacia mí y sus expresiones pasaron de amables a radiantes. —¡Sammy! —exclamaron ambos, y mi padre abrió los brazos de par en par. Corrí hacia él y lo abracé con fuerza. Me dio vueltas y más vueltas. Estaba en la cima del mundo.

Me dejó en el suelo para que también pudiera abrazar a mi madre con fuerza. Fue tan bueno volver a sentirla, oler su perfume

de siempre y escucharla decir: —Ay, mi bebé precioso, te extrañé tantísimo.

Cuando por fin me soltó —y aun así fue demasiado pronto para mí—, me giré para ver si Tony también había logrado salir. Tímido como un niño perdido, estaba de pie junto a la puerta. Y, demonios, se había vuelto a abrochar ese maldito botón superior de la camisa. Negué con la cabeza y solté una risita.

Como todas las miradas ahora estaban puestas en él, no le quedó más remedio que acercarse. Gracias a Dios, no lo hizo con tanta reticencia como antes; caminó hacia nosotros y, a dos pasos prudentes de mi padre, se detuvo y lo saludó con un firme: —Señor.

Me deslicé a su lado y le susurré al oído: —Eres un cobarde, Anthony Mitchell. —Luego lo presenté primero con mi madre. Ella le tendió la mano y la estrechó con ambas, agradeciéndole de algún modo por todo lo que había hecho por mí el pasado noviembre, cuando yo creía que tendría que volar de nuevo a Egipto.

Tony se relajó un poco y le dedicó una sonrisa cálida. Sin embargo, desapareció en el instante en que lo presenté con mi padre.

—Es un placer conocerlo, general —dijo, pronunciando cada palabra con cuidado. Casi me hago pipí cuando incluso le hizo un saludo militar.

Papá también se rió y le dio una palmada en el hombro. —No hace falta tanta formalidad, muchacho. Me llamo Henry.

Todavía no del todo convencido, Tony asintió. —Henry.

Le rodeé la cintura con los brazos para darle un poco de confianza y le sonreí con entusiasmo. Poco a poco, los músculos de su espalda y su abdomen se relajaron bajo mi toque.

Carrie nos condujo entonces a la parte trasera de la casa, donde había preparado una mesa con un brunch de bienvenida. Yo estaba hambrienta y me lancé a comer mientras ponía a mis padres al día de todo lo que se habían perdido de mi vida. Había tanto que contar.

Sin darme cuenta, pasó el mediodía y llegó la hora de prepararnos para ir a mi nuevo hogar. Me despedí de Carrie con un abrazo largo. Me invitó a volver a visitarla a ella y a Jostle cuando

quisiera. —Seguro que echarás de menos tus paseos diarios por el bosque.

Mientras tanto, Tony había cargado mi maleta en el maletero de su coche nuevo, un VW Polo negro y reluciente, y ahora me sostenía la puerta abierta. Cuando iba a subir, de pronto recordé que había olvidado algo.

—Mi sudadera sigue en el baño. Vuelvo en un segundo —grité, corriendo de regreso a la casa y subiendo las escaleras.

Doblé la esquina a toda prisa, agarré la sudadera y volví hacia la puerta. Pero entonces no fui capaz de irme. Las ventanas seguían abiertas y me tentaron a echar un último vistazo al paddock, donde los caballos pasaban el día pastando con calma. Un aroma maravilloso a hierba fresca y heno me envolvió. Inhalé profundo por la nariz.

Si mi prima no hubiera sido tan horrible conmigo el otoño pasado, nunca habría tenido la oportunidad de vivir aquí. Supongo que eso confirmaba el dicho de que no hay mal que por bien no venga.

Chloe se recuperó rápidamente del accidente, y los chicos incluso la dejaron seguir en el equipo de fútbol… después de recibir la aprobación de Tony y la mía. Susan había negado con la cabeza al principio, pero en el fondo sabía que era lo correcto. Tardó hasta Navidad, pero por fin mi prima decidió disculparse conmigo. En ese momento me alegré de aceptarlo. Ayudó mucho que finalmente hubiera perdido el interés en Tony, y pude volver a relajarme cuando él estaba en los entrenamientos.

Pamela y yo habíamos convertido en costumbre vernos una o dos veces por semana y charlar… de la escuela, los amigos, la casa, Tony, el dibujo. De lo que fuera. Siempre había algo de qué hablar. Y con Jack… bueno, no podía decir que le hubiera tomado verdadero cariño después de que me echara de su casa, pero era agradable saber que siempre le preguntaba a Pamela cómo estaba yo después de nuestros encuentros.

Las cosas estaban bien tal como estaban. Había vuelto a ser feliz, con amigos increíbles y un novio precioso que me adoraba.

Cuando salí de mis pensamientos y me giré con un suspiro profundo, vi al susodicho novio apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Vas a extrañar este lugar, ¿verdad? —dijo Tony con voz suave y comprensiva. Se separó de la puerta, caminó hacia mí y deslizó las manos por mi pelo, mi cuello, mis hombros y mis brazos. Luego me rodeó con los brazos y me abrazó con fuerza.

Levanté la barbilla, intentando sonreírle. Pero no pude. El corazón me dolía un poco al pensar en irme. —No puedo creer que ya hayan pasado cuatro meses y que tenga que irme ahora. Tengo tantos recuerdos hermosos de esta habitación —dije, y cuando mi mirada cayó sobre el único cojín que Tony se había olvidado de acomodar esa mañana, el recuerdo de la primera noche que durmió aquí conmigo volvió a mi mente—. Y, de alguna forma, todos están conectados contigo —susurré, volviendo a mirarlo a los ojos.

—Crearemos nuevos recuerdos en tu nuevo hogar —dijo Tony en voz baja, apartándome el flequillo de la frente.

Me incliné hacia la palma de su mano. Esta vez sí logré sonreír. Una de esas sonrisas que siempre reservaba solo para él.

Tony se inclinó para besarme. No con pasión ni voracidad. Me besó como si los mejores recuerdos aún estuvieran por venir.

Luego se apartó, tomó mi mano, entrelazó sus dedos con los míos y salió conmigo. Al cerrar la puerta, ya no sentí que estuviera dejando algo atrás. Solo se sintió como cerrar el primer capítulo de una historia muy larga.

FIN



Un Rebelde PARA SUE



ANNA KATMORE

HIGH SCHOOL PLAYERS, libro 4

Ethan fue mi crush.
Chris es el desastre que nunca vi venir.

Este otoño, sin saber cómo, termino atrapada en el sueño y la peor pesadilla de cualquier chica: dos gemelos idénticos que quieren salir conmigo.
Ethan es el tierno. El tranquilo. El chico que me hace reír hasta que me duelen las mejillas. Pero justo cuando nuestro primer beso está a punto de pasar, sus ojos de repente dicen una sola cosa: ¡Aborta la misión!
¿Qué demonios…?

Y después está Chris Donovan.
Chris, con una sonrisa ladeada que debería ser ilegal y una reputación más larga que mi lista de pendientes. Jugar limpio no va con él. Un segundo me toma la mano como si tuviera derecho, y al siguiente me manda mensajes a medianoche que deberían sacarme de quicio, pero en cambio me aceleran el corazón.
Con cada mirada furtiva que me lanza, insiste en que es mucho más que el rompecorazones oficial de la escuela.

Y yo sigo repitiéndome que jamás voy a caer por el gemelo de la sonrisa mortal.

Hasta que todo en mi vida se viene abajo.
Y es Chris quien me sostiene.

Ahora no puedo olvidar cómo se le suavizó la voz cuando dijo mi nombre. La forma en que me abrazó cuando no me dejó caer. Ni el sabor de sus labios cuando, por fin, le hice caso… y cerré los ojos.

Más libros de Anna Katmore

HIGH SCHOOL PLAYERS
Juega conmigo
Juego injusto
Desastre de amor
Un rebelde para Sue
El rebelde enamorado
La apuesta imposible
Cállate y bésame

AMOR EN LA NIEVE
Luciérnagas de invierno
Tú eras mi eternidad
*
Diecisiete mariposas

RAFFAEL Y SEBASTIÁN
Rompiendo las reglas
Rompiendo los límites
Rompiendo el titanio

LEYENDAS DE NEVERLAND
Cayendo en los sueños de Nunca
La caída del tiempo
Corazón pirata

PÁGINAS SUSURRANTES
Ningún príncipe para Caperucita Roja
Un lobo en su destino

*

Eloyn
Lágrimas de Ángel
Mi vampiro secreto

Sobre la autora



Escribo historias porque no puedo respirar sin hacerlo.

Anna Katmore vive en un mundo encantador creado por ella misma. Un lugar donde la lógica espera pacientemente en la entrada y solo los soñadores pueden pasar. Pero cuidado: una vez que cruces el umbral, quizá no quieras marcharte jamás.

Disney no es solo su pasión; es su manera de ver la vida. Si pudiera, envolvería el mundo con un poco de polvo de estrellas para salvarlo de sí mismo. Su patronus es un lobo. Su varita, una ramita rota de manzano de 13¾ pulgadas, está llena de encanto. Y aunque siempre lleva purpurina en los zapatos, mantiene una distancia prudente de las zapatillas de cristal de Cenicienta. Demasiado arriesgado… algo podría romperse.

Para más magia, visita *www.annakatmore.com*